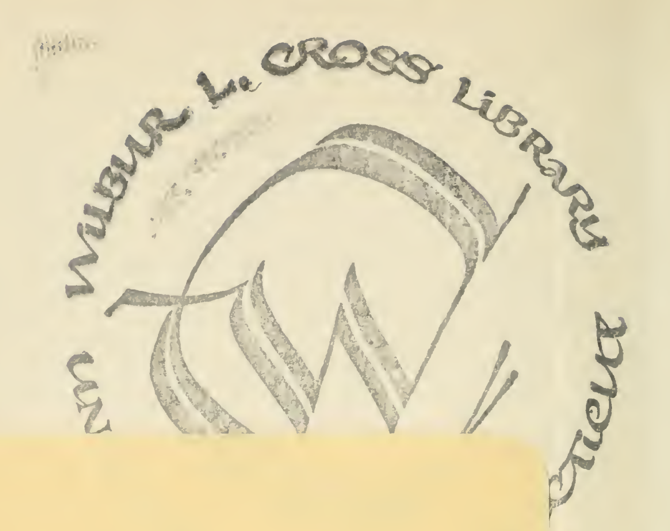



WILBUR L. CROSS LIBRARY

PLEASE NOTE

It has been necessary to replace some of the original pages in this book with photocopy reproductions because of damage or mistreatment by a previous user.

Replacement of damaged materials is both expensive and time-consuming. Please handle this volume with care so that information will not be lost to future readers.

Thank you for helping to preserve the University's research collections.

DON PASCUAL

O

LA INVASIÓN DE VERACRUZ POR LOS AMERICANOS EN 1914.

NOVELA HISTORICA MEXICANA.



POR

Alberto A. Rodríguez

DON PASCUAL

O

LA INVASIÓN DE VERACRUZ POR LOS AMERICANOS EN 1914



Alberto A. Rodriguez

DON PASCUAL

o la Invasión de Veracruz por los Americanos en 1914

NOVELA HISTÓRICA MEXICANA

Formada con la compilación metódica,
comentada y concordada de documentos oficiales y particulares,
y de las informaciones de la prensa de Veracruz,
México y otras ciudades

POR

ALBERTO A. RODRÍGUEZ



LIBRERÍA DE LA Vda. DE CH. BOURET

PARÍS
23, RUE VISCONTI, 23

MÉXICO
45, AV. CINCO DE MAYO, 45

1920

IMPRENTA FRANCO-MEXICANA.—1ª DE LA ACADEMIA, 10.—MÉX.

AL PUEBLO

DE LA

HEROICA CIUDAD DE VERACRUZ

CON CARIÑO Y RESPETO.

EL AUTOR.

LECTOR:

Soy veracruzano y creo que tengo derecho a hablar de Veracruz. Por eso y por la desgracia de haber sido testigo presencial de la invasión de los americanos al Primer Puerto de la República, no he querido dejar que pase al olvido ni el menor de los detalles, y haciendo un esfuerzo supremo a mi insuficiencia, he escrito el presente libro.

He procurado con todo empeño no desvirtuar la verdad histórica, para lograr lo cual he tenido la ayuda de los factores que constituyen la prueba, según podrá verse claramente en el curso de la obra.

Esa ayuda podría calificarse de nula o contraria a mi propósito, siempre que del examen de los testimonios se viera que en las cuestiones que trato no hay sino ideas de acuerdo con mi nacionalidad; pero confío mucho en que quien quiera que sea el que lea mi libro y analice esos testimonios, hallará la justificación o prueba a que aludo.

El estilo que adopté para la narración, ha tenido dos objetos: primero, que sea una válvula de escape a la aridez de la historia; segundo, representar a la opinión pública por medio de mis personajes.

Ojalá sea la última vez que de allende el Bravo tengamos material para escribir otro libro semejante a éste, porque al fin se escuche el grito sublime: "el respeto al derecho ajeno es la paz."

A. A. R.

PRIMERA PARTE

¡TRAICIÓN!

CAPÍTULO PRIMERO

Preparativos

I

—Corre, hijo, que te aguardo impaciente.

—Pues aquí me tienes, mamá, si con el alma transida de dolor por las desgracias que se han desencadenado sobre esta pobre patria mía, también con el más grande deseo de que te tranquilices.

—¿Con que es verdad, están desembarcando los americanos?

—Sí, mamá, eso se dice, y aunque todavía me resisto a creerlo, la alarma que cunde en la ciudad parece que es por la evidencia de los hechos.

—¡Qué atrocidad, Dios mío! Es seguro que los americanos no han meditado la enormidad de las consecuencias, porque si ellos son fuertes por sus escuadras, nosotros lo somos por algo más necesario para luchar: por la abnegación característica para defender la integridad de nuestra patria.

—Bendita seas, mamá, porque comprendes lo que debes esperar de tu hijo, en las circunstancias dolorosas en que nos encontramos, si resulta ser cierto que las plantas extranjeras profanan nuestra tierra; yo el primero de tus hijos en amarte profundamente, no vacilaré para ocupar el puesto que me corresponde en las filas de nuestros compatriotas. y si una bala de los invasores me arranca la existencia, mi último pensamiento será para ti, para mi padre y para mis hermanas, que seguramente me llorarán, hasta que la satisfacción que sientan al considerar mi deber cumplido, consuele a todos y piensen que en la gloria reservada a los patriotas hay quien vele por ustedes y los colme de bendiciones.

—Anda, hijo mío, corre a defender a nuestra patria: si pudiera arrancarme el corazón, te lo llevarías para que en vez de uno tuvieras dos; ¿qué más pudiera hacer digno del amor que te tengo? ¡Que el cielo te proteja!...

Doña Elvira, que así se llamaba la mamá del joven, se abrazó de éste en los momentos en que oyeron una voz que dijo:

—¡Jorge, no te vayas, espérame!

Era la voz de don Pascual, esposo de doña Elvira.

II

Desde la puerta de la casa donde tuvo lugar la escena que acabamos de reseñar, fué Jorge adonde estaba su padre sentado en una silla, inclinado hacia adelante, apoyados los codos en las piernas y teniendo su venerable cabeza entre las manos. Sus demás hijas lo rodeaban, manifestando sus semblantes lívidos, el sufrimiento que se había apoderado de ellas. Se acercó Jorge a su padre y cariñosamente le dijo:

—No te aflijas, papá, porque entonces será para todos nosotros más doloroso el trance en que nos encontramos de

improviso. Tú, de la vieja guardia, que has dado pruebas de un alma bien templada en los momentos en que otras veces ha reclamado el valor de todos sus buenos hijos nuestra patria, no debes entregarte hoy a la pena, si cuentas con un hijo que te ama y está dispuesto a reemplazarte con orgullo en el campo del honor y del deber.

Enderezándose don Pascual y extendiendo una mano hacia su hijo, le contestó con el acento que da a las palabras la dignidad del patriota, que pugna por sobrepasar a las consideraciones del amor a la familia:

—Cállate, Jorge; cállate, noble hijo mío, que si tus palabras me hacen el efecto de un lenitivo a los pesares que en este instante me agobian, aumentan, por otra parte, mi egoísmo de padre, que resultaría perjudicial a la dignidad de mexicano. Las consideraciones al dolor que causará a tu madre y hermanas nuestra separación de ellas, quizás para siempre, me hacen detenerme y detenerte, para ser de los primeros que corramos a poner nuestros pechos delante de los acorazados americanos en defensa de la integridad de este suelo tan querido que se llama México. Sin embargo, no dudes que con toda la energía de que me hallo capaz, rechazaré cuanto redunde en menoscabo de nuestro honor, y si lo que estamos mirando pasa más allá de los límites de la alarma, pospondremos nuestros afectos al cumplimiento de nuestro deber.

—Noble y bello gesto el tuyo, papá, como todos los que te revelan un hombre de corazón bien puesto siempre. Te comprendo, te admiro y te obedezco.

Se levantó don Pascual de la silla y acercándose a su hijo, le puso las manos sobre los hombros, deslizando en sus oídos algunas palabras que hicieron aparecer en el semblante de Jorge señales inequívocas de la satisfacción que se experimenta cuando se va a cumplir con el deber.

Padre e hijo acabaron por confundirse en un estrecho abrazo.

En estos momentos se presentó la criada a anunciarles que la comida esperaba en la mesa.

III

—Vamos a comer, dijo doña Elvira.

Todos los ojos se fijaron en don Pascual, pendientes de lo que determinara.

—Vayan, que allá los alcanzo, contestó.

Nadie se movió, y entonces don Pascual se dirigió a Jorge:

—Anda, hijo mío, ve a acompañar a tus hermanas.

—¿No vas tú también?

—Vamos, papacito, dijo una de las hijas de nombre Luisa.

—Después, contestó distraídamente don Pascual.

—Pues si no vas tú, tampoco voy yo, dijo Luisa.

—Ni yo, agregó doña Elvira.

—Ni yo.

—Ni yo.

Dijeron sucesivamente los demás.

—¡Maldición para el traidor!, exclamó abstraído don Pascual.

Todos comprendieron que sería inútil insistir en que fuera a comer, y doña Elvira ordenó que se guardara para más tarde la comida.

¿Quién había de pensar en comer en semejante momento?

Don Pascual permanecía de pie junto a su escritorio con la vista fija en unos papeles, que no veía, y sus hijas, inquietas por el bullicio de la calle, se fueron al balcón atraídas por la curiosidad.

La gente corría en todas direcciones; las tiendas estaban

repletas de compradores, queriendo cada uno ser el primero a quien despacharan los comestibles de que iban a proveerse por si acaso la contienda temida duraba algunos días; las puertas y ventanas de las casas se cerraban precipitadamente; por todas partes se oían imprecaciones entre gritos estentóreos que crispaban los nervios, cada vez más en tensión.

Esto fué lo que vieron y oyeron las hijas de don Pascual en compañía de Jorge y doña Elvira que se les fueron a reunir.

IV

En la puerta de la casa contigua, estaban una señora y una señorita, a quienes se dirigió Jorge, diciéndoles:

—Es llegado el instante de que todos demos muestras de que la sangre mexicana bulle dentro del cuerpo pugnando por salirse y formar ríos inmensos en que se ahoguen los extranjeros que profanen nuestra sagrada patria.

—Exactamente, contestó la señora. Los mexicanos siempre han sido valientes y patriotas, y no hay que dudar que ahora como antes, cada hombre será un soldado, cada mujer una heroína.

—¡Viva México! gritó un hombre de aspecto obrero al pasar junto a Jorge.

—¡Viva!, contestó éste.

—¡Mueran los traidores!, volvió a gritar el que pasaba.

—¡Mueran!, volvió a contestar Jorge.

Y el hombre siguió corriendo con rumbo al centro de la ciudad.

—Hé allí confirmado lo que dije antes, y la Patria que cuenta con hijos así, siempre será libre e independiente.

—Gracias, contestó don Pascual, que en esos momentos se presentó. Y dió las gracias, porque, debemos advertir, la

que se produjo en los términos dichos, era la misma vecina que antes hablara, cuyo acento la acusaba de española.

—Yo espero, continuó don Pascual, que todo esto no pase de una gran alarma.

—¡Pancho!, exclamó Jorge al divisar a un amigo suyo, que a toda carrera venía hacia él. ¿Qué pasa?, le preguntó cuando llegó, arrojándose en sus brazos.

Pero Pancho no podía hablar por la sofocación que lo estaba ahogando.

Entró precipitadamente Luisa a su casa y regresó con una copa de cognac y agua, que devoró el recién llegado, diciendo después a Jorge:

—Vámonos; vengo a buscarte, porque junto a ti he de morir si me toca ahora.

—¡Bravo, muchacho!, exclamó la anciana vecina, a quien seguiremos llamando doña Anita, porque tal era su nombre.

—Vámonos, insistió Pancho; no hay tiempo que perder, los gringos están desembarcando por la Terminal.

—¡Miserables!, exclamó Jorge.

—Allá está el lugar del honor y del deber, siguió diciendo Pancho; yo también abandono padre, madre y hermanos.

—¡La Patria está antes que todo!, exclamó solemnemente don Pascual, abrazando a ambos jóvenes.

V

Eran las once y media de la mañana del día 21 de abril de 1914, cuando tuvieron lugar las escenas que acabamos de referir, y según se habrá comprendido, hasta última hora se dudó que las fuerzas de los Estados Unidos agredieran a un pueblo amigo como era para aquella nación el pueblo mexicano, según aparentaba ella misma. La palabra fatídica

¡Intervención! se venía escuchando desde que estalló la revolución reivindicadora de los ultrajes a la Patria, por Victoriano Huerta.

¿Qué impulsaba a los yanquis?

No adelantemos los acontecimientos, que tiempo tendremos para saberlo todo. Por ahora concretémonos a saber que el desembarque en Veracruz venía a revivir odios que se iban extinguiendo, a medida que las relaciones amistosas hundían en la noche de los tiempos al año de 1847.

Veracruz, la ciudad tres veces heroica por las proezas de sus habitantes en distintas ocasiones de rudas pruebas, iba a ser nuevamente el teatro de acontecimientos que habían de tener resonancia en el mundo entero, y siempre digna se aprestaba con violencia a la defensa del agravio que inesperadamente se le hacía, traicionando su lealtad.

La República Mexicana, jardín del septentrión de América, entre cuyas flores y frutos de todos los climas se hallan las riquezas más grandes del mundo, guardadas por centinelas perpetuos como el Iztaccihuatl, el Popocatepetl y otros muchos tan arrogantes como soberbios; la República Mexicana, decimos, seguiría estando orgullosa de sus hijos en Veracruz, a quienes está encomendada la vigilancia en el primer puerto, la principal entrada, porque ahora como antes, los extraños enemigos que profanaran con sus plantas su suelo se encontrarían con un soldado en cada ciudadano, sobre cuyo cadáver tendrían que pasar para internarse tierra adentro. ¿Qué mucho que hubiera más de 30 acorazados en la bahía apuntando con sus cañones a la ciudad? Los valientes no necesitan tener acorazados también para repeler un ultraje a la soberanía e integridad de su patria; las armas ventajosas sobre el enemigo las usan los cobardes, los asesinos, los salteadores, y el que sabe esto, no teme al adversario, porque la

influencia moral del derecho y la honradez lo hacen superior al miserable.

VI

Los preparativos de los yanquis para invadir el territorio mexicano, fueron hechos poco a poco, desplegando mucha hipocresía y mucha astucia. Comenzaron por tener en los puertos dos o tres acorazados, que se reemplazaban por otros cada dos o tres meses, con el pretexto de que sirvieran de refugio a todos los extranjeros que se encontraran en situaciones difíciles por causa de la guerra civil; después de cierto tiempo, ya eran cinco o seis y siguió en aumento el número, hasta que la cantidad de dichas unidades de guerra llegó a veinticinco o treinta. ¡Y todavía les pareció insuficiente!, como lo justifica una circular que el cónsul Mr. William W. Cánada, dirigió a todos sus colegas del puerto, anunciándoles oficialmente, "que a las dos de la tarde llegaría la Escuadra Norteamericana del Atlántico".

Además, en "El Imparcial" del día 18 del mismo mes de abril, salió la siguiente información:

"EL VAPOR "ESPERANZA", DE LA WARD LINE, PASÓ A FORMAR PARTE DE LA MARINA AUXILIAR AMERICANA.

"En la Secretaría de Guerra se recibió ayer un interesante mensaje, que a continuación publicamos, y en el que se insertan unas declaraciones del Almirante Fletcher, de la Escuadra Americana, hechas por el jefe de su Estado Mayor al señor Comandante de la Plaza de Veracruz, General Gustavo Maass. Tales declaraciones tienen por objeto explicar los motivos que tuvo el Gobierno de los Estados Unidos para contratar el vapor "Esperanza" de la "Ward Line".

"El mensaje dice así:

"Veracruz, abril 17.

"Señor Secretario de la Guerra:

"Hónrome comunicar a usted que estuvo a verme el jefe del Estado Mayor del Almirante Fletcher, de la escuadra americana, con objeto de explicarme que el Gobierno de los Estados Unidos alquiló el vapor "Esperanza", el cual pasó a formar parte de la marina auxiliar americana. También me explicó que el objeto de esta medida tenía como único fin recibir a bordo a las mujeres que desearan refugiarse en Tampico, en caso de un nuevo ataque a esa plaza, y que no pudieran hacerlo en los barcos de guerra.

"Hizo constar, igualmente, que esta declaración la hacía para evitar murmuraciones y comentarios injustificados que ellos ya conocen, y agregó que el Almirante Fletcher dispuso que el vapor "Esperanza" fuera tripulado por un Teniente de Navío y por algunos otros oficiales de la armada americana".

"El Comandante Militar de la Plaza,

GUSTAVO MAASS".

VII

En los momentos en que don Pascual abrazaba a su hijo Jorge y a Pancho, llegó a ellos un pelotón de hombres, cuyos gritos de vivas a México y mueras a los yanquis, hacían subir de punto el patriotismo; pero lo que más había que admirar es que andaban desarmados, y hacían ademanes de enfrentarse al enemigo sólo con los puños, si no era posible de otro modo.

—Señoritas, dijo uno de ellos dirigiéndose a las hijas de don Pascual y las demás mujeres que había allí: nosotros,

los descendientes de Juárez, no dejaremos ¡nunca! que nos arrebaten la patria miserables extranjeros, cuya impudicia llega hoy, otra vez, al colmo; vuestro padre el coronel Pascual Ramírez será el que nos dirija hasta vencer o morir, y vosotras las que nos curaréis las heridas de las traidoras balas. No tengáis miedo si para darnos en la agonía vuestros dulces consuelos oís el retumbar de los cañones, el matraqueo de las ametralladoras y el silbar de las balas cerca de vuestros delicados cuerpos, porque ese ruido, por infernal que os parezca, será el himno glorioso que nos despida de este mundo para maldecir desde el otro a esa raza espuria de nuestro continente americano.

—¡Viva Manuel!, exclamaron todos sus compañeros, enardecidos por la peroración de éste.

—¡A matar gringos, coronel Ramírez!, gritó otro y agregó: ¡Muchachos, viva nuestro coronel!...

—¡Viva!, contestaron todos.

Era aquella una algarabía que por la justificación de su legítimo patriotismo, rebosaba sublimidad.

—¡Mexicanos, gritó don Pascual con robusta voz: mis brazos todavía fuertes para esgrimir las armas con honor, mi vida siempre dispuesta al sacrificio por noble causa, están a la disposición de nuestra Patria! ¡Vamos a pelear, vamos a que vean esos extranjeros, una vez más, que México siempre tiene hijos valientes y honrados!... ¡Muchachos, viva México!.....

—¡Viva!, contestaron todos y agregaron: ¡Viva nuestro coronel Ramírez!.....

Lo tomaron en hombros y se fueron sin que ni un momento cesaran las aclamaciones a la Patria, al pueblo y a la libertad.

CAPÍTULO SEGUNDO

Quién es don Pascual

I

A unos 43 kilómetros de la ciudad de Veracruz, está situada la villa de Soledad de Doblado, en el camino del ferrocarril Mexicano. En esta villa, célebre en la historia porque allí tuvieron lugar los preliminares de los tratados de paz entre el Gobierno del Presidente Juárez y los representantes de las naciones del continente europeo, Francia, Inglaterra y España, el año de 1862; en esta villa, decimos, vivía una familia que por su posición gozaba de la general simpatía y consideraciones de todos los vecinos. De esta familia era hijo único un joven como de 17 años, en la época en que el señor coronel don Maximino Escobar puso sobre las armas unos cuantos hombres, para defender, a las órdenes del Gobierno de don Benito Juárez, la integridad de la Patria ultrajada por los franceses, a pesar de los famosos tratados de paz. Dicho joven se alistó como soldado, siendo uno de los más valientes con que contaba el coronel Escobar.

Pascual, que así se llamaba, era de arrogante presencia: alto, robusto, fuerte, blanco y de mirada penetrante. Había que verlo montado en su caballo, cómo lo hacía caracolear y cómo, al mismo tiempo, manejaba con destreza la reluciente espada, tirando tajos a diestra y siniestra.

—¡Bonito muchacho!, exclamaba el coronel cuando tenía ocasión de admirar su agilidad y su valor.

Terminada la guerra de intervención francesa, cuando ni un súbdito de Napoleón quedaba ya en el territorio mexicano, el coronel Escobar, patriota de corazón, quiso retirarse

a la vida civil licenciando a la fuerza de su mando; pero a súplicas del entonces Ministro de la Guerra, siguió en el ejercicio de las armas, siendo uno de los que, con todo denuedo, atacó a los reaccionarios que, con el general Díaz a la cabeza, proclamaron el plan de la Noria contra don Benito Juárez. Pero este ínclito ciudadano fué sorprendido por la muerte y se ahogó la revolución, puesto que habiendo cesado la guerra tuvieron que cesar los efectos, y pasó a ocupar la Primera Magistratura de la Nación el licenciado don Sebastián Lerdo de Tejada, por ministerio de la ley, pues era el jefe del Gabinete de Juárez.

Volvió el coronel Escobar a pedir su baja y tampoco se la dieron, por lo que tuvo que seguir prestando sus servicios, conservando, como es de suponer, al ya capitán don Pascual Ramírez.

En esta tercera época de la vida militar de don Pascual, fué cuando el general Porfirio Díaz, rebelándose contra el Presidente don Sebastián, proclamó el Plan de Tuxtepec.

II

Perseguido tenazmente el general Díaz, se refugió en Veracruz, desde donde continuaba dirigiendo a sus aliados contra Lerdo de Tejada, cuyo gobierno dió instrucciones al coronel Escobar para que lo capturase "vivo o muerto".

—Mi coronel, decía una vez don Pascual, si usted me da su permiso, yo me encargo de aprehenderlo. Lo buscaré por todas partes, de casa en casa, y a pesar de toda su astucia y habilidad para escapar de la justicia, caerá en mis manos, que le harán sentir lo que pesan.

—En ti, como en ningún otro, tengo confianza, capitán, y espero que con toda eficacia me ayudarás a cumplir la orden que he recibido del Supremo Gobierno. Tú por tu lado, y yo

por el mío, vamos a procurar, ahora que podemos estar seguros de que lo tenemos encerrado en la ciudad, de que no se nos escape.

—Respeto como debo las disposiciones de mi coronel, y cuando de hacer un servicio a la Patria se trata, no me arredran los sacrificios por más grandes que éstos sean. Porfirio Díaz aquí las pagará todas juntas.

Después de esta conversación, supo el coronel Escobar que era muy posible que el rebelde se quisiese escapar en uno de los vapores que estaban para salir del puerto, por lo que le dijo a su capitán, viniendo ambos del muelle:

—En los días de mi vida me perdonaré si ahora se me vuelve a escapar; redoblemos la vigilancia para burlar su astucia.

—Salvo la mejor opinión de mi coronel, yo creo que tan pronto como pueda debo regresarme al muelle para escudriñarlo todo.

—Sí, en cuanto cumplas la orden que te dí, te regresas, que yo estaré pendiente por otro lado.

—¡El día más feliz de mi vida será éste, mi coronel!...

Tal era la conversación de los dos patriotas al regresar al centro de la ciudad, sin parar mientes en los muchos transeuntes que junto a ellos pasaban; pero de repente recapacita el coronel Escobar en que un carbonero, con quien se encontraron, tenía los mismos rasgos fisonómicos de Porfirio Díaz, y al decírselo al capitán don Pascual, ambos corrieron hacia el muelle donde comprobaron que el referido carbonero era el mismo a quien deseaban y ya iba lejos... muy lejos...

III

El caudillo de Tuxtepec triunfó. Don Sebastián Lerdo de Tejada abandonó la República, embarcándose en Acapulco, en un vapor americano, rumbo a los Estados Unidos. El mismo día—17 de noviembre de 1876—que abandonó la capital de México el Presidente Constitucional, hizo su entrada a ella el Presidente por la fuerza.

El coronel Escobar colgó su espada en un rincón de su casa, en la villa de Soledad, hasta donde lo acompañó el ya entonces también coronel don Pascual Ramírez, que se fué luego a colgar la suya.

Ambos cumplieron con su deber hasta donde sus fuerzas lo permitieron, sin lograr más recompensa que la de la satisfacción que produce una conciencia tranquila.

Había que dejar al tiempo obrar con la energía de las leyes de la evolución, que se encargarían, indudablemente, de que el adelanto y prosperidad de la joven República Mexicana no se detuviera, sino que tomara mayor incremento, haciendo que su nuevo gobernante no se despojara de los lauros de patriota que había alcanzado en las batallas que libró contra los franceses.

El Gral. Porfirio Díaz, gran conocedor de su pueblo, procuraba siempre ajustar su gobierno a la Constitución Política de la República; pero cuando veía que peligraba la paz, que a toda costa quería que fuera inalterable, como lo consiguió, hacía a un lado los preceptos constitucionales y con mano de hierro ahogaba a los descontentos de su gobierno.

Se dice de él que tenía coartada hasta la libertad del pensamiento; que la igualdad ante la ley no existía, y que sólo hacía imperar su despotismo y tiranía. Las futuras generaciones serán las que se encarguen de juzgarlo, pareciéndonos

que estarán de acuerdo con nosotros en lo siguiente: que la libertad la hubo dentro del orden, habiendo sido privados de ella los abusadores impulsados por su carencia de educación, que eran en mayoría abrumadora en el pueblo mexicano, siendo la única manera posible de llamar fuertemente la atención sobre el desenfreno de las pasiones que los conducía a traspasar los linderos del patriotismo; que la igualdad ante la ley sí existía para los que querían ajustarse a sus preceptos, y que el despotismo y la tiranía, si así puede decirse, eran empleados para someter a las enormes masas de pueblo, en rebelión contra todo lo que significaba paz, moralidad de costumbres y adelanto intelectual y material de la Nación.

IV

Poco tiempo después de que don Pascual volvió a su pueblo, contrajo relaciones amorosas con una de las principales señoritas de allí mismo y determinó casarse, como lo efectuó, trasladándose a Veracruz, donde se radicó definitivamente, estableciendo una casa de comisiones, que le dió magníficos resultados, gracias a las buenas amistades que dejó donde quiera que estuvo en su época de militar, porque su honradez acrisolada y sú rectitud intachable, hicieron que fuera bien querido por todas las clases sociales de todas partes.

De doña Elvira, esposa de don Pascual, podemos decir, para presentarla a nuestros lectores, que era una señora virtuosa en la más amplia acepción de la palabra.

El amor premió a estos esposos modelos con tres hermosas y lindas hijas y un hijo, a quienes dedicaron todas sus ternuras, todos sus cuidados y todas sus energías para crearlos y educarlos, cifrando en estas criaturas las esperanzas de su dicha.

Felices pasaban los años para don Pascual en el seno de su familia, pues sus negocios lo pusieron a la altura de poder

descansar de sus fatigas, viviendo de las rentas de algunas propiedades que adquirió; y conservando incólume su amistad con el coronel Escobar, iba de tarde en tarde a visitarlo.

V

Un día, cuando se encontraba nuestro don Pascual abstraído en la lectura de algún libro, porque era excesivamente amante de esos verdaderos amigos del hombre, recibió una tarjeta postal que decía:

"Querido compañero Pascual:

"Estoy enfermo desde hace tres días. Ven a verme. Recuerdos cariñosos.

M. ESCOBAR".

Como recibiera en la mañana temprano la tarjeta, desde luego se dispuso a tomar el tren mixto del ferrocarril Mexicano, que saldría para Orizaba a las doce y lo dejaría en Soledad. Dos de sus hijas, Luisa y Carolina, lo acompañarían.

Cuando llegaron a la estación para tomar el tren dicho, la encontraron adornada con palmas, guirnaldas de flores e infinidad de banderas y otras mil cosas que daban a todo el andén un aspecto hermosísimo de fiesta. ¿De qué se trataba?

Es que estaba para llegar el tren presidencial, que conducía al general Díaz y a su virtuosa esposa doña Carmen Romero Rubio, quienes acompañados de una gran comitiva regresaban de Tlacotálpam, adonde fueron con el objeto de pasar unos cuantos días en obsequio de invitación que connotadas personas de aquella ciudad hicieron al señor Presidente y a su esposa.

Ante la vista de tanto adorno, Luisa y Carolina se sor-

prendieron agradablemente, sintiendo no quedarse para presenciar la llegada de los viajeros que se esperaban.

En don Pascual sucedió que los recuerdos de su pasado acudieron a su memoria y le parecía estar viendo la figura del carbonero que se le escapó hacía años, según sabemos, en el puerto de Veracruz.

—¿Ya ven ustedes todo esto?, dijo a sus hijas, pues es la negación del "a priori" con que se juzgó a quien se ha agigantado por sus méritos de estadista. ¿Quién había de decirme, a mí, que Porfirio Díaz fuera capaz de merecer los honores y festejos que se le hacen en toda la República, y, sobre todo, hoy en Veracruz?

—Ya ves, papá, dijo Luisa; y si todos los hombres fueran nobles como tú para alejar de sí rencores y hacer justicia a quienes la tienen, nadie dejaría de hallar merecidos estos festejos a don Porfirio.

Una hora después estaban nuestros personajes en Soledad, cuya estación se hallaba también engalanada.

VI

El tronar de cohetes, los repiques de campanas, las aclamaciones de la multitud que se arremolinaba en la estación, y las notas marciales del himno nacional, anunciaron la llegada de don Porfirio Díaz a la histórica Soledad.

La comisión encargada de recibirlo se acercó a su coche, y después de las salutaciones de ordenanza, descendió el viejo militar para ir a la sala del Ayuntamiento y estar breves instantes allí, que sería a lo que se redujese la visita del "Caudillo de la Paz" a la histórica villa.

Ya en la sala toda la comitiva, se dijeron algunos discursos llenos de las alabanzas a que tan acostumbrado estaba don Porfirio, quien tuvo un momento de recuerdos de su vida

pasada y por ende de la manera que había llegado a ser Presidente de México; y acudieron a su memoria esos recuerdos, porque en esa humilde villa estaba ¿quién? el coronel Escobar, cuya espada siempre fué inflexible para él.

—¿Cómo no veo con ustedes al coronel don Maximino Escobar?, preguntó a uno de los de la comitiva soledadense, que tenía más inmediato. ¿Qué ya no vive aquí?

—Sí, señor Presidente, aquí vive; pero no forma parte de la Comisión. Debe de estar en su casa en compañía del coronel don Pascual Ramírez, que llegó hoy.

—Ah, ¿aquí está también el coronel Ramírez?

—Sí, señor Presidente, ¿queréis que los mandemos llamar?

—Tendría yo gusto de dar hoy al coronel Escobar un abrazo, porque es uno de los militares honrados de mi antigua época. Hacedme el favor de mandarle expresar mis deseos.

Recibió el recado don Pascual, quien lo trasmitió al señor Escobar, que permanecía en la cama, diciéndole:

—Nuestro antiguo amigo quiere dar a usted un abrazo.

—¿Qué dices, hombre, y ha venido a mi casa?

—No, compañero, está en el salón municipal, adonde tendría usted que ir.

—Ten la bondad de excusarme atentamente.

—Dice el señor coronel Escobar, contestó don Pascual al enviado, que siente mucho no poder ir porque está enfermo, para tener la satisfacción de dar también, a su vez, un abrazo al señor general Díaz; que muy atentamente le suplica se sirva dispensarlo, quedando muy agradecido de la nobleza de los deseos manifestados.

—Bien, iré a decir eso mismo; pero debo advertir a usted antes que el señor Presidente sabe que usted está hoy aquí y que extrañará que tampoco lo vaya a saludar.

—No tendría inconveniente alguno en ir, puesto que, como mi compañero el coronel Escobar, no conservo odio ni rencor alguno para quien fué nuestro enemigo a muerte en época pasada, convencidos de que ha llevado a la Nación a la paz y al progreso, con tanto patriotismo como no lo esperábamos.

—Entonces, ¿digo que irá usted?

—No; hágame favor de concretarse únicamente a dar la respuesta del recado que trajo.

Se fué el enviado, y enterado don Porfirio de la contestación del coronel Escobar, no pudo ocultar su contrariedad, porque no le satisfizo, y dijo:

—Es un hombre inflexible, ya lo sé. ¿Y por qué no viene el coronel Ramírez?, preguntó.

Pero no esperó respuesta, porque agregó:

—No me extraña; es la segunda persona de Escobar.

—Diez minutos después volvió a su tren, que a los acordes del himno nacional, ejecutado por unos cuantos músicos de Soledad, se alejó con dirección a la capital de la República.

Don Pascual decía al señor Escobar:

—Respeto como siempre la opinión de usted y ahora tranquilícese para que pronto recobre su salud.

—Si vieras, Pascual, que me siento mejorado. Tal vez la satisfacción de haberte visto, y que juntos como hace años, hayamos podido mostrar una vez más a Porfirio Díaz lo que somos, ha hecho reaccionar mis fuerzas, determinándose un alivio instantáneo.

—Sin embargo, cuídese hasta no conseguir sanar por completo. Yo también estoy satisfecho de que se haya llevado el general Díaz la impresión de nosotros, de que los hombres honrados cumplen con su deber; ayer como ayer y hoy como hoy.

Siguieron conversando de distintas cosas los dos antiguos

soldados, hasta que a las cinco de la tarde sonó el silbato del ferrocarril que arribaba de paso para Veracruz, y condujo a su casa a don Pascual y a sus hijas, de quienes nada dijimos porque nada de extraordinario les ocurrió departiendo con sus amigas y paisanas, durante la visita que vinieron a hacerles.

Algunos años después de los sucesos que acabamos de narrar, murió el señor Escobar, y se vistió de luto todo lo bueno de Soledad y la familia de don Pascual, quien exclamó al ver el cadáver:

—¡Así son las cosas de este mundo: lo que vale se pierde pronto!

VII

El conocimiento que tenemos ya de nuestro personaje, nos ha puesto en aptitud de poder apreciar en él un gran carácter, y no hay necesidad de decir, porque se inferirá, cuál fué su criterio cuando don Francisco I. Madero derrocó al general Díaz, haciéndolo salir para Europa arrastrando su inmensa cauda de adictos, hombres todos que componían lo mejor de la intelectualidad del país.

—No es así como debe pagársele a un hombre que dedicó toda su vida al engrandecimiento de su Patria, decía en todas las ocasiones oportunas.

Y la opinión pública, casi unánime, le contestaba:

—Pero si ya estábamos cansados de su gobierno; queremos otros hombres, deseamos otro ambiente que no sea el de la dictadura.

—Vería yo con gusto que me equivocara en mis juicios respecto de las consecuencias de todas las violencias que se han ejercitado en estos últimos días.

—¿Y de qué otra manera que no fuera por medio de las armas, habíamos de quitarle la Presidencia al general Díaz?

—Ahí está precisamente la causa de mi disgusto, respondía don Pascual. Madero no ha luchado contra don Porfirio, porque si éste fué reelegido en los últimos períodos, ya se hizo muy a su pesar, pues estaba cansado y quería retirarse: de manera que se impone la creencia de que él vió con júbilo que surgiera su sucesor aclamado y apoyado por el pueblo, porque así no habría responsabilidades para él mismo, por lo que pudiera acontecer después.

—Entonces, ¿contra quién se luchó?

—Contra los que no le permitían que abandonara el poder. En tal virtud, y puesto que Porfirio Díaz es una gloria para México como militar y como estadista, no debió exigírsele que abandonara el país, sino que debió habérsele jubilado, pues con ésto se habría conseguido: primero, que el mundo entero viera que se hacía justicia a quien la merecía; segundo, que la nobleza del agradecimiento nacional, satisfaría a los que, como he dicho antes, no permitían a don Porfirio dejar la Presidencia. y estarían sumisos al mandatario que lo sustituyó, entre otras consideraciones, por la de que el propio don Porfirio se los exigiría, lo cual sería quizás el factor que eliminara de la familia mexicana el atavismo de las revoluciones para disputar el Supremo Poder de la República.

¡Cuánta razón tenía don Pascual!, como puede verse por lo siguiente:

El Caudillo de la Paz se embarcó en Veracruz en el vapor alemán "Ipiranga", que lo llevó a Europa, no sin oír antes en el muelle protestas de venganza por hombres que él había formado en la política y la milicia. Como era de esperarse, según la tradición, Madero fué aclamado Presidente de la República, y ésta disfrutó de relativa tranquilidad por un lapso de tiempo

necesario para que se reorganizaran los miembros del derrocado gobierno. Después sucedió lo que también era de esperarse: el general brigadier Félix Díaz, sobrino de don Porfirio, se sublevó en Veracruz con las tropas de la guarnición, y como no había ya una mano fuerte que contuviera de un solo golpe los arrestos de insubordinación, sino que el señor Madero opuso su magnanimidad a la costumbre establecida de fusilar incontinenti a quien alterara la paz pública, pocos meses después el mismo general Félix Díaz, unido a otros militares, dió "el cuartelazo de la Ciudadela", en México, que tuvo por resultado que le arrebataran el poder al Presidente Madero, acribillándolo a balazos en el mismo Palacio Nacional de Gobierno, para aplicarle al cadáver, después de algunas horas, la "ley fuga"—creada por don Porfirio—cerca de la Penitenciaría de la misma metrópoli.

Cuando esto ocurrió, un grito de indignación, grito sublime, cundió como el retumbar de un trueno en recia tempestad, por todos los ámbitos de la patria del general don Nicolás Bravo, que desde su trono en la gloria de los héroes de la Independencia, se estremeció horrorizado. Y ese grito, indudablemente, que sería el precursor de sucesos graves, que nublarían el sol de la felicidad que el asesinado Presidente quería para su patria.

¿Quedaría impune tan horrendo crimen? ¡Imposible!... Pues ¿qué la civilización alcanzada por la familia mexicana había de consentir que existieran criminales en su seno? No; sintió la necesidad de acabar con ellos, y para esto no había otro medio que una nueva revolución que desde luego estalló en el Estado de Coahuila, acaudillada por don Venustiano Carranza.

No hay para qué pintar la situación moral del coronel Ramírez, con motivo de los acontecimientos de que venimos tratando.

—¿Qué puedo yo hacer ahora?, se decía. ¡Desdichado de mí! Otra vez a la guerra, sí, a la guerra! Mis hijos necesitan patria y hay que dársela, reivindicada en su honor...

Pero don Pascual, cuando colgó su espada, de acuerdo con su compañero el coronel Escobar, dijo besándola en la empuñadura: ¡Juro por el honor con que te guardo, no volverte a usar en guerra civil! ¿Lo cumpliría? Difícilmente si no hubiera sido hombre de un carácter tan severo como hemos tenido ocasión de saber que era el suyo; por consiguiente, adoptó otros sistemas para ayudar a la revolución en su obra de reivindicación, que consistieron en proporcionarle tanto parque, armas y dinero, cuanto le era posible, y levantar el espíritu público por medio de sus escritos en la prensa. ¿Sólo con la espada en una mano y el fusil en la otra se ayuda a una revolución? Don Pascual, sin traicionar su juramento, servía a la causa del pueblo, honrado y patriota.

CAPÍTULO TERCERO

La situación política

I

Tomada por don Pascual la determinación que conocimos en el capítulo anterior, eran inútiles cuantas intrigas se tramaban en su contra para evitar su acción, porque hay que advertir que todas las autoridades civiles y militares eran huertistas, es decir, partidarias del que asesinó al Presidente Madero para usurpar su puesto, de acuerdo con Félix Díaz y otros.

Cierta noche que, como a las once, iba don Pascual por la calle de Arista—rumbo a la de Bravo—donde celebraba juntas con sus amigos y correligionarios, para informarse del

resultado de la comisión que había dado a uno, para que comprara algunas armas, antes de llegar al hospital militar, se le acercaron tres individuos de la gendarmería, intimándole rendición con pistola en mano.

Nuestro hombre, que no había perdido en treinta y cinco años de inacción militar, su valor demostrado en las mil pruebas a que se sometió, con entereza admirable dijo a sus asaltantes:

—Si queréis cumplir con vuestro deber, no me rindo.

—Nuestro deber será mataros aquí mismo si os empeñáis en no obedecer.

—No me mataréis, os lo juro, porque no soy el que buscáis.

—¿No sois don Pascual Ramírez?

—El mismo, que en este momento va a cumplir con una misión delicada y encaminada a ayudar al pueblo mexicano en su lucha por reivindicar a la Patria. ¿Queréis saber más?

Ante la imperturbable tranquilidad de aquel hombre, estaban asombrados sus aprehensores, que sin quitar las bocas de sus pistolas de sobre él, lo veían de hito en hito. Uno de ellos hizo seña convenida y bajó su arma, la desmontó y puso en la pistolera que traía a la cintura, sacando de las bolsas de su chaqueta unas esposas para asegurar las manos de la víctima; pero no hizo don Pascual más que darse cuenta de lo que se trataba, cuando con una ligereza, que no se esperaban, echó una mano a cada pistola de las que quedaron apuntándole, arrebatándolas con fuerza, y dió tal puntapié al de las esposas, que lo hizo rodar y que se rompiera la cara contra las piedras del pavimento, donde quedó privado.

—Ahora, les dijo, si pretendéis huir o pedir auxilio os mato como a perros.

En estos momentos vió don Pascual que un transeunte se acercaba y reconoció que era un amigo y correligionario.

—¿Qué pasa aquí?, preguntó paseando su mirada por don Pascual, los gendarmes y el que continuaba inmóvil en el suelo.

—Ya te explicaré después; por ahora encárgate de ese herido y te espero donde sabes.

—Muy bien, mi coronel, contestó el recién llegado.

—Caminad por delante, y cuidado con chistar, dijo a los gendarmes desarmados.

Comprendiendo aquellos hombres que era el señor coronel de pocas pulgas, no se opusieron a su mandato y se dejaron llevar.

II

Cuando llegaron a determinada puerta de una vivienda de la calle de Bravo, tocó don Pascual con los nudillos de los dedos de manera convenida, y en cuanto abrieron hizo entrar a sus prisioneros cerrando tras él.

La sorpresa que recibió el que estaba en la casa y abrió la puerta, no es de las que se pueden contar, pues la presencia de la policía lo hizo suponerse futuro huésped de las galeras militares y candidato a pasar a la eternidad por la obra de cinco tiros; pero cuando vió que don Pascual tenía sus pistolas y que aquel par de hombres estaban sumisos bajo la influencia de su mirada, entonces ya no supo qué pensar.

Pasaron todos hasta la tercera pieza de la vivienda, donde sólo había una carpeta con útiles de escribir y unas cuantas sillas, un retrato del señor Madero, en un cuadro corriente, colgado a la pared y un mapa de la República.

Mandó sentar don Pascual a los gendarmes y se sentó él a la carpeta.

No bien se habían sentado cuando llegó el otro gendarme, acompañado de dos hombres que lo condujeron hasta allí.

Estaba vendado de la frente con un pañuelo, y según contaron sus custodios, volvió en sí tan pronto como lo levantaron del suelo.

El coronel Ramírez contó a sus amigos lo que había pasado, y después se dirigió a los gendarmes en estos términos:

—Cuando a la intimación que me hicísteis de que me rindiera, y os contesté que si íbais a cumplir con vuestro deber no me rendía, yo esperaba que no fuérais tan torpes para no recapacitar que obrábais mal, desde el momento que no cumple con el deber que tiene de ser honrado, quien se presta a ejecutar órdenes que infaman, ¿sabéis por qué?, pues porque cada hombre que matéis o simplemente aprehendáis por mandato de vuestros actuales jefes, es un elemento que se le quita a la vida de vuestra patria, y eso será una mancha negra, muy negra, que caerá sobre vuestras conciencias y trasmitiréis a vuestros hijos.

Aquellos hombres temblaron al sentir en sus almas el contacto con la luz de la razón.

—Yo no quiero, continuó don Pascual, haceros ningún perjuicio y es seguro que os lo haría si os dejara salir de aquí sin vuestras pistolas, ya que no os quité la vida con ellas; os las voy a devolver; pero sólo exijo una condición: que respetéis a los que como yo laboran por la felicidad y el honor de la patria, que debemos legar a nuestros hijos.

—¡Señor!... balbuceó uno de los gendarmes.

—¿Me prometéis lo que exijo? Respondedme categóricamente.

—Lo prometemos, dijo el de la venda, porque adivinamos quién sois y sentimos la necesidad de ayudaros en vuestra noble empresa, para lo cual estaremos pendientes de vuestras órdenes.

Tomó don Pascual el nombre de cada uno en una libretita, y entregándoles después sus armas:

—Idos en paz, les dijo.

Recibieron los tres sus pistolas y salieron, retirándose cuando hubo apuntado cada uno el número de la vivienda y otras señas especiales de la misma.

III

Ya se había reunido más de una docena de correligionarios de don Pascual, entre los que se contaban su hijo Jorge y nuestros conocidos Pancho y Manuel.

—¿Qué novedades tenemos?, preguntó el coronel cuando estuvieron solos.

—Que compré las armas que me encomendó usted y tuve la fortuna de entregarlas hoy mismo al capitán Guadalupe Ochoa, que sale mañana temprano para ir a reunirse con Cándido Aguilar. Aquí tiene usted el recibo que me dió.

Esto contestó Manuel, mostrando el documento que indicaba.

—Yo solamente sé, dijo otro, que Huerta sigue cada vez más enconado contra Wilson, a quien llaman sus periódicos "dientes de rocín", y que está haciendo lo posible para romper hostilidades con las fuerzas de los acorazados que están anclados en nuestros puertos.

—Sí, pero es difícil que los yanquis le hagan caso a un borrachón, criminal, como es Huerta, para pelear con nosotros, que no nos vamos a dejar vencer como quiera, ya que no tendremos más remedio que defender el honor de la patria hasta morir.

—Yo tampoco creo en la intervención, agregó otro, no precisamente porque no tengan deseos los americanos de

echarse sobre el "mamón", sino porque como dice Pancho, han de pensar que no así como así lo van a obtener. Sin embargo, como son tan ambiciosos y. se suponen invencibles, puede ser que se aventuren al fracaso.

Don Pascual estuvo oyendo a sus amigos y gozaba con sus manifestaciones de patriotismo para afrontar cualquiera dificultad que se presentara a entorpecer la empresa revolucionaria. Al fin, dijo, sacando de una bolsa de su saco, un papel impreso:

—Oigan ésto, que es copia del informe dado al Congreso de los Estados Unidos por el Presidente Wilson, en el "caso México", con fecha cinco de diciembre pasado, y que no fué publicado aquí, porque lo prohibió la Comandancia Militar.

"Washington, diciembre 5. (1).

"Señores Senadores y Diputados: Como el Ejecutivo de esta Nación, por su política de la Doctrina Monroe, se ha puesto sobre las espaldas el pesado fardo que ocasiona el compromiso de vigilar la libertad de los hijos de este continente y proteger a las Repúblicas Latino-Americanas de todo el extranjero, me permito, señores, suplicaros pongáis toda vuestra atención sobre la política que hemos observado respecto de nuestra vecina e infortunada República de México.

"Habéis tenido ocasión de observar, que el gobierno democrático emanado de la voluntad del pueblo, no existe ya en el poder, porque ese lo arrebató ilegítimamente un general al ciudadano que, con verdadera abnegación, trabajó por la libertad del pueblo, al que con innegable amor, le quitó de la cerviz el infamante yugo de la esclavitud, elevándolo a la categoría

(1) De éste, como de todos los documentos tomados de la prensa y otros lugares, se hace la copia fielmente.

de hombres y de ciudadanos (1). Es imposible, señores, que un país al que ligeramente le han tomado sus libertades, pueda cimentarse en la paz.

"Mi creencia es, en vista de los sucesos que se han venido desarrollando y que para vergüenza de la civilización hemos venido observando, que no puede haber paz en México. Yo he llegado a la conclusión, señores, después de usar de toda la paciencia que cabe en un hombre que ama a la libertad, que en México no puede haber paz mientras el general Huerta esté ocupando el poder que usurpó, por los antecedentes que han mediado para que él llegara a este puesto.

"La libertad de un pueblo nace y se robustece con los ejemplos que le dan sus mandatarios y como el gobierno del general Huerta representa un poder aparente, creo yo, señores, que es imposible que ese pueblo pueda respetar a un gobierno enemigo de la libertad, convertido en dictadura.

"Ha llegado la hora oportuna y el tiempo preciso de hacer comprender a nuestros hermanos de la América Latina, que nosotros los americanos, y el Gobierno de los Estados Unidos, no respetaremos ni reconoceremos a otros gobiernos que a los emanados de la voluntad popular, que es la LEY, o sean los CONSTITUCIONALES.

"Nosotros representamos la civilización (2) y por siglos hemos demostrado que amamos la libertad; y por tal motivo, ha llegado la hora de que tratemos al gobierno de México con mano firme, y para evitar las responsabilidades que sobrevengan con las potencias europeas, las invitaremos formalmente

---

(1) Por ésto se infiere, que Mr. Wilson sólo conoce a México por los cuentos que le hacen nuestros denigrantes sus paisanos.

(2) Ya tendremos lugar, en el curso de esta obra, de saber en qué hacen consistir su civilización.

a que presencien los hechos que en lo futuro se desarrollarán, influyendo moralmente para realizar la Paz.

"Esta determinación, no abriga ni por un momento, la idea de lastimar la dignidad de nuestros hermanos los mexicanos y mucho menos la inspira el deseo de tomarles un palmo de su tierra.

"Nuestras energías se reducirán a destituir del poder a un Gobierno ILEGAL como lo es el del general Huerta, que emanado de la revolución, está siendo vencido por esta misma y su poder sólo se reduce a la capital de la República.

"El dicho gobierno ha perdido por completo las simpatías del pueblo mexicano, y esperamos su caída de un momento a otro, bajo el aplastante poder de las armas.

"Ahora, señores Senadores y Diputados, a ustedes corresponde estudiar esa grave cuestión y resolverla; de ella no he querido ser yo el único responsable, por escrúpulos de conciencia. (1). Por tal motivo, someto a la consideración de ustedes el "caso México", y espero que me autoricéis para proceder con arreglo a los principios que imponen la CIVILIZACIÓN Y LA LIBERTAD.

WILSON".

IV

Apenas terminada la lectura, golpes repetidos con insistencia, en la puerta, hicieron a todos levantarse para inquirir quién llegaba.

Corrió Manuel a la azotea y desde arriba reconoció a uno de los gendarmes que antes habían estado allí. Bajó y comu-

---

(1) No se sabe lo que en Estados Unidos se entienda por "escrúpulos de conciencia".

nicó la noticia a don Pascual, quien ordenó se le abriera y dejara entrar. Era el herido.

—¿Ya se fué mi coronel?, preguntó inquieto.

—No; ¿qué ocurre?

—Quiero hablarle.

—Pasa, le gritó don Pascual, desde la carpeta, donde continuó sentado. ¿Qué nuevas traes?

—Ha dispuesto el Comandante Militar, que una fuerza de 25 hombres cerque esta casa y haga prisioneros a los que estén aquí, efectuando después un minucioso cateo. Huya usted con sus amigos, porque no hay tiempo que perder; ya vienen.

Y acabando de hablar, salió precipitadamente.

Don Pascual y sus acompañantes apagaron las luces, tomaron por la escalera de la azotea, y se bajaron por otra de una casa distante, donde vivía un amigo, y desde donde pudieron observar lo que pasó.

Efectivamente, llegó una fuerza de veinticinco hombres, abrió la puerta a golpes y empujones y penetraron unos cuantos.

Media hora emplearon en recorrer todos los rincones de la casa, que por todo mueblaje hemos visto que tenía una carpeta y varias sillas, un retrato de Madero, un mapa de la República y nada más. Así que parecieron convencerse de su infructuosa visita, salieron llevándose el cuadro con el retrato consabido. ¿Lo irían a fusilar como al cadáver del que representaba?

V

Al día siguiente de los sucesos que acabamos de narrar, se encontraba don Pascual, como a las tres de la tarde, en el estrado de su casa, rodeado de su familia, cuando llegó un capitán de los empleados en la Comandancia Militar, y desde la puerta, después de saludar atentamente, dijo:

—¿Tiene usted la bondad, señor Coronel, de dispensarme un momentito?

—Con mucho gusto, señor capitán, pase usted, contestó don Pascual.

Pasó el aludido y expresó:

—Vengo por orden del señor Comandante Militar, para que se sirva usted acompañarme a ir a verlo.

—¿De qué se trata, no sabe usted?

—No sé, señor.

—Pues hágame favor de decirle que no me encontró.

—Con todo gusto lo haría para evitar a usted la mortificación de ir conmigo; pero es preferible que me acompañe, pues rogué al señor Comandante que así fuera en vez de otra determinación que había tomado.

—Gracias, amigo mío, entiendo ahora. Dispénseme la indicación que le hice antes, y permítame que tome mi sombrero.

—Lo que usted guste.

Entró don Pascual en la pieza contigua y no sólo tomó su sombrero, sino también un agudo puñalito que se colocó en la pretina del pantalón, cubriéndolo con el chaleco.

Salió con el capitán, dejando a su familia profundamente alarmada.

Ya en la calle le habló el capitán de esta manera:

—Creyendo hacerle un servicio a la causa de la revolución de que es usted representante aquí, no recogí unos papeles que me encontré en la carpeta donde con sus amigos trabaja en la casa número... de la calle de Bravo: uno de esos papeles era un recibo firmado por un señor Guadalupe Ochoa, relativo a unas armas que se llevó ayer para Cándido Aguilar; pero por otros conductos ha recabado el general Maass, datos ciertos de que esa y otras muchas remesas de parque, armas y dinero ha hecho usted a los revolucionarios contra el gobierno, y no será difícil que lo detenga y lo interne en una de las

galeras militares donde ya se sabe que se anochece y no se amanece con vida.

—¿Usted fué el que efectuó anoche el cateo de la vivienda que me indica?, preguntó don Pascual con toda tranquilidad.

—Sí, señor; a mí me encargaron esa desagradable misión.

—¿Y qué hubiera usted hecho si nos sorprende allí?

—Bien sabía yo que no los había de sorprender.

—¿Por qué?

—Porque les mandé un recado con el gendarme del punto, que es buen amigo mío, antes de que llegáramos.

—Gracias, capitán. ¿Le simpatiza nuestra causa?

—La amo, mi coronel, y siempre que puedo la favorezco. Pero ahora piense usted en su situación, que a mi entender es comprometida.

—No me preocupan las intrigas canallescas, porque el hombre honrado en cualquiera circunstancia es hombre.

Se quedó sorprendido el capitán de la contestación de don Pascual, la que le hizo comprender todo lo que valía, y qué enorme diferencia había entre él y el señor Comandante. Parece mentira—pensó—que los infames ejerzan autoridad sobre esta clase de individuos de quienes ya quisieran una pizca de honor. Es preciso salvar a este hombre, y lo salvaré.

—Dispensadme, mi coronel, esta pregunta: ¿tenéis absoluta fe en el triunfo del constitucionalismo acaudillado por don Venustiano Carranza?

—Sí, señor, absoluta, porque es la causa del pueblo contra un asesino que usurpó sus derechos.

—¿Pero cuenta usted con los efectos de la intervención americana? Parece que será un hecho.

—No cuento, porque no debo contar con semejante cosa que no habrá.

—Bueno, mi coronel, ya estamos cerca de la Comandan-

cia y me falta suplicarle me considere de los suyos, dispuesto a servirle en lo posible.

—Gracias, capitán, lo tendré presente.

Y ambos entraron a la oficina del general Maass.

VI

Hemos visto que cuando salió don Pascual de su casa con el capitán, la familia quedó profundamente alarmada, pues ¿cómo no, si sabía que muchas personas habían sido arrebatadas de sus hogares por orden del señor Comandante Militar, sin que se volvieran a ver más? Era público y notorio que de la manera más infame se consumaban diariamente en las galeras de los cuarteles los asesinatos de todas aquellas personas que se manifestaban desafectas al gobierno de Huerta; de modo que los 25 de junio de 1879 llegaron a repetirse tanto en Veracruz, que la consabida frase de "mátalos en caliente" hubiese sido escrita más de cien veces.

Jorge, que se encontraba en su casa cuando salió de ella su padre con el capitán para la Comandancia, se fué siguiéndolos y se situó enfrente, apoyándose en el marco de la puerta de la escuela "Josefa Ortiz de Domínguez".

Doña Elvira quedó medio loca, y no hay cómo explicar el estado de sus pobres hijas. No lloraban, porque sus ojos no podían derramar las lágrimas que aprisionó el corazón al oprimirse con el dolor. Tampoco hablaban, porque la garganta se congestionó. Ménos se pudieron mover de los asientos que ocupaban, porque sus miembros estaban rígidos... Y así permanecieron unos cuantos minutos, hasta que dos jóvenes, vestidos con uniformes de los alumnos de la Escuela Naval, se presentaron a la puerta.

—¡Pepe!...

—¡Enrique!...

Exclamaron a un tiempo Luisa y Carolina respectivamente, y se echaron a llorar con amargura, como si entonces el corazón se hubiera convertido en fuente de lágrimas.

La impresión de los jóvenes ante aquel recibimiento los dejó estupefactos.

Las vecinas inmediatas ocurrieron con presteza y asustadas a ver qué pasaba a sus queridas amigas, convirtiéndose aquella casa donde siempre reinaba la alegría, en un recinto de dolor.

Rosita, hija de doña Anita, a quien ya conocemos, corrió a consolar a Graziela; doña Anita a doña Elvira; Pepe a Luisa y Enrique a Carolina.

¡Vaya un cuadro más triste, pero más hermoso: la amistad y el amor, tratando de endulzar la amargura de infinito sufrimiento!

—¿Qué le pasa, mi vida?, preguntaba doña Anita.

—¿Qué tienes, querida?, decía Rosita.

—¿Por qué lloras, alma mía?, susurraba Pepe.

—¿Qué te aflige, cielo mío, balbucía Enrique.

Pero nadie obtuvo respuesta sino hasta que pasaron algunos instantes, y fué Luisa la que primero dijo:

—¡Nos han arrebatado a papá!... ¡Lo van a fusilar!... ¡Ay, Dios mío!...

Pepe y Enrique se cambiaron una mirada y sus semblantes se demudaron tanto, sus naturalezas se excitaron a tal grado, que mucho esfuerzo les costó dominarse para seguir consolando y no acabar de desesperar a la angustiada familia.

Doña Anita no comprendió lo que Luisa dijo, y Rosita estrechó entre sus brazos a Graziela, y lloraba, lloraba tanto como ella.

Por fin, a tantos ruegos y exhortaciones de Pepe y Enrique, tuvo una tregua la desesperación, y Luisa entre sollozos cortados refirió lo que había pasado con su padre.

—No temáis, exclamó después Pepe; tened fe en que nada sucederá a vuestro padre, porque ante el verdadero valor y la honradez se humillan los cobardes y los miserables. Serenaos, no os dejéis dominar por la impresión de los prejuicios; ¿quién os ha dicho que será fusilado vuestro padre? ¿El corazón? ¡Oh!, el corazón no razona; el corazón no puede analizar las causas que originan determinados efectos; el corazón no sirve más que para amar y es triste dejarse conducir sólo por él. No; vuestro padre no morirá; ¡qué digo!, no sufrirá quizás ni la millonésima parte de todo lo que habéis creído, y cuando os veamos Enrique y yo tranquilas, iremos a buscarlo para traéroslo libre, sano, como siempre amoroso, como siempre dispuesto a sonreiros.

VII

Apenas si se dignó mirar el general Maass a don Pascual, cuando llegó a su presencia; pero semejante proceder, lejos de desconcertarlo, le produjo una sonrisa de satisfacción, porque bien sabía que los cobardes y miserables rehuyen la mirada de unos ojos que centellean a las emanaciones de la honradez, el valor, la dignidad.

Se levantó el general Maass de su asiento, se acercó a su secretario el coronel Contreras, y después de unas cuantas palabras que le dijo en voz muy baja, abandonó el despacho y tomando la escalera que conduce al piso alto en la Comandancia, desapareció.

El secretario brindó asiento a don Pascual, mandó retirar al capitán que lo condujo allí, y principió a tramitar una diligencia, que por lo injustificado de ella, hacemos gracia al lector de no anotarla íntegra. Soló diremos que se le tomaron sus generales al presunto criminal y se le leyó una exposición

de cargos en su contra por sedición, que oyó sin aparentar el menor indicio de inquietud, y que cuando se le preguntó qué tenía que exponer en su defensa, contestó que se reservaba sus derechos para hacerlos valer en tiempo y forma.

—Siendo éste que se le instruye un juicio sumarísimo, no hay tiempo que perder, pues se le declarará responsable de los delitos de que se le acusa y la sentencia vendrá desde luego.

—Ya conozco el mecanismo de esta oficina más de lo que quisiera; por consiguiente, deseando ahorrar a usted molestias, ratifico lo que tengo dicho.

—Pues entonces, mientras doy cuenta al señor Comandante y se dicta la sentencia, va usted a tener la bondad de pasar a uno de los cuarteles, por un momento.

—Obedeceré, señor secretario; pero antes me va usted a permitir hablar dos palabras con el señor Comandante.

—No habría inconveniente si estuviera aquí, y no en su despacho de arriba, adonde ocurre para dictar sus acuerdos, sin que nadie lo moleste.

—Si usted me hace favor de decirle que seré breve, yo creo que accederá a concederme lo que, con el derecho que me asiste, le pido a la autoridad que juzga mis actos.

VIII

Llamó el secretario al capitán que conocemos, porque fué el que condujo a don Pascual allí, y le ordenó:

—Suba usted a ver al señor Comandante y dígale que este señor desea hablarle dos palabras; que si le hace favor de concederle permiso para subir.

Fué el capitán a cumplir lo mandado; pero recapacitando que todo era sólo fórmula para consuelo de la pobre víctima, y pensando, además, que don Pascual podría tener entre sus

manos la salvación de su vida si hablaba con el comandante, se le ocurrió que era necesario dejarlo obrar, y para el efecto, cuando entró al despacho secreto del general Maass, le dijo:

—Dispénseme Ud., mi general, si me he permitido venir a interrumpirlo; pero he juzgado de suma importancia comunicarle que cuando venía yo con don Pascual de su casa a esta Comandancia, procuré con astucia sacarle alguna noticia sobre un complot que supe anoche existía para asesinar a usted. Y no fueron del todo infructuosas mis pesquisas.

Al oír esto el general Maass, cayósele la pluma llena de tinta que estaba usando y echó a perder una larga comunicación que iba a firmar. Los oídos le quedaron zumbando y se puso tan pálido, que el capitán tuvo lástima de él y agregó a lo dicho:

—Yo creo que no hay que alarmarse todavía, porque si usted dispone que don Pascual suba a su presencia, como es un hombre que antes de decir una mentira es capaz de dejarse ahorcar, le contará todo lo que sepa, y dictará usted sus disposiciones para que no se escape ninguno de los que figuran en el complot, con lo que, por otra parte, ganaremos fama en el ánimo del señor Presidente de la República.

—¿Y cómo no me había usted dicho eso antes?, dijo aparentando energías, el general Maass.

—Perdóneme usted, mi general; pero yo quería traerle todos los datos, porque pensaba volver a hablar sobre el asunto a don Pascual.

—Pues háblele usted, todavía le quedan horas de vida.

—Señor, permítame decirle que las circunstancias favorecen a usted más que a mí ahora, porque usted, aquí solo con él, puede ofrecerle el indulto de su vida y su libertad si le revela todo, y ¿cómo se resistirá al deseo de vivir? Después se le fusilará de todas maneras.

—Bueno, capitán, cuente usted con su ascenso por el servicio que me hace, y tráigame a ese hombre aquí al instante.

Veloz como el viento, bajó el capitán y dijo al secretario:

—Por orden de mi general, que suba a verlo este señor.

—Acompáñelo usted, capitán.

Al salir don Pascual del despacho donde estaba, para dirigirse a la escalera, vió que cuatro soldados y un sargento lo esperaban en la puerta de la calle. Pareció no darse cuenta y subió a enfrentarse con el general Maass.

IX

Con la apariencia de una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir Maass, desde el momento que supo lo del complot, esperó a su nueva víctima haciendo que leía algo interesante en un periódico, y sintió algo tan intenso en todo su cuerpo cuando don Pascual se paró frente a él, que se estremeció sin poderlo evitar.

Nuestro don Pascual, que lo estaba examinando con interés, al observar el estremecimiento esbozó una sonrisa de satisfacción, porque pensó que el miserable debía sufrir mucho siempre que estuviese delante de gente honrada.

Sin quitar la vista del periódico, le dijo Maass:

-- Siéntese, amigo.

Pero el coronel Ramírez quedó impávido, como si no hubiese oído. Entonces el comandante, dejando el periódico, se paró y fué a sentarse nuevamente al confidente que había en el estradito del despacho, e indicando al capitán custodio que se retirara, ofreció a su víctima otra vez asiento en un mecedor cercano a él.

Sentados ya, preguntó Maass:

—¿Instruyeron a usted de las acusaciones que se le hacen?

—Sí, señor.

—Por supuesto que todo eso será cierto.

—No todo; pero cuanto se relaciona con mis trabajos de revolucionario, no hay por qué deba yo negarlo, desde el momento que todo hombre que honradamente quiera llevar el título de mexicano, está en la obligación de luchar por la reivindicación del honor de la Patria, ultrajado por esa chusma de miserables que se llaman huertistas.

Como impelido por un resorte, se puso en pie Maass; pero también don Pascual, sacando el puñal que llevaba; y continuó:

—Tranquilizaos, señor general, porque la hora de la conciencia ha llegado para usted, y tendréis que oírme. No os preocupéis por el arma que tengo en las manos, pues de ella usted será el que haga uso contra usted mismo.

—¿Pero qué es lo que pretende usted? ¿Olvida acaso que soy el Comandante Militar y que puedo castigar los insultos al señor Presidente y a mí?

—No olvido nada, y respecto de lo que pretendo es recordaros que para que tengáis derechos debéis tener obligaciones, es decir, que para que podáis castigar con justificación al que insulta al señor Presidente y a vos mismo, debéis respetar uno y otro los derechos de ciudadanos, según los preceptos de nuestra Constitución Política, pues como lo estáis haciendo, imitáis a Nerón, que es a lo que equivale que asesinéis a la Patria.

Oprimiéndose el pecho con ambas manos se dejó caer en su asiento el general Maass, y el sublime don Pascual, con aire de satisfacción, porque se había impuesto en la conciencia de aquel hombre, sonrióse y continuó:

—No me cabe la menor duda que al hacerme venir a esta oficina, fué con el propósito de fusilarme en el interior de los cuarteles, como es la suerte que han corrido muchos en las mismas circunstancias de aquel 25 de junio de 1879; y ¿qué

conseguiréis con mi muerte? ¿que no haya quien lave el honor de la Patria, manchado por vosotros?

—¡Señor!... balbuceó, casi imperceptiblemente, el general Maass.

—Os complacéis, siguió diciendo el intrépido don Pascual, en el dolor que hacéis sufrir a nuestra República con vuestra conducta, y tal vez por eso queréis llegar hasta lo inconcebible, como es la provocación a nuestros eternos enemigos los yanquis, para que este sagrado suelo sea mancillado por sus plantas. Oh, señor general Maass, si la voz de vuestra conciencia os da el nombre de mexicano, aquí tenéis este puñal, atravesaos el corazón, si no queréis cargar eternamente el peso del crimen que cometéis, asesinando a vuestra propia madre.

Quizás inconscientemente, tomó Maass el puñal y lo devolvió al coronel Ramírez, diciéndole:

—¡Basta ya! No puedo tolerar que sigáis hablándome como lo habéis hecho, porque no sé a lo que me impulsaréis. Podéis retiraros.

—¿Que me vaya? No así como así.

—¿Qué decís?

—Que es necesario que antes déis orden de que destruyan el inventado proceso abierto en mi contra; que se retiren los soldados que me esperan para conducirme al sacrificio, y que me aseguréis que no volveré a ser molestado, ni mis correligionarios tampoco, en la continuación de la empresa de reivindicar a la Patria en su honor ultrajado.

Resueltamente se levantó Maass de su asiento y se dirigió a su escritorio, tomó la pluma y escribió:

"Queda en absoluta libertad el señor coronel don Pascual Ramírez, por ser falsos los cargos que se le hacían". Veracruz, 18 de abril de 1914. El Comandante Militar, GUSTAVO MAASS."

Y al entregar la boleta le dijo:

—No obstante que vuestras palabras han sido la voz de mi conciencia, no puedo prescindir de los compromisos que tengo contraídos, porque carezco del suficiente valor, como lo habéis visto, para arrancarme la vida con vuestro puñal; de manera que aquí tenéis lo que necesitáis y daré las órdenes conducentes a la seguridad de los suyos y a la vuestra misma.

Tomó don Pascual la boleta de libertad que se le entregaba, y salió del despacho envolviendo con una mirada de profundo desprecio al general Maass, quien pensaba que con la indulgencia concedida, el complot contra él, de que le hablara el capitán, abortaría y seguiría gozando de la vida tranquilamente, toda vez que su conciencia estaba demasiado corrompida para detenerse en contemplaciones para la conservación de la Patria.

CAPÍTULO CUARTO

Primeros nubarrones o los sucesos de Tampico

I

La fecha de la orden de libertad que extendió Maass a don Pascual, nos hace saber cuándo tuvieron lugar los últimos sucesos que narramos en el Capítulo anterior, y sólo nos falta indicar la hora en que salió de la comandancia nuestro héroe: eran las cinco y cuarto de la tarde. Es decir, que permaneció allí tres horas y cuarto, minutos más o menos.

Su hijo Jorge, que no perdía ningún pormenor de los que podía observar desde la puerta de la escuela "Josefa Ortiz de Domínguez", vió cuando abandonó Maass el despacho y se su-

bió al piso alto de la oficina; cuando leyeron a su padre el proceso que le estaban formando; cuando llegó la guardia de cinco hombres a cubrir la puerta de salida; cuando después que el capitán subió y bajó del gabinete secreto, fué su padre con el mismo capitán; cuando apareció éste solo y se quedó guardando la escalera, y, por último, cuando bajó su padre, enseñó el papel que traía, se retiró la guardia y salió de la comandancia tomando el camino de su casa. Pero cuando ocurrieron los últimos acontecimientos, ya no estaba solo Jorge, pues lo acompañaban Pepe y Enrique, y los tres corrieron a alcanzar a don Pascual, quien les sonrió amablemente, preguntándoles:

—¿De dónde vienen, hijos míos?

—De la escuela, papá, contestó Jorge.

—¿Qué tuvieron alguna fiestecita por allá?

—Sí, muy divertida, volvió a contestar Jorge.

—¿Cómo está el señor Azueta?

—No, papá, no se trata de la Escuela Naval; estuvimos en la escuela "Josefa Ortiz de Domínguez" situada frente a la comandancia militar.

—Ah, ya comprendo ahora. Pero no los vi.

—Es que seguramente estabas divertido como nosotros.

—Bueno, se les agradecen sus cuidados; pero todo se redujo a una tempestad en un vaso de agua.

—¿Arregló usted algo?

—Sí, lo arreglé todo; pero no hablemos por ahora sobre este asunto. Vamos para casa, que es seguro que la familia estará alarmadísima.

—Hará apenas una hora que vinimos de allá a reunirnos con Jorge, dijeron Pepe y Enrique.

—Ah, ¿estuvieron en casa?

—Sí, señor, acababa usted de salir cuando llegamos nos-

otros y nos encontramos muy alarmadas a todas; pero conseguimos tranquilizarlas un poquito.

—Vaya, vaya, exclamó don Pascual, pues vamos a tranquilizarlas por completo.

II

No somos capaces para describir el gusto que tuvieron doña Elvira y sus hijas al abrazar a don Pascual cuando llegó; de manera que dejamos a tan simpática familia para volver a la Comandancia Militar. En los momentos en que tenía lugar la escena del despacho secreto, se recibió un largo cablegrama de Tampico, cuyo contenido regocijó a unos y exaltó los ánimos de otros, entre los empleados, pues se trataba de algo muy serio, que estaba ocurriendo allá, entre las fuerzas del general Morelos Zaragoza y la tripulación de un buque de guerra americano llamado "Dolphin". El secretario coronel Contreras estaba ya desesperado porque acabara la entrevista de don Pascual con el comandante, para pasarle a éste el referido cablegrama, y así fué que cuando vió la boleta de libertad, verdaderamente no le dió importancia, máxime que era autógrafa, y sólo se preocupó por despachar cuanto antes ese asunto para estar pendiente de lo que ordenara el general Maass cuando viera el cablegrama que se encargó nuestro conocido capitán de llevarle.

Entró éste al despacho y sólo notó que el comandante estaba pálido; pero no juzgó digno de aprecio ese detalle. Sin decir palabra dejó el cablegrama frente al general sobre la carpeta y salió en seguida.

Casi media hora pasó sin que diera señales de vida Maass, pues don Pascual lo dejó en un estado deplorable de ánimo; pero al fin se limpió la cara con el pañuelo, se atusó el bi-

gote y calándose los lentes sobre su recta nariz, tomó el cablegrama. Así que lo leyó por dos veces, para convencerse de que no era mentira, exclamó como si alguien hubiera de oírlo:

—¡Gracias, Dios mío, que nos has mandado la salvación!

III

Habían sonado ya las ocho de la noche, cuando se presentó Pancho en casa de don Pascual a buscar a Jorge para invitarlo a dar un paseo, y tras breves instantes salieron ambos jóvenes, que al fin fueron a parar a la ya conocida vivienda de la calle de Bravo.

Allí estaban varios amigos y entre ellos el capitán, que también conocemos, en traje de civil. Se introdujo, porque se acompañó de uno de los asistentes a ese centro revolucionario, y naturalmente que todos lo veían con recelo y no hablaban nada que fuera a crearles dificultades, Jorge conoció al capitán desde que lo vió allí, y como ya don Pascual le había hablado de él, se le acercó y le dijo:

—Caballero, le soy deudor de las atenciones que tuvo hoy con mi padre, y por lo pronto le ruego acepte mi amistad estrechando mi mano.

El capitán era un joven casi de la misma edad de Jorge; alto, no muy delgado, pero tampoco grueso, ojos de mirada viva e inteligente, color apiñonado claro, de naciente bigote, revelando un carácter juicioso, pero resuelto.

—Ya tenía el gusto de saber que es usted hijo de mi coronel Ramírez, y me siento muy honrado estrechando la mano de amigo que me tiende, asegurándole que su deuda para conmigo no tiene razón de existir, toda vez que no he hecho nada que merezca la pena por su señor padre, digno de que

se le venere por su amor infinito a nuestra patria, aparte de otras cualidades que lo caracterizan. Precisamente he venido aquí a buscarlo para darle una noticia importante; ¿no sabe usted si vendrá?

—Es seguro si no le interceptan el paso. Pero permítame que lo presente a mis amigos.

—Con todo gusto.

—Señores, dijo Jorge dirigiéndose a los concurrentes: tengo el gusto de presentar a ustedes al capitán, señor....

—Juan Gómez Anaya, acabó de decir el aludido.

Saludaron con una inclinación de cabeza, y continuaron sus charlas divididos en pequeños grupos.

—Cinco minutos después entró don Pascual a cuyo encuentro fué el capitán y le dijo:

—Tengo que comunicar a usted una noticia, mi coronel.

—Hable, capitán, aquí está usted entre gente buena.

—Se recibieron noticias sumamente graves de Tampico. Las fuerzas del general Morelos Zaragoza, que combaten contra los constitucionalistas en aquella región, apresaron hace unos días a unos marinos del buque de guerra americano "Dolphin", y el almirante de la escuadra exigió una satisfacción por el atropello y parece que no hay intenciones de dársela, a fin de que proceda como mejor quiera.

—Me imaginé en cuanto vi a usted aquí, que algo extraordinario había pasado.

Y dirigiéndose en voz alta a todos continuó:

—Señores: nuestra labor sigue siendo fructífera. Entre los muchos que diariamente se adhieren a nuestra causa, contamos hoy al capitán presente, que nos trae la siguiente noticia: En Tampico, que como sabemos está siendo atacado por nuestro valiente pueblo, los huertistas, en su desesperada situación. han ocurrido a lo que ellos creen que es el medio de

salvarse: aprehendieron hace unos días a unos marinos americanos, se les exige una satisfacción por tal hecho y se resisten a darla. Pues bien; creo necesario decir a ustedes que no debemos dar importancia a esos incidentes, porque ya hemos visto por las declaraciones de Mr. Wilson, en el informe que leyó en el Congreso de su país, el 5 de diciembre pasado, que nada tenemos que temer de los americanos, que yo considero aptos para salir airosos de esas telas de araña que les tienden los huertistas.

—Permitidme, coronel, que diga, exclamó uno, que a pesar del contenido del informe a que alude usted, no hay que confiar en los yanquis, porque demasiado sabemos que son egoístas por excelencia y no altruistas como pretenden que se les reconozca. Sus protestas de amistad yo las comparo con los cantos de las sirenas, y esas telas de araña, como acertadamente llama usted a las intrigas huertianas contra los referidos yanquis, las considerarán redes de acero que deben romper a cañonazos, porque la cuestión es el pretexto para satisfacer sus naturales instintos.

—¿De modo que cree usted que Huerta será afortunado en su combinación? preguntó don Pascual.

—No lo dudo, porque ha tenido el buen tino de aprovechar la disposición de un cauce para abrirlo a la corriente impetuosa de un río.

—Está usted muy pesimista, amigo mío; pero es porque no considera que la naturaleza está dispuesta de tal manera bien para que las sociedades vivan, que no es fácil el equilibrio entre las diferentes razas que pueblan la tierra. ¿De qué sirve a los americanos estar armados "hasta los dientes" si les faltan dos cosas que a nosotros nos sobran: valor, para desafiar los peligros en lucha cruenta, y carácter inquebrantable para sostenernos luchando hasta vencer o morir?

Esas protestas de amistad, serán cánticos como usted dice; pero, a mi juicio, no precisamente de sirena, sino para disimular el verdadero estado de ánimo. Si nuestro México tuviera las condiciones geográficas de Cuba, por ejemplo, entonces estaríamos perdidos, porque con cercarnos con sus barcos de guerra, cuyos fuegos nos alcanzarían aun en medio de nuestro país, se burlarían de nosotros impunemente; pero que vengan aquí, que tomen nuestros puertos (lo cual no podríamos evitar) ¿y qué? ¿ya será de ellos la victoria? De ninguna manera, pues diez millas adentro de las costas, ya veremos si no los aniquilamos.

—¿Y con qué armas? preguntó el mismo que había hablado antes.

—Además de las naturales de nuestro territorio....

—¡Con las que les quitemos! ..... agregaron en coro casi todos.

IV

Al día siguiente (domingo 19 de abril) estaba don Pascual muy de mañana en el estrado de su casa, esperando que le avisaran que podía ir a desayunarse, y tomando un magazine titulado "The World's Work", que estaba por ahí cerca, lo abrió donde había una marca puesta y se encontró con unas declaraciones de Mr. Wilson, que decían:

"Un país de la extensión y poderío del de los Estados Unidos, puede esperar todo el tiempo que quiera. Nadie duda de su poder y nadie duda de que el señor Huerta está próximo a retirarse (estas notas son del dos de marzo próximo pasado.) *No hay que vacilar en creer que en México se hará lo que queramos que se haga. Pero los que tienen mucha prisa porque se hagan las cosas como ellos dicen, se olvidan de que*

ellos mismos son los que las tienen que hacer. Todas las personas que quieren que inmediatamente se haga algo, tendrán que contribuir a ello con hermanos, con hijos, etcétera, lo cual no será preciso si quieren esperar.

"En cuanto al reconocimiento del gobierno de México, lo que esperamos y lo esperan todos los gobiernos es el desarrollo regular que conduzca al propio establecimiento de un gobierno constitucional. Quiero decir unas cuantas palabras sobre la situación de los Estados Unidos, para que no se haga ni se diga nada que contribuya hacerla más difícil de lo que actualmente es, y para que sepáis exactamente lo que pienso, a fin de que os sirva de norma. La dificultad estriba en que no sabemos lo que pasa en México. Tengo razón para creer (siempre tengo que hablar en estos términos respecto de México, porque nada parece ser cierto), tengo muchas razones para creer, repito, que las demostraciones hostiles de que tenemos noticias, efectuadas en la ciudad de México contra los americanos, SON FOMENTADAS Y FRAGUADAS POR UN REDUCIDO NÚMERO DE INDIVIDUOS que tratan de obligar a este gobierno a reconocer al gobierno del señor Huerta, habiendo el mismo artificio en muchísimas otras cosas que se dice que acontecen y que averiguadas. en cuanto ello se puede hacer a la distancia a que nos encontramos, no resultan ser ciertas. Os daré un ejemplo: un día se dijo que, al tomar alguna población, habían sido ultrajadas varias mujeres, que después se suicidaron. Inmediatamente procuramos obtener por medio del Departamento de Estado, valiéndonos de nuestros cónsules en esa ciudad, y en las cercanías la confirmación de esos hechos o algún medio de juzgar de su verdad o falsedad. No pudimos obtener la comprobación de nada de ello y en mi concepto jamás aconteció tal cosa. Pero las mismas frases que estoy em-

plando os mustran mi perplejidad, pues digo que "en mi concepto" nada de eso sucedió. No lo sé y deseo que vosotros, caballeros, me ayudéis no sólo a tratar de obtener los informes más exactos que se puedan, sino también a procurar impedir que el público sea extraviado con rumores.

"Entre otras cosas se ha dicho que los gobiernos extranjeros están haciendo una presión sobre este gobierno. Ahora bien, eso no es cierto. Han hecho que lleguen hasta nosotros estrictamente en lo privado, las impresiones que sus representantes residentes en la ciudad de México tienen sobre la situación, lo cual, como veis, es cosa bien diferente. Así es que puedo deciros que estoy en busca de hechos reales. Cuando los obtengamos será posible, espero, trazar una línea definitiva de acción. Hasta que obtengamos informes más dignos de fe, la administración no cambiará su política de "abstención". *Nuestro ánimo está perfectamente dispuesto a hacer lo que sea justo y necesario* en cuanto lo descubramos. De ninguna manera creo que el problema mexicano no tenga solución; creo que ahora hay una buena oportuniad de encontrarla. En lugar de empeorar, mejora.

"Los periódicos que dicen que todo indica una intervención armada, a que surgieren la posibilidad de que las potencias europeas procedan militarmente, están redondamente equivocados. Ni una ni otra cosa son posibles. Cada día parece más factible una solución pacífica. Lo que puedo asegurar es que mis planes no envuelven absolutamente nada que no sea amistoso para México.

"Circulan muchos rumores alarmantes, pero no debéis parar en ellos la menor atención. El senador Bacon hizo el otro día en el Senado varias aclaraciones que indicaban que la situación es grave. Dijo que estamos orillados a un indecible peligro; que tengo frente a mí una emergencia más seria que

la cuestión de Cuba. Por supuesto, debéis recordar el objeto que guiaba a dicho senador al expresarse así. Deseaba evitar que los que en apariencia han querido embrollar la situación comprendieran que estaban jugando con elementos que no debían exasperar, con los cuales no debían jugar. Ese era su objeto. Eso justificaba su vehemente apreciación del serio conflicto a que podrán dar lugar si insistían en que se obrara según lo indicaba. Además, hay predisposición para interpretar la actitud del Japón. Hace días que el capitán del "Itzumo", crucero japonés, que acaba de llegar y varios de sus oficiales, creo que quince, se dispusieron a ir a la ciudad de México a presentar sus respetos al gobierno, exactamente lo mismo que hicieron el almirante inglés Garddock, según recordaréis, y el alemán. En ello no había nada nuevo ni inusitado. También circulan los embustes de que vamos a enviar marinos a la ciudad de México. Todo ello no es más que invención. No nos ha indicado Mr. O'Shaughnessy que fuese necesario hacer nada de ésto; por el contrario, nos ha informado que no se necesita tal medida. Todas estas cosas con cuya lectura me entretengo son fábulas. En nuestra conducta con México, seremos francos. NUNCA JUEGO OCULTANDO LAS MANOS. Estoy perfectamente bien dispuesto a jugar a cartas vistas.

"También se presenta la tan debatida cuestión de la Doctrina Monroe, que no se ha llegado a mencionar en nuestras discusiones respecto de los gobiernos extranjeros. Mucho se argumenta sobre lo que significa esa doctrina, pero no se le pone en duda. Está en vigor. No he sabido todavía que haya caído en desuso".

No bien había acabado de leer don Pascual lo que antecede, cuando se presentó Luisa para llevarlo a desayunarse.

V

En Veracruz, durante las noches del mes de abril, se siente agradable salir a la calle, al malecón, al zócalo, a cualquiera parte donde se encuentra consuelo a los rigores de la temperatura que empieza a ser ya de más de 30 grados.

Pepe y Enrique, alumnos de la Escuela Naval, habían contraído relaciones amorosas con Luisa y Carolina, respectivamente, y cada vez que sus ocupaciones lo permitían a ambos, iban a visitarlas a su casa. Los domingos, sobre todo, por las noches, era raro que faltaran, porque había el atractivo del paseo a la plaza de Armas durante la serenata.

Pepe era un arrogante mozo de unos 22 años, y Enrique otro mozo no menos arrogante, casi de la misma edad.

Ambos estaban cursando ya el último año en la Escuela Naval y eran una esperanza para sus familias y para la Patria.

Conocieron a Luisa y Carolina en un baile dado en la Lonja Mercantil, y se prendaron tanto, no sólo de la belleza de ambas que no era poca, sino de sus naturales encantos del alma, que dejándose conducir por sus sentimientos, cultivaron primero amistad con ellas, e inconscientemente dieron el paso que los separaba del amor y fueron novios de las señoritas con las formalidades de dos caballeros que se distinguen por su conducta ejemplar.

La noche del mismo domingo 19 de abril a que nos venimos refiriendo, cuando llegaron los dos jóvenes a la casa de don Pascual, ya estaba la familia en espera de ellos para su paseo favorito.

Luisa del brazo de Pepe, Carolina del de Enrique y doña Elvira del de Graziela, salieron de su casa.

El zócalo estaba henchido de gente, como se ponía de

ordinario en virtud de su tamaño reducido para contener la población de Veracruz.

Entre la multitud pasaron nuestros paseantes y doña Elvira y Graziela ocuparon asientos de los de don Antonio Porragas—concesionario del Ayuntamiento para la explotación de sillas en los paseos públicos—mientras las dos parejas enamoradas se incorporaron a las filas que daban vueltas en el zócalo.

—He notado, decía Luisa a Pepe, que esta noche nos vemos libres de los americanos en nuestro paseo.

—Desde ayer tarde se viene notando la escasez de ellos en la ciudad; probablemente los tengan acuartelados en sus buques, contestó Pepe.

—Ay, ojalá y siempre los tuvieran acuartelados, porque son muy descorteses hasta con las señoras y señoritas, ¿verdad?

—Y tanto, que parece gente completamente reacia a todo lo que entraña principios de sociabilidad.

—¿Y qué has oído decir respecto de intervención?

—Son muy variadas las versiones: unos aseguran que la habrá, otros que no, y como unos y otros dan sus razones más o menos fundadas, resulta que nadie cree en la intervención ni deja de creer.

—Pero tú has de tener tu juicio sobre el particular, ¿cuál es?

—Yo soy de los que decididamente no creen.

—¿Por qué?

—Porque sería insesatez por parte de los americanos aventurarse a un fracaso.

—¿Piensas que perderían?

—Indudablemente, porque la empresa para ellos es demasiado difícil, máxime cuando tan distantes están de poseer las cualidades de guerreros que tenemos nosotros.

—Explícate un poco más, que me interesa conocer tu juicio sobre el particular.

—Los yanquis no tienen ni pueden tener la abnegación que nosotros los mexicanos para pelear, porque es una raza que parece exclusiva para el "confort" de la vida, tal vez por su naturaleza egoísta; y como por otra parte pesaría sobre ellos la injustificación de sus procedimientos y a nosotros nos excitaría la necesidad de procurar que no nos arrebatasen lo que es nuestro, ya hay poderosos factores que nos hacen pensar en la imposibilidad de su intervención en nuestros asuntos. ¿Me has comprendido?

—Muy bien; ¿y qué harían ustedes si esos hombres, basados en la impunidad que creen que gozan con sus barcos, vinieran a tierra en són de guerra?

—Defender el honor de la Patria hasta morir si fuese necesario; pero te repito que ni debemos pensar en que tengamos esa necesidad.

—¿Me quieres mucho?

—Bien lo sabes.

—¿Me olvidarías si te fueras a la guerra?

—¿Olvidarte? ¿Tal cosa me preguntas?

—Sí, porque estoy celosa.

—¡Luisa! ¿Has perdido el juicio?

—No, es que vengo notando desde hace días que tienes a quien querer más que a mí.

—Déjate de niñerías y no te atormentes con ideas absurdas. ¿A quién si no a ti amo sólamente y amaré toda la vida?

—Antes de contestarte te voy a enseñar este retrato. Tómalo, míralo y dime quién es.

—¡Qué bella estás! ¿Me lo regalas?

—Es tuyo, y sólo te suplico que cuando mi rival ocupe

tu memoria, lo veas y pienses que entre más ames a ella más te idolatro yo.

—¿De dónde te has sacado esa porción de ideas que no comprendo?

—De aquí, contestó Luisa llevándose la mano al corazón.

—No me atormentes más; dime quién te ha dicho que amo a alguna otra.

—Tú mismo.

—¿Pero estás en tu juicio?

—Sí que lo estoy, en el concepto de que cual vibran las ondas del aire con las notas musicales que escuchamos, así vibran aún en mi corazón tus palabras siendo un incentivo poderoso para que mi amor se agigante de manera imposible de expresarlo.

—Por última vez, Luisa, ¿quién es esa rival con que sueñas?

—¡La Patria!...

VI

Don Pascual se quedó en su casa solo, y su imaginación volaba cual mariposa de flor en flor, sobre cada uno de los acontecimientos que se estaban desarrollando.

Pensó en don Venustiano Carranza, tratando de adivinar lo que haría en esos momentos; pensó en el miserable Huerta y sus combinaciones para arrastrar al país a una guerra internacional; pensó en Mr. Wilson y las declaraciones que hizo a "The World's Work", y como si algo lo detuviera reconcentró su pensamiento en este punto y dando vueltas y más vueltas a dichas declaraciones, permaneció largo rato abstraído de cuanto lo rodeaba.

"NO HAY QUE VACILAR EN CREER QUE EN MÉXICO SE HARÁ LO QUE QUERAMOS QUE SE HAGA".

—¡Parece mentira, decíase don Pascual, que deseando Wilson que se le tenga como persona amante de la libertad de los pueblos, se deje llevar al caos de los prejuicios! Quedaríamos lucidos con que se nos impusiera. ¿Con qué derecho? ¿Con el del más fuerte? ¡Vaya una petulancia! Lo veremos, ya lo creo que lo veremos.

De sus muchas reflexiones sobre el mismo tema, vino a sacarlo un gendarme de los tres que conocimos, y le dijo:

—Buenas noches, mi coronel. Le traigo ésto que le manda mi capitán, el que usted sabe, y dispénseme que me vaya en seguida.

Entregó a don Pascual un sobre cerrado y se retiró.

El contenido era un pliego grande y otro chico. Este último decía:

"Mi estimado coronel:

"Se ha recibido ahora lo que en copia le adjunto. Son los primeros nubarrones.

"Su afmo.

J. G. A."

—¡Demonio! ¿Qué será, dijo para sí don Pascual.

Y desdoblando el pliego, leyó lo siguiente:

(1) "La Secretaría de Relaciones Exteriores ha proporcionado a la prensa periódica un manifiesto en que se hace saber al pueblo mexicano las últimas negociaciones que se han estado llevando a cabo entre nuestra Cancillería y el

---

(1) Tomado de "La Opinión".

Encargado de Negocios de la Embajada norteamericana residente en esta capital, con motivo de los dos incidentes ocurridos en el puerto de Tampico hace once días y que concretamente son los siguientes:

"Primero: La aprehensión de unos marinos norteamericanos, que uniformados, llegaron en una lancha sin bandera hasta el puente de Iturbide y que, con el pretexto de adquirir gasolina, desembarcaron y bajaron a tierra, en momentos en que combatían las fuerzas federales con los rebeldes que atacaban la plaza, y por cuyo motivo el coronel Hinojosa, que mandaba las fuerzas de defensa, considerando que los marinos violaban las leyes de neutralidad, los mandó aprehender, entre once y doce de la mañana del día nueve, perteneciendo esos marinos a la tripulación del barco de guerra "Dolphin".

"Por ese suceso, el almirante Mayo envió un ultimátum al general Ignacio Morelos Zaragoza, exigiendo: que en el término de veinticuatro horas se le diera una satisfacción por conducto de los miembros del Estado Mayor del citado general; se castigara severamente al coronel Hinojosa y se izara la bandera norteamericana en un paraje público del puerto, saludándola con veintiún cañonazos.

"Segundo: Nuestro Encargado de Negocios en Washington comunicó a la Secretaría de Relaciones Exteriores, que el Gobierno norteamericano había dado instrucciones al almirante Mayo para que evitara nuevos ataques entre federales y rebeldes, haciendo la aclaración de que el objeto de evitar esos ataques era para impedir que se ocasionaran daños a las propiedades de los particulares extranjeros.

"Respecto del primer punto, el Gobierno del general Huerta, sin menoscabar en lo más mínimo el decoro y la dignidad nacional, se dirigió al de los Estados Unidos, indicando que retirase el ultimátum del almirante Mayo, porque

el caso quedaba justamente solucionado con las explicaciones dadas por el general Morelos Zaragoza y el arresto de Hinojosa, llamando la atención al propio tiempo, de que los marinos detenidos habían violado nuestras leyes militares al desembarcar uniformados y sin permiso, en una plaza sujeta a operaciones de guerra, lo cual justificaba el procedimiento del coronel Hinojosa, puesto que se efectuaba el desembarco en momentos del combate.

"Todavía nuestro Gobierno, al hacérsele saber que la lancha llevaba izada la bandera americana, según lo afirmó el Encargado de la Embajada, dispuso manifestar oficialmente que se deploraba el incidente al mismo tiempo que se ordenaba una investigación minuciosa para castigar severamente al coronel Hinojosa si se había excedido en el ejercicio de sus atribuciones militares.

"Pero el Gobierno americano no aceptó nada de eso y mantuvo el ultimátum del almirante Mayo, insistiendo en que se saludara a su bandera.

"El Gobierno mexicano, considerando que tales pretensiones no las apoyaba ninguna práctica del derecho internacional, no accedió a obsequiarlas, porque llegar hasta semejante cortesía de saludar la bandera, sería lesionar nuestro decoro y dignidad nacional.

"Sin embargo, debido a posteriores negociaciones, se llegó a proponer por la Casa Blanca que se podía solucionar el conflicto satisfactoriamente saludando recíprocamente los pabellones mexicano y norteamericano, en el mismo puerto de Tampico, y la proposición quedó aceptada por nuestro Gobierno, pero a condición de que los saludos fueran simultáneos y siempre que se firmara un protocolo diplomático en que constara el arreglo.

"La Casa Blanca se ha negado a firmar el protocolo y ha repetido que se acepte su propuesta incondicionalmente.

"En el concepto de nuestro Gobierno federal—según así lo hizo saber la Secretaría de Relaciones Exteriores al Gobierno del Norte—las instrucciones enviadas al almirante Mayo, en cualquier sentido, equivalían a neutralizar el puerto de Tampico sin el consentimiento del pueblo mexicano, único, como soberano y libre, que puede resolver si se neutraliza o no cualquiera parte de su territorio nacional, y, en tal virtud, el Presidente de la República desconoce el valor legal de la declaración y se reserva la facultad para rechazar por medio y fuerza de las armas a los rebeldes de Tampico.

"Como consecuencia de este caso, se hizo notar al Gobierno del Norte que los rebeldes se encuentran en condiciones de causar daño a los extranjeros lo mismo que a los mexicanos, porque reciben armas y municiones de territorio norteamericano.

"Tales han sido, en resumen, los detalles de lo ocurrido últimamente entre los dos Gobiernos limítrofes, los cuales no había querido hacer públicos el Gobierno del general Huerta; pero como no se ha obtenido un resultado satisfactorio, estima que ha llegado la ocasión de que el pueblo mexicano conozca el estado actual de nuestras relaciones con el Gobierno de la Unión Americana y los esfuerzos que se han hecho para conservar la soberanía y decoro nacionales.

"No obstante todo, el Gobierno espera que el pueblo demuestre su cultura y patriotismo, evitando agravar la situación con demostraciones que puedan entorpecer una solución diplomática, que es posible aún, lleguen a aceptar los Estados Unidos definitivamente".

CAPÍTULO QUINTO

México para los mexicanos

I

Amaneció el lunes 20. Las impresiones que había causado a don Pascual la lectura del pliego que le envió el capitán la noche anterior, no le permitieron conciliar el sueño sino hasta muy tarde, porque pensaba que la situación de Huerta había llegado al máximum de lo imposible para sostenerse, y que irremisiblemente estaba a punto de sucumbir. El principio "los resultados son proporcionales a los medios empleados", era el que servía de fundamento al troglodita y sus consejeros, para creer que desviando la atención de los mexicanos de sobre sus actos para que se fijaran sólo en los yanquis, los conduciría al puerto de salvación, porque cuando se viera que la Patria estaba en peligro, todos los mexicanos se reconciliarían con ellos para dirigir sus fuerzas hacia un enemigo común. ¡Hasta dónde arrastran a los hombres los prejuicios políticos! ¿Tenían en cuenta el carácter nacional? ¿Cómo todo un pueblo amante de la libertad y celoso de sus derechos había de claudicar sus ideas en provecho de unos cuantos? Era imposible. Huerta y los suyos iban al caos a paso veloz. Si no se hubiese tenido la conciencia de sus maquinaciones, si no hubiese sentado el precedente de sus asesinatos y usurpaciones, si no se les hubiese odiado con toda el alma nacional, todos los mexicanos a una voz hubieran respondio a su llamado al anunciar un conflicto en perspectiva con los Estados Unidos; pero ahora... ahora cada uno pensaba: "que se rasquen con sus uñas, que cuando nos llegue la

lumbre ya veremos si sabemos defendernos". Y tenía que ser así; el pueblo mexicano no estaba con ellos, el pueblo mexicano defendería sus derechos contra ellos y contra los Estados Unidos al mismo tiempo, si a ambas cosas se le estrechaba; eso era lo que había que esperar, eso era lo que tenía que suceder.

Después que se desayunó don Pascual, dijo a su hijo Jorge:

—Ahora que salgas a la calle, dí a los amigos que te encuentres que a las once los espero en la vivienda de Bravo, para cambiar impresiones sobre la situación de nuestros asuntos.

—Bueno, papá, y ¿ya sabes que hay la certidumbre de un desembarque aquí de las tropas americanas?

—Me imagino que la labor huertista es la de alarmarnos.

—Pues desde el sábado en la tarde no se ven ya soldados yanquis en tierra, y se cree que es por su decisión de desembarcar en són de guerra.

—Ya verás cómo no hay nada.

—Yo también eso creo; pero es mucha la insistencia con que se dice que desembarcarán.

II

Ya en la vivienda de la calle de Bravo, don Pascual se dirigió a sus amigos en estos términos:

—Me complace, señores, decirles que nuestros enemigos van al fracaso a paso veloz, porque han puesto ahora todas sus energías en la provocación a los yanquis para envolvernos en una guerra internacional. Por fortuna, el hombre que rige los destinos de la República del Norte, no obstante que nos

parezca que vacila, se mantendrá en su puesto de honor respetando los derechos de nuestro pueblo y despreciando las manifestaciones hostiles de los usurpadores del Supremo Gobierno de nuestro país. Sin embargo, juzgo de mi deber de compatriota, dar a ustedes conocimiento de lo que sé, a fin de que podamos cambiar impresiones después, y podamos llegar a conclusiones que nos indiquen el camino de nuestra conducta. Anoche recibí de un amigo nuestro lo siguiente que voy a leerles:

Y leyó don Pascual el contenido del pliego que le mandó el capitán y el cual conocemos nosotros ya.

Con muestras de profundo disgusto oyeron todos la lectura, y acabada ésta, dijo uno:

—Todo eso está de acuerdo con lo que ha llegado a mi noticia y es lo siguiente: (1) que los cónsules americanos en el territorio nacional, muy especialmente en la capital y poblaciones cercanas a Veracruz, comunicaron a sus nacionales que debían retirarse del territorio mexicano en previsión de hechos muy graves que probablemente ocurrirían, indicándoles que estarían dispuestos barcos apropiados en el número suficiente para alojarlos a bordo y recomendándoles de paso que no trajeran bromosos equipajes, sino lo más indispensable para atender al cuidado de sus personas.

—A mí me consta, dijo otro, (1) que han llegado de México, de Atlixco, de Puebla, de Córdoba y de Orizaba, numerosas familias norteamericanas, las que, aunque en un principio se alojaron en los hoteles y se pasearon por la ciudad sin dar señales de alarma, ya el domingo comenzaron a trasladarse a bordo de los vapores "Esperanza" y "México", porque dichos barcos iban a servir no de transportes de guerra como

(1) Informaciones de "La Opinión".

se había anunciado, sino más bien de buque-hoteles a las familias de los ciudadanos de los Estados Unidos.

—Yo tuve noticias, dijo don Pascual, de un telegrama que Gustavo Maass dirigió a México, diciendo que el jefe del Estado Mayor del Almirante Fletcher le había informado que el Gobierno de los Estados Unidos había alquilado el vapor "Esperanza" para que se refugiaran las mujeres en caso de un nuevo ataque a aquella plaza.

—Yo también tuve noticias de ese telegrama, expuso otro, y ya vemos que no es verdad lo que dijo el Jefe del Estado Mayor de Fletcher.

—De todos modos, señores, exclamó don Pascual, debemos estar prevenidos contra todas estas farsas, para que no nos sorprendan nuestros enemigos, porque ese es el objeto de Huerta. Sus bravuconadas no deben preocuparnos en lo más mínimo. Sigamos todos en nuestra empresa revolucionaria cada vez con más fe, que es así como llegaremos al fin que nos hemos propuesto: el triunfo definitivo y completo sobre Huerta y sus cómplices. Por ahora, retirémonos para volver a reunirnos aquí a las ocho de la noche, por si acaso hay algo nuevo.

III

Salió don Pascual y se dirigió a su casa, quedándose la mayor parte de sus amigos y correligionarios todavía conversando.

Éstos eran empleados de algunas casas de comercio, empleados de la Aduana Marítima y otras oficinas públicas y uno que otro propietario, médico y abogado.

—Don Pascual no quiere creer en la intervención, dijo uno; pero todos esos preparativos de los yanquis me dan muy mala espina.

—Es que el pobre viejo, expuso otro, piensa que Mr. Wilson no le ha de hacer caso a Huerta, sin comprender que en tratándose de una ocasión para meterse en lo que no les importa, son capaces los americanos de aprovechar cualquier pretexto.

—Esa doctrina Monroe, señores, exclamó un tercero, todavía nos va a dar un dolor de cabeza.

—La doctrina Monroe hay que entenderla, caballeros, contestó el primero que hablara antes, porque no es "América para los americanos del Norte", sino América para los americanos de todo el continente. Si los gringos le dan interpretación exclusiva, entonces es preciso gritarles recio, pero muy recio para que lo oigan bien, que "México es para los mexicanos".

—¡Bravo, muy bien!, exclamó otro. Señores, agregó: si los gringos vienen aquí con sus pretensiones de dominio, hay que darles duro, que en cuanto matemos unos cuantos güeritos, ya verán ustedes cómo se les acaban los humos de imperialistas. Yo me comprometo a "voltear" veinte o treinta como principio; para esto tengo por ahí un máuser reluciente y mucho parque.

—Lo malo es que no tengamos cañones para hundirles unos cuantos barcos, decía otro.

—Hombre, si los tuviéramos no estarían aquí. Pero no importa; que salgan, que salgan a tierra que ya verán si se acuerdan de sus respectivas familias.

IV

El señor comandante militar estaba tan tranquilo, que nada parecía anormal. Todos los empleados trabajaban y en los cuarteles había una calma absoluta. Sin embargo, ya se

había recibido la siguiente circular que la Secretaría de Relaciones Exteriores envió a todos los representantes de los países extranjeros acreditados ante el Gobierno del general Huerta. Decía así:

"Señor Ministro:

"El estado de las Relaciones de este Gobierno con el de los Estados Unidos de América es muy delicado en los actuales momentos.

"Con motivo de los incidentes ocurridos en Tampico, de que dió cuenta hoy la prensa periódica, y respecto de los cuales ha publicado el "Diario Oficial" de esta misma fecha las notas diplomáticas relativas, el Gobierno de los Estados Unidos Mexicanos llegó a aceptar la proposición del de los Estados Unidos de América acerca de que, en el puerto de referencia, se hiciesen saludos recíprocos a las banderas de los dos países; esto es, primeramente por las baterías mexicanas de la plaza a la bandera americana, y en seguida por los cañones del barco de guerra "Dolphin" de la armada del país vecino, a la bandera de México.

"En esta forma quedaba arreglada la diferencia, sin menoscabo del honor de los Estados Unidos; y faltaba solamente firmar, según las prácticas diplomáticas, el protocolo respectivo, o al menos hacer constar por escrito, con un cambio de notas, el arreglo estipulado.

"Pero el señor Presidente Wilson comunicó instrucciones a su Señoría Nilson O'Shaugnessy, Encargado de negocios AD INTERIM de los Estados Unidos de América en México, en sentido de que se rehusase a firmar cualquier documento, que se pudiera estimar como un reconocimiento del Gobierno que preside el señor general don Victoriano Huerta.

"A la vez se intentó por el señor Presidente Wilson que,

en plazo perentorio, aceptase el Gobierno de México, INCONDICIONALMENTE, la pretensión del Gobierno de los Estados Unidos de América, relativa a los honores a su bandera.

"Es de llamar la atención esta actitud del señor Presidente Wilson, especialmente porque, sin duda alguna, el mismo valor jurídico-político en cuanto al reconocimiento del Gobierno del señor Presidente Huerta, tiene y debe tener el arreglo celebrado verbalmente sobre el saludo recíproco de las banderas de los Estados, que el documento escrito en que se hiciese constar dicho arreglo.

"Esta Cancillería no tiene, por ahora, el propósito de poner en conocimiento de los demás miembros de la Sociedad Internacional, todos los motivos de queja que los Estados Unidos Mexicanos pueden formular contra los Estados Unidos de América, y se reserva a hacerlo en otra oportunidad.

"Hoy por hoy, le basta con exponer lo que antecede, y enviar a Vuestra Excelencia el "Diario Oficial", en que se han publicado los documentos relativos a los incidentes de Tampico.

"De manera muy particular, por acuerdo del señor Ministro de Relaciones Exteriores, tengo la honra de manifestar a Vuestra Excelencia, para que se sirva hacerlo saber a su gobierno, que como se anuncia el envío de algunas escuadras americanas a los puertos mexicanos, este Gobierno está dispuesto a rechazar por medio de la fuerza, cualquier ataque de las escuadras mencionadas.

"Aprovecho esta oportunidad para renovar a Vuestra Excelencia las seguridades de mi muy distinguida consideración.

R. A. ESTEVA RUIZ".

Nuestro conocido capitán Gómez Anaya sacó una copia y se la envió a don Pascual, diciéndole aparte: "A pesar de

todo, aún no tengo noticias de que se resuelva la intervención. Sigo pendiente".

V

La mujer mexicana es de exquisitos sentimientos y, por ende, patriota. Pensar lo contrario, sería un absurdo. Además la inteligencia es otra cualidad que la distingue, y cuando la instrucción no se le niegue, cuando se piense que no solamente son los quehaceres de la casa los que tiene que aprender para que haga la felicidad del matrimonio; cuando ocupe el lugar que le corresponde como digna compañera y también como digna colaboradora intelectual en el hogar, México será una de las naciones que irán a la vanguardia del progreso y civilización mundial.

A visitar a la familia de don Pascual llegó como a las cinco de la tarde otra familia amiga, y la conversación versó sobre los acontecimientos del día, que tanta alarma habían difundido por todos los ámbitos de la ciudad. Nosotros pudimos oirla y referiremos la parte que responde a nuestro propósito.

Doña Elvira, dirigiéndose a Merceditas, que era la mamá de las dos señoritas: Elisa y Charito, que la acompañaban en la visita, le dijo:

—!Pero qué le parece a usted! ¿hasta dónde quiere llevarnos en su afán de ser criminal ese señor Huerta?

—Ay, hija, contestó Merceditas, yo no sé; parece mentira que en nuestro país se dé esa clase de monstruos.

—Y lo que es peor, agregó doña Elvira, que haya quienes los sostengan y hasta los aplaudan.

—¿Qué les parece a ustedes, preguntó Luisa, la alarma que cunde con motivo del pretendido desembarque de los americanos?

—Yo no creo en semejante cosa, contestó Elisa, aunque los alarmistas se empeñen. Los gringos no vendrán aquí, porque imagínate lo que les sucedería. Hasta yo que en mi vida he tenido en mis manos una arma, seré capaz de coger un rifle para tirarles desde mi casa. ¿Por qué han de venir a quitarnos nuestros derechos? ¿Van a ser otros usurpadores como Huerta?

—Vamos a hablar formalmente, dijo Luisa.

—Pues sí, formalmente, que yo me armo con un rifle y a algunos les va a pesar.

—Ustedes no lo creerán, expuso Merceditas, pero Elisa, que tan miedosa ha sido, ahora está resuelta a defender a la Patria como asegura.

—¿Y Charito qué piensa hacer?, preguntó Graziela.

—Hasta ahora nada he pensado sobre el particular, porque no creo que haya aquí lo que se cuenta; pero es claro que también contribuiré con mi contingente de energías para ayudar como se pueda a la salvación de nuestro honor nacional.

—Pues no se preocupen, que no va a ocurrir nada. No hay razón para semejante cosa, dijo Graziela.

—¿Y tú que harás?, preguntó Charito a ésta.

—Ya veremos, ya veremos, pues no hay necesidad de fatigarse pensando en remedios en plena salud.

—A Graziela no la hacen creer en la intervención por nada de este mundo, y la verdad es que acá nos resistimos a creer todos en la posibilidad de que la haya, dijo Carolina.

—Pero imagínese usted que se necesitaría que los americanos no tuvieran sesos para pensar en arrebatarnos nuestros derechos de libres e independientes, decía doña Elvira a Merceditas. Y agregó: Ya han tenido lugar de ver que no nos dejamos ultrajar de nadie, porque allí están Francia, Inglaterra, España y ellos mismos, que no pueden negarlo;

de manera que es absurdo pensar que por las maquinaciones de unos cuantos antipatriotas vengan ahora a sufrir un fracaso, porque eso y no otra cosa es lo que obtendrán siempre que traten de imponer su imperialismo en nuestro querido México.

—Tiene usted razón, Elvirita, contestó Merceditas; pero con esa famosa doctrina Monroe: "América para los americanos", ya se creen con absoluto derecho de inmiscuirse en cuanto sucede en cualquiera parte del continente.

—Mamá, exclamó Elisa, si los yanquis tienen su doctrina, nosotros debemos tener la nuestra también: "México para los mexicanos". ¿Nos lo podría impedir alguien?

—Así pienso yo, dijo Luisa, que nuestra doctrina debe ser "México para los mexicanos", y por eso estoy resuelta como tú a hacer lo que pueda para ayudar a los nuestros en caso necesario. Cuanto más amo en el mundo, lo que constituye mi dicha hoy por hoy, se irá a la guerra: mi padre, mi hermano y... hay que velar por ellos y correr la misma suerte. Ese es mi sentir.

—No se preocupen, vuelvo a repetir. Nada habrá, todos son cuentos, exclamó Graziela.

—Si no nos preocupamos, contestó Elisa; pero como pudiera ser que hubiese necesidad de bajar los humos a esos condenados gringos, que a todos tiros nos amenazan con la misma pamplina de intervención, no se pierde el tiempo al tener ya una resolución tomada para proceder en consecuencia. Lo que tú habías de hacer es prepararte también.

—¿Y a quién quieres que imite: a la Ortiz de Domínguez, a la Vicario, a la López Rayón?...

—A cualquiera de esas nuestras queridas heroínas.

—Pues no dudes que así será, y ten presente que mientras en nuestras memorias vivan esos nombres, será imposible que México deje de ser de los mexicanos.

VI

A las ocho en punto de la noche llegó don Pascual a la vivienda de la calle de Bravo, y a esa misma hora empezaron a llegar también los correligionarios.

Largo rato estuvieron cambiando impresiones sobre los asuntos palpitantes, y en esto los sorprendió nuestro amigo el capitán.

Jadeante llegó preguntando por don Pascual, quien al oírlo se apresuró a su encuentro tendiéndole la mano y diciéndole:

—Me complace mucho verlo por aquí; pero ¿qué ocurre que viene usted tan fatigado?

—Me toca la guardia de esta noche en la comandancia, y habiéndose recibido un documento muy importante, por más que busqué una persona de mis confianzas para mandarle a usted copia, no se me presentó ninguno y me resolví a traérsela personalmente, para lo cual he tenido que venir corriendo a fin de evitar que se note mi ausencia en la oficina. Aquí está la referida copia, dijo sacando un pliego muy doblado de la bolsa del pantalón. Además,—agregó— quiero manifestarle que desde esta mañana he notado que el señor general Maass cuchichea animadamente con los principales jefes de la guarnición; pero eso es todo lo que sé, pues por más que me he empeñado, no he podido escuchar ni una palabra que me pusiera en condiciones de inferir las causas del alborozo.

—¿No será que haya recibido noticia de alguna batalla ganada por los huertistas?

—No, señor, qué va, si todas son derrotas las que infligen los constitucionalistas de Carranza.

—Pues tal vez cuente Huerta con las probabilidades del reconocimiento por Estados Unidos que tanto ambiciona.

—No, señor, tampoco. Ya verá usted por ese pliego que le acabo de entregar, que no hay ni remotas esperanzas de que sea reconocido como lo desea; y no le hago más explicaciones, porque me voy, dispénseme. Adiós, dijo estrechando la mano de don Pascual.

—Adiós, le contestó éste, agregando: y muchas gracias.

VII

Ya se habían reunido algunos amigos, que no perdieron palabra de las cruzadas entre don Pascual y el capitán, y estaban ansiosos de conocer el contenido del pliego recibido, sospechando que sería de gran interés.

Rodearon todos al viejo militar, quien desdoblando el pliego con su calma habitual, y luego llamando a su hijo Jorge, se lo entregó diciéndole:

—Lee esto para que todos lo oigamos:

Jorge leyó lo siguiente:

"Copia del mensaje del Presidente Mr. Woodrow Wilson al Congreso de su país.

"Señores diputados:

"Es mi deber llamar vuestra atención sobre la situación a que han llegado nuestros tratos con el general Victoriano Huerta en la ciudad de México, situación que reclama obrar y pediros vuestro consejo y cooperación, para hacerlo en este caso.

"El 9 de abril, un pagador de buque de los Estados Unidos "Dolphin", desembarcó en el puente de Iturbide de Tampico, de un bote ballenero, con sus tripulantes, a tomar ciertos artículos que necesitaban para sus buques, y mientras se

ocupaban en cargar el bote, fueron arrestados por un oficial y una escolta de hombres del ejército del general Huerta. Ni el pagador ni ninguno de los tripulantes del buque estaban armados. Dos de los hombres que estaban en el bote cuando el arresto tuvo lugar, fueron obligados a salir de él y reunirse a los otros marinos arrestados, no obstante el hecho de que el bote llevaba en su proa y en su popa la bandera de los Estados Unidos.

"El oficial que hizo el arresto marchó con los prisioneros por una de las calles de la ciudad, donde se encontró con un oficial de más alto rango, quien le ordenó volviera al desembarcadero y esperara órdenes, y como hora y media después de que se llevó a cabo el arresto, recibió orden del comandante de las fuerzas huertistas en Tampico, de poner en libertad al pagador y a sus hombres. Su liberación fué seguida de satisfacciones del comandante, y más tarde el mismo general Huerta expresó su pena por el arresto.

"El general Huerta alega que la ciudad estaba en esos momentos en estado de sitio y que se habían dado órdenes de que a nadie se le permitiese desembarcar en el puente de Iturbide, y que nuestros marineros no tenían derecho a hacerlo. Nuestro comandante naval en ese puerto no había sido notificado de tal prohibición, y aunque así hubiera sido, el único camino justificado abierto a las autoridades locales era haber dicho al pagador y sus acompañantes que se retiraran y protestar ante el comandante de la flota.

"El comandante Mayo calificó de serio el arresto y manifestó no estar satisfecho con las satisfacciones que se le ofrecían, demandando que la bandera de los Estados Unidos fuera saludada de una manera especial por el comandante del puerto.

"El incidente no puede ser considerado como un suceso trivial, especialmente cuando dos de los hombres arrestados

fueron tomados del interior de un bote—que es como si dijéramos del territorio de los Estados Unidos—y el que en sí mismo pudiera atribuirse a ignorancia o altanería de un simple oficial. Desgraciadamente esto no es un caso aislado. Una serie de incidentes ha ocurrido recientemente, que no pueden crear sino la impresión de que los representantes de Huerta están deseando siempre salirse de sus medios para manifestar su menosprecio por la dignidad y derechos de este Gobierno, y se sienten perfectamente seguros de hacer lo que les place, creyéndose libres para manifestar de distintos modos su cólera y su desprecio. Pocos días después del incidente de Tampico, un ordenanza de los buques de guerra de los Estados Unidos fué arrestado en Veracruz, al bajar a tierra, uniformado, a recoger el correo para los buques, y por algún tiempo permaneció en la cárcel. Un despacho oficial de este Gobierno a la Embajada de México fué retenido por las autoridades del servicio telegráfico, hasta que perentoriamente fué demandada su entrega por nuestro Encargado de Negocios en persona.

"Por lo que ha llegado a mi conocimiento, errores y molestias como las que hemos sufrido han tenido lugar únicamente contra los representantes de los Estados Unidos, pues no he oído quejas de otros gobiernos por un tratamiento semejante.

"Subsecuentes medidas y formales satisfacciones, no alteraron la impresión popular, que es posible haya sido el objeto que perseguían las autoridades huertistas; y los Estados Unidos están siendo singularizados y pudieran aún ser más con impunidad, con menosprecios y provocaciones, en venganza de nuestra negativa a reconocer las pretensiones del general Huerta, de ser aceptado como el Presidente provisional Constitucional de la República de México.

"El peligro manifiesto de semejante situación era que

tales ofensas pudieran convertirse de malas en peores hasta que sucediese algo de tal modo grave e intolerable que condujese directa e inevitablemente a un conflicto armado.

"Era necesario que las disculpas del general Huerta y sus representantes fuesen mucho más allá, que fuesen tales que llamasen la atención de la población entera, por su significación; y que hiciesen sentir al mismo general Huerta la necesidad de ver porque no surgiese de nuevo otro caso que diese lugar a explicaciones y declaraciones de sentimiento.

"Por lo mismo, sentí que era mi deber sostener al almirante Mayo en la totalidad de su demanda e insistir en que la bandera de los Estados Unidos fuera saludada de modo que indicase un nuevo espíritu y una nueva actitud de parte de los huertistas. Ese saludo fué rehusado por el general Huerta, y yo he venido a pediros vuestra aprobación y ayuda en la línea de conducta que ahora me propongo seguir.

"Puedo confiar seriamente en que este Gobierno en ningunas circunstancias se verá obligado a la guerra con el pueblo de México, desgarrado por la guerra civil. Si hemos de aceptar el texto de su propia Constitución, no tiene Gobierno.

"El general Huerta ha sentado su poder, tal como es, en la ciudad de México, sin derecho y por métodos para los cuales no puede haber justificación. Sólo una parte del país está bajo su dominio.

"Si un conflicto armado viniese desgraciadamente como resultado de su actitud de resentimiento personal hacia este gobierno, nosotros pelearíamos solamente contra el general Huerta, o aquellos que adhiriéndose a él le dan su apoyo, y nuestro objeto sería solamente devolver al pueblo de la perturbada República, la oportunidad de establecer sus propias leyes y su propio gobierno.

"Pero yo espero vivamente que no se trata ahora de

guerra. Creo que hablo por el pueblo americano cuando digo que nosotros no deseamos dominar en grado alguno los asuntos de nuestra hermana República. Nuestro sentimiento hacia el pueblo de México es el de la más profunda y genuina amistad; todo lo que hasta ahora hemos hecho y nos hemos abstenido de hacer ha provenido de nuestro deseo de ayudarlo, no de ponerle obstáculo o de embarazarlo.

"Nosotros no quisiéramos ni aun emplear los buenos oficios de la amistad sin su beneplácito y consentimiento.

"El pueblo de México está calificado para arreglar sus asuntos domésticos a su modo, y deseamos sinceramente respetar sus derechos.

"La situación actual no tiene necesidad de las graves complicaciones de la intervención si la tratamos con prontitud, firmeza y prudencia.

"Sin duda yo podría hacer lo necesario en estas circunstancias para imponer el respeto a nuestro Gobierno sin recurrir al Congreso, y, sin embargo, sin excederme de mis facultades constitucionales como Presidente; pero no quiero obrar en un asunto que puede tener tan graves consecuencias si no es en íntimo acuerdo y con la cooperación, tanto del Senado como de la Cámara de Diputados.

"Por lo mismo, vengo a pediros vuestra aprobación para que pueda yo emplear las fuerzas armadas de los Estados Unidos tan ampliamente como pueda ser necesario para obtener del general Huerta y sus secuaces el más completo reconocimiento de los derechos y la dignidad de los Estados Unidos aun en medio de las angustiosas condiciones que ahora prevalecen desgraciadamente en México.

"En lo que hacemos no puede haber pensamiento de agresión o de engrandecimiento egoísta.

"Nosotros procuramos mantener la dignidad y la autoridad de los Estados Unidos solamente porque deseamos siem-

pre conservar incólume nuestra gran influencia para el servicio de la libertad, tanto en los Estados Unidos como en cualquiera otra parte en donde pueda emplearse para beneficio de la humanidad. Abril 20 de 1914".

CAPÍTULO SEXTO

¡Traición!

I

La obscuridad reina todavía a las cinco de la mañana. En la inmensidad del mar no se distingue sino las luces que indican los peligros a los navegantes, y las de los barcos surtos en la bahía que casi todos son americanos de guerra. Agua y cielo se confunden a lo lejos, pareciendo una misma cosa. Paseando la vista por aquella obscuridad que vela tanta grandeza, después de unos minutos se nota una tenue claridad en un punto del Oriente. Semeja como una fosforescencia. La claridad se hace más perceptible y se va extendiendo lentamente, dejando ver un fondo rojizo como el que produce un gran incendio. Ya los límites del monstruo líquido empiezan a destacarse por su tono obscuro. El fondo rojizo va creciendo poco a poco hasta adquirir una brillantez muy poderosa; pero al extenderse en el horizonte, se modifica por la intercepción de las distintas capas atmosféricas, produciéndose un azul claro. De entre las aguas del mar sale un gran disco colorado, el cual puede verse al principio tranquilamente; pero momentos después es tanta su refulgencia, que hay que apartar la vista porque la hiere de modo insoportable. Ese disco es el rey de nuestro sistema planetario; el sol que, incansable en su tarea, nos porporciona luz

por doce horas después de otras doce de ausencia. Éste ha sido el amanecer del martes 21 de abril de 1914.

El comercio abrió sus puertas; en el mercado público empezó el bullicio y la algarabía de ordinario; en los hogares reina la tranquilidad; en las oficinas dieron principio los trabajos; las escuelas se llenaron de niños, y todo ofrecía el aspecto de siempre; nadie pensaba en peligros próximos, y menos cuando la noche anterior pudo leerse en "El Imparcial" (periódico huertista) lo siguiente:

"NO HAY MOTIVO PARA ALARMARSE.—La especie de un inminente conflicto con los norteamericanos, produjo en la metrópoli alarma que aún duraba ayer, a pesar de que en nuestra edición de entonces cuidamos de manifestar esta verdad: que el incidente de Tampico no asumía importancia, y que no habría guerra con el vecino pueblo por falta de razón para ello.

"Volvemos a asegurar que lo ocurrido en el mencionado puerto es cosa arreglada, y que los timoratos pueden tranquilizarse, y no prestar crédito a malévolas versiones que los tontos y los traidores hacen circular.

"Una gran nación, como la cercana, se deshonraría si, por el más fútil pretexto, pretendiera hostilizar a México.

"Por otra parte, la República yankee carece de ejército, y para crear uno que bastara a subyugarnos, necesitaría esfuerzo, tiempo y gastos enormes.

"Sin embargo, precisa recordar siempre la geográfica fatalidad de lindar con un coloso que, desprendiéndose de las ideas que lo constituyeron, da testimonio de un imperialismo amenazador para la raza hispano-latina que ocupa vasta porción del nuevo Continente.

"Debemos militarizarnos y aplicar todo empeño al in-

cremento de nuestras huestes, y hallarnos preparados para cualquier evento de armas.

"Aun ahora, el grito de: "La patria está en peligro; el extranjero la invade", determinaría el cese de nuestras disensiones, y nos congregaría al pie de nuestra bandera para defenderla hasta morir.

"Afortunadamente—lo repetimos—el riesgo no existe, y parécenos bochornoso asustarnos de un espantajo."

II

Eran muy pocos los que conocían en Veracruz el verdadero estado de la política, y por esta circunstancia no se esperaba la intervención de los americanos por medio de la fuerza de las armas. Además, el pueblo veracruzano, quizás el más sensato de todos los de las ciudades mexicanas, no era huertista, porque había sido maderista y seguía siéndolo; de manera que como el gobierno americano estaba trabajando para el derrocamiento del usurpador, esta consideración hacía que algunos vieran hasta con marcadas muestras de agrado lo que suponían estratagemas de los mencionados extranjeros.

Oigamos un diálogo de un mexicano con un americano:

—Madero mocho bueno, Huerta... ah, Huerta mocho malo, decía el militar yanqui.

—¿Es verdad que van a desembarcar ustedes para pelear con nosotros?

—Oh, no. Nosotros amigos pueblo mexicano. Nosotros no pelea con ostedes.

—¿Por qué querían ustedes a Madero?

—Oh, yes. Madero mocho bueno, porque Madero demócrata como americanos.

—¿Y qué les parece Carranza?

—Oh, yes, Carranza mocho bueno. Nosotros quere Carranza como ostedes.

—¿Verían los Estados Unidos con gusto que triunfara Carranza contra Huerta?

—Yes, yes; Estados Unidos querer mocho democracia y ver felices los mexicanos. No tiranía, no despotismo, no dictador. Americanos querer mocho Presidente Wilson y Presidente Wilson quere mexicanos.

—¿Qué harían ustedes si los huertistas los atacaran?

—No comprende.

—Digo, ¿qué harían si Huerta quisiera pelear con ustedes?

—Oh, mi no sabe; nosotros no pelea por borrachos. Nosotros damos desprecio.

Sería ocioso seguir consignando la jerigonza de los soldados yanquis, que era siempre la misma cuando se les trataba sobre la materia, porque con lo dicho ya basta para formarse juicio de lo que aparentaban sentir todos en general; y esa apariencia, que como se ha visto era muy favorable para los mexicanos, hacía reaccionar a los que se inclinaban por la fuerza de la alarma a creer en la intervención, y pensaban: no puede haberla, los americanos son nuestros aliados. Don Pascual no creía en ella, no porque hubiese hablado nunca con ningún americano (se le figuraba degradante), sino porque no encontraba en ninguno de los acontecimientos que se venían sucediendo, nada que ameritara y por ende que justificara una determinación de esa índole. Si los Estados Unidos—decía—están civilizados como se cuenta, es imposible que atropellen la soberanía de la nación y nos vengan a estorbar que luchemos contra el grupo de degenerados mexicanos, acaudillados por un troglodita que ha usurpado el gobierno, pretendiendo privarnos de derechos y libertad. Además,

bien saben los americanos que no hemos de recibir con agrado su intromisión de ninguna manera, y menos por la fuerza de las armas, en nuestros asuntos, y que si huellan nuestro suelo les va a pesar mucho. ¿Qué ganarían con matarnos a unos cuantos? Para que su imperialismo se cimentara en México, tendrían que matar hasta al último indio que quedara vivo en el territorio. ¿Lo podrían hacer? Indudablemente que no, y entonces han de pensar: que más les conviene dejarnos; que deben desear que nuestra población en vez de disminuir se aumente todo lo más; que deben también hacer lo posible por cultivar nuestra amistad, para que su industria y comercio sea favorecido por nosotros, así como para que estemos dispuestos a ayudarlos en alguna ocasión que peligre la integridad de su territorio. Mr. Wilson es hombre de juicio y no querrá el ridículo para su patria, que es lo que obtendría con una conducta necia.

III

(1) "En cuanto comenzaron los trabajos en oficinas federales, los jefes recibieron órdenes de tener prevenidos a todos sus empleados por si hubiese necesidad de disponer de ellos en calidad de soldados defensores del puerto, porque se esperaba una invasión.

"Probablemente no se creía que esto fuera inmediato, porque en los muelles no hubo preparativos bélicos de sistemas defensivos y todo el mundo siguió creyendo que se trataba de falsa alarma, por no observarse nada anormal en la comandancia militar y en los cuarteles.

"A esa hora se trabajaba como de ordinario en la esta-

---

(1) Informes tomados de "La Opinión".

ción Terminal y se iniciaron algunas operaciones de embarque y desembarque. Los mercados públicos ofrecían un bullicio y algarabía auténticos, y en las escuelas estudiaban los chicos tras las salutaciones de los maestros, sin temerse nada extraordinario, porque en los hogares era donde menos se creía en la inminencia de un peligro de guerra internacional.

"Pero debido a una circular que el Cónsul de los Estados Unidos, Mr. William W. Canada, dirigió a todos sus colegas del puerto, en la cual circular les anunciaba oficialmente que la Escuadra Norteamericana del Atlántico llegaría a Veracruz a las dos de la tarde, la alarma llegó al colmo y entonces se consideró gravísima la situación de la ciudad, buscando todos los medios de protegerse por si llegaba la hora terrible de un ataque.

"La faz de las cosas cambió a las diez de la mañana, hora en que al saberse lo que comunicaba el Cónsul y los movimientos sospechosos que ya se observaban en la bahía, en todas las escuelas públicas dejaron que los alumnos se retiraran a sus casas.

"Las sucursales del Banco Nacional de México y de Londres y México y el Banco Mercantil de Veracruz, todas las grandes casas de consignaciones y comisiones, las oficinas de empresas navieras y las tiendas todas del centro y de las barriadas se clausuraron por influencia de la misma alarma, que ya se había entronizado en la ciudad.

"Ello contagió a los talleres y puede decirse que hubo un "paro general".

"También a las diez en punto de la mañana fueron clausuradas las oficinas federales de la Aduana Marítima, Telégrafos, Correos y Administración del Timbre, retirándose los empleados no sin expresar su deseo de tomar las armas en caso de un conflicto exterior.

"La Jefatura de Hacienda fué la última oficina federal que quedó abierta; pero también despidió a sus empleados, aseguró sus cajas y cerró sus puertas una hora después de las anteriores, levantando una acta el jefe de la oficina".

IV

Don Pascual y su familia se levantaron el día que se desarrollaban los sucesos que narramos, muy de mañana, según tenían por costumbre, entregándose cada cual a sus ocupaciones. Jorge se fué a la calle para arreglar cierto negocio pendiente de su papá, y éste se sentó a su escritorio para ordenar algunas cuentas que lo venían entreteniendo desde el día anterior.

Ni lo más mínimo se preocuparon por los peligros próximos, pues tan sugestivas eran las disertaciones de don Pascual sobre la imposibilidad de la intervención americana, que casi veían compasivamente a los que abrigaban temores de que la hubiera.

Doña Elvira se preparó para la confección de un dulce como el que otras ocasiones había hecho con gran contento de todos. Graziela se sentó al piano para repasar algunos ejercicios de Chopin, siguiendo su costumbre de entregarse al estudio del gran instrumento por dos o tres horas diarias. Carolina se puso a bordar un pañuelo que iba a regalar a Enrique, de quien, como ya sabemos, era la prometida, y Luisa dedicó la mañana al arreglo de un vestido que la modista le había entregado con algunos defectos que la privaron de estrenarlo el domingo anterior.

Don Pascual fué el primero que advirtió en la calle la alarma que empezó a tomar incremento desde las diez de la mañana, y aunque al principio no le dió importancia, acabó

por preocuparse profundamente. Después fueron sus hijas las que se enteraron de lo que pasaba y abandónaron sus ocupaciones, y doña Elvira lo notó a su vez cuando ya listo traía su exquisito dulce para enseñarlo a su esposo, a quien tanto agradaba.

Padre, madre e hijas salieron hasta fuera de la puerta de la casa para averiguar la causa de las carreras y el alboroto; y los gritos de "ya están desembarcando los americanos", "ya vienen esos cochinos", y etcétera, etcétera, que fué lo que oyeron, les explicaron cuanto deseaban saber.

—¿Y Jorge no ha venido todavía? preguntó la madre.

—No ha venido, respondió Graziela.

Don Pascual se metió en su casa y fué a sentarse en la silla de un rincón de la sala, tratando de ocultar el estado de su ánimo, que como se comprenderá era casi el de la desesperación.

—¿Qué le habrá pasado a esa criatura que no parece?, volvió a preguntar, doña Elvira escudriñando con la vista entre el gentío que llenaba la calle.

—Nada ha de haberle pasado, contestó Graziela para tranquilizar a su madre, no obstante que ella también estaba temerosa de la suerte de su hermano.

—¡Ésta es una nueva traición!, exclamó don Pascual desde su asiento, porque recordó que el capitán Gómez Anaya le había dicho la noche anterior que el general Maass estaba cuchicheando con los principales jefes de la guarnición, y desde luego supuso que la nueva traición que iban a hacer a la patria debió ser la causa; traición que ya estaba consumándose, desde el momento que ocultaban el pedimento que de la plaza de Veracruz habrían tenido que hacer los americanos para desembarcar.

Entraron sus hijas al oír su exclamación y le rodearon, diciéndole Luisa:

—Sí, papá, una nueva traición; pero no te desesperes, ten en cuenta que tus hijas no han olvidado tus enseñanzas y que te ayudarán a sufrir las consecuencias de esta guerra, si acaso se declara con todos sus horrores.

—¡Pobre patria!, volvió a exclamar don Pascual.

—¡Pobre patria!, repitieron las hijas.

Doña Elvira no se había quitado de la puerta, pendiente de la venida de Jorge, a quien descubrió al fin entre la gente.

—Vaya, allá viene esa criatura, exclamó al verle.

Llegó Jorge y ya hemos visto en el capítulo primero todo lo que sucedió después: el recibimiento cariñoso de su madre y la resignación de esta misma; más aún, el dominio de su egoísmo natural, que hizo resplandecer la magnificencia de su altruismo, factor principal del patriotismo, al decirle: "Anda, hijo mío, corre a defender a nuestra patria"; que la voz de su padre lo detuvo, y con cariño, respeto y sumisión esperó sus órdenes, y por último, que se lanzó a la lucha en compañía de don Pascual y un puñado de valientes.

V

Con el alma henchida de indignación se fué el viejo coronel en hombros de sus amigos, siguiendo por el centro de toda la alameda—pues la casa habitación de nuestro protagonista estaba situada en una de las aceras de ese paseo—y poco faltaba para que llegaran a la estatua de Gutiérrez Zamora, cuando vieron venir a gran velocidad el automóvil de la comandancia militar, ocupado por Gustavo Maass y sus ayudantes.

Don Pascual en seguida se dió cuenta de que el medroso general se ponía en precipitada fuga y no pudo reprimir un grito de ira cuando pasó el vehículo junto a él, pues con todas las fuerzas de sus pulmones exclamó:

—¡Asesino cobarde, miserable traidor, maldito seas!...

Cuando los amigos de don Pascual advirtieron de lo que se trataba, no tuvieron tiempo para nada. Raudo como el vuelo de una paloma que huye del peligro en que la pone el acercamiento de un milano, siguió su marcha por todo el centro de la alameda el automóvil de la comandancia militar de Veracruz, antes de que se oyera ni un solo tiro, hasta perderse en la curva que conduce al camino del ferrocarril Mexicano. La traición estaba consumada.

—¡Compatriotas!, volvió a gritar nuestro héroe: nosotros estamos obligados a luchar en defensa de nuestro honor de mexicanos, sin que nos importe un bledo que tengamos necesidad de desafiar cualquier peligro por grande que sea; de manera que considerada la situación bajo este solo aspecto, podríamos ver hasta con agrado que se fuera ese cobarde miserable que se llama general Gustavo Maass, porque los de su calaña estorban a los valientes en un combate; pero nuestras esposas e hijas, abuelos y niños, no debieran encontrarse expuestos a las contingencias de la lucha y no hemos podido evitarlo, porque no avisó con la oportunidad debida que le pidieran la plaza los gringos, como es de suponer que se la pidiesen, y nos ha entregado a ellos de la manera más inicua, miserable y cobarde, traicionándonos a todos los habitantes de la ciudad. ¡Compatriotas, mueran los traidores!

—¡Mueran!, contestaron con ira, apretando los puños.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE

VERACRUZ HEROICO

CAPÍTULO PRIMERO

El desembarque

I

Las imperfecciones de las sociedades han sido, son y serán fuente inagotable de males para la humanidad; y entre más se arraigue en la conciencia de alguna nación la idea de dominar a otra, más lejos está de haber alcanzado el grado de cultura que supone, bastando sólo un pequeño detalle para evidenciar su error. Todas y cada una de las naciones del viejo Continente se disputan el dominio de los mares; desea cada una abarcar para sí el intercambio comercial e industrial de las otras, es decir, satisfacer su ambición dominando, no importa cómo. ¿Y los Estados Unidos? El afán de este país es imponer su imperialismo en las demás de las Américas.

Está muy bien que siendo las naciones como los individuos, aquéllas como éstos tengan un ideal y que para alcanzarlo dediquen todas las potencias de su alma; pero lo que no está bien es que no sea con objeto noble, que no sientan el rubor del proceder inmoral, esto es, de las miras mezquinas

que son la fuerza motriz de sus acciones, porque privar unos de la libertad y derechos a otros es inmoral y la inmoralidad es la negación de la cultura, a pesar de los alardes que se hagan de poseerla y que no son más que la escalera para encumbrarse al ridículo más elevado.

Concretando nuestras apreciaciones a Estados Unidos, debemos considerar dos causas principales de su idiosincrasia: primera, su origen; segunda, el medio ambiente en que se ha desarrollado esa Nación. Esas dos causas producen múltiples efectos, entre los que se cuentan las ideas regidas por leyes atávicas, y la presunción de superioridad. El atavismo los hace envidiosos y egoístas, y la presunción de superioridad déspotas y tiranos. Pruebas: La interpretación y aplicación que dan a la doctrina del altruista Presidente Monroe, "América para los americanos", y la enmienda Plat a la Constitución Política de Cuba.

La República Norteamericana hace consistir su grandeza y su poder en sus ciudades populosas sembradas de edificios magníficos y en su marina de guerra; ¿pero es ésto lo que en concepto de la filosofía sociológica constituye la verdadera grandeza y cultura de una nación?

No es nuestro ánimo convertir este libro en lecciones para un pueblo como el de Estados Unidos, donde hay, como en todas partes, hombres doctos en ciencias y ejemplares en su conducta; pero nuestro deber de historiadores nos impone la necesidad de entrar en algunas aunque ligerísimas explicaciones, acerca de las características que los distinguen, para la mejor inteligencia de nuestra narración.

II

Si dijimos dos palabras acerca del carácter general del pueblo de los Estados Unidos, debemos decirlas también del

mexicano, no obstante que por los sucesos narrados en los capítulos anteriores, puede inferirse cuál es.

México, como República, es una nación tan joven, que hasta el año de 1921 no contará cien de haber visto consumada su independencia del gobierno español, con la entrada del ejército trigarante en la capital. Pero si de los 94 años transcurridos, se descuenta la suma que se haga de los que se han pasado en luchas civiles y con distintas potencias extranjeras, no quedan sino muy pocos en que haya podido gozar de libertad para aprovecharlos en el desarrollo de todos sus recursos materiales, intelectuales y morales, que son muchos, para que desaparecieran a ese influjo las notables imperfecciones de su familia.

Como en todo caso sociológico, esas imperfecciones son proporcionales a los medios que se han empleado, porque han sido casi siempre las clases directoras, si hombres de saber, también corrompidos de sentimientos, sobre todo de sentimientos patrióticos y humanitarios; que no han conciliado su egoísmo con el altruísmo para que de esa conciliación resultara la conducta regular que debieran haber seguido para que fueran hoy un timbre de gloria para su patria en lugar de tener delitos que se les castigue con muy justificados anatemas. Para que un pueblo sea feliz, debe ser libre, y para que sea libre debe ser ilustrado; cuando todos y cada uno de los ciudadanos conozcan sus derechos y sus deberes, entonces dejarán de ser tributarios de los demás hombres. ¿Qué fuera hoy México si se hubiese difundido la enseñanza por todos los ámbitos de la República? Sería una nación fuerte, sería una nación grande, porque el poder y la grandeza están en razón directa de la cantidad de hombres ilustrados, de hombres conscientes de sus deberes y sus derechos.

Sin embargo, como los mexicanos en su mayoría abrumadora sobre los ilustrados corrompidos, no son ambiciosos,

no tienen las ideas de dominio y en vez de ser déspotas y tiranos son nobles y altruístas, todo por naturaleza, el país ha adelantado notablemente y la nacionalidad subsiste y se mantendrá mientras haya uno solo en su territorio y una piedra, si no un rifle, con que la defienda, porque por naturaleza también son celosos para guardar su propiedad, que es la tierra donde nacen, y sólo con la vida al mismo tiempo se les podrá arrebatar.

Los mexicanos han sufrido la tiranía de las clases elevadas por su ilustración; pero odiándolas con todas las fuerzas de su alma; y por ésto hoy, haciendo abstracción de sus sentimientos fraternales, cuando ya ha sido humanamente imposible la tolerancia, se yerguen y despedazan a los que les imponen su imperialismo. Y si esto sucede tratándose de miembros de la misma familia, es una prueba evidente de que no habrá nación del mundo que convierta a México en un ORGANISMO NI SIQUIERA TUTOREADO.

III

Doña Elvira y sus hijas siguieron con la vista a don Pascual y a Jorge, hasta que se perdieron entre la multitud. Entraron de nuevo a su casa en compañía de doña Anita y su hija Rosita; se sentaron en el estrado y mudas todas permanecieron por largo tiempo. ¿Quién es capaz de describir el estado del espíritu de esa familia? Los arcanos del corazón no hay saber humano que los penetre, y por consiguiente difícil es, si no imposible, hacer la descripción de ese mundo de sensaciones tan infinitas como diversas.

Podemos decir, sin embargo, que el pesar de ahora no podía compararse con aquel que sintieron cuando el capitán Gómez Anaya fué a buscar a don Pascual para llevarlo a la

comandancia militar. En aquella ocasión concurrían causas distintas, porque temían con fundamento que lo asesinaran de manera miserable y cobarde, y ahora se trataba del cumplimiento de un deber, que aunque podría costar la vida, ésta se perdería con honor y justificadamente. ¿Acaso ellas mismas no tenían hecho el propósito de ayudar en la defensa de la patria a su padre, a su hermano y... ¿por qué no decirlo? a Pepe y Enrique? Recordemos aquella conversación que tuvieron con Merceditas y sus hijas Elisa y Charito; recordemos también aquella noche que Luisa dió su retrato a Pepe diciéndole: "Sólo te suplico que cuando mi rival ocupe tu memoria lo veas y pienses que entre más ames a ella más te idolatro yo". ¡Idolatrarlo! Pues ¿cómo no, si también ella amaba a la patria? Y entonces, ¿qué había que esperar que sucediera cuando llegó el momento fatal no esperado, pero tampoco temido?

Doña Anita fué la primera que habló en estos términos:

—Se me figura mentira cuanto veo y oigo; apenas me imagino lo que está pasando, y no quiero creer que las cosas lleguen a las proporciones que se les dan.

Doña Elvira, sin poder evitar que asomaran a sus ojos las lágrimas, le contestó con voz casi natural:

—Pues ya ve usted hasta dónde nos ha llevado la traición de un miserable. ¡Lástima que estas criaturas no sean también hombres para que pudieran seguir el ejemplo de su padre!

—No te mortifiques, mamá, exclamó Luisa, que aún no hemos tenido tiempo para seguir nuestras determinaciones tomadas.

—¿Y qué determinaciones son esas, mi vida? preguntó doña Anita. ¿Querrán ustedes abandonar a su madre para lanzarse a los cuatro vientos y exponerse a la barbarie de la soldadesca?

—¡Soldadesca! repitió Luisa con cierto aire de indignación que no pudo reprimir, y agregó: ¿adónde está esa soldadesca? ¿Llama usted soldadesca a los habitantes de la ciudad, que serán los que la defiendan de los americanos?

—No, hija, contestó mortificada doña Anita, no confundo como supones.

—Pues entonces, no debemos temer nada de nuestros paisanos, que nos conocen muy bien; y desde el momento que nos vean con ellos, no dudarán que estamos para ayudarlos y alentarlos a cumplir con su deber, respetándonos como saben hacerlo.

—Ah, exclamó doña Elvira, y que las palabras de una mujer en situaciones donde el ánimo de los hombres está a prueba, son un incentivo poderoso para que desprecien los peligros que los amenaza y se decidan a vencer o a morir.

—Pero, querida mía, y los americanos ¿no son soldados? ¿Cree usted que sólo entre paisanos, que porque conocen a estas muchachas les guardarán las consideraciones que se merecen, se van a ver envueltas?

—¿Y qué nos importan los americanos? contestó Luisa revelando cada vez más una resolución irresistible; si por desgracia cayéramos en poder de ellos, la boca de una pistola sobre las sienes o la punta de un puñal sobre el pecho, nos pondrán a salvo de sus atentados.

Semejantes argumentos no tenían réplica, pues comprendió doña Anita que cuando se ama a la patria, nada es bastante para detener los impulsos del corazón.

IV

Al Norte de la ciudad de Veracruz se levanta, con la majestad de su arrogante arquitectura moderna, un edificio

que mira al mar. Tiene dos pisos y sus departamentos fueron hechos "ad hoc" para el objeto a que iban a ser destinados.

En la planta alta están repartidas las oficinas de los principales empleados de los ferrocarriles que entran y salen de la ciudad, y, además, varias habitaciones para hospedajes que constituyen un hotel, que se denomina "Hotel Terminal".

En la planta baja están los hermosos salones adonde el público espera la llegada o salida de los trenes; los departamentos donde se expenden los pasajes; los departamentos de express, equipajes, cantina, restaurant, etc., etc., prolongándose el edificio con el andén formado por dos extensos aleros sobre banquetas, todo de cemento, que tienen a los lados las vías de acero por donde entran y salen los trenes de pasajeros. Estos trenes son: El Mexicano, el Interoceánico, el de Veracruz a Alvarado y el de Veracruz al Istmo.

Frente al edificio que por razón del objeto para que fué construído se llama "Estación Terminal", se fabricaron grandes bodegas en los terrenos ganados al mar cuando se hicieron los malecones que encierran la bahía, adonde penetran los buques para estar al abrigo de las furias del viento y el agua, las cuales bodegas reciben directamente de las de los buques la carga que llega con destino a la Capital de la República y todo el interior, tomando esa misma carga, al salir de los buques, los mismos trenes muchas veces, porque pueden llegar hasta colocarse los carros y plataformas a los costados de las embarcaciones.

Por un capricho fué por lo que se construyó en la parte Norte de Veracruz la Estación Terminal, pues que impediría el ensanche de la ciudad por ese rumbo, que era lo indicado, estorbando además el tránsito por el Occidente a causa de los peligros y molestias del paso de los trenes a todas horas por la calle de Allende, que era de esperarse fuera una de las mejores y céntricas al cabo de muy pocos años.

Además, se permitió que una barda de cemento, partiendo desde el edificio de la estación, limitara las avenidas principales: Independencia, Cinco de Mayo, Cortés, Hidalgo, Emparan, etcétera, la cual barda impide, por otra parte, que el aire corra libremente, lo que hace aumentar el calor sofocante en esos extremos de la población.

¡Esa barda sirvió de fortaleza a los yanquis para atacar a los defensores de la integridad del suelo mexicano!...

Cerrando las calles como se acaba de decir, y siendo éstas muy derechas, es claro que desde la extremidad limitada por la barda, podían dominarse perfectamente bien, y proteger unos cuantos hombres desde allí, la marcha de otros que se internaran al centro de la ciudad, para tomar las posiciones ventajosas y dominar la población.

¡Guay de los americanos si no hubiesen traidoramente asaltado la ciudad dormida en brazos de la confianza de que no serían tan miserables los que se dicen amantes y respetuosos de los derechos de libertad que da la civilización de que alardean, pues difícilmente se hubiesen podido parapetar en esa trinchera que hubieran aprovechado los veracruzanos para rechazarlos muchas veces, hasta que los cañones de los cruceros y acorazados surtos en la bahía causaran la demolición de esa misma trinchera!

Como a unos cincuenta o sesenta metros de la estación Terminal, y siguiendo por el Nordeste, se halla el edificio de Telégrafos y Correos, solo, aislado, luciendo su belleza arquitectónica moderna, en el fondo de una plazoleta exhausta de toda clase de adornos y donde la arena reverbera al contacto con los rayos ardientes del sol.

Después, y en la misma dirección, está el soberbio edificio de la Aduana Marítima, que como si fuera susceptible de sentirse ruborizado a las miradas de la gente, le pusieron, tapándole toda la fachada, un gran cobertizo, con el pretexto de de-

positar allí la carga que trajeran los buques para los comerciantes de la plaza.

Estos edificios y sitios que a grandes rasgos hemos dado a conocer a los lectores, fueron el escenario de los primeros acontecimientos que vamos a narrar a continuación.

V

Desde las primeras horas de la mañana del día 21 de abril de 1914, se advirtió un movimiento inusitado en la bahía ocupada casi enteramente por las escuadras americanas, entre las cuales se hallaban: un crucero alemán (el Dresden), un inglés, un español (el Carlos V) y un francés (el Dondé).

Por fuera de los malecones que forman la bahía, estaban en línea de combate más de veinte buques de guerra, dispuestos los mejores en las extremidades Norte y Sur, a fin de resguardar las entradas, por tierra, a la ciudad, pues por esos rumbos están respectivamente las líneas de los ferrocarriles Mexicano e Interoceánico.

Dentro de la bahía se hallaban: el Prairie, el Minessota, el Florida y el Utah. La primera de estas unidades se situó frente al consulado americano, ubicado en la calle de Morelos, a un lado de la estación Terminal, y el Minessota frente a la Escuela Naval, que desde la calle de Landero y Cos da el frente al costado derecho del edificio de Faros, situado cerca del muelle de Sanidad.

(1) "Eran poco más de las once de la mañana cuando los lanchones desprendidos del transporte Prairie, amarrado a una boya de las del centro de la bahía, condujeron como 500 hombres de la infantería norteamericana de marina, en trajes

---

(1) Tomado de "La Opinión".

de kaki de color plomizo o amarillos, con gorras náuticas algunos, y los más con sombreros texanos de anchas alas, y armados de rifles con una cartuchera y una bolsa de bastimento.

"En el desembarque, producido en el muelle "Porfirio Díaz", no hubo la menor contrariedad para los invasores, puesto que nadie les opuso resistencia, hallándose presentes a esa hora unos cuantos trabajadores de los muelles y algunos curiosos, los que se contentaron con lanzar algunas voces de protesta o hacer vibrar en los labios el silbido.

"Los marinos se formaron en la plazoleta limítrofe a la Estación Terminal, para seguir en distintas direcciones, de cuatro en fondo, preparados los rifles.

"Parte de la mencionada fuerza que primero desembarcó, se dirigió al consulado americano situado en la calle de Morelos, a un lado de la estación Terminal, y otra parte tomó la estación y el hotel del mismo nombre, cubriendo las azoteas y escalinatas y pórticos, estableciéndose unas guardias en las puertas laterales que dan a la avenida Montesinos.

"El grueso de las fuerzas siguió hasta el edificio de telégrafos y correos y hacia la aduana marítima, los cuales tomaron sin hallar resistencia, ocupando escalera, corredor, intermedios y altura, estableciendo algunos grupos cerca del muelle fiscal y de otros puntos de la bahía. No hubo resistencia en esas oficinas de la Federación, porque no se presumió la gravedad del caso, verdaderamente intempestivo, habiéndose retirado ya a esa hora todos los empleados, como dejamos dicho.

"Lanchas de mayor tamaño siguieron transportando infantes de marina, y fueron vistos desembarcar los de los acorazados Florida, Minessota y Utah, en mayor número que los despachados por el Prairie, quienes ocuparon las avenidas Morelos, Montesinos y Juárez, para extender su línea hasta el

puente que se levanta sobre las líneas férreas, correspondiendo a la desembocadura de la calle del Cinco de Mayo, ocupando también otros edificios de esa zona muy inmediata a la bahía.

"Las pocas casas de comercio que no habían cerrado tuvieron que protegerse con hermetismo y no hubo un solo negocio que accionase, a excepción de algunos departamentos de la Compañía Terminal, que tuvieron que resguardar carga pendiente de embarque, herramientas y algunos utensilios de costo.

"De los primeros en quedar paralizados fué el servicio de los trenes de los ferrocarriles Mexicano, Interoceánico, Alvarado y Veracruz al Istmo, puesto que los invasores se habían apoderado de locomotoras y carros, resguardando las puertas de salida, hacia el rumbo de Allende.

"También se paralizó el tráfico de Tranvías Eléctricos en las tres líneas porteñas, y a medias el de policía, por tener que combatir algunos gendarmes.

"No así el servicio telefónico, que estuvo eficaz todo el día, hecho muy elogiable por ser de suprema probanza en circunstancias tan comprometidas.

"Las fuerzas norteamericanas se tendieron a lo largo de las calles de Juárez hasta desembocar al Parque Ciriaco Vázquez, formando paralelas con otras dos columnas posesionadas de las calles de Emparan y de Montesinos, teniendo en el fondo, en calidad de reductos protectores, las bardas y edificios de la estación Terminal, y protegiendo el flanco izquierdo las posiciones de correos y telégrafos".

¡El atropello con el derecho del más fuerte se había consumado a la soberanía de México!...

¿Quedaría impune? Esto es lo que vamos a saber en los capítulos subsecuentes.

CAPÍTULO SEGUNDO

Momento álgido.

I

No obstante que el pueblo de Veracruz fué sorprendido ahora con la invasión de la ciudad por los americanos, esperaba en época no muy remota que iba a haber necesidad de pelear con ellos, porque desearan aprovecharse de la ocasión de nuestros disturbios, y con la bien conocida careta de la hipocresía declarar la guerra a México en nombre de la humanidad, de la civilización y libertad de que alardean, creyendo que con la fuerza y el dinero de que disponen ya pueden cubrir las lacras de que está llena su conciencia.

Tal presentimiento fué la causa de que se pensara en adquirir instrucción militar para defender a la Patria cuando llegara el caso, y congregados algunos vecinos se acercaron al comandante militar, para que además de que concediera el permiso, facilitara un instructor.

El general Maass pensó sacar partido de los que adquirieran la instrucción que deseaban, porque los haría engrosar las filas del ejército federal que estaban aniquilando los constitucionalistas acaudillados por don Venustiano Carranza. Por consiguiente, dió el permiso y encomendó al coronel don Manuel Contreras, su secretario, para que difundiera la instrucción militar solicitada.

Principiaron a hacer los ejercicios respectivos unos veinte individuos de la clase obrera, y poco después eran más de cuatrocientos; pero sucedió lo que era de esperarse: que hubo alguien que denunciara las intenciones del general Maass, y todos desistieron de la patriótica idea de militarizarse.

Apenas fueron unas cuantas las lecciones recibidas; mas de mucho sirvieron a los que las tomaron, pues la gloria alcanzada, como se verá adelante, fué con lo que la Patria premió sus afanes.

II

El señor comandante militar, cuando le anunciaron que los americanos estaban desembarcando, no pensó sino en ponerse en precipitada fuga abandonando familia, casa, oficina y cuanto el hombre no deja sino con la vida, habiendo tenido necesidad su señora y dos o tres señoritas, sus hijas, de ir a refugiarse en la casa de un doctor coronel, que también abandonó a su familia para huir con el general Maass.

Y sucedió que cuando ambas familias al reunirse principiaron por comentar la precipitada fuga de los respectivos jefes de ellas, lamentando la de Maass que todo había quedado abandonado en su domicilio, recordó que "por la premura del tiempo" su marido no se llevó la bandera del batallón a sus órdenes, ni su espada tampoco, y decidió ir a recoger ambas cosas.

—¿Pero cómo va usted a exponerse a atravesar por entre la multitud?, objetó la esposa del doctor.

—No importa, respondió la de Maass, porque evitaré a mi marido el bochorno que le harán sentir hasta sus subordinados cuando sepan que olvidó lo que más cuida un general que, como Gustavo, sabe cumplir con su deber.

—¡Válgame Dios, hija!, exclamó la del doctor; es muy peligroso salir en estos momentos a la calle; ¿y si le sucede a usted alguna desgracia?

—No importa, iré a traer esas dos cosas solamente, aunque lo demás se pierda; usted sabe lo delicado que es Gus-

tavo por lo que respecta a su honor militar, y debo ahorrarle el disgusto que le causará la pérdida de esos objetos cuando no le ha ocurrido ni siquiera en campaña. ¡Qué atrocidad... no, no; voy por ellos!...

Se echó escaleras abajo de la casa del doctor, y atravesando por entre la multitud que se arremolinaba en la calle frente a la comandancia, penetró en ésta, subió la escalera, llegó a la habitación donde estaban la espada y la bandera, tomó ambas cosas y regresó corriendo al punto de partida.

Sus hijas y la familia amiga, desde los balcones estuvieron pendientes con la ansiedad natural que produce el temor de que sucediera algo a la valerosa madre, quien al entrar de nuevo dijo:

—¡Gracias a Dios!... ¡He salvado a mi pobre Gustavo de una vergüenza terriblemente grande para él!

—Yo no me explico, dijo la esposa del doctor, cómo pudo haber hecho caso omiso el general de su espada, sobre todo.

—Fué tan grande la impresión que recibió cuando vinieron a decirle que los americanos estaban desembarcando, que era natural que no pensara sino en salvarse; porque imagínese usted a lo que se hubiera expuesto si se queda a defender la plaza.

—Y otra circunstancia hubo además para su olvido hasta de nosotros, dijo la hija mayor: la de que tuvo que dar sus órdenes antes de irse, lo cual a mí me consta, porque lo oí todo.

—¿No le digo a usted?, expuso la esposa de Maass a la del doctor. ¿Y qué órdenes oíste que dió?, preguntó a su hija.

—Le dijo a Contreras—quien quería irse con él—que se quedara y armara a los "rayados" presos en las galeras y que así como a cien reclutas, también armados, los situara en algunas esquinas de la ciudad para que resistieran la invasión de los yanquis y no se dijera que entregaba la plaza;

que todos los demás soldados, tanto de línea como de caballería y artillería, abandonaran los cuarteles cuanto antes y también la ciudad; que dejara una o dos cajas de armas en el cuartel de la comandancia, para que las tomaran los voluntarios que quisieran pelear contra los yanquis, y que después que cumpliera esas órdenes, se fuera a alcanzarlo a Tejería.

—¿Ya ven ustedes como todo lo previó el pobre Gustavo? Yo bien sé lo que vale, exclamó llena de satisfacción la esposa del comandante militar.

III

Cuando el grupo de hombres en que iba nuestro conocido coronel don Pascual Ramírez llegó frente a los cuarteles del 26 batallón, situado en la calle de Ocampo, y desembocadura de la del Cinco de Mayo, se encontró con una muchedumbre delirante de resolución para contener a los yanquis en su avance al centro de la ciudad.

El coronel Contreras, que fué a cumplir las órdenes del comandante Maass, se hallaba también allí y a él se dirigían todos, pidiendo armas y reprochando con duras palabras la conducta del miserable que había huído abandonando la ciudad a los invasores.

Don Pascual se acercó a Contreras y le dijo:

—Ya que vuestros compañeros, con su jefe a la cabeza, no cumplieron con su deber, porque no saben lo que es el honor militar ni mucho menos sienten la más mínima manifestación del patriotismo, déme armas, coronel Contreras, que con este puñado de esforzados campeones del honor y libertad de nuestra Patria, voy a dar a los cobardes una lección del civismo de mis tiempos pasados y un nuevo escarmiento a los extranjeros que osan profanar nuestro suelo.

—¡Armas, armas y parque!, gritaba la muchedumbre.

—Me descubro ante usted, mi coronel Ramírez, porque los hombres de su talla son escasos, por desgracia, hoy en nuestro México, dijo Contreras a don Pascual; pocas son las armas y poco el parque que tengo; pero allí está todo dentro del cuartel, a su disposición.

Sin esperar más explicaciones ni darlas, entró don Pascual con su gente al cuartel y mandó sacar las armas y parque de unas cajas que encontró y las repartió lo mejor que pudo, quedándose la mayor parte sin nada, porque no alcanzaron. Después arengó a la muchedumbre así:

—¡Valientes muchachos, de vosotros será la gloria si conserváis la entereza de ánimo ante el enemigo; no desperdiciéis el parque, porque es demasiado poco; apuntad bien, para que cada tiro corresponda a un extranjero menos. Muchachos, ¡viva México!...

—¡¡¡Viva!!!... contestaron todos.

—¡Vámonos, que no hay tiempo que perder!, volvió a gritar don Pascual.

Y en esos momentos se presentó uno montado en brioso caballo, pidiendo armas también; pero como no había qué darle, así se lo dijeron, asegurándole que pronto podría contar con el primer rifle que quitaran al enemigo, por lo cual debía seguir con ellos, a lo que accedió, y como además le suplicaron se echara pie a tierra para que el coronel Ramírez fuese montado, con beneplácito lo hizo y tomó don Pascual la cabalgadura.

A paso veloz salieron de la calle Ocampo y siguieron por la avenida Independencia, hasta que llegaron a la plaza de la Constitución. Allí escogió don Pascual a sus mejores hombres y los repartió, enviando a unos a las avenidas de Cortés, Cinco de Mayo y demás, opuestas a las posiciones de los americanos,

dejando unos cuantos en los portales de los hoteles viejo y nuevo de Diligencias.

El coronel Contreras reforzó a los hombres de don Pascual con cien reclutas federales y los "rayados" que sacó de las galeras, cuyo número exacto se ignora, pudiendo decirse, solamente, que serían unos veinticinco o treinta.

El viejo militar no tenía un pequeño momento de quietud, pues corría de un lado para otro de los en que estaban los suyos, alentándolos y ampliando sus instrucciones.

¡Cuánta razón tuvo el coronel Contreras cuando le dijo: "Los hombres de su talla son escasos hoy, por desgracia, en nuestro México!"...

IV

Las órdenes del general Maass estaban cumplidas sólo en parte: las armas habían sido repartidas; los "rayados" estaban en libertad y armados; los cien reclutas también armados y arrojados al frente del enemigo; los cuarteles de infantería ya estaban vacíos y en marcha la guarnición de la plaza rumbo a Tejería; la fuerza de a caballo abandonó la ciudad; sólo faltaba que salieran los artilleros con sus trenes, mulada y cañones.

Pero no podían salir de su cuartel, situado en la calle de Landero y Cos y contiguo a la Escuela Naval.

¿Por qué?

Las fuerzas americanas, que se habían posesionado de la aduana marítima, dominaban desde allá el cuartel e impedían todo movimiento.

El caso era sumamente comprometido; pero quien menos se pensaba se presentó oportunamente a salvar la situación.

Éste fué un joven que apenas principiaba a vivir la primavera de la vida, y que en un momento despreció los seduc-

tores encantos de este mundo, para escalar con heroica resolución el camino de la gloria.

¡JOSÉ AZUETA!....

La severa Clío esculpió ya este nombre en las páginas de oro en que se leen las epopeyas de los héroes mexicanos....

Teniente de artillería y aun alumno de la Escuela Naval, era hijo del comodoro don Manuel, en cuya compañía se hallaba en su casa cuando oyó que los americanos estaban desembarcando por la Terminal en són de guerra.

Como un relámpago cruzó por su imaginación la idea de que era monstruoso que miserables extranjeros profanaran el suelo de México, su querida Patria, y como disparado por un resorte se arrojó a la calle, sin sombrero, y echó a correr hacia la Escuela Naval, templo donde su alma se estaba robusteciendo con el alimento de la instrucción.

Apenas hubo llegado a la referida escuela, se enteró por sus condiscípulos de la situación, y como quien defiende a una madre amantísima en grave peligro, así creyó que debía defender, en primer lugar, a su querida escuela; en consecuencia, con resolución firme tomó un cañoncito que estaba en el patio (el cual cañón era para que los alumnos se ejercitaran) y arrastrándolo él solo, lo sacó y se fué a instalar frente al cuartel de artillería—contiguo como hemos dicho a la escuela—para evitar el avance de los gringos y que pudiesen posesionarse del plantel, máxime cuando en esos momentos había llegado su padre—Director de la propia escuela—y arengando a sus alumnos, dispuso resistir al enemigo inesperado.

Un condiscípulo que estuvo pendiente de las operaciones del joven Azueta, le gritó:

—¿Qué vas a hacer con ese cañón?

—¿No lo adivinas?

—Sí, y deseo advertirte que no conseguirás nada, porque no es lo más a propósito para el caso.

—Tienes razón, contestó Azueta.

Y arrastrando lo más aprisa que pudo otra vez la pieza, la metió a la escuela y sacó una ametralladora y parque suficiente, volviendo a situarse en el mismo lugar que antes.

Los soldados del cuartel de artillería, que se dieron cuenta de las disposiciones del teniente Azueta, vieron que ahora podrían escapar en cumplimiento de las órdenes que recibieron, y un oficial se acercó al joven y le dijo:

—¿Nos protege usted la retirada?.

—Se las protejo, contestó con entereza; salgan cuanto antes, que no hay tiempo que perder.

Pero los gringos, que estaban pendientes de todos los movimientos de los artilleros federales, supusieron que éstos les iban a oponer resistencia, y determinaron avanzar sobre el cuartel para evitar que se organizaran.

Pronto sabremos lo que aquí ocurrió, pues urge que antes nos traslademos a otros sitios para no perder detalle de esta épica jornada de los veracruzanos.

V

El comodoro don Manuel Azueta era el director de la Escuela Naval, según ya dijimos, y gozaba de la profunda estimación de los alumnos por su talento, exquisito trato y sus conocimientos tanto teóricos como prácticos, que hacían de él un militar y un marino de gran prestigio.

Allá por los años de 1886 a 90 dispuso el gobierno de Porfirio Díaz que la corbeta-escuela "Zaragoza" diera una vuelta al mundo en viaje de instrucción para la naciente marina de guerra, y fué al señor Azueta a quien se encomendó el mando del buque, habiéndole tocado la gloria de pasear el pabellón mexicano por todos los mares y por todas las naciones, sorprendiéndose muchos pueblos de la existencia ignorada de esta República joven, hermosa y rica, según las noticias que

la prensa daba en ocasión de la presencia de los gallardos muchachos que tripulaban la corbeta "Zaragoza".

El comodoro don Manuel Azueta frisaba en unos treinta años más o menos en aquel entonces, y fueron objeto él y sus discípulos de grandes distinciones por parte de todos los gobiernos de las naciones que visitaron; de manera que puede decirse que constituyó un factor de bastante valía para conquistar relaciones amistosas a su patria, y estrechar, como consecuencia legítima de las simpatías al admirar la civilización alcanzada, las amistades con que ya contaba.

El alma del señor Azueta, bien templada por el sentimiento del patriotismo, era evidente que tendría que inspirar del propio sentimiento a los que alimentaba con su saber y dirigía con su ejemplo, con tanto mayor motivo, cuanto que la preparación de los futuros marinos guerreros se encargó de hacerla la naturaleza de este pedazo de continente del septentrión de América, donde el ambiente que infla los pulmones está compuesto de todos los elementos que, en amalgama con gérmenes de la sangre de los antepasados, forma un conglomerado que predispone a los sentimientos nobles, entre los que descuellan el valor y el patriotismo bien entendidos. ¿Qué mucho entonces que cualquiera que fuesen las huestes y sus elementos materiales de guerra, en vez de temores inspiraran la indignación consiguiente por su alevosía al profanar el suelo bien querido?

Don Manuel Azueta, según ya sabemos, se hallaba en su casa cuando le dieron la noticia del desembarque de las tropas norteamericanas, y sin esperar nada más, tan aprisa como pudo se dirigió—tras su hijo José—a la Escuela Naval, donde se halló con que los alumnos se disponían a resistir con sus armas al invasor y escarmentarlo.

Sin alardes de funesta patriotería, el señor Azueta reunió a sus alumnos y los arengó para contrarrestar los efectos de los prejuicios, diciéndoles más o menos estas palabras: "se-

rán inútiles nuestros esfuerzos para contener la invasión iniciada, porque el enemigo es muy superior en número y las escuadras, además, lo protegen. En tal virtud, y puesto que es preciso que nuestro honor de mexicanos no sea mancillado impunemente, ¡muchachos, a las armas! Protestemos con ellas de este atentado a la integridad de nuestra patria!"...

—¡A las armas, compañeros!... repitió uno de tantos.

—¡Viva México!... gritó otro.

—¡Viva!... contestaron todos, llenando los ámbitos de la escuela.

Y corrieron hacia los departamentos que dan su frente a la bahía, cubriendo desde luego los balcones con sus pupitres, camas, colchonetas, almohadas y cuanto tuvieron a mano.

Nuestros conocidos Pepe y Enrique, novios de Luisa y Carolina, hijas del coronel don Pascual Ramírez, fueron de los primeros—y nadie quiso ser el último—en disponerse a dar el escarmiento combinado a los invasores.

Pepe corrió a su habitación, tomó de su pupitre el retrato de Luisa, y acordándose de estas solemnes palabras: "sólo te suplico que cuando mi rival ocupe tu memoria, lo veas y pienses que entre más ames a ella más te idolatro yo", posó sus labios en aquel tesoro, meditando que la ocasión inesperada había llegado para pasar por el crisol de la dignidad, y sucumbir o poder presentarse nuevamente ante su amada nimbado por la satisfacción del cumplimiento del deber, para recibir la recompensa de un poco más de amor si más era posible que sintiera un corazón ya apasionado.

Guardó Pepe el retrato de Luisa en la bolsa interior de su chaqueta, y en su semblante se adivinaba resolución absoluta para cumplir su cometido como buen mexicano.

El señor Azueta recorría todos los departamentos de la escuela dando sus instrucciones, y con no poca satisfacción

veía a los muchachos decididos a hacer "su debut" prematuramente, impelidos por la fuerza de las circunstancias.

¡Cuántas ilusiones juveniles estaban amenazadas de ser jugete de las balas alevosas!...

El clarín sonó...

Todos se apresuraron a cubrir sus puestos detrás de las improvisadas trincheras; se tendieron sobre el pavimento y poniendo las manos en los mecanismos de sus armas, esperaban... esperaban el momento de descargarlas.

VI

No habrán olvidado nuestros lectores que no hace mucho tiempo, en la vecina isla de Cuba estalló la insurrección proclamando los cubanos su independencia del gobierno español.

No habrán olvidado tampoco que la lucha se intensificó en toda la isla, y que si al principio creyó España que podría contener a los insurrectos, después que se percató de que no era posible, porque los norteamericanos ayudaban a los rebeldes proporcionándoles todos los elementos necesarios para luchar, procuró enmendar su yerro de no conceder la autonomía a los cubanos, haciendo a éstos proposiciones de paz, con el propósito, según era de inferir, de hacer la retirada de sus tropas de manera decorosa. Pero sucedió que los cubanos no aceptaron ninguna condición, aconsejados naturalmente por los norteamericanos, que no omitieron hacerles todas las promesas que sus deseos de ser ellos los que imperaran en la "llave del golfo de México" les sugería. De manera que a la renuncia absoluta de los cubanos, España decidió enviar su escuadra a Santiago de Cuba con suficientes soldados para reducir al orden a los insurrectos de modo contundente, y nadie podrá dudar que lo habría conseguido. Estados Unidos, en acecho siempre de no desperdiciar ocasiones propicias para extender

su imperialismo en las Américas con la máscara de la hipocresía, desde luego proclamó a los cuatro vientos su humanitarismo, su civilización y su altruismo (que es el caballito de batalla), y se declaró defensor de los derechos de libertad de los cubanos, mandando sus escuadras también a Santiago de Cuba para impedir la acción de la de España.

Entonces la faz de las cosas cambió, y los españoles, que en vez de obtener de la isla algún provecho venía siendo ésta una carga pesada para el reino, pensaron en la situación seriamente y optaron por la diplomacia con los yanquis, para llegar a un acuerdo y abandonarles la presa, causa de su ambición.

Se entablaron las negociaciones; pero como sucede siempre en casos análogos en que la nobleza se acerca al despotismo, el yanqui urdió una de las artimañas que tanta notoriedad le están dando, para justificar su intromisión en lo que la honradez le vedaba, y dinamitó él mismo a uno de sus buques de guerra (el llamado Maine) achacando los efectos de la voladura a una perfidia de los españoles.

Con este motivo declaró Estados Unidos la guerra a España, emprendiéndola a cañonazos desde luego contra su escuadra, que al mando del almirante Cervera tuvo que abandonar, en completa derrota, la isla de Cuba, haciendo su retirada rumbo a los puertos españoles.

Así consiguieron los cubanos "la independencia" de la madre patria; pero cayeron inocentemente en la forzada tutela despótica del gobierno de Estados Unidos, cuya tutela ambicionaba y consiguió sin el rubor de escrúpulos de ninguna naturaleza.

Pero los españoles quedaron muy resentidos, y con tal motivo hemos tenido que hacer reminiscencias del incidente que es la causa, porque era claro que no habían de perder la ocasión para hacer sentir su odio a los gringos, y ésta se les

presentó en Veracruz el día que se atrevieron a profanar el suelo de la ciudad.

Hay que advertir, además, haciendo honor a la verdad, que la colonia española en el puerto citado es numerosa, y casi casi siente tanto cariño por él como cualquier veracruzano.

Con todos estos antecedentes, creemos haber puesto a los lectores en aptitud de inferir cuál fué la conducta de algunos españoles, y pronto podrán comprobar si se equivocaron.

CAPÍTULO TERCERO

¡Fuego!

I

Dejamos a la familia de don Pascual reunida con sus vecinas doña Anita y Rosita, y no hemos olvidado la contestación que dió Luisa cuando fué estrechada a que debía temer, así como sus hermanas, a la soldadesca americana para no tomar la determinación de abandonar su casa y lanzarse a los cuatro vientos a la defensa de su patria.

Jóvenes, hermosas y muy bellas, sería natural que encendieran en el ánimo de los hombres la idea de poseerlas, nada difícil de conseguir aprovechándose de la confusión del combate, para cometer el rapto previo con impunidad.

Doña Anita tenía razón de sus temores; pero cuando Luisa le dijo que la boca de una pistola sobre las sienes o la punta de un puñal sobre el pecho las pondría a salvo de atentados salvajes, se dió por vencida teniendo en cuenta los impulsos del patriotismo en sus corazones de mexicanas.

Quedaron por lo tanto todas guardando silencio tan pro-

fundo, que en esos momentos en que la algarabía de la calle había cesado, se podía oír hasta el suave aleteo de una mosca.

El rodar de un coche las sacó de la abstracción en que yacían.

Llegó el citado coche a la puerta y precipitadamente bajaron de él nuestras conocidas Merceditas, con sus hijas Elisa y Charito, penetrando a la casa corriendo, con el semblante descompuesto por la indignación que se había apoderado de ellas.

—Por Dios, hijas mías, dijo doña Elvira, que nos han sorprendido.

—Venimos decididos a correr la misma suerte de ustedes, contestó Elisa.

—Muy bien, volvió a decir doña Elvira; pero...

No pudo continuar, porque todas quedaron absortas al oír:

¡Ziiin... ziiin... ziiin!...

—¿Qué es eso?, preguntó doña Anita.

¡Ziiin... ziiin... ziiin!...

—¡El zumbido de las balas!, respondió Carolina.

—¡Principió el tiroteo!, exclamó Luisa.

Como hemos dado a conocer a todas y cada una de las señoras y señoritas que forman las tres familias que se hallan reunidos ahora, no extrañará saber que en vez de sentir el miedo que se apodera de los pobres de espíritu en casos como el que nos ocupa, enardecidas por la indignación que les causara saber que miserables extranjeros hollaban el suelo patrio para matar mexicanos, sentían impulsos de ir a tomar parte también en la lucha iniciada, al lado del padre, del hermano, del hijo, del sér querido. Pero podían contenerse aún, y por de pronto se apresuró Luisa a cerrar las puertas y ventanas de la casa, como medida precautoria.

El zumbido de las balas era cada vez más continuado.

Una hora antes casi nadie sabía lo que iba a suceder. ¿Y quiénes eran los culpables?

Demasiado lo sabemos.

¡Ziiin... ziiin... ziiin!...

Las balas siguen zumbando; en la casa de don Pascual ya se oye el lúgubre matraqueo de las ametralladoras. Y nada más.

II

El cielo está azul; el astro rey fulgura en todo su esplendor caminando hacia el Poniente con la imperturbabilidad del que por la costumbre no se inmuta por los sucesos que pasan ante él, porque ha contemplado tantos desde su altura..... ¿Qué mucho que en un punto comparativamente inapreciable por su pequeñez se maten los hombres de la manera más inicua que imaginar se pueda?

La campana da las dos de la tarde.

Millares y millares de balas han cruzado el espacio. ¡Cuántas vidas habrán segado!...

Se acercó Luisa a la ventana para ver por las persianas a la calle, y ésta estaba desierta.

El combate debía estarse librando por el rumbo de la estación Terminal.

De repente Luisa aguza más el oído.

Oye rumor de pasos de mucha gente que se acerca, y no obstante el riesgo que pudiera correr, se mantiene cerca de las persianas esperando ver algo.

El rumor crece y a poco se ve que son los soldados federales los que vienen.

—Miren, dijo a las demás, por aquí van pasando los federales que tal vez defendían la plaza. Son como unos cien hombres poco más o menos, y llevan todo su equipo y provisiones

de guerra, acompañados por sus fieles mujeres, esas pobres soldaderas que tan abnegadas son para cuidar a sus "juanes".

Habían corrido todas hacia donde estaba Luisa y exclamaron:

—Pobres soldados, han de haber considerado inútil seguir peleando sin los elementos necesarios.

Pero se equivocaban, como sabemos nosotros, pues esos soldados se iban obedeciendo órdenes del general Maass.

III

Pasó otra hora, durante la cual el combate fué recrudeciendo su furor.

Luisa no se había retirado de las persianas, cuando gran ruido de pisadas de caballos y arrastre de carros hizo que volviera a llamar a todas y vieran también.

Era la sección de artillería arrastrando sus cañones y arriando como a unas cincuenta mulas.

—Sigue el éxodo de nuestros soldados, dijo doña Elvira; ahora se van los artilleros.

—¿Y para dónde se irán?, preguntó una de las muchachas.

—Seguramente que puesto que toman el mismo camino todos, se irán a reunir a las inmediaciones de la ciudad para reorganizarse y venir a atacar a los americanos, dijo otra.

—Eso no puede ser, objetó Luisa, porque los americanos que han desembarcado, están resguardados por la potente artillería de sus barcos de guerra, surtos en el puerto, y no los dejarán regresar.

—Pues sea como fuere, dijo Elisa, yo no puedo creer que estas cosas vayan a quedarse así.

—¡Parece mentira que haya hombres capaces de tramar infamias!, exclamó Merceditas.

IV

Todas se fueron a reunir a uno de los ángulos de la sala, haciendo comentarios de los sucesos que se imaginaban estarían sucediendo donde se estaba librando el combate con las fuerzas invasoras y naturalmente que don Pascual, Jorge, Pepe y Enrique eran la preocupación principal.

—¡Ojalá y no les haya ocurrido nada!, turnábanse para decir, en medio de sus comentarios.

—Es de temerse, dijo doña Anita, que les vaya a ocurrir a los americanos bombardear la ciudad.

Y no bien había acabado de hablar, cuando todas a una lanzaron un grito de terror.

¿Qué había pasado?

—No hay que preocuparse por nada, exclamó Luisa, cuya linda cara se tiñó visiblemente de carmín. Y agregó: tengamos fe en el pueblo veracruzano, porque sabe cumplir con su deber.

¿Qué había pasado?

Cualquiera podrá juzgar que la cosa debe haber sido grave, puesto que arrancó un grito de terror a estas mujeres capaces de dar ejemplo de valor y civismo a muchos hombres, aun hasta de los que usan charreteras.

Y es claro que fué grave: los cañones potentes de los acorazados americanos, al disparar sus dos primeros tiros, hicieron trepidar siniestramente la tierra, amenazando destruirlo todo.

—¡El bombardeo a la ciudad ha principiado!, dijo doña Elvira.

—¿Qué se propondrá la escuadra yanqui?, preguntó Merceditas.

La contestación fué la prosecución de los tiros de artillería.

—Sólo porque lo estamos palpando, podremos creer que la civilización de los americanos sea de tal naturaleza que los empuje a degradarse cometiendo la infamia de destruir una ciudad que no les presenta resistencia para tomarla, puesto que hemos visto que la artillería y los soldados de la guarnición se han ido hace tiempo, dijo doña Elvira.

—Probablemente hayan encontrado la oposición del pueblo, replicó Merceditas.

—Pero ¿cómo y con qué armas?, preguntó una de las muchachas.

Un ruido terrible y una trepidación fuerte, fué también ahora la contestación a la pregunta hecha.

Sucedió que una bala de cañón, al atravesar una casa inmediata, produjo una lluvia de piedras, que entre polvareda espesa cayó en las azoteas cercanas.

Poco después de esto cesaron los cañonazos y sólo siguiéronse oyendo, un tanto debilitados, los tiros de rifles y ametralladoras.

V

El sol principió a ocultarse detrás de los médanos que limitan a la ciudad por la parte del Poniente; no había un Josué que lo detuviera en su camino siquiera para consuelo de los que con la luz creen más garantizadas sus vidas.

La noche tendía su manto negro que se antojaba el sudario que cubriría los cadáveres de los desventurados veracruzanos, si se repetía el cañoneo de los acorazados americanos contra la ciudad.

Los focos eléctricos no desparramaban sus destellos; por ninguna parte se veía una luz; todo era tétrico, todo infundía pavor.

Sólo en el cielo permanecieron los puntos luminosos de las

estrellas; sólo en esa bóveda inconmensurable se advertía la serenidad de las noches anteriores.

Eran ya las siete y media. ¡Con qué pausa caminaba el reloj! ¡Cuán largos eran ahora los minutos!

De repente corre Luisa hacia las persianas, porque oyó pasos de tropa.

¿Qué sería si la infantería y la artillería habían salido ya?

Acaso fueran los americanos que podían invadirlo todo; pero un grito de ¡Viva México! la hizo abandonar esa creencia, y aún más ávida de curiosidad, esperó.

Cuando se dió cuenta de lo que veía, poco faltó para que estallara su corazón, ahogándola, por la fuerte sacudida que experimentó; pero tuvo el consuelo de que saltaran las lágrimas a sus ojos, y pudo dominarse.

¡Eran los alumnos de la Escuela Naval!

Se iban también como los anteriores soldados mexicanos.

Carolina se había ido a reunir con su hermana junto a las persianas, y cuando a su vez reconoció a los navales, sintió un vuelco en el corazón y exhalando un débil gemido hubiera caído desmayada si Luisa no la detiene, llamando en seguida con voz apenas perceptible para que las auxiliaran.

Acudió Rosita, y abrazándolas se acercó a las persianas como para inquirir la causa del malestar de sus queridas amiguitas, y por poco todas juntas ruedan por el suelo; pero Graziela y las demás llegaran a tiempo—atraídas por el grito de ¡Viva México!—y evitaron la caída, pudiendo entonces Luisa y Carolina permanecer mirando y buscando cada una algo que al fin distinguieron, sintiendo que sus corazones querían romper sus pechos para irse adonde los llamaban los latidos de otros corazones: los de Pepe y Enrique.

Los estudiantes de la Escuela Naval hicieron casualmente

parada frente a la persiana, porque como a unos cincuenta metros atrás venían algunos hombres que les gritaron:

—¡Alto!, cuya voz obedecieron; pero tendiéndoles sus armas y preguntándoles:

—¿Quién vive?

—¡Viva México!...

Esta respuesta hizo que contuvieran su decisión de descargar sus rifles y esperaron.

Eran algunos compañeros o condiscípulos que se retardaron en el camino y aquí llegaron para incorporarse.

Se organizaron en línea de tiradores y prosiguieron su marcha, sin poder ocultar la disposición del excelente ánimo que no abandona el espíritu entre los diecisiete y veinte años.

Las sombras de la noche los envolvió cuando iban allá lejos, muy lejos...

VI

Eran ya cerca de las diez, cuando el silencio dominante alrededor de la casa de don Pascual fué interrumpido por golpes dados en la puerta.

Nadie osó chistar una palabra, quedándose a la expectativa de lo què pudiera venir después, que fueron nuevos golpes que tampoco tuvieron respuesta.

Pero doña Elvira sigilosamente fué y tomó una pistola de su esposo; Carolina otra; Luisa halló más a la mano un rifle, y cada una se armó de lo que pudo, dispuesta a vender caras sus vidas, en caso de que algun desconocido pretendiera allanar la morada.

Todo fué en vano; el llamado a la puerta no se repitió.

Entonces Luisa, envuelta en la obscuridad de la casa, y procurando no hacer el menor ruido, se fué acercando paula-

tinamente y recelosa a las persianas, y cuando llegó a ellas y buscó fuera al que tocara, nada en lo absoluto vió por allí.

Miles de conjeturas se hicieron sobre el suceso, y todas opinaban de distinta manera sin poder asegurar nada; y ya empezaban a desistir de ocuparse más en el asunto, cuando se le ocurrió a doña Anita fumar un cigarro, a cuyo fin encendió una cerilla, que le permitió ver un papel en el suelo. Lo tomó y entregó a doña Elvira, diciéndole:

—Tal vez sea esta la causa de los golpes en la puerta.

Desdoblando el citado papel doña Elvira, lo entregó a su hija Graziela, que estaba junto a ella, para que lo leyera, lo cual hizo alumbrada por otra cerilla de doña Anita.

Una exclamación unánime, mezcla de dolor y de indignación, salió de todos los labios.

El contenido del papel era:

"Señora: Su esposo está herido. Se halla en "La Cruz Blanca", cuartel de bomberos".

Corrió Luisa, abrió la puerta sin que nadie tuviera tiempo de oponerse, y siguió como loca desafiando los peligros, hacia el lugar donde decía el papel que estaba su padre.

¿Qué harían las demás?

Pronto lo sabremos.

VII

Siguiendo Luisa en su carrera desesperada, llegó a la comandancia militar y tomó por la calle de Independencia, hasta encontrar la de Esteban Morales, donde está situado el cuartel de bomberos; pero en esa esquina la asaltaron dos "rayados" que se apoderaron de ella y la amordazaron antes de que tuviera lugar de defenderse con una pistolita calibre 32 U, que llebava, de su hermano Jorge.

Todos los esfuerzos que hacía por desasirse de las garras

de sus asaltantes eran completamente infructuosos, y con la impunidad que les daban las circunstancias la conducían al cuartel que ocupó el 26 batallón, vacío ahora y abierto de par en par.

Ya llegaban con su presa, ya estaban casi en la puerta, cuando cuatro hombres que los siguieron, porque habiéndolos visto de lejos, supusieron lo que iban a hacer esos criminales empedernidos, les hicieron fuego, con tan buena puntería, que los desplomaron sobre el pavimento.

Aprovechóse Luisa de la confusión inmediata al suceso, y echó a correr, refugiándose en el dintel de la puerta de un zaguán, en la calle Cinco de Mayo, antes de que sus fuerzas la abandonaran.

Las balas de los americanos que cerraban la citada calle por la de Montesinos, le zumbaban muy de cerca, casi al oído.

VIII

Poco más de media noche era, cuando decidió seguir para el cuartel de bomberos, y volvió a emprender el camino corriendo tanto cuanto podía; pero un pelotón de hombres que encontró y que no pudo ver sino muy de cerca, por la obscuridad de la noche, la hizo retroceder antes de ser advertida y nuevamente se refugió en el dintel de otro zaguán, en la misma calle Cinco de Mayo.

Afortunadamente para ella, los hombres tomaron por Esteban Morales rumbo a Independencia, y cuando supuso que se habían alejado, salió de su escondite y reanudó su carrera.

Pero uno de los del pelotón se quedó parado al volver la esquina, y cuando oyó las pisadas, aunque débiles, de Luisa, se puso en guardia; de manera que al salir ella a la calle para atravesarla, el hombre le marcó el alto dispuesto a dispararle si no era atendido.

Se detuvo Luisa llevando instintivamente una mano a la pistola que no perdió en la refriega con los "rayados", y dirigiéndose a su nuevo asaltante le gritó con voz desesperada:

—¡Auxilio!...

Se le acercaba el hombre; pero al ver la pistola a Luisa se detuvo y preguntó:

—¿Quién es usted?

—Una hija que va a socorrer a su padre que está herido.

—¿Cómo se llama usted?

—Luisa Ramírez.

—¡Luisita!, exclamó nuestro conocido Pancho.

—¡Pancho!, exclamó a su vez Luisa al reconocerlo.

Debemos advertir que éste estaba locamente enamorado de Luisa, sabiéndolo ella no porque nunca se le hubiese insinuado con una declaración franca, sino porque a la perspicacia de las mujeres no se escapa nunca la impresión que causa en el alma de un hombre que trata de cerca, como acontecía con Pancho, que por la amistad con Jorge frecuentaba la casa de don Pascual.

Por el encuentro tan inesperado y en las circunstancias que conocemos, ambos jóvenes quedaron con sus ánimos en suspenso; pero bien pronto se reflejaron en la imaginación de Pancho los antecedentes de Luisa, y con el dominio del perfecto caballero exclamó:

—No me extraña tu valor y tu abnegación al exponerte a los peligros para ir a socorrer a tu papá. ¿Dónde está?

—En el cuartel de los bomberos.

—¿Y dices que está herido?

—Sí, Pancho, le contestó Luisa casi sollozando.

—¡Maldición para los traidores!...

—Pero no perdamos más el tiempo. Acompáñame, vamos adonde está.

—Vamos, Luisita.

Y ambos se dirigieron hacia el cuartel de bomberos, con toda clase de precauciones para que no los detuviera una multitud de balas, cuyos silbidos oían muy cerca.

Poco les faltaba para llegar, cuando lanzando un lamento desgarrador, se desplomó Luisa sobre la banqueta.

Pancho se apresuró a levantarla; pero ella le advirtió que estaba herida.

—¡Adónde, adónde!, exclamó aturdido.

—En una pierna, balbuceó Luisa casi desmayada.

Pensó Pancho en vendar prontamente la herida; pero vacilaba ante la necesidad de descubrir aquellas formas que tantas ilusiones le habían hecho acariciar en su alma joven.

Mas era preciso obrar con presteza para contener la hemorragia, y disponiendo su pañuelo, vendó con él la herida situada en el muslo derecho, de la cual salía abundante sangre.

Acabada la operación le arregló las ropas, y notando que Luisa había perdido el conocimiento, la tomó en brazos y tan aprisa como pudo se devolvió por el camino que habían andado, sin hacer caso a las balas que le zumbaban muy de cerca.

Determinó, pues, refugiarse con su querida carga en el cuartel del 26 batallón, único sitio que se le presentó a propósito.

Sin parar mientes en dos cadáveres que estaban junto a la puerta del citado cuartel, penetró en la obscuridad reinante y puso con gran cuidado en el suelo el precioso cuerpo de Luisa.

Tomando después la cabeza de ésta entre sus manos, se sentó y estrechándola contra su pecho la llamaba por su nombre, haciendo por volverle el conocimiento; pero todo era inútil.

Sin escrúpulos ahora, porque podía hacerlo impunemente, vió si la venda había dado buen resultado, y convencido de

ello, procedió a aflojar las ropas, con tan buen éxito, que suspiró Luisa y poco a poco su respiración iba siendo franca.

Por fin, habló:

—Mamá, dijo, ven a darme agua.

Aquello fué un terrible conflicto para Pancho, que no se atrevía a responderle, temiendo que otra vez perdiera el conocimiento al darse cuenta de su situación.

—¿Dónde estoy?, volvió a decir Luisa.

—Valor, Luisita, le contestó Pancho con embarazo.

Al oír la voz se despejó el cerebro de la pobre joven, quien luego se dió cuenta de su estado.

—Ay, Pancho, ¿dónde me tienes? Tengo mucha sed.

—En camino para tu casa. Allá beberás el agua.

—¿Y mi papá?

—Ya lo veremos después.

Luisa se echó a llorar amargamente.

—No te aflijas, Luisita, ten confianza en mí.

Hizo un esfuerzo ésta para incorporarse, y al sentir tan agudo dolor en la pierna, volvió a dejarse caer en el duro pavimento, exhalando un grito de dolor.

—No te muevas, le dijo Pancho con dulzura, te lastimas mucho y me lastimas a mí el corazón. Espérate, te volveré a tomar en brazos para llevarte a tu casa. Voy a asomarme a la puerta para ver si ha cesado la lluvia de balas.

Salió hasta la calle fuera del cuartel y con gran júbilo volvió a entrar, diciendo a Luisa:

—Vámonos, pero no te muevas, que yo te levantaré.

La joven, agradeciendo a Pancho con toda el alma sus cuidados, fué vuelta a tomar por éste entre sus brazos, con el mayor esmero para no lastimarla, y salió con su preciosa carga, corriendo hasta que llegó a la puerta de la casa de don Pascual.

Llamó y nadie le respondió; volvió a llamar con más fuerza y tampoco le contestaron.

Esta era otra nueva contrariedad.

CAPÍTULO CUARTO

El combate

I

Tenemos que retroceder al principio de los acontecimientos, para que podamos conocer el heroísmo de que hicieron derroche un puñado de valientes que se decidieron a ofrendar sus vidas como un holocausto en aras del honor de su patria.

Dijimos que don Pascual no se daba un momento de reposo, pues corría de un lado para otro de los en que estaban los suyos, alentándolos y ampliando sus instrucciones.

Pues bien; el ameritado coronel vió claramente que los americanos iniciarían su avance al centro de la ciudad, siguiendo la calle de Morelos, y situó en la transversal Emparan, donde hace esquina con Independencia, a unos cuantos hombres, mandándoles poner pecho en tierra y que tan pronto como tuvieran en descubierta al enemigo rompieran el fuego sobre él.

Efectivamente, tal fué la iniciación del avance esperado y tal la iniciación del combate, partiendo la primera descarga de los defensores.

Los yanquis, haciendo uso de ametralladoras, cubrían con ellas y la fusilería toda la calle de Emparan, por lo cual los defensores se retiraron con rumbo hacia el zócalo, por Independencia, no sin esperarlos a que llegaran a Juárez para hacerles nuevas descargas.

El avance siguió hasta la citada calle de Juárez, donde ya el enemigo no intentó movimiento alguno, sino mucho después.

Por supuesto que desde que principió el combate, los americanos la emprendieron a tiros con cuanta persona se les presentaba a lo largo de las calles que dominaban, y así fué como mataron a mucha gente que sorprendió el tiroteo.

Veamos quiénes fueron las primeras víctimas:

Media hora más o menos hacía que se estaba combatiendo, cuando al atravesar la bocacalle de Juan Manuel Betancourt y Cinco de Mayo, cayó un soldado, llamado Domingo Luna, del 19 batallón, porque lo alcanzó una bala que vino desde el crucero de Montesinos, ocupado por los soldados americanos.

Fué atravesado en la parte de atrás de las dos piernas, por un proyectil, que entró en el muslo derecho y salió por el izquierdo. También recibió el mismo soldado otro raspón de otro proyectil en la parte baja de la barba.

Como media hora más tarde fué recogido y llevado al zaguán de las oficinas de "La Opinión", donde lo atendió el joven Capetillo, practicante de hospital, quien casualmente se encontraba allí, y le hizo la primera curación. Después se presentó la Cruz Roja, y se lo llevó para el hospital militar.

En el crucero de Juan Manuel Betancourt e Hidalgo, una bala derribó del caballo que montaba al gendarme que revisaba la leche de los ambulantes vendedores de ese alimento. Fué recogido, ya muerto, por la brigada de la Cruz Roja, cerca de las tres de la tarde.

El noble animal que montaba, cuyo color era alazán claro, tan pronto como cayó su jinete, se paró y no se movió sino hasta que unos vecinos lo quitaron de allí.

Un transeunte, jornalero de los muelles, al dar vuelta de Juan Manuel Betancourt para el Cinco de Mayo, y al llegar a una de las puertas de la cantina "La Emperatriz", del lado

de la segunda calle citada, lo detuvo una bala que le atravesó la barriga, habiéndolo recogido la brigada de la Cruz Roja en estado agónico.

Un sastre, llamado Abelardo, fué herido en la calle de Cortés, rumbo al parque Ciriaco Vázquez, y recogido por la Cruz Blanca.

Este pobre hombre, trastornado por el alcohol, iba gritando ¡viva México!; pero desarmado.

Ya veremos adelante que así, de esta manera alevosa y cobarde, fueron la mayor parte de las víctimas hechas por los invasores.

II

Cuando don Pascual volvió al portal del hotel del nuevo Diligencias, se encontró con una novedad que no esperaba, y que pone de manifiesto que una nación como la de Estados Unidos, que no omite ocasión para jactarse de civilizada y por ende humanitarista, tiene hombres, en su "mejor sociedad", alevosos, cobardes y miserables, que a mansalva disparan sus armas sobre desprevenidos ciudadanos, por quienes son respetados, indudablemente porque no pueden sospechar una traición, toda vez que la conducta hipócrita de aquéllos los hace aparecer como gente de principios morales.

Uno de los voluntarios, llamado Alejandro Sánchez—conocido por el alias de "El Pelón"—se hallaba en el grupo situado en la esquina de las calles Independencia y Lerdo esperando el momento oportuno de entrar en acción, cuando los invasores se presentaron por ese rumbo.

Notó "El Pelón", no sin gran asombro, que los soldados federales que estaban allí, uno tras otro caían muertos sin que nadie supiera de qué rumbo se les hacían los disparos, puesto que no se veía enemigo ninguno; que así que esos pobres sol-

dados quedaron fuera de combate, eran los voluntarios los que caían muertos o por lo menos heridos; que como todos se empeñaron en averiguar de dónde se les disparaba, pronto se dieron cuenta que era de los balcones del hotel Diligencias viejo (altos del café del mismo nombre), ocultos tras de las cortinas de los citados balcones.

—¡Quién se había de esperar esta alevosía!, exclamó don Pascual.

Y ordenó:

—Vaya inmediatamente uno de ustedes acompañado de seis u ocho hombres, y cumplan con su deber castigando, como lo merecen, a esos miserables que no tienen el valor de presentarse frente a nosotros.

El caso era arriesgado, pues para cumplir con la orden había necesidad de atravesar la calle de Independencia que dominaban los americanos; pero sin arredrarse se adelantó y tomó "El Pelón" los hombres que le acompañaran, y se fué al hotel. Entró, procediendo desde luego a mandar a todos los que estaban en la planta baja, que se formaran para registrarlos.

El pánico que se apoderó de esa gente fué terriblemente grande, visto lo cual por "El Pelón, les dijo:

—No tengan miedo que nada les va a pasar, porque no somos asesinos como los que han estado tirando desde aquí, ocultos tras de las puertas y cortinas; nosotros somos hombres honrados defensores de nuestra patria, en cumplimiento de nuestro deber.

Y dirigiéndose al administrador del hotel, agregó:

—Hágame favor de entregarme las llaves de los cuartos.

Recibió las referidas llaves y a su vez las entregó a tres de sus hombres, ordenándoles:

—Suban y busquen en todos los cuartos a esos desgraciados que nos tiraban desde los balcones. Recojan las armas que

vean, y si sorprenden a alguien, quienquiera que sea, con alguna en las manos, lo traen a mi presencia.

En tanto que "El Pelón" en persona, ayudado de los compañeros, efectuaban el registro de los que había mandado formar, los otros subieron a la planta alta del hotel a cumplir las órdenes que recibieron.

Acabada la operación abajo, llegaron los otros manifestando que no habían encontrado nada ni a nadie.

Fué entonces "El Pelón" a rendir el parte correspondiente a don Pascual, y éste, que vió que cesaron de tirar de los balcones, dijo:

—Así es como cumplen los patriotas.

III

Corramos ahora hacia el lugar en donde dejamos al joven don José Azueta, dispuesto con una ametralladora a hacer sentir a los invasores la indignación que produjo en su alma noble la alevosía, premeditación y ventaja de que se valieran para cometer el crimen de profanar el suelo de una nación libre, soberana e independiente.

Tan pronto como los enemigos se percataron de los movimientos en el cuartel de artillería, se encaminaron de la aduana marítima hacia el citado cuartel; pero más tardaron en dar el frente unos cuantos al joven Azueta, que éste en hacer funcionar su máquina terrible, matando a unos, hiriendo a otros y haciendo huir despavoridos a los restantes, que no osaron ni disparar sus armas, porque no tuvieron tiempo.

Pocos momentos después volvieron a intentar el avance, a sabiendas ya de que era un solo joven el que les oponía resistencia, y probablemente animados por esa razón, sentirían hasta desprecio por el patriota, a quien impunemente podrían acribillar a balazos; pero el chasco fué tremendo.

Volvió a funcionar la ametralladora, y volvieron los invasores a perder hombres y a huir despavoridos, los que pudieron, pues aun cuando dispararon sobre Azueta, los proyectiles no lo tocaron, pareciendo avergonzarse de cometer el crimen para que eran lanzados por la abyección.

¿Qué poder misterioso apartaba las balas del cuerpo del valiente Azueta, si estaba en medio de la calle, sin nada que lo cubriera por ninguno de sus cuatro costados?

No, no había poder sobrehumano; la causa tiene una explicación muy sencilla: el miedo grave de los que atacaban los cegaba y hacía temblar, impidiendo que pudieran apuntar con firmeza sus armas para que la trayectoria del proyectil fuera en dirección del blanco.

Como no había tiempo que perder, la fuerza de artillería federal abandonó el cuartel sin que nadie pudiera estorbárselo, y conquistada esta gloria por el teniente Azueta, cambió de posición previendo que pudieran atacarlo por la retaguardia. Es decir, que tomó su ametralladora y se instaló nuevamente en la esquina que hacen las calles de Landero y Cos y Esteban Morales, para evitar ahora que la Escuela Naval fuera asaltada por los invasores por el lado del parque Hernández y Hernández.

Durante toda la tarde estuvo nuestro héroe conteniendo al enemigo, que pugnaba por arrojársele encima, fracasando en todos sus intentos.

Pero los acorazados no cesaban de desembarcar sus tropas por todos los rumbos de la ciudad, y las que arribaron a tierra por el muelle de Sanidad, siguieron en la dirección de la escuela para tomarla por el frente que da a la bahía, sin contar con que era un nido de patriotas, que sería defendido con toda la bravura de la gloriosa raza dueña del suelo mexicano.

¡Benditos sean esos muchachos, porque supieron cumplir

con su deber, dando a la historia una página semejante a la que le dieron sus dignos hermanos de Chapultepec!

La Escuela Naval resultó inexpugnable para los yanquis, pues por todas partes vomitaba balas sin cesar, hasta que cerca de las siete de la noche abandonaron sus posiciones los heroicos defensores de ella, en acatamiento a órdenes que recibieron, para ir a reunirse con el resto de las fuerzas federales.

He aquí entonces otra vez al teniente Azueta comprometido a proteger otra retirada.

Y la protegió.

Después de haber escrito con caracteres de oro en ese nido donde tantas ilusiones juveniles nacieron:

¡GLORIA A LOS CADETES DE LA ESCUELA NAVAL!

salieron éstos por la puertecita que da al parque Hernández y Hernández, tomaron hacia el Sur, llegaron a la alameda y continuaron por ella hasta perderse de vista por el rumbo de la Laguna.

El joven Azueta creyó cumplido su deber, y cuando calculó que sus compañeros estaban a salvo de los invasores, se dispuso a abandonar su puesto; pero era necesario que no resultara ileso para que la impresión que causara su patriotismo en el alma de los mexicanos fuera tan honda, que no pudiese borrarse en el transcurso de los siglos. En consecuencia, una bala traidora, atravesándole ambas piernas, lo hizo caer al suelo, sin que esto produjese en él la pérdida de su espartano valor, pues viendo que el enemigo deseó aprovecharse del incidente, volvió a poner en acción su ametralladora y nuevamente el triunfo estuvo de su parte.

A no presentarse alguna mano cariñosa que lo ayudara a levantarse del suelo y lo condujera a lugar seguro, donde se pudiese curar la herida, sería imposible su salvación, pues

aparte de que la hemorragia era abundante, los yanquis no tardarían en sitiarlo por todos lados y lo acribillarían a balazos.

Comprendió su situación el denodado joven, y en vez de amedrentarse, despreció intensamente la vida y continuó haciendo funcionar su terrible máquina destructora cada vez que el enemigo pretendía avanzar sobre él.

Otra bala lo fué a herir en un brazo, y asi quedó inutilizado por completo.

Privado por la pérdida de tanta sangre, como salía de sus heridas, pasó toda la noche... junto a su ametralladora.

IV

Mientras estas escenas tenían lugar, en la calle de Lerdo —entre las de Bravo e Hidalgo—un humilde carpintero, llamado Andrés Montes Cruz, peleó toda la tarde del día 21.

Este gran patriota tenía una numerosa familia, y cuando estaba en su banco de trabajo se enteró del desembarque de los americanos.

Fué tan grande la impresión que recibiera, que corrió a su casa en busca de su arma y a despedirse de sus hijitos, ocurriéndosele escribir una carta; pero apenas oyó los primeros tiros, y cuando sólo había escrito unas palabras, abandonó su casa corriendo al encuentro del invasor.

El honrado artesano hizo el propósito de sacrificar su vida, y así fué en efecto, pues recibió en el abdomen un balazo que le arrebató la existencia.

El inspirado vate veracruzano, don Julio C. Beltrán, acariciando las sonoras cuerdas de su lira, dedicó un homenaje a la memoria de este héroe, y no podemos resistir al deseo de consignarla aquí. Dice:

Al pie del banco trabaja alegre
obrero joven de indiana tez,
acariciado por la algazara
del propio nido, junto al taller.

De pronto, deja compás y regla
e inquiere presto qué cosa es,
lo que acontece por esas calles;
pues a la gente mira correr.

Su rostro alegre se torna austero
cuando le gritan: "Montes, sabed
que nuestra patria está en peligro;
la Heroica huellan SAJONES pies".

Bulle, entonces, la sangre indiana,
y ante los ruegos de su mujer
que pide el padre para sus nenes:
"primero es patria", dijo, y se fué.....

Ya con el arma colgada al brazo
y recordando nido y taller,
tomó la pluma y con pulso inquieto,
así a su hijo hablóle: "Andrés:

"Ama a tu patria cual yo la amo,
y si en peligro, como hoy la ves,
deja por ella cuanto más quieras;
muere en sus aras; es tu deber....."

Crispan los nervios primeros tiros;
de los jinetes se oye el tropel.....

Trunca la carta del hijo deja;
corre a su punto; patriota es.

Cae peleando como los bravos,
y en su agonía mira, tal vez,
que la adorada patria coloca
una corona sobre su sien.

V

Dejamos a nuestro don Pascual en el portal del hotel Diligencias nuevo, donde recibió el parte que le rindiera "El Pelón", relativo a la comisión que fué a desempeñar al otro hotel del mismo nombre.

Pues bien; en su incansable ir y venir de un lado para otro, vió que como a las tres de la tarde fué desembarcada una pieza de montaña de calibre medio, la que desde luego colocaron en batería los americanos, haciendo los primeros disparos sobre la torre del antiguo faro Benito Juárez, a la que causaron terribles desperfectos. Este proceder obedeció, según se dijo, al fuego que de dicha eminencia les hicieron algunos voluntarios.

También vió nuestro héroe que poco después de las cuatro de la tarde, el pelotón de artilleros encargado de la referida pieza de montaña, abandonó su primitiva posición, internándose en el patio de la estación terminal y dejando apuntada la pieza hacia la aduana marítima.

Pero lo que preocupó más a don Pascual fué ver que cerca de las cinco de la tarde desembarcó del Utah, fuerza bastante y que desde luego avanzó sobre la aduana, acribillando a balazos el caserío comprendido entre el hotel México y el Oriente.

Violentamente se trasladó a los portales de Diligencias, Universal y Aguila de Oro, donde había situado a algunos voluntarios para hacerles resistencia hasta donde fuera posible.

—¡Muchachos!, les gritó con voz potente, ha llegado para ustedes el turno de hacer sentir a nuestros enemigos la indignación por su conducta alevosa. Apunten bien, que el mayor número de bajas que hagamos a los yanquis, acrecentará nuestra protesta ante el mundo entero por esta invasión que tan cobardemente han llevado a cabo.

Salió "El Pelón" al frente del coronel Ramírez, y gritó:

—Muchachos, ¡viva México!

—¡Viva!, contestaron todos.

—¡Viva nuestro honrado jefe el coronel Ramírez!, volvió a gritar "El Pelón".

—¡Viva! respondieron.

—¡Atención, muchachos!, exclamó el coronel.

Dictó sus órdenes por conducto del coronel Contreras y el mismo "Pelón", y se situó en lugar a propósito para dirigir el combate.

Hay que advertir que al grupo de estos voluntarios se habían agregado algunos individuos, que armados de pistolas, estaban decididos a vender caras sus vidas. La mayor parte eran españoles, cuya conducta no debe extrañar, por los antecedentes que dejamos apuntados en capítulo anterior.

Tras una media hora de fuego mortífero, la fuerza americana desembarcada del Utah se posesionó no del edificio de la aduana—como era la general creencia—sino de las esquinas de Lerdo y Morelos, lugar que dolorosamente para los veracruzanos les sirvió para tirotear con éxito a los defensores situados en los puntos que ya sabemos.

Aquello fué terrible; fué seguramente donde se combatió con más encarnizamiento, y donde mayor número de víctimas

de su infamia hicieron los americanos, debido a que la rapidez del conflicto había aglomerado a muchas personas pacíficas que no pudieron atravesar las calles para irse a sus casas.

¿Por qué los tiros de los defensores no obtuvieron aquí el éxito que en otros lugares?

Porque frente a la aduana marítima, que fué lo que antes de dar tiempo a la defensa, tomó inmediatamente que desembarcó la primera fuerza—según recordamos haber visto en capítulos anteriores—está un cobertizo para guardar la carga que traen los buques mercantes para el comercio de la plaza de Veracruz, y dicho cobertizo—que es una gran jaula de fierro—está cercado con láminas hasta una altura como de dos metros sobre el suelo, las cuales láminas sirvieron de parapeto a los invasores para no ser vistos por nadie y hacer descargas cerradas sobre los veracruzanos.

Nuestro don Pascual se dió cuenta oportunamente de que podría servir el tal cobertizo para lo que lo utilizaron los yanquis; pero no pudo evitarlo por la ocupación que previamente habían hecho de la aduana.

A pesar de las ventajas por parte del enemigo, los defensores no desistieron de hostilizarlos, y con tal fin no abandonaron sus posiciones, y estaban muy alertas para hacer sus disparos sobre el que se aventurara a salir de su escondite.

No hay necesidad de decir, para que pueda ser inferido, por el conocimiento que tenemos de la psicología de los yanquis, que éstos no se atrevieron a avanzar ni un paso hacia la plaza de la Constitución, sino que determinaron formar trincheras en las bocacalles que ocupaban, a cuyo fin procedió el contingente destacado en la esquina de Emparan y Morelos a destruir la puerta de la bodega de mercancías del comerciante español Barquín, de la cual sacaron en abundancia sacos de maíz, café y frijol.

Además sacaron de dicha bodega algunas de las varias

clases de comestibles y bebidas que hallaron, como chocolates Larín y moscatel, que se repartieron para merendar.

Desde las seis de la tarde en adelante el fuego era menos nutrido, pues sólo los americanos disparaban sus fusiles y ametralladoras sobre cualquiera a quien vieran que atravesaba las calles por ellos vigiladas.

El coronel Ramírez, en virtud de la inacción de los atrincherados, quiso ver con sus propios ojos sus posiciones, y con ese valor muy suyo, se echó pie a tierra y con gran sigilo dió la vuelta por la acera del palacio municipal, en la calle de Zamora, y llegó hasta la esquina de Zaragoza; pero como también los americanos estaban excesivamente alertas, tan pronto como don Pascual dió un paso fuera de dicha esquina, violentamente volvió para atrás, cayendo sobre el pavimento, herido en el costado derecho.

Gracias a que uno de los voluntarios lo iba espiando para auxiliarlo si era necesario, no le sucedió lo que al joven Azueta, sino que inmediatamente fué levantado y conducido con toda clase de consideraciones al cuartel de bomberos, siendo entregado a la brigada de la Cruz Blanca.

Después ese mismo voluntario fué a avisar a la familia lo ocurrido y ya sabemos que tuvo que valerse de dar la infausta noticia por medio de un papel, porque no se atendió a sus llamados a la puerta.

Dejemos descansar a nuestro héroe en el lecho del dolor, adonde volveremos a verlo más tarde, y sepamos otras cosas muy interesantes.

El coronel Contreras desapareció de los portales, quedándose comandando a los voluntarios solamente "El Pelón", quien en vista de la inutilidad de seguir aguardando allí al enemigo, que aprovecharía la noche para emplazar ametralladoras y cañones para aniquilarlos, decidió retirarse con su gente, protegidos por la obscuridad.

Tomaron rumbo a la laguna, y ya cerca de este lugar penetraron a una tienda en la cual todos comieron sardinas, pan, queso y lo que encontraron, invitados por "El Pelón", que pagó el gasto hecho.

Continuaron su camino después, y acababan de llegar a la estación de los Cocos, cuando oyeron marcha de fuerza que se acercaba.

Mandó "El Pelón" tender á su gente en línea de tiradores, y quedó expectante.

—¡Alto, quién vive!, gritó a los que ya tenía en descubierta.

Resonó entre las palmeras una voz potente que contestó:

—¡México!...

Fué la voz del comodoro don Manuel Azueta, que también se puso en guardia con sus discípulos, al ver entre la obscuridad de la noche bultos de hombres, que lo mismo podrían ser yanquis que paisanos.

VI

Mientras tenía lugar el combate que acabamos de reseñar, por otro lado se hacía la resistencia más abnegada a los invasores.

Era en el parque Ciriaco Vázquez.

Numerosos voluntarios estaban posesionados de ese lugar y sus alrededores, e impidieron por largo tiempo el avance desde la línea de los patios de la Terminal, a la entrada de las calles de Cortés y de Hidalgo, protegidos por los bordos de las banquetas, los postes de la luz eléctrica, los árboles del parque, las esquinas de las calles, en fin, como humanamente les era posible.

Todas las azoteas de las casas vecinas y la de la escuela Cantonal fueron ocupadas por voluntarios y unos cuantos sol-

dados federales, con excepción de las casas de extranjeros, que ostentaban las banderas de sus países, declarándose neutrales.

Y hubo un incidente, digno de ser escrito con letras de oro.

En la zona de que estamos hablando (1), "radiante de ira, aparece un hombre robusto, de color moreno, únicamente vestido con su pantalón blanco sujeto por ancho y resistente cinturón amarillo. El sol hería su dorso de atleta y sus bíceps bien acentuados.

"Manejaba un rifle con suma habilidad, recorriendo las azoteas de una a otra, saltando los pretiles con seguridad y buscando en todos lados parapetos seguros y puntería certera.

"Un norteamericano de los que vestían de kaki, se parapetó tras de la esquina sudeste de Montesinos y Cortés, queriendo cazar al tirador de las azoteas de la manzana donde se encuentra el Jardín Astoria, que aparece en el ángulo suroeste de las calles de Constitución y Cortés. No hizo el extranjero sino presentar el tórax fuera de su apoyo para realizar mejor su puntería, cuando cayó en tierra convertido en cadáver por el tiro defensor.

"Los fuegos se reconcentraron en aquella azotea, y por un momento se creyó que el tirador aislado había sucumbido, porque dejó de tirar algunos minutos; pero resurgió de improviso y de una sola descarga de su rifle automático mató a otros dos más de los asaltantes.

"El combate general fué por varias horas recrudecido ardorosamente, insistentemente en la zona de los patios ferrocarrileros y la del parque Ciriaco Vázquez, y el hombre semidesnudo no se daba punto de descanso, vitoreando a México y excitando con sus voces a los federales y voluntarios que estaban en otras azoteas.

---

(1) «La Opinión.»

"Intentaron un nuevo movimiento de avance los americanos, por la primera de las calles de Hidalgo, paralelas inmediatas a las de Cortés, y ahí, en el ángulo de las azoteas correspondientes a las casas de la Constitución y de la citada de Hidalgo, volvió a luchar el tirador del dorso desnudo.

"Una ametralladora emplazada por los americanos en un edificio que está en construcción al fondo de la calle de Hidalgo, cuyos muros de tabiquería sirvieron de parapetos a los asaltantes, ocasionó algunas bajas entre los defensores, pues hubo algunos que recibieron el fuego a descubierto, en el costado Poniente del parque Ciriaco Vázquez y en las travesías de Emparan y Juárez.

"Las posiciones de esa zona estuvieron admirablemente defendidas toda la tarde, hasta que las sombras de la noche evitaron la continuidad del combate, por lo que soldados y voluntarios se dispersaron de los lugares".

VII

Puesto fuera de combate el viejo militar don Pascual, quedaba en el campo del honor Jorge, quien no desmayaba ni un momento en la defensa de su patria contra los invasores, pasando de un lugar a otro, donde más eficaces fueran sus tiros.

Pancho, Manuel, el capitán Gómez Anaya y otros conocidos, eran sus compañeros, y cuando el teniente Azueta estaba en su puesto, haciendo funcionar su ametralladora, pasaron nuestros jóvenes la calle Landero y Cos, por la de Francisco Canal, rumbo a la playa, a fin de hostilizar por la retaguardia al enemigo, que amagaba al citado Azueta.

De repente descubrió Jorge a un hombre en la calle Esteban Morales, a un costado de la Escuela Naval.

—¡Miren!, dijo asombrado a sus amigos, señalándoles al hombre; eso lo hace solamente un veracruzano.

Todos contemplaron con asombro una escena épica, de uno de esos héroes de quien no recoge la Historia el nombre.

Estaba armado con un máuser y se había apostado detrás de uno de los viejos cañones que se hallan en dicho lugar, clavados, desde tiempo inmemorial.

El crucero Chester, anclado al Sur del muelle de Sanidad, y el cañonero Prairie, en el centro de la bahía, trataban de pulverizar a ese valiente, que desafiaba el mortífero fuego de dichos buques.

Nuestro héroe, impávido ante la metralla, hacía con toda calma sus disparos, y cuando le contestaban los cañones norteamericanos, salía de su refugio y se ponía a disparar a pecho descubierto.

Causando el estupor y la admiración de cuantos lo veían, estuvo batiéndose con los citados Chester y Prairie, por espacio de dos horas largas.

Jorge y sus compañeros, que en estos momentos teñían los ojos de Argos, descubrieron que en el baluarte Santiago estaban dos voluntarios, que hacían disparos en descubierta sobre los propios buques citados, con un solo máuser, que se pasaban de uno a otro.

Y también descubrieron a otro voluntario apostado detrás de la casa, propiedad del señor Loustau, construída en los terrenos ganados al mar, desde donde hacía disparos sobre el Chester, que arremetió a cañonazos sobre el edificio en cuestión, taladrando los gruesos proyectiles todas las paredes y despedazando los muebles y ropas, al grado de que el joven don Pedro Palazuelos, que habitaba allí, se quedó solamente con lo que traía puesto.

—¿Qué les parecen las hazañas de los buques Chester y Prairie?, preguntó Jorge a sus amigos.

—Que son muy dignas de la psicología de los norte americanos, contestó Pancho.

VIII

Apenas dichas estas palabras, nuestros jóvenes se aprestaron a la defensa contra un grupo de yanquis que desde la aduana, se preparaba a atacarlos.

—Listos, compañeros, dijo Jorge.

—Pecho a tierra, exclamó Gómez Anaya.

Todos obedecieron y apuntaron sus armas, haciendo nutridas descargas, tan pronto como el enemigo estuvo en descubierta, lo que determinó, sin gran esfuerzo, que retrocediera a la aduana, de donde había salido.

Entretanto el "sport" de la barbarie siguió por parte de la tripulación de los barcos de guerra, tocando sufrir las consecuencias a la familia del comerciante español don Eusebio Llarena.

Este señor era dueño de una fábrica de hielo situada en la calle Landero y Cos, a un lado de la Escuela Naval, y habitaba con su familia una casa contigua a dicha fábrica, la cual casa inspiraba confianza contra las balas, porque sus paredes, construídas durante el gobierno colonial, tenían el espesor de algo más de un metro.

Efectivamente, los proyectiles de rifles y ametralladoras no hacían gran daño; pero los de cuatro pulgadas que lanzó el Chester, perforaron los gruesos muros para estallar en la sala y primera recámara.

Con un pánico terrible, la familia buscó refugio en las habitaciones interiores, donde las asaltó otro peligro: una granada rompió la turbina del tanque de amoníaco, que estaba cerca, y la asfixia se producía, y hubiera causado la muerte de todos; pero entonces, el señor Llarena, violentamente pro-

cedió a romper una ventana, por donde lograron salir al patio y resguardarse tras unos sacos de maíz. Allí sólo recibieron una lluvia de fragmentos que arrancara una granada al estallar en una de las paredes de una casa contigua.

Mientras, nuestros jóvenes tuvieron necesidad de hacer nuevos escarmientos a los yanquis, que pretendían atacarlos, hasta que triunfando en los falsos guerreros vestidos con la piel del león la psicología que los separa del mundo de la gente leal, valiente y honrada, se abstuvieron de continuar en su para ellos imposible tarea de amedrentar a esa media docena de veracruzanos, que con todo denuedo y bizarría, defendían sus derechos de ciudadanos de una nación, que sin los alardes a que conducen prejuicios ridículos, ha resultado estar más civilizado de lo que se suponía.

IX

Serían las nueve de la noche cuando nuestros jóvenes abandonaron el sitio en que les hemos visto, para recorrer otros puntos de la ciudad y defenderlos de los invasores.

Por el parque Ciriaco Vázquez fueron a hostilizarlos hasta bien entrada la noche, que sintieron necesidad de buscar algo que comer para recobrar nuevas fuerzas.

Siempre juntos y con sus armas dispuestas, tomaron la avenida Cortés, hasta encontrar la calle Esteban Morales, en cuya esquina dieron vuelta, dirigiéndose rumbo a Independencia; pero Pancho se detuvo en dicha esquina, porque pensó irse a su casa que estaba en opuesto camino del que sus amigos escogieron.

Indeciso aún sobre si continuar con ellos o no, oyó pasos a la vuelta, por Cinco de Mayo, y se puso en guardia.

La obscuridad de la noche sólo le permitió distinguir la

sombra de una mujer, cuando ésta se le presentó en descubierta al salir de la esquina, para atravesar la calle, y desde luego le gritó:

—¡Alto!

Se detuvo la mujer, que instintivamente empuñó un revólver que llevaba, y con la brevedad del relámpago cruzó por su imaginación la pregunta: ¿quién será?; pero sin que el temor la arredrara, porque tal vez algún indicio de nobleza advirtió en el asaltante.

Pancho, por su parte, también pensó: ¿quién será?, sintiendo un profundo respeto hacia la mujer.

Este momento de estupefacción fué breve, sólo duró lo que la idea necesita para cruzar la mente donde nace, pues la mujer previó a un caballero que la respetaría y acompañaría para cumplir un deber que la requirió en lo más hondo de su alma.

—¡Auxilio!, fué todo lo que pudo exclamar en su deseo de terminar pronto aquella situación embarazosa.

—¿Quién es usted?, le preguntó Pancho acercándosele resueltamente, pues advirtió que estaba armada.

Nuestros lectores habrán adivinado que era Luisa, pues los antecedentes conocidos no dejan lugar a duda de que se trataba de la hija de don Pascual.

Lo que pasó después entre ambos jóvenes, ya lo sabemos, y sólo nos falta decir lo que hizo Pancho cuando la llevó a su casa y tuvo la contrariedad de que no respondieran a su llamado en la puerta, tal vez porque no había nadie allí; pero todo esto lo diremos en su oportunidad.

X

Tan pronto como se inició el combate en las calles de Veracruz contra los invasores yanquis, el patriotismo llamó a

todos los corazones mexicanos, y, como era de esperarse, respondió con todas sus energías.

No hubo quien dejara de contribuir con su contingente en esa lucha desigual por cuanto a que no había elementos con qué combatir, cuya causa sola evidencia de cobardes y miserables a los que con el lujo de una gran escuadra compuesta de cerca de cuarenta buques, no omite crueldades para profanar una ciudad por todos conceptos merecedora de las consideraciones de quien aun sólo tenga la figura de gente, no ya la pretensión de estar civilizado.

Sin distinción de clase, edad y sexo, cada uno de los veracruzanos ocupó el puesto que a su honor correspondía, y es digno de mencionar que con la brevedad que el caso requería, se instituyó una agrupación bajo el nombre de Cruz Blanca para atender a las víctimas de las traidoras balas, instalándose en el cuartel de los bomberos, que se convirtió en hospital de dicha agrupación.

Fué presidente el doctor don Rafael Cuervo; secretario, el doctor don Juan R. Sanoja, y vocales los doctores Juan M. Rojas e Ignacio Vado Johnson, señores Alejandro Sánchez ("El Pelón"), Luis Nieto y Leonardo Pontones.

En la colaboración científica y humanitaria se veía al doctor Ismael Cadena y al doctor Carmona Lara, prestando servicios entre los practicantes Juan Manuel, R. Rojas y García Izunza, y como denodados copartícipes en lo particular, a don Julio Mortero (director del colegio preparatorio), José Ferrer, Fidencio Morales y Ramón Bernal, resultando heridos los tres últimos a causa de su escrúpulo irreflexivo al recoger a las víctimas de las asechanzas de la refriega.

Como enfermeras había muchas virtuosas damas, pudiendo citar únicamente los nombres de Adela Cortés, Concepción Nieto, Adela Barradas, Luisa Nieto, Elena Flandes, Encarnación Nieto, Francisca Gutiérrez, Elena Rendón, Isabel

Díaz Ortiz, Consuelo Díaz Ordaz, Ada López y las Madres Sor Clara Pérez y Sor Dolores Galván, en unión de las señoras Reyes de Reyero, de Molina e Irene B. de Villegas.

Los que se dedicaron a los servicios de vigilancia, aseo y atención a las familias de los heridos, fueron los señores Luis Nieto Molina y Simón Ochoa, capitán y secretario, respectivamente, del cuerpo de bomberos.

Muchos fueron los hermosos rasgos de altruismo en médicos, practicantes y auxiliares; pero especialmente en los primeros, que salían entre las balas despreciando el peligro, para ir a prestar su contingente en la noble empresa humanitaria de curar a las víctimas de la infamia del invasor.

XI

Cuando la benemérita Cruz Blanca recibió a don Pascual, quiso personalmente el doctor Cuervo hacerle el reconocimiento necesario para que el diagnóstico que su ciencia le aconsejara sirviera de gobierno a todos los que al darse cuenta de quién era el herido, se mostraron pesarosos porque se trataba de un hombre muy querido en la ciudad, y se mostraron también indignados, porque se restaba uno de los principales elementos a la defensa contra los yanquis, sabiendo que la pericia, la honradez y el valor de ese hombre no sería fácil de substituirlos con nadie.

El doctor Cuervo es una notabilidad en la ciencia de Hipócrates, y su diagnóstico era esperado con ansia por cuantos estaban en aquel recinto de los bomberos, convertido en hospital.

Nuestro coronel Ramírez no había perdido el conocimiento; su naturaleza privilegiada se sobreponía a sus dolores; de manera, que cuando tendido sobre la mesa de operaciones se

vió rodeado de médicos, practicantes y enfermeras, sonrió a todos con reconocimiento, diciéndoles:

—No creo que sea esto de ahora el achaque para mi muerte, porque los yanquis sentirían honda satisfacción y mi naturaleza se rebela contra tamaña infamia.

No pudieron menos que sonreír también los que escucharon tal declaración; pero con esa sonrisa que inspira la alegría y la admiración en amigable consorcio.

—Calma, amigo mío, le dijo Cuervo bondadosamente.

—Doctorcito, insistió don Pascual, su pericia me da esperanzas de poder montar nuevamente en mi caballo para regresar a las calles a seguir luchando.

—Cálmese, amigo, cálmese, volvió a repetirle Cuervo; veremos la herida, que parece haber dejado salir una poquita de sangre.

—Mientras no se salga la vida, no hay que inquietarse, le respondió el paciente. ¿Quién hace caso de la sangre cuando se vierte por la defensa de la patria?

Entretanto, los practicantes habían descubierto el lado donde la bala traidora penetró, y desde luego el doctor Cuervo procedió a hacer un reconocimiento como él sabe hacerlos, encontrándose con que el proyectil había entrado y salido sin que, afortunadamente, lesionara ningún órgano delicado, pues pasó entre los lugares del pulmón y el hígado, respetándolos como si hubiese sabido que no debía obedecer a los instintos de injustificados procedimientos que la lanzaron contra el derecho del patriotismo.

—No fué nada, dijo el doctor Cuervo para calmar la ansiedad de los que le rodeaban.

En todas las caras se retrató el júbilo que causó tal declaración.

Ordenó a los practicantes que hicieran la asepsia de la

herida cuidadosamente, y que se curara en los términos que también explicó.

Hecha la curación, en la que se emplearían veinte minutos, se alimentó al enfermo, que trasladaron después a una camita, pidiendo él que lo dejaran tranquilo un momento en alguna pieza sola.

Así se le concedió, y como todos estaban tan ocupados con otros heridos, aprovechó descansar como dos horas con un sueño que le hizo recobrar sus prodigiosas energías, pues al despertar oyó algunos tiros y se incorporó violentamente con la decisión de abandonar el hospital para irse otra vez a la lucha.

Pensar y hacer fué una misma cosa para el viejo militar, quien se puso su ropa y con todo sigilo salió a la calle, dirigiéndose con paso firme hacia el sitio donde había dejado a la gente que lo acompañaba.

XII

—¡Hija, hija mía, gritó doña Elvira a Luisa cuando ésta desapareció por la puerta de su casa al oir que su padre estaba herido.

Pero los gritos no convencieron a la hija, si los escuchó, y se perdió en la obscuridad de la noche, pues madre, hermanas y amigas salieron tras ella hasta la calle, y sin embargo, no la vieron.

Doña Elvira, digna esposa del coronel don Pascual Ramírez, natural era que no se conformara con la ida de Luisa de manera tan intempestiva y sola hacia los peligros de los combates que se libraban en la ciudad; era una señorita, era una belleza, era una inocente; pero fuera de estas consideraciones, su egoísmo de madre estaba vencido por la idea de

que Luisa había corrido a auxiliar a su padre, o a recibir su postrer suspiro, o a depositar un amoroso beso sobre su frente fría, si acaso era cadáver.

Todas las reflexiones dichas pasaron por la imaginación de doña Elvira con la celeridad del relámpago, y sus otras hijas estaban absortas ante la resolución de la hermana que para ellas era alegría, felicidad y adoración.

Las amigas que las acompañaban, estaban lívidas, no se atrevían a decir una palabra.

De repente toma doña Elvira una actitud decidida, y ordenó a sus hijas:

—Cierren bien todas las puertas y ventanas interiores.

Y en tanto que se obedecía su mandato apresuradamente por Graziela y Carolina, dijo a sus amigas:

—Perdónennos que las dejemos mientras vamos a cumplir con el deber que ya no sólo la patria, sino también la familia nos demanda.

—No nos quedaremos, contestó Merceditas; cuando vinimos fué resueltas a correr la misma suerte que ustedes y lo cumpliremos.

—Sí, se apresuró a decir Elisa con voz ahogada por la angustia, vamos pronto a alcanzar a Luisa.

—Como es preciso que se quede alguien cuidando la casa, seremos Rosita y yo, dijo doña Anita.

—Le agradeceré ese cuidado, le respondió doña Elvira.

Todas salieron, cerraron la puerta y le entregaron la llave a doña Anita, quien la tomó y acompañada de Rosita entró a su casa.

Una tras otra y contra la acera caminaban apresuradamente las damas, rumbo al centro de la ciudad.

Las balas les silbaban muy de cerca; pero parecían no preocuparse y seguían, seguían andando.

Cuando llegaban a una esquina, primero se asomaban con

grandes precauciones para asegurarse de que podrían pasar la calle sin peligro, y si a pesar de la obscuridad distinguían algo que les inspirase sospechas, allí se estaban hasta que a su juicio desaparecía el peligro.

El principal ahinco era alcanzar a Luisa; pero ¿cómo habían de saber el camino que ésta tomara?

Cuando ya les faltaban dos calles para llegar al cuartel de los bomberos, donde según el aviso del papelito estaba la Cruz Blanca, que recogió a don Pascual, perdieron la esperanza de dar alcance a Luisa y se conformaron con poder verla en el citado cuartel.

XIII

La primera en entrar al improvisado hospital fué Carolina, ávida de abrazar a su padre y a su hermana inseparable, y cuando llegó a una salita y salió a su encuentro una de las enfermeras:

—Hágame favor de decirme dónde está mi papá, le dijo ahogándose por la angustia.

Sorprendida la enfermera con la desesperación de la joven, a quien desde luego reconoció, le contestó:

—Pobrecita de usted, señorita Ramírez; le voy a dar una copita de cognac para que se recobre.

—No, gracias, quiero ver a mi papá.

—En este momento está durmiendo y no es conveniente despertarlo.

—Lléveme adonde está, no lo despertaré, sólo quiero verlo, insistió Carolina dando a sus palabras toda su vehemencia.

Ante ruego tan encarecido no pudo resistir la enfermera, y tomándola de la mano le dijo:

—Venga usted; pero procure no hacer ruido.

Cuando llegaron a la piececita donde alojaron a don Pascual, con gran cuidado abrió la enfermera la puerta y..... entraron, pero no había nadie allí.

Entonces Carolina, creyendo que trataban de engañarla, se puso a llorar desesperadamente.

Otra enfermera condujo a doña Elvira y acompañantes a la misma piececita, y sería imposible poder hacer un bosquejo siquiera de la dolorosa escena que se suscitó en aquel estrecho recinto.

La enfermera que condujo a Carolina, casualmente fué la que tomó a su cuidado a don Pascual, y al no verlo donde debía estar, salió violentamente a dar parte al presidente de la institución, doctor Cuervo.

Ordenó éste que se buscara por todas partes, y las pesquisas resultaron infructuosas.

Fué entonces el mismo doctor a hablar a doña Elvira, en estos términos:

—Señora, no se desesperen ustedes, pues es verdad que esa cama que tienen aquí la ocupaba don Pascual; pero como su herida fué leve —la bala que lo tocó apenas fué por debajo de la dermis,—no tuve inconveniente en acceder a su solicitud de dejarlo solo para que descansara, como lo solicitó, y es seguro que su intención fué la de evadirse después de recobrar sus energías con un sueño reparador, como me dijeron que tuvo.

—Gracias, doctor, dijo doña Elvira un poco repuesta de su angustia; le agradezco mucho las explicaciones que me ha hecho usted, pues sospeché que se hubiera muerto Pascual y que nos ocultaban su cadáver para evitarnos la satisfacción de abrazarlo.

—¡Oh, no, señora!; no hay nada de eso y creo que su señor esposo habrá vuelto a la calle para seguir en su heroica em-

presa de lavar la honra de nuestro suelo mancillado por la planta de los extranjeros.

—No lo dudo, contestó doña Elvira, y en ese caso no digo nada, porque fué a cumplir con su deber; pero ¿no se resentirá de la herida?

—Es natural que la agitación le produzca alguna inflamacioncita; pero voy a encargar a la ambulancia que procure verlo y decirle que debe venir para renovar la curación que se le hizo.

—¿Y mi hija Luisa, dónde está que no la veo?

El doctor paseó una mirada de estupefacción por todas las personas presentes, sin que se le ocurriese lo que debía contestar, pues inmediatamente comprendió que a Luisa se la suponía allí y que al no estar, quizá le hubiese sucedido alguna desgracia.

—¿Pero qué no vino con ustedes?

—No, contestó Carolina; hace como tres horas que salió de casa con dirección para acá.

—Es posible que esté, y sin embargo que no la haya visto.

—¡Cómo!, exclamó doña Elvira, eso no puede ser, porque habría estado junto a su padre.

—No, señora, dijo la enfermera que se hizo cargo de don Pascual; siento mucho decir a usted que su hija no ha venido aquí todavía.

La herida de una bala tal vez no hubiera causado el dolor que experimentaron doña Elvira y hermanas de Luisa al oír la noticia de la enfermera.

El doctor, muy apenado, salió de la piececita para seguir atendiendo a sus enfermos.

Graziela y Carolina se abrazaron a su madre, y todas lloraban con amargura la desaparición de Luisa.

¿Qué hacer para averiguar su paradero? A nadie se le ocurría.

Casi loca doña Elvira, dijo a Merceditas:

—Aquí me espera usted con las niñas; voy yo sola a buscar a Luisa.

—No, mamá, exclamaron en coro Graziela y Carolina, nosotras iremos contigo.

—¡Déjenme!, gritó la madre, tratando de desasirse de los brazos de sus hijas.

—¡No!... repitieron, iremos contigo.

No obstante el dominio que sobre sí tenía doña Elvira, no pudo resistir ahora el intenso dolor que experimentó al considerar perdida para siempre a su hija Luisa y se desmayó en los brazos de Graziela y Carolina.

—¡Socorro!... gritaron éstas al darse cuenta de lo que pasaba a su madre.

Acudieron Merceditas y sus hijas, y ayudadas por las enfermeras que les hacían compañía, la acostaron en la cama que poco antes ocupó don Pascual.

Vino después uno de los practicantes y luchó.... luchó por hacerla recobrar el conocimiento.

Pocos momentos hacía que estaba desmayada la pobre señora, cuando se presentó el doctor Cuervo nuevamente y enterado de lo ocurrido, ordenó el cuidado con doña Elvira; pero su principal objeto era el de preguntar, como lo hizo, a las hijas de don Pascual, a quién habían dejado en la casa.

Merceditas contestó:

—A nadie.

—Pues me acaban de llamar de allá por el teléfono.

—¿De mi casa?, preguntó asombrada Carolina.

—Sí, respondió Cuervo, y como el llamado fué encareciéndome la urgencia, supliqué a uno de mis compañeros que fuera en mi lugar y probablemente ya haya llegado.

—¿Dónde está el teléfono?, preguntó Carolina.

—Hágame favor de enseñárselo, suplicó el doctor a una de las enfermeras.

Corrieron ambas hacia donde estaba el aparato y pidió Carolina comunicación con su casa.

—¿Con quién hablo?, preguntó nerviosamente.

—Con Rosa, ¿y yo con quién?

—Habla Carolina. ¿Quién llamó al doctor y para qué?

—Yo, para que venga a atender a Luisa que está enferma.

Soltó la bocina la hija de don Pascual y por poco cae al suelo, impidiéndoselo el auxilio de la enfermera.

Sostenida por ésta, regresó adonde estaba su madre y más bien gritó:

—¡Ya pareció Luisa!

—¿Adónde está?, preguntó Graziela ansiosamente.

—¡Mamá, mamacita, ya pareció Luisa, repitió Carolina.

—¿Pero adónde está?, insistió Graziela.

—¡Bendito sea Dios!, exclamaron Merceditas y sus hijas.

—Mamacita, decía Graziela moviendo el cuerpo de ésta, vuelve en ti, despierta, que no se ha perdido Luisa.

Seguramente que ya había recobrado el conocimiento doña Elvira, y se hallaba sólo presa de un sopor que no la permitía ni abrir los ojos; pero no hizo más que oír que su hija había parecido, y se incorporó, preguntando:

—¿Dónde está?

—En casa, contestó Carolina acariciando a su madre.

—¿Pero es cierto?

—Muy cierto, me lo acaba de decir Rosita, por el teléfono.

—¡Gracias, Dios mío!, exclamó la atribulada madre.

Carolina contó todo lo que sabemos y aunque muy relativamente, volvió la tranquilidad a aquellas buenas almas.

Nuevamente se presentó el doctor Cuervo suplicando a la

familia que no se inquietara, que estuviera tranquila esperando el regreso del compañero que había ido a ver qué cosa sucedía a Luisa.

Agradecidas por las atenciones del caballeroso doctor, aceptaron sus súplicas, y cuando hubieron recobrado sus energías con unas copitas de cognac que solícitamente obsequiaron las enfermeras a cada una, se dedicaron a la humanitaria labor de ayudar a la curación de los heridos.

XIV.

¿Cómo al fin resultó Luisa en su casa si vimos que nadie contestó al llamado que en la puerta hiciera Pancho?

Es fácil explicárselo.

Ya se decidía a irse con su preciosa carga, cuando le ocurrió a Luisa que llamara en la otra puerta de la casa contigua, y habiendo sido obedecida en el acto, preguntaron de adentro:

—¿Quién?

—Yo, Rosita, ábreme, soy Luisa.

Inmediatamente le abrieron y al presentarse en brazos de un hombre que al principio no supo Rosita quién era, dejó escapar ésta un grito que bien podía traducirse en miedo o sorpresa.

—Vengo herida, dijo Luisa.

—¡Dios mío, exclamaron a un tiempo Rosita y su mamá que había acudido también.

—¿Quién te trae?, preguntó doña Anita.

—Es Pancho.

—Pero entren, entren, dijo Rosita.

Entró Pancho y fue a depositar su carga en la cama que le indicaron, siendo ésta la de la misma Rosita.

—Hija, exclamó llena de angustia doña Anita; pero ¿cómo fué eso?

—Denme agua, dijo Luisa, que les contaré después todo.

Rosita corrió a traer el agua, y doña Anita ofreció asiento a Pancho.

—Gracias, contestó éste. También yo les agradeceré una poca de agua para irme en seguida a donde el deber me llama.

Luego que ambos sedientos tomaron el agua que se les dió, dijo doña Anita a Pancho:

—No se irá usted sin que coma algo o beba una taza de café siquiera.

—Sí, Pancho, acepta lo que te ofrecen, agregó Luisa.

—Muy bien, pues acepto.

—Acompáñeme entonces al comedor, le dijo doña Anita, y que Rosa se quede con Luisa.

Cuando estuvieron solas las jóvenes, se abrazaron dejando escapar las lágrimas que pugnaban por salírseles.

—Cuéntame, alma mía, cuéntame todo, le decía Rosita a su amiga besándola.

—Primero hazme favor de llamar a un médico.

—¿Cómo y a quién llamo?

—Ocurre al teléfono de mi casa y pide comunicación con el cuartel de bomberos, que es donde seguramente habrá algunos doctores reunidos.

—Ah, sí, los de la Cruz Blanca. ¿A quién quieres?

—Al que venga; pero suplica con encarecimiento para que te atiendan, pues ya sabes cómo son los médicos de Veracruz.

—No tengas cuidado.

Mientras fué Rosita a cumplir con el encargo de Luisa, ésta sentía desmayarse otra vez, principalmente porque en todo el día y en toda la noche no había tomado nada que la alimentara; pero doña Anita, que estaba en todo, dejó comiendo a Pancho y vino a brindarle una copita de cognac, que en cuanto tomó la volvió a la vida.

—Te voy a traer ahora café con leche, para que te alimentes un poco. ¿Pero dónde está Rosa, por qué te dejó sola?

—Fué a cumplir con un encargo que le hice.

Acariciando doña Anita la cabeza de Luisa, le decía:

—¡Pobrecita de ti, mi hijita, cuánto siento lo que te pasó.

—Gracias, cuénteme adónde se fueron mi mamá y mis hermanas.

—Vengo después, porque dejé solo a Pancho en el comedor.

Volvió Rosita diciendo:

—Hablé con alguien que no sé quién sería, y me aconsejó que llamara al doctor Cuervo, presidente de la Cruz Blanca, explicándome que aunque no viniera, podría disponer enviar a otro en su lugar. Supliqué dijera a Cuervo tomara la bocina, y cuando éste oyó que era de tu casa de donde se le hablaba, noté que lleno de interés me preguntó quién estaba enfermo. Le respondí que tú y entonces me aseguró que no podía venir; pero que iba a suplicar a uno de sus compañeros que ocurriese a verte desde luego.

—Gracias, mi vida, dijo Luisa atrayendo sobre sí a su amiga para besarla.

Volvió doña Anita con unas tostadas y una taza de café con leche, y encargó a Rosita que hiciera tomar eso a Luisa, regresando en seguida al comedor; pero la detuvo la enferma preguntándole:

—¿Qué, ya comió Pancho?

—Sí, mi hijita, respondióle.

—Deseo hablarle antes de que se vaya, ¿me hace usted favor de decírselo?

—Voy a traértelo.

Un momento después entró Pancho tras de doña Anita llegando hasta el lecho donde estaba la enferma, quien le tendió la mano diciéndole:

—Nunca olvidaré que te debo la vida, pues sin tus cuida-

dos habría yo perecido en medio de la calle. Tu pañuelo lo guardaré como una prenda de toda mi estimación y en cambio te suplico que conserves como un recuerdo de mi cariño esta sortija. Acéptala, agregó entregándosela.

Gracias, Luisita, le contestó sumamente emocionado Pancho; puedes estar segura que mucho estimaré el obsequio que me haces y que acepto como un recuerdo tuyo; pero me permito advertirte, que lejos de considerar causa suficiente mis cuidados contigo para convenir en que me debes la vida, lo único que experimento es la satisfacción de haber cumplido con mi deber de auxiliarte, tanto por mi condición de caballero, como por el cariño que profeso a tu familia y muy especialmente a ti, según creo que lo tienes bien sabido, por más que he procurado disimular cuanto humanamente me ha sido posible.

Y agregó muy conmovido estrechando la mano que aún conservaba entre las suyas:

—Adiós, presiento que no habré de verte más; pero en mi postrer suspiro tu recuerdo será el que ocupe mi memoria. Adiós; mis más ardientes deseos son de que sanes pronto y que sigas siendo muy feliz.

Fué tanto lo que las palabras de Pancho conmovieron a Luisa, que ésta no pudo decirle nada y se contentó con estrecharle la mano.

Doña Anita y su hija, muy conmovidas también, dijeron adiós al valiente cuanto caballeroso joven, que desapareció por la puerta de la calle.

XV

A la escena que acababa de suceder, siguió un profundo silencio en la casa de doña Anita, pues ésta y su hija no pudieron menos que impresionarse hondamente al hacerse cargo

de la situación de Luisa y Pancho, por cuanto a que no obstante que las sensaciones experimentadas por ambos eran de distinta índole, la finalidad coincidió en un mismo punto: el del respeto de cada cual a sus deberes. Por parte de Luisa, la gratitud no fué incompatible con el sentimiento de su grande amor a Pepe, y por parte de Pancho el amor no fué un incentivo para que la ocasión lo hiciera olvidar su caballerosidad.

Luisa tenía cerrados los ojos, tal vez para reconcentrar mejor sus pensamientos en todo cuanto le había sucedido durante la noche, y quizá también para poder reflejar en su mente el recuerdo del joven naval, que estaría muy lejos ya de ella, y que por lo mismo no tendría noticias de él quién sabe por cuánto tiempo.

Rosita, que estaba al lado de su amiga, vió que las lágrimas brotaron de los ojos de ésta, y con toda la ternura de una alma buena, las enjugó con su pañuelo, rompiendo el silencio para decirle entre besos y caricias:

—No llores.

Abrió los ojos Luisa, y mirando con agradecimiento a Rosita, le contestó:

—Lloro, porque veo que me he sacrificado inútilmente...

—No te preocupes, hija mía, le interrumpió doña Anita; procura dormirte para que repongas tus fuerzas.

—No, mamá, objetó Rosita, deseo entretenerla para que no se duerma sino después que la vea el médico que no ha de demorar.

—Ah, sí, no me acordaba que tiene que venir el doctor.

Después de un momento de silencio:

—No me han dicho hasta ahora adonde se fué mi familia, expuso la enferma.

—Pero te lo vamos a decir, le contestó Rosa.

Y así lo hicieron, pues todo lo que ocurrió desde que

abandonó su casa cuando supo que su papá estaba herido, se lo contaron doña Anita y su hija, habiéndolas escuchado Luisa muy atentamente, y luego dijo:

—Ahora les voy a referir todo lo que me pasó a mí.

—No, le replicó doña Anita, déjalo para mañana (¡y poco faltaba para que amaneciera!), porque es conveniente que no te fatigues.

—Me siento con ánimo para hacerles la historia, escuchen.

Y aunque a grandes rasgos, contó lo que ya sabemos.

La admiración de sus oyentes, subió de punto y en más de una vez interrumpieron a Luisa con exclamaciones de verdadera indignación contra los causantes de todo, es decir, contra los americanos que de la manera más cobarde y miserable habían atacado una ciudad pacífica e indefensa, haciendo más víctimas por su barbarie que por la necesidad de combatir, pues a duras penas unos doscientos hombres mal armados y peor municionados, eran los defensores contra más de cuarenta acorazados y más de cinco mil soldados en tierra.

La severa Clío tendrá que flagelar siempre con dureza a los Estados Unidos, que no porque sea la "Nación del dollar", —como han dado en llamarla allá mismo— y estar cobijada bajo tan aurífero manto (que México no envidia), va a gozar de inmunidad contra las conciencias de los hombres que saben en qué consiste la honradez, el valor, la moral y la grandeza de un país.

Luego que el doctor llegó y vió la herida de Luisa, dijo:

—Apenas alcanzó la bala la pierna; su temperamento nervioso, excitado por la falta de alimentos, fué lo que más bien la hizo sufrir el desmayo, porque la hemorragia fué muy a tiempo contenida por la venda con el pañuelo. Tan pronto

como recobre sus fuerzas con un sueño tranquilo, se sentirá muy aliviada.

E hizo su primera curación con todo esmero y se fué.

Doña Anita y su hija rodearon de todas comodidades a la enferma para que reposara, y se turnaron para cuidarla sentadas junto a la cabecera de la cama.

Pocos momentos después, Luisa se durmió profundamente.

CAPÍTULO QUINTO

El triunfo

I

Cuando don Pascual llegó al sitio donde dejó a la gente que antes de ser herido lo acompañaba, vió los portales de Diligencias, Universal y Aguila de Oro abandonados, porque según recordaremos, el Pelón se la llevó rumbo a los Cocos; de manera que muy contrariado por este incidente, determinó ir rumbo al parque Ciriaco Vázquez, porque oyó por allá tiros, aunque aisladamente.

Había un riesgo terrible en el paso del portal de Diligencias nuevo a la esquina de Miguel Lerdo, pues los americanos dominaban toda la avenida de Independencia desde Montesinos; pero nuestro bravo coronel parecía que se burlaba de las asechanzas de las balas, porque sin embargo de que bien sabía que le lloverían a su paso por la mencionada avenida, no vaciló ni se apresuró a pasarla, sino que lo hizo con la tranquilidad del que nada tiene que temer, y salió ileso por más que fueron dos o tres ametralladoras las que le dispararon los yanquis.

Eran ya más de las tres de la mañana, cuando llegó al

portal del hotel de la señora Piedad Lara, y replegándose a la pared siguió hasta el callejón de Holzinger, a cuya entrada tuvo un encuentro feliz, el de Jorge acompañado de Gómez Anaya, Manuel y otros de sus amigos.

—¡Papá!, exclamó su hijo al reconocerlo, y se apresuró a abrazarlo.

—¡Hijo!, le contestó don Pascual abrazándolo también.

Los demás saludaron con el mismo cariño a su jefe, con cuya presencia se sintieron tan animados, que si les hubiera dicho éste: "Vamos a quitar al enemigo sus posiciones", no titubean, van a una muerte segura, pero van.

—¿Qué hacen ustedes aquí, o qué plan tienen?, les preguntó el viejo coronel.

—En cuanto a hacer, no hacemos nada, y respecto del plan que tenemos, es el de no omitir medio de hostilizar al enemigo, contestó Jorge.

El patriota militar sentía una aflicción atroz al contemplarse tan falto de elementos para la defensa de la ciudad; pero no había otro remedio que el de aceptar así el caso, y luchar hasta donde fuere posible. Mientras que combinaba algo, guardó silencio que interrumpió Jorge para decirle:

Desgraciadamente no podremos evitar que Veracruz sea tomado por los americanos, pues su número es abrumador y han desembarcado elementos para combatir contra un ejército formidable, no contra un puñado de hombres que somos los que les hemos hecho resistencia.

—Imagínese usted, mi coronel, dijo Gómez Anaya, que además de los cañones de los buques de guerra, que no han dejado de estar disparando, los últimos soldados que vinieron a tierra, trajeron cuatro cañones de montaña, diez ametralladoras y tres fusiles Rex. ¿Qué quiere usted que hagamos si no tenemos nada para defendernos?

Son tan desgraciados los yanquis, exclamó Manuel, que por todas partes ven moros con tranchetes, y cuando anochecía, empezaron a tomar las alturas del hotel Alemán, situado en la esquina de Independencia y Montesinos, para vigilarnos, no los vayamos a sorprender y a derrotar.

—Supongo, dijo Jorge, que habrás observado el servicio de los reflectores de los barcos.

—¿Qué observaste tú? le preguntó su padre para ocultar que no pudo darse cuenta de muchas cosas importantes por haber estado recluído en la Cruz Blanca.

—Toda la noche estuvieron funcionando los de los acorazados Minessota y Florida y el del transporte Praire, alumbrando una extensa zona del Poniente, cual si quisieran explorar toda la línea de los médanos y el rumbo de Paso del Macho, entrada del ferrocarril mexicano. Además, dirigían otras ráfagas al suroeste, probablemente aprovechando el gran fanal del puerto y el de la dirección de faros, cuyos edificios tomaron sin resistencia.

Don Pascual oyó con interés los relatos que le hacían y al fin dijo:

—Es preciso seguir en nuestro empeño de hostilizar al enemigo, para probarle que no así como así se profana nuestro suelo; de manera, que vamos a ver lo que se hace.

Llamó aparte a Jorge, a Manuel y a Gómez Anaya y les dió sus instrucciones, retirándose después con rumbo al café de la Aurora, en Arista, frente a Carnicería.

II

Cuando ocurrió a Luisa el asalto por los dos hombres que la amordazaron y la conducían con propósitos criminales al desocupado cuartel del 26 batallón, dijimos que los tales hombres eran de los "rayados".

Tal nombre ha sido aplicado por el pueblo a los recluídos en la prisión militar, porque visten una camisa larga y calzón amplio de cotín con bandas verticales de azul obscuro, a fin de evitar que se confundan fácilmente con los demás presos y poder vigilarlos especialmente, por ser criminales muy peligrosos.

Sabemos que el general Maass, comandante militar, ordenó que fueran armados y puestos en libertad para que "defendieran" la plaza, agregados a los cien soldados reclutas de los cuarteles; pero hay que decir que—aunque no todos—ocasionaron grandes alarmas y grandes estropicios durante la noche, porque se dieron al placer de disparar tiros a diestra y siniestra por las calles, matando a algunos pacíficos vecinos.

Alguien contó a don Pascual que los "rayados" desenterraron las bárbaras costumbres de que un galán feroz se disputaba la posesión de una hembra, asesinando al marido o acompañante, e hiriendo a la mujer que resistía a la brutalidad de su apetito, pues que un incidente igual ocurrió en la calle del Cinco de Mayo, entre las de Betancourt y Vicario.

El viejo coronel se puso rojo de ira y exclamó:

—Hé allí una obra digna del señor general Maass. Sólo a él se le ocurre armar y poner en libertad a esos crininales. No debe extrañar a nadie los crímenes que hayan cometido en cuanto se vieron libres, ni los que sigan cometiendo, así como tampoco deben considerarse esos mismos crímenes como causa justificada para menoscabar la reputación de los veracruzanos, cuya civilización y honradez nadie pone en duda, como no sean los americanos.

¡Si nuestro don Pascual hubiera sabido que una de sus hijas queridas estuvo a punto de ser víctima de la bestialidad de los "rayados"!...

Probablemente toma a su cargo acabar con todos ellos.

Ya veremos adelante otras hazañas de esos criminales empedernidos.

III

Apenas se iniciaron los primeros albores del día veintidos de abril de 1914, se reanudó el combate en las calles de Veracruz.

Las ametralladoras vomitaban balas sin cesar, y los cañones detonaban haciendo trepidar los muros de los edificios, completando la infernal armonía las descargas de las máquinas Colts y las del número abrumador de rifles.

Nuestro conocido Pancho, al salir de la casa donde fue a dejar a Luisa, con grandes trabajos pudo llegar hasta la calle Juan Manuel Betancourt buscando por todas partes a Jorge y demás amigos; pero era imposible que los encontrara, porque ya sabemos que éstos se hallaban por el parque Ciriaco Vázquez.

El avance de los marinos yanquis se acentuó más por la avenida Morelos, hasta el arranque de la citada calle de Betancourt, en donde vió Pancho a algunos paisanos que tendidos en tierra y queriendo protegerse con los bordes de las banquetas, disparaban sus armas contra los invasores.

Él los imitó con grande éxito, porque donde ponía el ojo allí ponía la bala; pero como no podía atender a tantos, tuvo que batirse en retirada siguiendo su ejemplo todos los demás, dejando muy a su pesar el terreno a los invasores.

En la prolongación de la misma calle de Betancourt, vivía don Amado Tejedor, jefe de los cargadores de la casa de comercio de C. Benito, y hasta allá llegó Pancho, quien como viera que el citado Tejedor, su esposa e hijas desde la banqueta fuera de la puerta contemplaban con unos gemelos las es-

cenas que se desarrollaban a lo lejos, les gritó desde la acera de enfrente:

—Quítense de allí, porque están corriendo el riesgo de que los alcance una bala.

Y no bien acabó de decirlo, cuando cayó don Amado con una fractua en el cráneo, que dejaba asomar la masa encefálica.

Pancho no pudo atravesar la calle para ir a auxiliar a la familia, y replegándose a la pared, siguió adelante hasta que le fué posible huír para la calle de Arista, la cual también estaba siendo atacada por los invasores.

En esta calle, tres voluntarios a los que se agregó Pancho hacían constante fuego con muy buen éxito, en vista de lo cual los yanquis emplearon sus ametralladoras para aniquilarlos.

Uno de los voluntarios, que temerariamente estaba tendido pecho en tierra en medio de la calle, fué alcanzado por una bala y sucumbió quedando con el rifle en las manos, en actitud de combate con el gesto trágico de la irritación producida en un rictus supremo.

Al ver Pancho esto, indignado gritó a los americanos, como si pudieran oírlo:

—¡Malditos sean, miserables; si nos dan tiempo para prepararnos, con pocos hombres como el que acabáis de matar, no tomarían la plaza sino hecha escombros! Sin embargo, todavía veréis....

Y cubriéndose con una esquina, no se daba tregua en disparar su arma; pero al fin... cayó con la cara horriblemente destrozada.

La ambulancia de la Cruz Blanca lo recogió en estado de coma„ y lo transladó al hospital, donde murió poco después.

¡Colguemos una corona de siemprevivas en el sepulcro del patriota!.....

Los invasores siguieron su avance, y al llegar al restaurant París que estaba abierto, penetraron a él y procedieron a revisar todos los cuartos ocupados por artistas españoles, entre los que se contaban los Beleymes, sin que sufrieran más que el susto consiguiente.

Cuando el avance se hizo hasta el Parque Inglés, los voluntarios que se habían distribuído en distintas azoteas y balcones, recibieron a los yanquis con numerosas descargas de fusilería, deteniéndolos algunas horas y causándoles muchas bajas, hasta que agotados los cartuchos, por parte de los mismos voluntarios, cesó el fuego, apresurándose entonces el enemigo a tomar el hospital de mujeres, sin resistencia ninguna, pasando después al militar en el que encontraron algunos rifles abandonados, una caja y un saco con cartuchos para máuser.

¡Ah, si los defensores hubieran sabido de esta existencia de pertrechos de guerra, que no se llevaron los federales de Maass!.....

De Arista pasaron los yanquis a las calles de Bravo. cuando era casi de noche, y allí se quedaron guarneciendo algunos puntos y pretendiendo ligarse con los ya tomados en las calles de Hidalgo y Cortés.

IV

—¡Viva el coronel Ramírez!....

—¡Muchachos, aquí está con nosotros el coronel Ramírez!......

—¡Que viva!....

—¡Viva México!.....

—Pase, mi coronel, que aquí tiene usted gente que le quiere.

—Era lo que nos faltaba, muchachos, para matar muchos gringos......

No podríamos indicar quiénes fueron los que así gritaron cuando se presentó don Pascual en ese lugar, pues aquella era una algarabía producida por la fiebre del patriotismo en los que estaban decididos a ofrendar sus vidas; pero este fué el recibimento que hicieron en el café de la Aurora a nuestro ameritado militar, que se sintió sumamente emocionado y abrazaba a los que se le acercaron a saludarlo.

—Muchachos, exclamó cuando se vió rodeado por aquella gente patriota, no hay que perder el tiempo, porque el enemigo se nos viene encima.

—No temáis, mi coronel, que estamos listos, contestó uno.

Don Pascual agregó:

—No podremos resistir su empuje, porque son muchos y están protegidos, además, por los cañones de sus malditos acorazados; pero no importa, vamos a darles duro y a la cabeza, para que sepan que los mexicanos no consentiremos que con impunidad profanen nuestro suelo; que somos dignos; que nuestra sangre es la sangre de nuestros gloriosos antepasados y que en esta patria querida nuestros derechos son sagrados para todos los extranjeros.

Nuestro héroe no quería hacerse ilusiones, ni pretendía que nadie se las hiciera, porque bien sabía a los funestos resultados que conducen los prejuicios de toda vehemencia.

A su peroración respondió uno en estos términos:

—Sí, ya comprendemos que nuestra resistencia aquí será inútil; pero es el prólogo lo de ahora, a la obra defensiva que haremos tierra adentro si estos miserables intentaren poner un pie más allá del alcance de los cañones de sus escuadras.

—¡Bien, muchachos!, dijo don Pascual; veo con gusto que en vuestras conciencias está arraigado el deseo de cumplir con vuestro deber, y me congratulo por ello.

—¡Alerta!, gritó uno; ya se acercan.

El coronel Ramírez dió sus órdenes y desde luego cada uno de los valientes veracruzanos ocupó su sitio.

En estos momentos llegaron Jorge y sus amigos, que reforzaron a los defensores, pues por el rumbo del parque Ciriaco Vázquez no se podía hacer ya ninguna resistencia, porque según recordaremos, desde la noche anterior abandonaron sus posiciones la mayor parte de los defensores en virtud de la inutilidad de sacrificarse.

Principió el combate tan pronto como se presentaron los soldados yanquis sobre la calle de Landero y Cos y entrada a la de Arista, siéndoles imposible avanzar porque casi todos los que daban la descubierta recibían tiros certeros que los ponían fuera de acción.

Pero como toda la noche habían estado guardando ese lugar los denodados defensores, y algunas veces el tiroteo fué vigoroso, llegó cerca de mediodía el momento fatal de siempre, en que se les agotó el parque, y no hubo más remedio que abandonar las posiciones al enemigo, que tanta sangre derramó para obtenerlas, irritándolo esto a tal grado, que pensó volar con dinamita toda esa manzana del café de la Aurora para vengarse del agravio; pero seguramente temió los resultados de su barbarie, puesto que hubiera sido un incentivo poderoso para que la indignación de los defensores no tuviera límite, y se contentó con las bajas que se le hizo y cercar dicha manzana provisto de toda clase de elementos de destrucción, vigilándola muy rigurosamente.

Cuando se disponía a hacer el cerco mencionado, un pelotón se aventuró por el callejón de la Campana, comandado

por uno de a caballo que debió ser oficial, y se trabó un combate terrible, pues estaba un joven oficial también, pero mexicano, con tres federales, que detuvieron al pelotón, matando dicho joven al de a caballo cuando queriendo sorprenderlo entró por Arista viniendo de Landero y Cos.

Luego se dispersaron por distintos rumbos de la ciudad los defensores de los sitios en que acabamos de ocuparnos, y nuestro don Pascual, incansable en la lucha, no obstante que lo molestaba el dolor producido por la herida de la noche anterior, corrió en compañía de su hijo y amigos hacia otro sitio en el que creía necesaria su presencia.

V

Hemos visto que Jorge y sus amigos se presentaron muy oportunamente en el café de la Auròra, porque por el rumbo en que los encontró don Pascual poco antes de amanecer, se hizo imposible ningún dispositivo de defensa.

Efectivamente. Los americanos se aprovecharon de la obscuridad de la noche y tomaron algunas casas de las manzanas inmediatas a su base de operaciones, que estaba en todos los terrenos ferrocarrileros, y en cuanto la luz del día se hizo, recorrían las azoteas, se introducían en las casas tomadas, que una por una escudriñaban por los rincones con el pretexto de buscar armas y parque; pero en realidad lo que buscaban, porque les preocupó sobremanera, era al tirador del dorso desnudo, que les había ocasionado varios muertos, por su resistencia en la lucha y por su excelente puntería y valor. A ése era al que buscaban como perros en toda la manzana del Jardín Astoria, penetrando a éste por la ventana del cuarto número 44 y encontrando sólo muchos huéspedes, casi todos extranjeros: un grupo de artistas, una familia alemana,

otra ibera y en la administración algunas damas y niños que se habían ido a refugiar allí. Y para no dejar nada pendiente, pidieron las llaves de los cuartos, que registraron uno por uno, rompiendo a culatazos de rifles las puertas que no cedían pronto.

Inquirían con sumo interés noticias del hombre del dorso desnudo, que el día anterior había recorrido toda aquella manzana de casas haciendo fuego por espacio de varias horas, y nadie dió razón de él.

Sin embargo de que ya ninguno les oponía resistencia por todo ese rumbo del parque Ciriaco Vázquez, no se atrevieron a acercarse a éste sino después de haber hecho fuego insistente—con una ametralladora que instalaron en la azotea de una casa de Emparan y con otra apostada en el arranque de la calle de Cortés—sobre la escuela Cantonal situada en el centro del parque, y sobre todas las demás casas de los alrededores; pero no les valió su bárbara precaución, porque cuando se decidieron a avanzar, de una de esas casas les hicieron nutrido fuego unos cuantos hombres, cuyo valor llegó hasta la temeridad en sumo grado, pues se prolongó la defensa toda la tarde.

Al fin, después de haber perdido algunos soldados, el parque y la escuela fueron ocupados.

VI

Cuando regresó a la Cruz Blanca el doctor que fué a ver a Luisa, desde luego informó ampliamente a su compañero Cuervo del estado de la distinguida paciente, y no pudo pasar inadvertido para quienes rodeaban a ambos profesionistas la alegría que se retrató en el semblante del mismo señor Cuervo, al considerar que podría dar buenas noticias a doña

Elvira y sus hijas, que ansiosamente esperaban no obstante que, como sabemos, se dedicaron a atender a los heridos.

—Pueden ustedes estar tranquilas, les dijo el doctor Cuervo, porque el compañero que fué a auxiliar a Luisita ya volvió y me informa que efectivamente está herida en la parte superior de la pierna derecha; pero tan levemente, que casi puede considerarse como una rozadura; que su estado es bueno y que en breve plazo estará curada por completo.

—Gracias, doctor, contestó doña Elvira; pero ¿no sabe usted cómo la hirieron?

—No conozco detalles.

—Yo me voy a ver a mi hermana, exclamó Carolina.

—Sería una imprudencia salir a la calle en estos momentos en que parece está peleándose con furor por todas partes, objetó el doctor.

—Pues aunque, contestó Carolina.

—Espérate, niña, le dijo Graziela.

—Bueno, doctor, ¿y tampoco sabe usted quién está con Luisa?

—Voy a decir al compañero que la fué a ver que me haga favor de venir a informar a ustedes.

Y salió Cuervo del departamento donde estaban doña Elvira y sus hijas, y a poco entró el otro doctor diciéndoles:

—No se preocupen que Luisita está bien, su herida no vale nada, y pronto estará absolutamente buena.

—¿Y cómo se halla mi pobrecita hija sola en la casa?

—No, señora, no está sola, porque no está en su casa, sino en la contigua de doña Anita y su hija Rosa que son sus enfermeras.

El alma volvió al cuerpo de las afligidas madre y hermanas, quienes dieron las gracias al doctor y éste se fué adonde su deber impuesto lo llamaba.

—¿Qué hacemos? preguntó Carolina.

—¿Qué hemos de hacer? le contestó Graziela, ¿nos vamos a exponer a que nos maten en la calle si salimos para nuestra casa?

—Esperemos, esperemos un rato, dijo doña Elvira, a ver si mientras tanto cesa un poco el fuego de por estos rumbos.

Entonces voy al teléfono a preguntar a Rosita cómo sigue Luisa.

—Vamos, le dijo Graziela.

Y cuando se dirigían al aparato, llegaron a su encuentro las hijas de Merceditas para inquirir noticias de la herida, y sin detenerse les contaron Carolina y Graziela lo que supieron.

Rosita informó a Carolina, que Luisa estaba durmiendo y que no tuvieran cuidado, pues no había motivo para alarmarse; que ella y su mamá estaban a su cabecera y no la descuidarían ni un minuto.

Más conformes con estas noticias, regresaron todas a darlas a doña Elvira quien se tranquilizó, puesto que tenía confianza absoluta en el cariño de doña Anita e hija de ésta, y en tal virtud, dijo:

—Sigamos entonces nosotras en nuestro deber de curar a los heridos, ya que podemos estar tranquilas por lo que a Luisa respecta.

—¿Y cómo fué que la hirieron y pudo regresar a su casa? preguntó Charito a Graziela.

—No sabemos nada más que tú y lo ignoraremos todo hasta que ella nos refiera lo que le ocurrió.

Cada una se fué a reanudar su humanitaria tarea, tocando a Graziela y a Carolina la atención a un hombre que en esos momentos fué llevado al hospital.

VII.

Al entrar la ambulancia con la camilla en que condujo a un moribundo con la cara despedazada, acudieron las hijas de doña Elvira a atenderlo, en compañía de un médico.

Una exclamación de horror salió de los labios de Carolina y Graziela cuando vieron a aquel desgraciado que sería imposible identificar, porque quedó desfigurado y además estaba agonizante.

El médico hizo todo lo humanamente posible por darle vida; pero inútilmente, y así que se convenció de ésto, abandonó el casi cadáver a las enfermeras y se retiró para atender a otro.

Nuestras enfermeras recogieron el último suspiro del que pasó a la eternidad gloriosamente, y al colocarle Carolina las manos sobre el pecho, notó una sortija que le llamó la atención y al examinarla y reconocerla, dijo a su hermana Graziela con voz ahogada por la angustia:

—¡Han matado a Pepe!

—¡Cómo a Pepe!

—Sí, pobrecito; éste es Pepe.

—¿Pepe?

—Mira la sortija que trae, dijo sacándola del dedo del muerto y mostrándosela a su hermana.

Al reconocer a su vez Graziela la sortija, que no podía confundirse con otra porque tenía grabado el nombre de su hermana, las lágrimas le arrasaron los ojos y exclamó:

—¡Pepe, Pepe, pobre Luisa!....

Y fué a buscar a doña Elvira para contarle lo sucedido.

Carolina se arrodilló junto al cadáver y se echó a llorar.

Volvió Graziela con su madre e imitando a Carolina las tres estaban inconsolables por la muerte de Pepe.

Acudieron otras enfermeras y levantando a la angustiada familia diciéndole frases de consuelo, la separaron del cadáver.

Así que se repusieron un poco las afligidas mujeres de la impresión dolorosa que les causó la muerte del novio de Luisa, a quien tanto querían como es de suponer por la escena acabada de pasar, volviendo a reanudar su llanto decía Carolina:

—¡Pobre de mi hermanita cuando sepa su infortunio!

Doña Elvira imponiéndose a su angustia, exclamó:

—Ya la consolaremos como es nuestro deber, y se resignará con la satisfacción de que murió en defensa de su patria.

—¿Pero cómo sería ésto si anoche ella y yo vimos que junto con sus compañeros abandonaron la ciudad yéndose por el rumbo de la laguna?

—Probablemente volvieron, expuso doña Elvira.

Este funesto incidente provocó en Carolina más grandes deseos de irse a reunir con su hermana Luisa, y un temor indecible por la suerte que hubiese corrido su prometido Enrique.

VIII

Dijimos al tratar de la toma del parque Ciriaco Vázquez y escuela Cantonal por los americanos, que éstos encontraron formidable resistencia hecha por unos cuantos hombres que se posesionaron de una casa. Pues bien; por el color con que estaba pintada dieron en llamarla por el barrio "la casa amarilla", y don Pascual, Jorge y sus amigos, para allá se fueron cuando abandonaron el sitio del café de la Aurora.

Por más esfuerzos que hacían los invasores por acercarse

a dicha casa, era imposible que lo lograran, pues era un diluvio de balas el que salía del punto, sin que pudieran evitarlo.

Al cabo de varias horas, ya se habían congregado miles de soldados yanquis en los alrededores de "la casa amarilla", y la tenían sitiada habiendo emplazado algunas ametralladoras; pero sin atreverse a asaltarla.

Para los invasores era terrible no ver a los que los mataban y los ojos querían saltarles de sus órbitas por tanto como los abrían.

Mas como siempre, por desgracia, el fuego de la "casa amarilla" se debilitó y tan pronto como los enemigos se dieron cuenta de este momento que esperaban, como bestias se lanzaron sobre la casa, penetrando a ella como podían y se echaron a buscar por todos los rincones a los defensores sin que encontraran a nadie absolutamente, pues habían desaparecido.

¿Qué fué de ellos? Que cuando vieron que les faltó el parque y que eran muchos los invasores, al resolverse éstos a asaltar la casa, se escaparon por las que estaban contiguas alejándose cuanto les fué posible.

En realidad y para desgracia del pueblo veracruzano, que hizo todos los sacrificios posibles por evitarlo, con la toma de este último reducto de los defensores, quedó dominada la plaza por los americanos, pues ya sin dificultad se posesionaron de la comandancia militar, cuarteles, fuertes, palacio Municipal, y, en fin, de todas las oficinas públicas.

IX

Doña Elvira, Merceditas e hijas de ambas, no se daban momento de reposo en unión de médicos, practicantes y demás enfermeras, para atender a las numerosas víctimas de

los invasores, de algunas de las cuales podemos dar informes, para conocimiento de nuestros lectores.

A la hora que se rompió el fuego, el administrador de correos don Juan Antonio Muñoz, coronel de caballería, al atravesar la bocacalle de Independencia y Juárez para ir a presentarse a la comandancia Militar, pues no supo la traición del general Maass a los habitantes de la ciudad, fué herido en una pierna, cayendo al suelo inmediatamente. Con toda oportunidad lo recogió un vecino que lo ocultó en su casa donde se le atendió y más tarde fué transladado a un establecimiento de beneficencia donde se le curó. La herida, aunque atravesó la bala la parte posterior del fémur, no es de gravedad, pues no tocó el hueso.

Un señor a quién se le llamaba don Pancho, dueño de una armería ubicada en la calle de Cortés, a pocos metros del parque Ciriaco Vázquez, por salir a curiosear le pegó una bala en la barriga y dejó de existir cuando lo llevaron para el hospital.

En el crucero de Independencia y Miguel Lerdo, frente al zócalo, permaneció tirado el cadáver de un soldado como veinte horas, siendo recogido después de que terminó el fuego.

En el portal nuevo de la calle de Cortés, en la esquina de la cantina San Javier, hirieron a un oficial del 19 batallón, recibiendo un tiro en el pulmón izquierdo.

El teniente de artillería José Azueta, después de permanecer casi toda la noche tirado en el punto que según sabemos estuvo con valor espartano haciendo bajas considerables con una ametralladora a los invasores, fué recogido por la ambulancia de la Cruz Blanca, y de allí conducido al sanatorio del doctor Cuervo, donde este facultativo y Rojas, le practicaron delicada operación

El joven Enrique Jiménez, que también se batió con de-

nuedo, recibió una descarga de metralla en un pie que le quedó horriblemente destrozado.

Además de cerca de cuarenta cadáveres sin identificar fueron muertos: Tereso Avendaño, gendarme número 192, y una mujer que se llamó Nazaria Huerta.

Al número de heridos hay que agregar los siguientes: Santiago Santamaría, oficial de marina; Jorge Alesio Pérez, cadete de la escuela Naval; Benito Briseño, sargento del 19 batallón; Julián López, Baltasar Aguilar, Isidro Maya, Wenceslao Pérez, Alberto López, Lauro Martínez, Francisco Hernández, Juan Sabino, Constancio Melchor, Ramón Bernal, soldados; Juan Morales, soldado también del 15 batallón; Carlos Cruz, soldado igualmente de 18 batallón; Jesús Medina, gendarme número 16; Vicente Villegas, Gabino Morales y Regino Ojeda, de la prisión militar; Manuel Salazar, Juan Lara, Manuel Muñoz, Juan Núñez, Carlos Fernández y Ángel Cortés, presos de Ulúa.

Los particulares heridos entre quienes se cuentan algunos miembros del cuerpo de voluntarios de Veracruz, fueron: Enrique Jiménez, Federico Morales, Francisco Flores, Alberto García, Melesio Espinosa, Antonio Terrés, Juan Palacios, José Ferrer, Antonio Alarcón, David Neri, Petronilo Bazán, Alejo Ruiz, Luis Martínez 2o., Ernesto Alfonso, Félix Bautista, Juan Enríquez Lara, Francisco Romero, Julio Montalvo (alcaide del cobertizo número 3 de la aduana), Eleuterio Riagos, Pedro Rodríguez, Vicente Terán, Mario Pérez (español), J. González, Arcadio Rodríguez, Conrado Rodríguez, Antonio Gutiérrez, Inocencio Rivera, Juan Navarro, Eustadio Pidarre, Emilio Bando, Emilio Cortés, Asunción Rivera, José María Echevarría, Charles Jones, Valentín López, Eduardo Apolinar, Lorenzo Barrera y José Sierra (españoles), Juan Neri, Apoli-

nar Mata, Emilio Metele (italiano), Gilberto Galán, Luisa Carrera, Marcelo Colón y Félix Bautista.

Dijimos en página anterior, que la mayor parte de las víctimas hechas por los invasores, fueron personas pacíficas que no tomaron parte en la defensa contra ellos, y he aquí una de tantas pruebas:

El inglés Charles Jones acababa de llegar a Veracruz. Le ocurrió el percance de la playa, dejando refugiada en el portal a su esposa, quien parecía morir de angustia al ver conducir al compañero de su vida.

X

Cuando despertó Luisa, eran más de las diez de la mañana e inmediatamente se le acercó Rosita preguntándole cómo se sentía.

—Muy bien, contestó inconsciente, porque de momento no supo ni adonde estaba.

—Te voy a traer el desayuno, le dijo Rosita saliendo de la habitación.

Pasándose Luisa repetidas veces las manos por los ojos y la cara, fué ordenando sus ideas, y un dolorcito muy lento que sintió en una pierna, le devolvió toda la conciencia de su estado.

De un carácter como el de su padre, pensó que era necesario despreciar esa herida de tan poca significación, para hacer algo que mereciera la pena, y con esta idea tomó sus vestidos y se los puso, abandonando después la cama para hacerse su tocado de costumbre.

¡Qué verguenza, pensaba, que todo el mundo esté prestando sus servicios en la defensa contra esos condenados in-

vasores, y yo encamada por un rasguño! No faltaba más que ahora que es necesario que dé muestras de que sirvo para algo....

¡Caramba, pero qué pálida estoy! pensó al contemplarse en el espejo para peinarse. Si me viera ahora Pepe, seguramente que se decepcionaba. Pero no, qué me ha de ver, pobrecito; quién sabe a esta hora dónde estará.... ¡Condenados gringos.... si no nos hubieran traicionado para sorprendernos a tiros.... es seguro que.... otro gallo nos cantara..... Pero ahora.... ¡Qué vamos a hacer!

Volvió Rosita con el desayuno y no fué poca su sorpresa al hallar a Luisa levantada.

—¿Qué sucede, mi vida, por qué te levantaste?

—Ay, Rosita, ¿cómo quieres que siga guardando cama por un rasguño insignificante?

—¿Y no consideras que lo que no vale nada se puede volver mucho?

—No, hija, no me duele gran cosa, y no me resuelvo a permanecer en la inacción ahora que es preciso prestar mis energías como lo están haciendo todos. Después que me desayune me voy a buscar a mi familia.

—¿Qué cosa es eso, niña, dijo entrando doña Anita, por qué te has levantado?

—Imagínate, mamá, que dice que después que se desayune se va a buscar a su familia.

—¿Pero qué estás loca, mi vida?

—Si ya estoy buena, le contestó Luisa abrazándola y besándola.

—Oh, no, mi hijita, si nos quieres no te irás.

—Sí las quiero mucho; pero más quiero a mi patria y no es justo que le niegue mis servicios ahora que son necesarios.

—Ya cumpliste con tu deber; ya derramaste por ella tu sangre, ya expusiste tu honor y tu vida, ¿qué más vas a hacer?

—Todo eso es verdad; pero también lo es que todo ha sido completamente inútil.

—A todo esto, ven a tomar tu desayuno, le dijo Rosita, y después arreglaremos si te vas o no a la calle a desafiar nuevamente las balas.

Sonriendo Luisa se dejó conducir por su amiguita para desayunarse.

Pensaba que no iba a haber más remedio que aprovechar un momento en que no la vieran, para irse a reunir con su familia.

—Mira cómo estás de sucia para salir a la calle, la objetó doña Anita en su afán de disuadirla de la idea de irse.

—Ay, hija, de veras, agregó Rosita; mírate cómo estás.

Realmente Luisa no había reparado en que estaba sucia tanto de tierra como de manchitas de sangre, y se apenó mucho; pero luego encontró solución al conflicto, puesto que su casa estaba tan cerca como sabemos.

—No había reparado en ésto, les contestó.

Y contenta, porque la ocasión para irse se le presentaba que ni de molde, agregó:

—Pero ahora me voy a mi casa a mudar de ropa.

—Sí, hija, expuso doña Anita; que te acompañe Rosa.

—¿Para qué se va a molestar si estoy tan cerca y puedo ir sola? No, que no vaya.

—No será molestia, sino que con mucho gusto te acompañaré.

Ya no replicó Luisa nada, sin embargo de que se le descomponía su plan.

Bueno, pues, vamos desde luego.

Tomó Rosita la llave de la casa de don Pascual y se fué con Luisa para allá.

XI.

Se entretuvieron mucho, porque en vez de proceder Luisa a abrir su ropero para sacar lo que necesitaba, se sentaron a conversar a instancias de Rosita, que deseaba conocer todos los detalles de la aventura de su amiga.

Poco más de una hora duró la conversación, pues hablaron también de Pepe, cuyo retrato tomó Luisa de la mesita de estorbo donde estaba, y lo besaba y estrechaba contra su corazón a impulsos de la vehemencia con que lo amaba, y con la impunidad de la confianza que con Rosita, la testigo, tenía.

Todavía antes de proceder a mudarse la ropa, fué al teléfono y pidió comunicación con el cuartel de los bomberos, adonde estaba su familia, y así que la comunicaron, dijo que deseaba hablar con su hermana Carolina.

—¿Qué eres tú, Luisa?, le preguntó aquélla.

—Sí, yo soy ¿qué estás haciendo?

Pero dime, hermanita, ¿no estás enferma?

No fué nada, sólo un rasguño.

—¿Y estás contenta?, le preguntó Carolina a ver si presentía la muerte de Pepe.

—Sí, Carola, porque me salvé milagrosamente.

La pobre no presiente nada, pensó su hermana.

—Tengo muchas cosas que decirte.

—¿Bonitas?

—Habrá de todo, le contestó su hermana con la intención de irla preparando para que recibiera la noticia de la muerte de Pepe.

Bueno. Díme cómo está papá y a qué horas se vienen.

—Papá está herido, pero no de cuidado y anda en la ca-

lle; nosotras no lo vimos, porque cuando llegamos ya se había ido.

—¿A qué hora se vienen ustedes?

—No puedo decirte, porque los tiros son nutridos por este rumbo, creo que en esta misma calle.

—Pues si no vienen pronto, me voy yo para allá.

—No, hermanita; ya que te salvaste milagrosamente no te vuelvas a exponer. Díme ¿no has tenido razón de Pepe y de Enrique?

—No, ni una palabra, ¿tú has sabido de ellos?

—Creo que se devolvieron anoche de la Laguna, según me dijo una amiguita, y probablemente están aquí.

Carolina dijo ésto para salir del apuro en que la puso su hermana.

—Bueno, pues vénganse pronto para platicar mucho; pero eso sí, tampoco ustedes se expongan a recibir las caricias de las balas, que por experiencia sé que no son nada agradables.

—Allá iremos, espéranos.

Colgó la bocina Luisa y fué a sentarse nuevamente junto a Rosita.

—Me dijo Carola que le contó una amiguita que Pepe y Enrique se habían devuelto anoche, y que probablemente están aquí.

—Pues anda vístete, mi vida, no sea que vengan a verlas y te encuentren como estás.

Ya eran como las cinco de la tarde.

Los americanos se habían posesionado de la ciudad, y como solamente uno que otro tiro se oía, la gente empezó a salir a la calle.

Animadas Luisa y Rosita por la confianza, decidió la primera, que ya se había cambiado de ropa, abrir un balcón para disfrutar de un poco de fresco, y curiosear lo que pasaba.

XII

A poco de estar ambas jóvenes en el balcón apoyadas sobre el barandal, acertó a pasar frente a ellas una india que se las quedó mirando con insistencia sin detenerse.

Luisa y Rosita no le dieron importancia al incidente; pero cuando la india se regresó y se detuvo como reconociendo por todas parte el lugar, sospecharon que la pobrecita deseaba algo de ellas y le fijaron su atención como animándola para que hablara.

La india les sonrió y acercándose recelosa.

—Niña, ¿cómo te va osté?, dijo dirigiéndose a Luisa.

Bien, ¿y a ti, María?

—Dispénsame, niña, ¿no conoce osté a mí?

—No, María, no te conozco, ¿qué quieres?

—Y tu papacito y tu mamacita de osté ¿están buenos?

Sí, están buenos, gracias.

—Yo no quiero que mi vean que hablo a osté, niña.

—¿Por qué, María?

—Porque yo ti traigo una cosita para osté.

—¿Qué es?

—Pos osté verá. Yo la truje de Soledá, que mi la dió un siñor, y mi dijo que yo te trajiera a oste.

No, María, si nadie tiene que mandarme nada de allá, te habrás equivocado.

—No, niña, el siñor mi dijo cómo eras osté: mu bonita, de ojos mu negros, blanca, mu rebonita y linda como una virgen, y osté es, niña; dende que te vide dije: ella es.

Luisa y Rosita se sonrieron de la gracia con que hablaba María, y le preguntó la primera:

—Bueno, y cómo te dijeron que me llamo?

—El siñor mi dijo Luisa o Carolina, no mi acuerdo; pero osté es, niña, sí, siñora.

—¿Y cómo se llama el señor?

No mi acuerdo, ¿para qué ti voa engañar a osté?; pero es uno melitar marino de la Naval; sí, niña.

Cambiaron una mirada de inteligencia las dos amigas; notando Rosita que a Luisa se le retrató el gusto en el semblante.

A ver, ¿qué te dió?

—Pos mí-osté, contestó María, sacándose del seno un pañuelo el cual servía de envoltura a un paquetito de papel de estraza cuidadosamente hecho.

—¿Y cuándo llegaste?

—Agorita, niña, le contestó entregándole el paquetito.

Luisa lo desenvolvió nerviosamente y pronto pudo ver que había dos cartas: una para ella y otra para Carolina reconociendo desde luego la letra de los sobres.

Loca de alegría, se las mostró a Rosita diciéndole:

—¡Mira, querida, este es amor!

Rosita también se puso muy contenta y contestó a Luisa felicitándola con un beso.

Volvióse la hija de don Pascual a la mensajera preguntándole:

—¿Cuándo te vas?

Pos agorita, na más que mi des uno papelito p'al siñor pa que sepa que ti truje la carta.

—¿Por qué no te vas mañana?

—No, niña los melitares marinos cró que se van pa México, y mi dijeron que los alcanzara en Soledá pa dirse contentos de què osté recibistes la carta.

—¿No quieres comer algo? Entra.

No se hizo repetir la india la invitación y entró a la casa de Luisa. Esta suplicó a Rosita que la llevara a la cocina y

le diera tortillas, frijoles, café y lo que quisiera, mientras le escribía dos palabras a Pepe.

Se fué Rosita con la india, y Luisa tomó un lápiz-tinta del escritorio de su papá y en un plieguito de papel escribió:

"Querido Pepe:

"Recibí tu cartita juntamente con otra de Enrique para Carola. Aún no nos hemos impuesto de ellas; pero como la portadora se regresa en seguida obedeciendo tus órdenes, me reservo para contestarla muy pronto, como también lo hará mi hermana a Enrique. Si se van para México, no me olvides como no te olvidará nunca tu

LUISA".

Metió el papel en un sobrecito que rotuló: "Para Pepe", y lo entregó a María preguntándole:

—¿Qué no le tienes miedo a los americanos?

—No, niña. Agora que venía m'iban a fusilar; pero mi registraron por toitito y me soltaron.

—Pobrecita de ti, exclamó Luisa. Toma ésto.

Y le dió una moneda.

—Gracias, niña. Ya mi voy. Que la virgen de Guadalupe te conserve buena y a su familia y a oesté tan bonita, tan linda.

Y le cogió una mano que le besó, haciendo lo mismo a Rosita.

—Que te vaya bien, María, le dijeron ambas jóvenes.

—Sí, niña, adiós.

Y con apresurados pasos cortos se alejó.

XIII

Cerraron Luisa y Rosita las persianas del balcón y la primera se echó en brazos de la segunda, casi llorando de alegría.

No podían hablar por la emoción que las embargaba.

Se acercaron a un mecedor en el cual se sentó Rosita, y Luisa en las piernas de su amiga, continuando abrazadas y prodigándose mutuas caricias.

Al fin sacó Luisa su carta de la pretina de las enaguas, donde la tenía guardada, y dijo:

—Vamos a leer la carta.

La extrajo del sobre que despegó y principió a leerla.

Decía así:

"Soledad, abril 22 de 1914.

"Luisa mía:

"Al amanecer de hoy llegamos a esta población y lo primero que hago es dedicarme a escribirte la presente, que aún no sé cómo llegará a tus manos; pero hondas impresiones llenan mi corazón, y quiero contártelas todas, para poder descansar de cuerpo y alma.

"¡Quién nos hubiera dicho la noche del último domingo que no nos volveríamos a ver pronto!"

"El inexorable destino en sus determinaciones marcó el "hasta aquí" a tanta felicidad como llenaba a nuestros corazones, cuando cerca el uno del otro unísonos latían confundiéndose nuestras almas en un solo suspiro de amor.

"¡Qué vamos a hacer! Luchar es vivir.

"Recuerda que me he dedicado a la carrera de marino, y

que si hoy no te he abandonado para irme sobre las olas, sí ha sido por cumplir con el deber que, con mi nacimiento en esta patria tan querida que se llama México, contraje de aprestarme a su defensa en todas las ocasiones necesarias.

"¿Qué valdría para ti sin honor, sin principios, sin moral, sin disciplina de carácter? Bien sé que harías hasta el sacrificio de arrancarte el corazón, si sólo así pudieras acabar con el amor a un hombre indigno; pero es más fácil alcanzar la luna con las manos, que deje menoscabar la honra de patriota que heredé de mis gloriosos antepasados.

"Y si supieras, Luisa mía, de todo lo que es capaz un hombre que ama... Teniendo la conciencia puesta en el cumplimiento del deber y el corazón en el objeto amado, se siente uno invencible aun delante de la boca de los cañones más potentes. Por eso, para lo sucesivo, te consideraré algo así como una divinidad que me anima en los momentos más peligrosos y delicados de la vida.

"Me explicaré:

"Nada sabíamos el martes en la mañana del terrible combate que pocas horas más tarde tendríamos que sostener, y cuando cerca de las doce vimos desde nuestra escuela que estaban desembarcando los americanos para agredir a la ciudad, nos apresuramos a la defensa, no obstante que lo supusimos temerario por el número abrumador de ellos y sus elementos para combatir.

"Como primera providencia, corrí a mi pupitre donde guardaba tu retrato, y después de besarlo repetidas veces, lo puse en la bolsa de mi chaqueta para darle el postrer beso, antes de expirar, si acaso una bala me hería de muerte, y fué tanto lo que fortaleció mi espíritu tu recuerdo, que cuando ocupé mi puesto entre mis compañeros, ningún temor experimentaba.

"Principiamos por cubrir todas las ventanas y balcones

que dan su frente a la bahía, con nuestros colchones y demás muebles, bien provistos de parque, nos pusimos detrás de las improvisadas trincheras con nuestras armas a esperar al enemigo, que desde allende el Bravo vino a atacarnos a nuestras casas, solamente por el gusto de hacer gala del derecho del más fuerte.

"No se presentó sino hasta en la tarde.

"Cuando los vimos descender de sus barcos Florida y Utah a las lanchas y que se dirigían de frente a nuestra escuela, estábamos anhelando, cada uno de nosotros, el momento de que se nos ordenara hacer funcionar nuestras armas, sin embargo de que eran como unos mil quinientos hombres del batallón de Panamá con los que habíamos de batirnos.

"Iniciaron el avance sobre nosotros con paso tardío y cuando los tuvimos a todos en descubierta, recibimos orden de ¡fuego! y se trabó el combate.

"Nuestra primera descarga fué contestada por ellos; pero impotentes para resistirnos, tuvimos el gusto de verles las espaldas, pues a toda prisa retrocedieron dejando en el campo algunos muertos.

"Los gritos de ¡VIVA MÉXICO! repercutieron por todos los ámbitos de nuestra ya gloriosa escuela.

"Parapetándose con el edificio de faros y las bodegas del muelle de sanidad, se reorganizó el enemigo y volvió sobre la escuela; pero otra vez lo hicimos retroceder, dejando mayor número de muertos que antes. No le valía avanzar casi arrastrándose, pues nuestros tiros eran soberbios... como que los lanzábamos con todo el anhelo de salvar a la madre querida, que clamaba ayes de dolor por los ultrajes de que estaba siendo víctima.

"Los vivas a México siguieron más enérgicos, entusiasmados nosotros por la eficacia de nuestra defensa, y sentíamos que nuestros corazones se hinchaban cada vez más porque no

cabía en ellos la satisfacción que nos había elevado ya hasta fuera de este mundo de miserias humanas, adonde se siente el contacto con la gloria que hace despreciar intensamente la vida.

"Por tercera vez se dirigieron sobre nosotros los invasores, y por tercera vez los hicimos huir, resolviendo no intentar otro ataque, pues los vimos echarse pecho a tierra, donde no los podíamos alcanzar con nuestros rifles, y quedar expectantes sin atreverse a recoger a sus muertos.

"Pero hé allí que nuestras victorias determinaron que los acorazados fondeados frente a nuestra escuela, el Florida y el Minessota, nos dirigieran una lluvia de granadas explosivas, que demolían con prontitud el edificio.

"Con toda oportunidad nos refugiamos en la planta baja, por el fondo que da al parque Hernández y Hernández, sin embargo de que deseábamos que nuestros pechos sirvieran de valla a los cañones de los barcos poderosos, y ser despedazados por ellos, ya que no nos era posible la defénsa de nuestra querida patria.

"De unos cien que éramos los defensores de nuestra escuela, sólo tuvimos que lamentar la muerte de nuestro heroîco compañero Uribe y la herida de otro.

"Y tuvimos que conformarnos con haber alcanzado la gloria de rechazar tres ocasiones a un enemigo cerca de veinte veces más grande en número.

"Al cabo de un rato, cesó el fuego de los cañones de los acorazados, porque vieron sus tripulantes que no se daban señales de vida, y han de haber supuesto que nos habían destrozado a todos; pero ni así se atrevió la fuerza desembarcada a acercarse a nuestra gloriosa escuela, y nos cabe la satisfacción de no haber presenciado que la tomaran durante nuestra permanencia allí.

"Ya verás, Luisa mía, que así como la razón y la justicia hacen de cada hombre un baluarte para defender su derecho, la sinrazón e injusticia debilita y acobarda a todo un ejército, formidable por sus elementos de guerra. Te garantizo que sin esos acorazados, un millón de yanquis no habrían tomado a Veracruz sin más defensores de la ciudad que los que fuimos.

"Pues bien; como te decía antes, nos refugiamos en la planta baja de nuestra escuela, y cerca de las siete de la noche recibimos orden de marcha, que efectuamos incontinenti hasta esta población.

"Empero todavía antes que saliéramos de aquella ciudad fuí sometido a otra prueba más: un incidente nos obligó a hacer alto casualmente frente a tu casa, y ya podrás imaginarte cuánto fué mi pesar al no poder decirte: "hasta luego".

"Y hubiera jurado que tú en esos momentos pensabas en mí.....

"Te busqué en tu ventana, que como estaba cerrada violé con los ojos del alma para verte a través de ella, y hasta me pareció oír un gemido que me hizo estremecer como si hubiese sentido un flúido eléctrico. Saqué entonces tu retrato y disimulando con mi pañuelo, lo acerqué a mis labios repetidas veces guardándolo nuevamente.

"Y nos alejamos....

"¿Verdad, encanto mío, que tu amor multiplicó mis energías en el campo del honor? ¡Bendita seas, Luisa adorada; a ti debo la intensísima satisfacción que hoy es mi dicha; y no dudes, alma mía, que la ausencia será otro incentivo para amarte más, porque la esperanza de que vuelva nuestra anterior felicidad mantendrá en mi corazón las ilusiones que como flores del edén de una diosa serán siempre fragantes y bellas.

"¡Valor, no desmayes! Tú me enseñaste a amar; animado

por tu amor desafié a la muerte en medio del fragor de las balas, y mil veces volvería a combatir para conservar incólume mi honor de mexicano para poder presentarme a tus hermosos ojos digno de tu corazón.

"No sé aún qué órdenes tengamos que acatar aquí; lo más probable es que sigamos rumbo a México; pero dondequiera que esté, allí me acompañará siempre tu recuerdo que será el bálsamo consolador de tu

PEPE".

Omitimos, por parecernos innecesario, detenernos en cada una de las interrupciones que para enjugar sus lágrimas tuvo Luisa leyendo la carta, y que le brotaban ya por algún recuerdo venturoso, ya considerando los sufrimientos que habían principiado para su corazón apasionado, ora por los peligros a que estuvo expuesto su novio en la defensa contra los americanos invasores, ora por esa multitud de sensaciones que se suceden por cada pensamiento, por cada palabra del sér a quien se ama.

Y sucedió que Rosita se posesionó tanto del estado de ánimo de Luisa, que también secaba sus ojos y suspiraba como si igualmente fuera novia de Pepe.

Acabada la lectura, volvieron a abrazarse y dijo Rosa:

—Aquí tienes una amiga, que su mayor gusto consistirá en proporcionarte todo el consuelo que pueda en tus aflicciones.

—Gracias, querida, le contestó Luisa besándola.

Y pareciendo reflexionar se quedó por un momento muy quieta.

—¿Qué piensas?

—Que me dijo Carolina por el teléfono que una amiguita

le contó que Pepe y Enrique están aquí, que no se fueron a ninguna parte.

—Pero eso está desmentido con la carta. Probablemente esa amiguita confundió a Pepe con alguno que se le parece.

—Es posible. Ya tengo deseos de que venga Carola para que me cuente esas muchas cosas que me ofreció contarme, y no le anuncio por teléfono la carta de Enrique para no violentarla más de lo que parece que está, por no poderse venir.

—Es mejor esperarla.

XIV

La fuerza americana hizo su entrada al corazón de la ciudad, fragmentándose y por las calles de Lerdo, Zamora, Betancourt y Arista.

Salvo unos cuantos tiros disparados sobre las azoteas del café Diligencias, torre de la parroquia y costado derecho de la cárcel correccional—desde donde creían se les hacía fuego sin que realmente fuera así—la fuerza asaltante tomó posesión de la casa municipal y de todos los portales que circundan la plaza de armas.

El ataque formal que se había iniciado a las siete y cincuenta y cinco minutos de la mañana, quedó de hecho terminado a las nueve y cincuenta y cinco minutos, también de la mañana, con la toma de la casa de gobierno y principales edificios del centro de la ciudad.

Un pelotón de marinos del Utah, que atropelladamente penetró acto continuo, a la alcaidía de la cárcel correccional, exigió las llaves de dicha prisión y abriéndola de par en par dieron libertad a los presos previo el formal compromiso de hacer la limpieza de las calles, levantar los cadáveres y ayudar a determinado acarreo de mercancías.

El alcaide señor Juan Morales Cevallos, como también su segundo, quedaron provisionalmente reducidos a prisión, habiéndoseles puesto en libertad una hora después, ya que hubieron obtenido de ellos los invasores, cierto género de informaciones relacionadas con las autoridades locales, etc.

Otro numeroso grupo de soldados, integrado por marinos sin denominación en las boinas, y de soldados de infantería del batallón Panamá, se precipitaron sobre las puerta-vidrieras del café Diligencias, rompiéndolas a culatazos y penetrando al edificio por los grandes forámenes que dejaban los vidrios hechos añicos. Atropelladamente y tirándolo todo, efectuó un minucioso registro que se extendió hasta las azoteas, abandonando el sitio que nos ocupa, para internarse en el hotel Universal, cuya puerta iba a ser derribada a hachazos por la dilación que emplearon sus dueños en abrirla.

En el departamento de trabajo de ese hotel dieron los americanos con uno de los federales del 19 batallón, y el cual tenía las cartucheras vacías y el semblante lívido y enconado, pues la noche anterior había disparado con gran decisión sobre ellos.

El grupo que halló a este hombre inerme, lo maniató y con rudeza lo hizo marchar hacia la cárcel municipal, donde fué encerrado en el departamento de mayor seguridad.

Mientras, otra parte de la fuerza invasora se posesionaba del hotel Diligencias nuevo, e intimaba a todos y cada uno de los pasajeros allí encontrados, a que permanecieran pasivos en la planta baja del edificio, para efectuar primero un registro en las habitaciones que ocupaban y después sobre sus mismas personas.

Esta operación duró cerca de hora y media, al cabo de la cual determinaron los oficiales que comandaban esta fuerza, que un herido de bala que se hallaba en el hotel, fuese trasla-

dado a la aduana marítima para que se le interrogase y que la brigada de sanidad americana se encargara de su curación.

Una hora después de posesionarse las tropas americanas de todo el centro de la población, avanzaron en pequeños grupos provistos de ametralladoras y cañones de montaña, hacia el cuartel de los federales y comandancia militar, los que tomaron sin resistencia alguna, haciendo prisioneros a unos cuantos federales que allí encontraron.

Con esta captura, sólo el baluarte de Santiago y el hospital militar eran los únicos lugares sospechosos—respecto a concentración de defensores de la plaza—que preocupaban a las fuerzas americanas.

Dos disparos de este baluarte, cuya trayectoria no se ha podido aún precisar, hizo que el crucero Montana le incrustara en mitad de su vetusta construcción dos bombas explosivas, que al deteriorarlo, dió la seguridad a los asaltantes de que allí no contarían con enemigos posibles.

Patrullando todas las calles, los americanos registraron todas las casas de empeño de Muslera y Compañía, Viuda de Terán e hijos, así como la de diversos comerciantes y particulares, recogiendo cantidades de armas que acarrearon en pequeños carros, de los cuales hicieron tirar a los mismos poseedores de ellas, que fueron detenidos y llevados a presencia de los jefes superiores instalados en la casa municipal.

Cuando una de dichas patrullas inspeccionadoras hacía su recorrido por la calle Juan Manuel Betancourt, y en los momentos de hallarse a la altura del hospital militar—por su parte del fondo—recibió una nutrida descarga de fusilería, la cual contestaron, replegándose en tiro hasta la calle de Hidalgo, sonando el silbato de auxilio de que se hallaban provistos los oficiales.

Creía el vecindario en la pronta aparición de un grueso

contingente de tropas americanas que atacara al hospital hasta capturarlo, como así sucedió en efecto.

A eso de las cuatro de la tarde, intrigados probablemente por la idea de que en algunas casas se ocultasen jefes militares o algún rezagado contrincante del día anterior y mañana siguiente, las fuerzas americanas se dispusieron a abrir todas las casas de comercio que permanecían cerradas—sobre todo las situadas en la calle Independencia—a fin de cerciorarse de la inexistencia absoluta de armas y enemigos en ellas.

Como al llamar en algunas de dichas casas con el fin indicado, no se les franqueara la entrada inmediatamente, procedían a derribar a hachazos las puertas, como aconteció en la sucursal de la sombrerería de la casa de Valdés, situada en Lerdo e Independencia, la locería de Palomo, sita en la calle principal, y la peluquería La Moda, también ubicada en la calle Independencia.

Las precauciones observadas por las fuerzas americanas, para evadir posibles agresiones, salvaron en algunos casos los límites de lo legalmente permitido entre los ejércitos de ocupación pertenecientes a naciones enroladas—como se llama la americana— en el más grande espíritu de la civilización.

Hubo patrullas que ejercían su vigilancia en la ciudad, extremando atentatoriamente su misión, pues apuntaban sus armas a los transeuntes que se les antojaba mediante un "hand up" (levanten las manos) que infinidad de habitantes no entendían dejándolos de la manera más miserable expuestos a la muerte por el injustificado delito de desconocer un idioma extranjero.

Los conductores de los diversos carros que utilizaban las fuerzas americanas para verificar el acarreo de mercancías y municiones, iban pistola en mano, con el arma preparada—como si expedicionaran a través del África tenebrosa— todo

ésto después de un formidable dominio militar sobre el pueblo —que a base de sensatez—no podrá en manera alguna prestarse a las agresiones que en su fantasía de timoratos, más que de precavidos, creían ver los soldados americanos (1).

XV

Doña Elvira y sus hijas determinaron, ya anocheciendo, irse a su casa a descansar un poco de tanta fatiga, que por espacio de cerca de cuarenta horas habían soportado sin tregua.

Carolina influyó mucho para esa determinación, más que por descansar, para satisfacer su curiosidad de oír de Luisa el relato de su aventura, y darle la noticia de la muerte del pobre de Pepe, para lo cual tenía ya sus proyectos a fin de hacerlo de manera gradual para no provocar la desesperación de su hermana.

Merceditas y sus hijas también se irían a su casa de la calle de Emparan, cerca del teatro Principal, porque la abandonaron a la servidumbre que quién sabe cómo se hubiera manejado.

En la puerta del cuartel de bomberos, para salir a la calle, se despidieron ambas familias, tomando cada una rumbo opuesto.

Doña Elvira y sus hijas creyeron que sería más seguro el camino tomando la avenida Independencia, y se dirigieron a ella para seguir por frente a la Comandancia Militar, salir a la alameda y continuar por su centro hasta la casa.

Pero antes de llegar a la referida avenida les salió a su encuentro un grupo de soldados americanos, que al verlas les gritó:

(1) Estos datos fueron copiados de "La Opinión".

—¡Halt!, (¡Alto!), tendiéndoles sus armas.

La familia no se dió cuenta de momento de la significación de la palabra, y continuó andando; pero los yanquis insistieron con sus gritos y ya se decidían a hacer una descarga, cuando acató doña Elvira lo que les decían, y se detuvieron.

Carolina, que vió correr hacia ellas, a los soldados, dijo a su madre y hermana:

—Vamos a escondernos en este zaguán, poniendo ella en ejecución su idea, pues corrió y se metió allí sin ser advertida.

Pero sea que se atontaron doña Elvira y Graziela con los gritos desaforados de los soldados, sea que no los temieron, el hecho es que no se movieron del sitio en que se pararon.

Y llegaron los yanquis, poniéndoles las bocas de sus armas en dirección al pecho, gritándoles:

—¡Hand up! ¡Hand up! (Arriba manos).

—Who are you? (¿quiénes son ustedes?).

Pero ni alzaron las manos ni tampoco dijeron quiénes eran, dando lugar a que los imbéciles soldados descargaran su furia contra ellas, a pesar de ser débiles e indefensas mujeres, propinándoles golpes, con los cañones de sus armas.

A este ultraje de inaudita barbarie, no pudieron permanecer inmóviles y protestaban pretendiendo hacerse entender; pero eso exasperó más a los "valientes soldados", y les amarraron las manos, cruzándoselas por detrás del cuerpo, y, a empujones, las hicieron caminar, llevándoselas por toda la Avenida de Independencia, hasta la estación Terminal, donde ya tenían otros prisioneros hechos, seguramente por los mismos delitos que el de las distinguidas mujeres a quienes tocó, desgraciadamente, su turno.

Carolina, mientras tanto, se aturdió y no sabía, si salir a la defensa de su madre y hermana, a quienes no perdía de vista, por una rendija de la puerta del zaguán, o permanecer

escondida para evitarse la barbarie de los yanquis; pero bien pronto tuvo que tomar una resolución, y fué, cuando vió que las ultrajaron con los golpes de las armas, pues entonces, volviéndose para el interior del propio zaguán, gritó desesperadamente:

—¡Auxilio!... ¡Auxilio!... ¡Socorro!...

Al oír los gritos, la familia que vivía en los altos de la casa, ocurrió a averiguar de qué se trataba, y en viendo a Carolina—señorita de porte distinguido—bajó apresuradamente la escalera un joven como de veinte años, cuyo nombre no hace al caso, e informado de lo que pasaba, salió violentamente a dar el auxilio necesario a doña Elvira y a Graziela; pero ya fué tarde, porque no alcanzó ni a verlas, pues los soldados se apresuraron a llevárselas, y la obscuridad de la noche, que se había extendido, hizo completamente infructuosas las pesquisas del rumbo que tomarían.

Apenado el joven volvió hacia Carolina y se ofreció a acompañarla a su casa, haciéndole abrigar la esperanza de que los invasores habrían reconocido su injusticia y que habrían dado libertad a la señora y señorita.

Aceptado el ofrecimiento, tomó el joven del brazo a Carolina, y yéndose por la avenida del Cinco de Mayo, dieron vuelta por Ocampo, hasta que llegaron, al fin, a la casa de doña Anita, adonde estaba Luisa.

Al arrojarse Carolina en los brazos de su hermana, había perdido el conocimiento.

XVI

Don Pascual, Jorge, Manuel y alguno otro más, se dirigieron hacia la vivienda de Bravo, tan pronto como se escaparon de "la casa amarilla".

Estaban extenuados por el cansancio y el hambre, pues a duras penas habían probado algún pedazo de pan durante el día; de manera, que Manuel se encargó de buscar en la vecindad comida para todos, y la llevó a la misma vivienda.

El ameritado militar daba señales de un malestar atroz, más que por el dolor que le produjera la herida, tal vez por los presentimientos de las desgracias ocurridas a su esposa e hijas.

Jorge, por el contrario, estaba decidor, manifestando un perfecto ánimo para continuar hostilizando al enemigo; pero notando en el semblante de su padre el sufrimiento que lo embargaba, sintió honda pena y calló, tratando de adivinar los pensamientos de su progenitor.

Pasó un momento y dijo:

—Debes estar muy cansado, papá, y desearía acompañarte a la casa para que reposes un poco y recobres tus energías. ¿Lo aceptas?

—No, porque sería temeridad atravesar las obscuras calles dominadas por el enemigo, que con el pavor que padece, embargaba, sintió honda pena y calló, tratando de adivinar Si formáramos un grupo siquiera de veinte hombres, entonces nos abriríamos paso, porque no son capaces esos desgraciados de estorbárnoslo; pero en las actuales circunstancias, que ya se extendieron por toda la ciudad, y nuestros compañeros se han dispersado en virtud de la inutilidad de nuestra resistencia, no hay más remedio que meditar un plan que nos salve de caer en las garras del enemigo, que sería con nosotros sumamente cruel.

—¿Pero qué, ya les vamos a abandonar nuestro pedazo de tierra, nuestros derechos, nuestros bienes y hasta nuestras familias?, preguntó Jorge.

—Por más doloroso que nos sea, debemos convenir en que es imposible ya abrigar esperanzas de evitarlo. Ahora hay

que prepararse para ir a esperarlos fuera de la ciudad, fuera del alcance de los cañones de sus barcos.

Jorge, que ya tenía la idea de irse a oponer al avance de los americanos, más allá de Veracruz, saltó de gusto al oír a su padre, y fué a abrazarlo, orgulloso de ser su hijo; pero una sospecha vino a destruir su alegría.

Al rodear el cuerpo con sus brazos palpó una venda, y sin apartarse, fijó sus ojos en los de su padre y le preguntó:

—¿Para qué traes esta venda? ¿Acaso estás herido, y no me lo has dicho?

Sonrió don Pascual, quitando las manos de su hijo de sobre la herida, y le contestó:

—Ningún militar, y menos en campaña, y todavía menos cuando de defender a la patria se trata, debe parar mientes en heridas que le permitan continuar en el cumplimiento de su deber.

—¿Luego estás herido?

—No fué nada.

—¡Malditos sean esos desgraciados gringos!, exclamó Jorge, con ira.

—No te desesperes, ten calma, que bien caro me han pagado una ligera rozadura.

—Manuel, dijo Jorge a éste: tú que fuiste practicante en el hospital San Sebastián, ayúdame a curar a papá.

—Si ya me curaron.

—No, no; hazme favor de permitirme que veamos esa herida y hagamos lo necesario para curarla.

Sin atreverse a contrariar la justa petición de su hijo, don Pascual se dejó reconocer y curar por Manuel, que con toda diligencia lo atendió.

XVII

Mientras que en las playas norte y sur de la ciudad se amontonaban los cadáveres de setecientos veinte muertos que un puñado de valientes en defensa de su querida patria hicieron a los americanos invasores, el contra-almirante de la escuadra mandó fijar en los lugares más visibles de la ciudad un escrito en máquina, que decía:

"PROCLAMA

"Las fuerzas navales de los Estados Unidos, que están bajo mi mando, han ocupado temporalmente la ciudad de Veracruz para inspeccionar la administración pública, a causa de los disturbios que actualmente reinan en México.

"Todos los empleados que sirven a la municipalidad de este puerto quedan invitados para continuar en el desempeño de sus funciones, como lo han hecho hasta ahora.

"Las autoridades militares no intervendrán en los asuntos de las civiles y administrativas mientras el buen orden y la paz no se alteren en la población.

"Todos los ciudadanos pacíficos pueden confiadamente permanecer dedicados a sus usuales ocupaciones, seguros de que serán protegidos en sus personas y propiedades, así como en sus correctas relaciones sociales.

"El comandante suscrito, da seguridad que no tendrá intervención con las autoridades civiles, sino en casos de absoluta necesidad y llevando siempre por mira la observancia de la ley y el orden.

"El recaudo de contribuciones e inversión de ellas, se

continuará haciendo en la misma forma que hasta el presente, y conforme a la ley.

"El Contra-almirante,

"F. F. FLETCHER."

La hipócrita conducta que siempre han seguido los americanos para con México, no puede estar más patente en la proclama que antecede.

La administración pública de la ciudad de Veracruz, es una cosa enteramente distinta de las operaciones militares en Tampico, que obligaron al general Morelos Zaragoza a evitar los abusos de los marinos americanos del "Dolphin", que quisieron hacer valer el pretexto de que iban a la ciudad a buscar gasolina para sus lanchas, siendo en realidad que la idea era aprovecharse del estado de sitio en que se hallaba la referida ciudad para hacer sus escándalos de costumbre, como los hacían en Veracruz, siendo testigos todos los habitantes del puerto.

Y no hay necesidad de meterse en mucha hondura para dejar en la camisa del ridículo a Mr. Fletcher; bastará ver las declaraciones del Presidente Wilson, en las cuales—hechas nada menos que al Congreso de su país—expone de manera clara y precisa "QUE EL OBJETO DE LA OCUPACIÓN DE VERACRUZ Y DEMAS POBLACIONES QUE EN MÉXICO SE OCUPAREN POR EL EJÉRCITO DE LOS ESTADOS UNIDOS SERÍA LA DE OBLIGAR A LOS MEXICANOS A RECONOCER LA DIGNIDAD DE LOS ESTADOS UNIDOS, SERIA LA DE OBLIGAR A LOS MERA ESE RECONOCIMIENTO UNA GARANTÍA PARA ELLOS".

¿En qué consiste la dignidad de los americanos en el

caso que nos ocupa? ¿Qué es lo que pretenden que se les garantice?

Seguramente que confunden "dignidad" con "impunidad"; seguramente el derecho de obrar en el territorio de los mexicanos con esa impunidad, es lo que pretenden que se les garantice.

¡Vana quimera! ¡Pretensiones necias!

¿Y qué objeto se propuso entonces el Contra-almirante con semejante mentira a los veracruzanos? Tal vez el de justificarse suponiendo que ultrajó a un pueblo idiota.

Pero más tarde salió de su error, según veremos en la siguiente TERCERA PARTE; por ahora solo diremos que hay triunfos que deshonran y derrotas que elevan muy alto el honor de quienes las reciben; por lo cual la conciencia del mundo entero denominará a la ciudad que es el puerto principal de la República Mexicana, ¡VERACRUZ HEROICO!

FIN DE LA SEGUNDA PARTE

TERCERA PARTE

EL DERECHO DEL MÁS FUERTE

CAPÍTULO PRIMERO

Primera disposición

I

Hemos visto que la carta que envió Pepe a su prometida Luisa, hija del ameritado coronel don Pascual Ramírez, fué escrita en la villa de Soledad, de la cual villa hablamos ya por haber sido donde se meció la cuna de nuestro héroe, y donde después se alistó él mismo, como soldado, a las órdenes del coronel Escobar. Pues bien; como Pepe era cadete de la Escuela Naval Militar, cuando abandonó dicho plantel con todos sus condiscípulos y maestros, y el director don Manuel Azueta a la cabeza, hubo de seguirlos por el camino que tomaran, habiendo sido éste, naturalmente, el que siguiera el comandante militar, general Gustavo A. Maass, es decir, el del Ferrocarril Mexicano.

Recordaremos que el traidor Maass, abandonó a Veracruz huyendo en automóvil apenas le dijeron que estaban desembarcando los americanos; de manera, que cuando los navales abandonaron también a Veracruz,—después de haber, cum-

plido con su deber—no pudieron darle alcance sino hasta que llegaron a Soledad, pues además de que el general salió a las once y media de la mañana y ellos a las siete y media de la noche, tuvieron necesidad de hacer una gran jornada a pie, porque los rieles del camino fueron levantados en previsión de que los invasores pretendieran internarse aprovechando esa ruta.

Lo primero que hicieron Pepe y Enrique al llegar a la histórica villa—cuartel general de todas las fuerzas que formaban la guarnición porteña, para estar a la espectativa de los movimientos de los yanquis y proceder en consecuencia—fué escribir a sus novias Luisa y Carolina, para participarles su salida de Veracruz y todos los detalles de la defensa contra los americanos, con ánimo de justificarse, como conscientes de sus deberes para con la patria, y vehementes enamorados, que no midieron los peligros para conservar incólumes su dignidad ante ellas.

Pero terminadas las cartas, se encontraron con la dificultad de no poder mandarlas a su destino, pues ¿cómo lo harían?

Trataban de este asunto, sin cuidarse de ser oídos por los que cerca de ellos se encontraban, que no eran sino soldados, y uno de éstos, pidiéndoles permiso para hablarles, se aproximó y les dijo:

—Jefecitos, yo puedo dir con las cartas.

Mirándolo Pepe y Enrique de arriba a abajo, le respondió el primero:

—No, tú tienes cara de imbécil y no vas a llegar, porque te van a matar los gringos.

—Jum... hizo el soldado, y sonriendo agregó: pos no lo creerán, jefecitos; pos sí llegaba hasta por encima d'esos gringos maloras. Yo quero hacerles el mandao, porque ansina como mi ven, yo sé qu'el amor es el diablo.

Sonriéronse nuestros jóvenes y le dijeron:

—¿Tienes mujer?

—Pos áhi tengo mi trapito.

—Llámala, le dijeron, concibiendo la idea de que una mujer sería fácil que pudiese pasar por entre los americanos sin causarles grandes sospechas y la hicieran prisionera considerándola espía, y sobre todo, una mujer de las condiciones del "trapito" del soldado.

Vino María al llamado de su "juan", y desde luego reveló en su semblante una viveza, tal cual era el deseo de los jóvenes.

—Oye, tú, vas a dir Veracruz p'hacer un mandao.

—Asigún, contestó la india, mirando sigilosamente a los navales; hay munchos maloras en el camino, y aluego se afiguran que ando vacilando.

—¿Pos ora vas tener miedo?

—Oh, no quero viriguar nada. ¿Qué voa ser yo Veracruz?

—Vas a dejar este envoltorito, le dijo Pepe, y te regalo un peso.

—Sí, mi jefe; osté mi dirá, le contestó cambiando su semblante de expresión.

Conseguida la anuencia de la india, le hicieron los jóvenes todas las explicaciones necesarias para que cumpliera exactamente su cometido, y se puso en camino María para Veracruz, adonde llegó, como sabemos, sin novedad, y todo lo hizo a las mil maravillas.

Cuando regresó, la alegría de nuestros jóvenes fué muy grande, pues la mensajera no olvidó detalle que no les contara.

Pero cuando pasaron las primeras sensaciones del contento, se apoderó de ellos una inquietud terrible, como presintiendo que pudieran ocurrir a sus novias desgracias, entre

las que temían la muerte de don Pascual en medio del fragor de los combates con los americanos.

Ya sabemos que tales presentimientos resultaron verdades, en parte, y adelante podremos ver otras cosas que sucedieron, por la fuerza de las circunstancias.

II

Después de escritas las cartas por Pepe y Enrique y remitidas a su destino, se entregaron al descanso, con un sueño tranquilo como sus conciencias; de manera, que cuando volvió María estaban nuevamente disfrutando de todas sus energías.

Pero antes de que ésta regresara cerca de poco más de media noche, arribó a Soledad un tren de pasajeros procedente de la Capital de la República, que no pudiendo continuar hasta Veracruz, allí hizo su parada terminal.

El general Maass mandó que un buen número de soldados se formara en la estación a la llegada del referido tren, para guardar el orden.

Pepe y Enrique también fueron a la estación simplemente a curiosear, y uno de tantos pasajeros se les acercó con ganas de entablar conversación con ellos, lo cual no rehusaron, tanto por cortesía como porque se les ocurrió la idea de informarse, de buena fuente, de la resonancia que hubiesen tenido en la metrópoli los sucesos de Veracruz.

El pasajero de referencia, tenía aspecto de hombre culto y por ende de honorabilidad, por lo que nuestros jóvenes no dudaron de que sus informaciones fueran veraces.

Principió por decirles:

—Ya deseaba llegar a algún paraje donde pudiese permanecer tranquilo.

—Sí, señor, le contestaron.

—¿Cómo está la situación por aquí?

—Ya podrá usted suponerlo.

—¡Caramba, caramba, esto es atroz!

—¿Cuándo salieron de la Capital?

—Desde anteayer en la tarde, amigos, y por poco nos quedamos en el camino.

—¿Cómo y por qué?

—La historia es larga; pero todo les contaré si tienen la bondad de indicarme adónde podré encontrar hospedaje.

—Está difícil la cosa, porque en esta población no hay hoteles.

—Oh, qué malo..., exclamó el pasajero, y agregó: el uniforme de ustedes me hace comprender que son cadetes de la Escuela Naval de Veracruz, y por consiguiente, jóvenes cultos y caballerosos; de manera, que me felicito por este encuentro y les ruego que, si no les es molesto, me proporcionen donde guardar mi equipaje siquiera. Aquí está mi tarjeta de identificación.

Y a cada uno dió una tarjeta en que leyeron un nombre desconocido, pospuesto al título de abogado.

Con la buena impresión que desde el primer momento les causó el pasajero, y las maneras correctas que observaban en él, Pepe y Enrique se sintieron dispuestos a atenderlo, y le ofrecieron el hospedaje de ellos, que fué aceptado desde luego.

Llegaron a la casa municipal, que era la ocupada por los cadetes, y después de depositar la petaquilla de mano y adminículos de viaje, lo invitaron a que durmiera si quería.

—No, respondió; sin embargo de la aglomeración de gente en los carros del tren, a ratos he venido durmiendo; por consiguiente, voy a referir a ustedes lo que ha ocurrido

en México, desde que se supo lo de Veracruz, así como las peripecias que hemos sufrido en el camino.

Sentados en unos banquitos que sacaron al portal de la casa del municipio, el pasajero refirió lo que sigue:

III

(1) "Desde las primeras horas de la mañana del 21, el pueblo dióse a recorrer las calles exacerbado por notoria tensión nerviosa. Se interrogaba por todos lados qué ocurría en Veracruz, cuando aun nada ocurría, como si en la conciencia nacional se anunciara un enorme suceso.

"A medio día, ediciones extraordinarias de "El Imparcial", "El Independiente" y "El País", llevaron a los palacios de las regias colonias, y a los tabucos de los barrios miserables, la noticia estupenda: "Tropas americanas han invadido el suelo de la patria, desembarcando en Veracruz".

"Es de mencionarse la información de "El Independiente", cuya extra dice en título a siete columnas: "UN ACORAZADO DE LA ESCUADRA MALDITA FUE ECHADO A PIQUE POR LOS ALUMNOS DE LA ESCUELA NAVAL EN VERACRUZ".

Nuestros jóvenes no pudieron menos que sentirse indignados con semejante mentira, y dando muestras de juicio poco común a su edad, solamente cambiaron una mirada y esfumaron una sonrisa.

El pasajero continuó:

(1) "Alarma, conmoción intensísima produjeron los diarios con sus ediciones extraordinarias, confirmadoras de lo que ya había sido un fatal presentimiento.

---

(1) "El Presente".

"El pueblo de México perdía su serenidad y formándose de grupo en grupo una ola tumultuosa y estridente, organizó una manifestación, que veía en cada casa comercial americana un reducto de enemigos y una injuria en cada anuncio redactado en inglés.

"Los comercios americanos fueron lapidados y también ¡oh ironías de la vida!, el edificio de "The Mexican Herald", periódico americano que hizo siempre labor de agudo gobiernismo.

"La muchedumbre, poco o nada entendida en idiomas, veía inglés en todo lo que no fuera español y así fué como arremetió iracunda contra una céntrica droguería alemana.

"Los cristales de los aparadores fueron hechos añicos. Maltratadas las puertas. Rotos los anuncios que con caracteres alemanes decoraban las paredes del establecimiento.

"Cuando ya el desaguisado estaba hecho, medió la aclaración y la muchedumbre, mostrándose arrepentida, se retiró hacia otros rumbos.

"Momentos después de propalada en México la noticia de que la tantas veces temida y tantas conjurada intervención americana era un hecho, circuló profusamente una declaración del general Huerta, impresa en hojas, de las cuales casi todos los viajeros traen, y cuyo texto a la letra dice:

"PROCLAMA

"En el puerto de Veracruz estamos sosteniendo con las armas, el honor nacional.

"El atentado que el gobierno yankee comete contra un pueblo libre como es, ha sido y será el de la República, pa-

sará a la Historia, que pondrá a México y al gobierno de los Estados Unidos, en el lugar que a cada uno corresponde".

Victoriano Huerta.

"El mismo día que se luchaba en Veracruz, haciendo resistencia a los soldados americanos acabados de desembarcar, se ordenaba por el Secretario de Relaciones Exteriores, licenciado José López Portillo y Rojas, a nuestro Encargado de la Embajada Mexicana en Washington, señor Angel Algara de Terreros, que abandonase inmediatamente el país del Norte con todo el personal de la Embajada, entregando los archivos de la oficina a un representante de nación amiga.

"Se presume que el Sr. Algara de Terreros, debe ya haber recibido los pasaportes que en tales casos se estilan y que inmediatamente se ha puesto en marcha, para dirigirse a nuestro país.

"Como consecuencia de esa orden, el gobierno federal ha entregado también sus pasaportes al Encargado de la Embajada Norteamericana, radicada en México, señor Nelson O'Shaughnesy, igualmente que al personal respectivo, y por lo que se sabe, en estos momentos ha de venir en camino para Veracruz, en tren especial, perfectamente escoltado, que el propio gobierno federal puso a su disposición.

"También se dijo, que el Presidente de la República ha decretado amnistía por todos los delitos de rebelión y sedición y los conexos con ellos, quedando inclusos en el propio decreto los que actualmente se encuentran levantados en armas, a condición de que dentro del plazo de quince días se presenten a los Gobernadores de los Estados o autoridades militares, comprometiéndose el Ejecutivo federal a reconocer los grados que tengan los amnistiados.

"Ese decreto se ha hecho circular profusamente, tanto

por medio de impresos como por las vías rápidas, a fin de que pueda surtir sus efectos una vez que llegue a conocimiento de todos y estén en disposición de defender al país.

"Según cálculos y ofrecimientos del general Huerta, dice una Extra, a más tardar, dentro de tres meses, la Nación contará con cerca de setecientos mil soldados perfectamente equipados, que sabrán resistir contra la invasión.

"Para el efecto, el Presidente provisional de la República, ha sido autorizado con facultades extraordinarias para que disponga lo relativo en los ramos de Relaciones, Gobernación, Comunicaciones, Hacienda y Guerra, según posterior decreto de la Cámara de Diputados, que fué convocada a sesión extraordinaria.

"El ofrecimiento del general Huerta se basa en que cuenta con los elementos suficientes para organizar mayores fuerzas, que puedan ser utilizadas en la lucha.

"En colaboración de la intención del general Huerta, dice una hoja de esas, que un grupo de veracruzanos, oriundos de nuestra Huasteca, se ha presentado a la Secretaría de Guerra a ofrecer sus servicios en caso de que la guerra internacional llegue a tomar las proporciones que se temen, prometiendo a la vez, que en breve tiempo organizarán un ejército de treinta mil rancheros y veinte mil indios huastecos, que serán los primeros en disputar el paso a las huestes americanas en caso de que pretendan penetrar al territorio de nuestro país, por Tampico y Tuxpan.

"De ese modo, las huastecas potosinas, hidalguense y veracruzana, se verán defendidas por esos hombres de antecedentes históricos notables, que ha proporcionado la batalla del año 1847, cuando los americanos fueron derrotados en el río Calabozo, por fuerzas de Ozuluama, Tantoyuca, Huejutla y otros lugares cercanos, y por la que se sabe que es fama

que dicho río se tiñó de sangre, por lo encarnizado y feroz que fué la contienda en aquel lugar".

—Nos ha causado extrañeza la noticia publicada por "El Independiente" relativa al hundimiento del acorazado americano por nosotros, y puesto que es una mentira fenomenal, suplicamos a usted nos haga favor de hacernos el relato que de tal mentira hace el periódico aludido.

—Siento mucho no poder satisfacer a ustedes, porque no vi esa extra, sino que llegó a mis manos otra extra de "El País" que relata el hecho de distinta manera, porque achaca el hundimiento del "Carlos V" a los acorazados americanos.

—¿Quiere hacernos el favor de contarnos eso?

—Con mucho gusto; pero mejor les voy a leer el recorte que traigo aquí del susodicho periódico, contestó sacándolo de la bolsa de su saco. Dice así:

"El miércoles por la mañana, el comandante americano Fletcher envió un emisario al comandante del acorazado español "Carlos V", Salvador Buhigas, manifestándole que le estorbaba en el punto donde estaba anclado para aprehender al barco mercantil "Ipiranga", que se hallaba anclado junto al muelle fiscal. Por contestación, el señor comandante del "Carlos V", dijo que sólo obedecía órdenes de su Rey.

"Ante tal contestación, el almirante yanqui, Fletcher, ordenó que el acorazado "Kansas" lanzara dos metrallas sobre el "Carlos V", con sus cañones de poderoso calibre, entablándose un combate naval desde las once de la mañana hasta la una de la tarde, sin lograr hundir al barco español, hasta que los cobardes yanquis lanzaron siete torpedos, que a la una y media de la tarde hundieron el hermoso crucero "Carlos V", levantando fuerte marejada.

"Al hundirse el crucero español, según refiere nuestro informante, se salvaron de la tripulación como doscientos

marinos españoles, ignorándose la suerte que haya corrido el comandante Buhigas.

"Tan luego como fué conocida la noticia en tierra por los miembros de la colonia española residente en Veracruz, se pusieron sobre las armas, y, unidos a los valientes veracruzanos, que aún combaten a los americanos, se tirotearon con los marinos yanquis que se hallan en tierra, habiendo muchas bajas por ambas partes".

—Es de sentirse que los periódicos serios de nuestro país, se ocupen en publicar noticias enteramente carentes hasta de sentido común, porque no ha habido nada de eso ni podía haberlo, dijeron al abogado los cadetes navales.

—A mi juicio, lo único que se consigue con esa conducta es exacerbar los ánimos, que lo están ya demasiado, por lo que hasta el Cuerpo Diplomático protestó. Se reunieron en sesión para discutir los rumores y falsedades circulantes, y el Ministro Cólogan fué nombrado, como decano, para protestar ante el general Huerta, por la campaña de mentiras insidiosas. El Ministro Cólogan, dijo al Presidente de México, que las potencias extranjeras no tolerarían las mentiras que se estaban publicando en detrimento de sus súbditos, porque orillarían a un conflicto más grave aún, no solamente con los ocupantes de Veracruz, en el caso de que éstos se decidieran a declarar la invasión de todo el territorio nacional, sino con las otras potencias también; y como resultado de la protesta del Cuerpo Diplomático, el mandatario mexicano dió órdenes a la prensa, para que modifique su tono y lenguaje, aunque ello no obsta para que algunos diarios, sobradamente huertistas, continúen publicando a grandes títulos la frase de "cerdos yanquis" y otras por el estilo.

—Después de todo, podía haber estado peor la situación en la metrópoli si el pueblo, enardecido, se entrega al saqueo.

—Oh, sí, señores; también hubo saqueo; pero admírense: hasta los diputados se entregaron a él.

—¡Cómo fué eso!, apenas es creíble.

—Consta a todo México (1) "que el saqueo fué perpetrado más bien por los empleados de las Secretarías de Estado, tales como Hacienda, Gobernación, Bellas Artes, Comercio, etc. Que muchos diputados se distinguieron en las demostraciones anti-americanas, así como en los saqueos a dos manos. Se aseguró que un diputado de apellido Gallardo, dirigió el asalto contra el American Club. Que pasó atropelladamente cerca de dos gendarmes que cuidaban el edificio, penetrando al local seguido por la turba. Que pidió a voz en cuello se le diera gasolina para poner fuego al edificio, y después sus acompañantes, averiaron mucho el citado Club. Que cuando los gendarmes subieron las escaleras para hacerles evacuar el edificio, el diputado extrajo del bolsillo una tarjeta con la que comprobó ser miembro del Congreso Nacional, gozando, por lo tanto, de ciertas inmunidades. Que por ese motivo no fué molestado. Se agrega que este mismo diputado condujo a las turbas hacia los almacenes de curiosidades mexicanas de la calle de Gante, en la esquina, donde volvieron a saquear".

—¿Y de semejante gente está rodeado el señor Presidente de la República?

—No hay por qué extrañarse, jóvenes, dijo el abogado.

—Verdaderamente es escandaloso todo lo que nos ha referido usted.

—Pues hay más, que omito, por no hacerme interminable.

—Siga contándonos.

—¿No saben ustedes que arrastraron la estatua de Washington, por las calles?

—¿Hasta allá llegó el extraviado patritismo?

---

(1) "El Presente".

—Si, señores. (1) "El elemento joven, rico y aristocrático, ató a un automóvil dicha estatua y la arrastraron por las calles, seguidos de otros muchos automóviles. Este acto, por las personas que lo ejecutaron, más bien parecía una flamante función social y no propio de gente culta".

IV

—Si no está usted fatigado con la conversación, hemos de agradecerle nos refiera las peripecias que sufrieron en el camino, dijo Pepe.

—Ah, sí, con mucho gusto satisfaré a ustedes (1). "Desde anteayer en la tarde arrancó de Buenavista (así se llama la estación que en la metrópoli tiene el Ferrocarril Mexicano) un convoy formado de numerosos trenes repletos materialmente de extranjeros. Considerando que en las estaciones de tránsito podrían sufrirse encuentros con gente cuyo sentimiento patriótico estuviese exaltado hasta la insensatez, se usó del pabellón británico para de este modo dar francas seguridades al viaje. Sin embargo de esto, en la estación de Esperanza, un incidente de consecuencias gravísimas pudo desarrollarse, que trajera nuevas angustias, más complicaciones, al desdichado momento histórico, porque pasa nuestra patria.

"Sucedió que en la citada estación, un destacamento de rurales, allí presente cuando el tren de referencia se detuvo a fin de que, como de costumbre, los pasajeros bajasen a comer, interrogó a éstos para que los que fueran americanos se dieran presos. Seguramente la idea que animaba a los rurales era la de dar muerte inmediata a cuantos americanos trajera el convoy. Fué una suerte que también viniese el Encargado de Negocios inglés, acreditado debidamente ante el gobierno del general Huerta. Este caballero, habló a los rurales, haciéndoles ver, que

(1) El Presente".

de llevar a cabo su pretensión, inferirían ultraje al pabellón inglés que servía de egida a cuantos en aquel tren venían. Y sólo a fuerza de razones repetidas y renovadas, sólo a fuerza de elocuentes persuaciones en que se aludió al respeto que en todo caso se debe a hombres pacíficos sean quienes fueren, los rurales cedieron y la marcha para acá continuó.

"Pero mientras las persuaciones salvadoras tenían lugar, del destacamento de rurales se disgregó buen número, expresando que no entendían de razones, y que puesto que no se les entregaba a los requeridos ciudadanos americanos, minarían con dinamita el carril.

"Amenaza tal provocó la consiguiente zozobra en el pasaje; y no lograron serenarse los ánimos sino hasta cuando ya la estación de Esperanza habíase quedado en la lejanía.

"Largo fué el tiempo que hubo de emplearse para convencer a los rurales de que su actitud, lejos de ser digna, menoscababa los timbres que de hidalga, hospitalaria y noble, tiene justamente conquistados la hoy desventurada República Mexicana".

Acabado el relato siguieron departiendo amigablemente nuestros jóvenes y el abogado, hasta que llegó María de vuelta de Veracruz, con la contestación de Luisa.

V

No fué poca la sorpresa de doña Anita y su hija, cuando llegó Carolina y arrojándose en los brazos de su hermana Luisa, perdió el conocimiento.

La llevaron a una cama para prestarle todas las atenciones que el caso requería, y por fin, al cabo de un gran rato, consiguieron que abriera los ojos.

—¿Qué te sucedió, hermana; por qué viniste sola? ¿Adónde dejaste a mamá y a Graziela?

Luisa quería saberlo todo en una sola palabra que dijera su hermana; pero ni una ni media hablaba Carolina, porque no podía, y se echó a llorar.

—¡Válgame Dios, hija, le dijo doña Anita; no llores, tranquilízate.

—¿Qué sucedió?, exclamó Luisa con aire de desesperación; cuéntame lo que te pasó para ver qué hacemos.

—Mamá y Graziela están presas.

—¿Qué dices? ¡Cómo presas!

Doña Anita y su hija se quedaron atónitas.

—Sí, están presas, se las llevaron los americanos quién sabe para adónde.

Luisa se puso frenética, y exclamó:

—¡Miserables!...

—Salimos juntas del cuartel de bomberos para acá, y antes de llegar a la avenida de Independencia, nos asaltaron. Yo me escapé, porque me escondí en un zaguán, pero mamá y Graziela...

—Sigue, acaba de contar, le dijo Luisa.

—Mamá y Graziela se atontaron y no huyeron, cayendo en manos de los soldados, que les pegaron con los fusiles...

—¿Eh, les pegaron?

—Y después de atarles las manos por detrás del cuerpo, a empellones se las llevaron.

—¡Malditos!... gritó Luisa desesperadamente.

—Yo sin saber qué hacer, me puse a gritar en el zaguán: ¡auxilio!, ¡socorro! y el joven que me trajo hasta acá, salió a ver si podía hacer algo por ellas cuando le conté lo que pasó a mamá y Graziela; pero volvió diciéndome que nadie le informó ni el camino que habían seguido.

—¡Esto ya no se puede sufrir!...

—Cálmense, hijitas, exclamó doña Anita; desesperándose, nada conseguirán.

—Levántate pronto y vámonos, dijo Luisa a su hermana.

—¿Adónde se van?, preguntó Rosita.

—No sé, contestó Luisa; pero vamos a libertar de esos condenados a mamá y a Graziela.

Carolina no se hizo repetir que se levantara, sino que violentamente saltó de la cama, diciendo a su hermana:

—Vámonos.

—Mira, espérame aquí, porque esos malditos extranjeros serán capaces de matarnos, porque somos mujeres indefensas.

—¿Qué vas a hacer?, preguntó Carolina.

—Vente, vente conmigo. Vamos a la casa.

Y dirigiéndose a Rosita:

—Dame la llave o ve con nosotras tú también.

—Vamos, le contestó la aludida.

VI

Tan pronto como abrió Luisa la puerta de su casa, corrió al aparato telefónico y llamó.

—¿Con quién hablo?

—Telégrafos del Estado.

—Hágame favor de comunicarme con Soledad.

Carolina y Rosita observaban a Luisa sin darse cuenta de lo que hacía.

Un momento después dijeron por el teléfono:

—Bueno.

—¿Quién habla?

—Soledad.

—Oye, Cristina, ¿qué todavía están allí los navales? Cristina es la telefonista.

—Sí; ¿pero quién habla?

—Luisa Ramírez. Oye, hazme favor de mandar que busquen a Pepe y que...

Saltó Carolina de donde estaba sentada y fué a colgarse del cuello de su hermana, diciéndole con angustia horrible:

—No, hermanita, que no lo busquen, ¿no sabes dónde está el pobre Pepe?

—Recuerdo que tú me dijiste que aquí; pero yo no lo creo.

—No, no; cuelga la bocina y escúchame, que voy a contarte...

—Vamos a perder el tiempo miserablemente.

—No hermanita, ¡pobrecita de ti! Pepe no está en Soledad.

—Déjate de niñerías, que yo sé lo que hago.

—Por Dios, Luisa, que me escuches.

—Pues habla pronto.

—¡Pepe está en la gloria!.... dijo Carolina llorando; ya...

—¿Qué te has vuelto loca?

—No, no; creéme, hermanita, Pepe murió ayer.

Se quedó Luisa mirando a Carolina con aire de estupefacción, dudando que estuviera en su juicio; pero su hermana se había cubierto la cara con el pañuelo que empapaba con sus lágrimas.

Riiin... riiin... hizo el teléfono.

Pero Luisa no lo atendió, sino que colgó la bocina y pensaba que su pobre hermana había perdido el juicio. ¿Cómo había de estar muerto Pepe, si casi acababa de tener noticias de él por la india y por la carta?

—Oye, Carola, no me tengas en ascuas; cuéntame todo lo que sepas.

—Imagínate si estaré segura de lo que te digo, que ya

siendo cadáver, porque una bala le destrozó la cara, yo misma le quité de la mano tu sortija, por la cual Graziela también lo reconoció.

—Mi sortija, dijo Luisa... pero ¿qué sortija si no le he dado ninguna?

—¡Cómo!, ¿pues adonde está la que siempre traes puesta? le preguntó tomándole la mano para cerciorarse de que no mentía.

—Ya sé entonces lo que pasó, le dijo Luisa, y ahora te explicaré todo. ¡Pobrecito Pancho! ¡Dios le dé la gloria!

—¿Qué dices?, ¿acaso eres tú la que te vuelves loca?

—No, hermanita, hazme favor de esperar a que hable con Cristina, que te vas a convencer de que Pepe vive. Por lo pronto, ten estas cartas.

Y le dió las cartas de Pepe y Enrique, volviendo después a tomar la bocina del teléfono.

—Bueno, le dijo Cristina.

—Perdóname que te haya hecho esperar; pero tuve que atender acá a algo. Oye, hazme favor de mandar que busquen a Pepe y que venga inmediatamente a hablar conmigo por el teléfono.

Cristina sabía quién era Pepe y le contestó:

—En este momento van a buscarlo. ¿Qué te pasa, cómo están por allá?

—Mal, muy mal, Cristina; que venga en seguida Pepe.

—Pero ¿qué te pasa, tienes novedad en la familia?

—Sí, después te contaré.

De casualidad estaba Pepe casi en la puerta de la oficina del teléfono en Soledad, y pudo sin tardanza ocurrir al llamado de Cristina, quien desde luego dijo a Luisa:

—Aquí está ya Pepe, va a hablarte.

—¿Ya ves?, dijo Luisa a su hermana.

Pero ésta, que parecía estar atolondrada, no podía darse cuenta del misterio de la resurrección de Pepe.

—Mi vida, estoy a tus órdenes, ¿cómo estás?

—Muy mal, Pepe mío, y te suplico muy encarecidamente que me hagas favor de venir cuanto antes, porque sólo tú podrás hacer cambiar las cosas.

Carolina no pudo ocultar su asombro cuando oyó la voz del que vió muerto con la cara destrozada.

—¿Qué pasa por allá?, preguntó Pepe.

—No puedo decírtelo por esta línea, porque no sé si algún otro me oiga, pues es cosa delicada.

Pepe no pudo reprimir la expresión de inquietud que se retrató en su semblante, lo cual, advertido por Enrique, que lo acompañaba, le preguntó:

—¿Qué sucede?

—No lo sé, respondióle Pepe.

Y dirigiéndose a Luisa le dijo:

—Espérame, en este momento salgo para allá.

Y colgó la bocina, saludó a Cristina y salió precipitadamente con Enrique.

—¿Te has convencido de que Pepe vive?, dijo Luisa a su hermana.

—Todo es un misterio que no entiendo, porque lo ví muerto y ¿qué mejor prueba que la sortija que yo misma le quité, cuya sortija es la tuya?

—¿Y adónde está esa sortija?

—Mamá là tiene; porque a ella se la di.

—¡Pobre Pancho!, exclamó Luisa.

Y dirigiéndose a Rosita agregó:

—¿Te acuerdas que presintió que no nos volveríamos a ver más?

—Sí, contestó Rosa; sus palabras fueron éstas: "Adiós; presiento que no habré de verte más; pero en mi postrer

suspiro tu recuerdo será el que ocupe mi memoria. Adiós; mis más ardientes deseos son de que sanes pronto y que sigas siendo muy feliz". Tú estabas tan emocionada, que nada le contestaste.

Oyó Carolina este relato, y dijo a su hermana:

—Mientras no me cuentes tu aventura no podré comprender nada de lo que oigo y veo.

—Pues sí, hijita, te la voy a contar, pero no ahora, porque urge que hagamos otras cosas de más interés.

—Dime, Luisita, ¿has pensado que Pepe es militar y que no podrá abandonar su puesto?, preguntó Rosa.

—Sí, ya veremos. Me contestó que lo esperara y no dudo que vendrá.

Y dirigiéndose a Carolina, le dijo:

—¿Ya leíste las cartas que te di?

—No; las preocupaciones tienen embargado mi espíritu; pero voy a leerlas ahora.

—Creo que tendrás que dejarlo para más tarde, porque quiero que mientras no llegue Pepe, nosotras hagamos algo. Múdate de vestidos aprisa.

Obedeció Carolina y se fué a su recámara, seguida de Luisa y Rosita, y mientras que se mudó de traje, le refirió su hermana, a grandes rasgos, cuanto le sucedió, mostrándole la herida de la pierna.

Entonces fué cuando Carolina ya no dudó que Pepe vivía y que el pobre Pancho fué el muerto.

Luisa tuvo que secarse sus lindos ojos, protestando que siempre bendeciría su memoria, como justo homenaje a sus merecimientos.

—¿Y qué piensas hacer ahora, Luisita?, preguntó Rosa, tratando de distraerla para que no siguiera entristeciéndose.

—No sé, hija, no sé; casi estoy loca.

—Ya me imagino lo que sufrirán ustedes, y ojalá cesen las causas cuanto antes.

Pronto estuvo Carolina arreglada, y cogidas del brazo salieron las dos hermanas de su casa.

Rosita se fué a la suya.

VII

Tomada por Luisa una determinación, difícilmente dejaba de proceder en consecuencia, porque como hemos tenido lugar de saberlo, era un carácter muy semejante al de su padre; de manera, que cogida del brazo de su hermana Carolina, salió de su casa con rumbo a la plaza de armas, no sin haber tomado su pistola que escondió en sus ropas.

Eran cerca de las ocho de la mañana del miércoles veintitrés de abril, y vieron que el asfalto y banquetas de la calle, todavía conservaban manchas de la sangre derramada en los combates.

Los americanos hacían su servicio de patrullas en grupos no menos de cinco para cada calle, pues a pesar de que ya se habían posesionado de la ciudad, a cada rato tenían que sostener tiroteos con los vecinos, que no conformes, se parapetaban en las azoteas de las casas y los cazaban para seguir escarmentándolos, siendo muy raro el tiro que no era certero. Por supuesto, que al ver los invasores que uno de ellos caía, todos los demás huían despavoridos, a menos que estando vigilados por algún oficial u otro de más alta graduación militar, se encontraban en la necesidad de disimular su miedo y atacar ellos a su vez, lo cual no ocurrió muy a menudo.

Ya la gente transitaba por las calles, no sin sufrir innumerables molestias los individuos que a los invasores parecían sospechosos, y probablemente a causa de que se con-

vencieron de que a las mujeres en todas circunstancias debe tratárseles con consideraciones, se abstenían algunas veces de molestarlas, dejándolas discurrir por la ciudad.

Había algunas zonas en que la prohibición de transitar por ellas era absoluta; por ejemplo, la comprendida en los terrenos ganados al mar por el norte y el sur de la ciudad; pero esto era debido a que en la imposibilidad de llevarse tantos cadáveres, procedieron a incinerarlos, respetando a la Cruz Blanca Veracruzana, que enterraba a los mexicanos muertos, y así fué que por el rumbo sur, cerca de la Aduana Marítima, se abriera una fosa para sepultar a unos y en el patio del hospital San Sebastián se abriera otra fosa para otros, habiendo sido enterrados sólo unos cuantos en los cementerios general y particular.

Pero Luisa y Carolina nada tenían que ir a hacer por las zonas substraídas a los transeuntes; el objetivo de ellas estaba por otro lado, y por eso hemos dicho que se dirigieron a la plaza de armas.

Era natural que tuvieran una predisposición terrible contra los yanquis, por muchos conceptos, y cuando se encontraban con las patrullas que ocupaban las banquetas de ambos lados, se las cedían, tomando por el centro de las calles.

Casi estaban frente a la botica "La Mexicana" del apreciable farmacéutico don Rafael Pizá, cuando una porción de detonaciones las hicieron buscar refugio, y sucedió que de una azotea de por ese rumbo, lanzaron algunos tiros sobre las patrullas, de lo que resultó que tres soldados cayeran muertos.

El escándalo que armaron los demás fué tremendo; pitazos, palos, gritos, etc., etc., todo lo cual duró más de media hora.

Restablecida la calma, salieron nuestras amiguitas para proseguir, y no habían andado una calle cuando oyeron:

—¡Halt, hand up!, que les gritaron los de una patrulla.

Pero se metieron en la puerta inmediata, y así burlaron la orden.

Por fin, llegaron a la plaza de armas, y buscando a alguien con quien entenderse, lo encontraron y le pidieron que les dijera adónde estaba la "autoridad".

—De cierto no lo sé, señoritas; pero creo que es en la estación Terminal.

Dieron las gracias y se encaminaron a dicha estación. ¿Llegarían?

Eso es lo que veremos después.

VIII

Luego que Pepe y Enrique salieron de la oficina telefónica, en Soledad, se dirigieron hacia el lugar donde se hospedaron.

—¿Qué piensas que hagamos?, preguntó Enrique.

—Irnos a Veracruz.

—Pero eso equivaldrá a desertarnos para el campo enemigo y si nos cogen nos fusilarán.

—No, ya verás. Llama al soldado marido de María.

Salió Enrique y a poco volvió con el requerido, a quien Pepe dijo:

—Necesito que me hagas un servicio, ¿estás?

—Sí, jefecito, mándame osté.

—Pero no debe saberlo nadie, advirtiéndote que si yo sospecho que no te manejas como los hombres, te pego un tiro en la chapa del alma.

—No, jefecito, ya verás osté que osté quedará contento de mí como quedaste con el mandao que fué hacer a osté mi mujer.

—Bueno, pues ya quedas advertido.

—No tengas cuidado osté.

—Toma este dinero y vás a la tienda más próxima y compras dos trajes para mecánico que nos puedan venir a nosotros. Los traes envueltos para que nadie te los vea.

—Bueno, jefecito, ya verás osté que no mi "rajo".

—Anda pronto y déjate de hablar más.

Se fué el soldado, y mientras, dijo Pepe a Enrique:

—Recoge lo que quieras llevarte y nos vamos como a explorar el camino hasta cerca de las avanzadas de los americanos. Allá buscaremos manera de evitar que nos vean, nos quitaremos los uniformes que esconderemos para encontrarlos nuevamente, nos vestiremos con los trajes que mandé comprar, y pasaremos como obreros al campo enemigo, hasta llegar a Veracruz.

Enrique parecía un autómata aprobando lo que Pepe le decía, poniendo en ejecución sus instrucciones.

No tardó el soldado en volver con el encargo, y entregándoselos, dijo:

—Favor, jefecitos, yo soy hombre y quero acompañarlos.

—¿Adónde?, preguntó Pepe con aire de molesto.

—A Veracruz, mi jefe, ¿cómo van a dir solititos?

¡Condenado indio, pensó Pepe, es tan malicioso como todos los de su raza! Y dirigiéndose a él le dijo:

—Bueno, te llevaremos; pero cuidadito, no olvides que te mato si no te manejas como los hombres.

—Sí, jefecito, na más dime qué queres osté que yo haga.

—Te llevas bien envueltos esos trajes, siguiéndonos a una vista. Si te pregunta alguno qué es lo que traes, dices que tu ropa para lavarla.

—No tengas cuidado osté.

Recogieron todo lo que no podían dejar nuestros navales, y con mucho disimulo salieron del pueblo.

Todo el que los veía en el camino, creían que eran comisionados del cuartel general para vigilar, y ni siquiera hubo quien les hablara una sola palabra.

Cuando habían caminado un trecho regular, vieron sobre la vía del ferrocarril un armón abandonado, y decidieron tomarlo para hacer más pronto y cómodo el viaje hasta las avanzadas, según se proponían. Ya cerca de éstas, dejaron el armón que tal vez anduvo más aprisa que una locomotora, y se internaron en el bosque, adonde se cambiaron de ropa, saliendo por otra vereda disfrazados de obreros para continuar el camino, así como el soldado que hizo el papel de peón de campo.

Los americanos les marcaron el alto inmediatamente que los tuvieron próximos, y con toda obediencia se pararon a esperar "más órdenes".

Llegaron hasta ellos los yanquis sometiéndolos a un interrogatorio, que contestaron de acuerdo con sus planes, y después que los registraron, les cedieron el paso.

Casi no caminaban cincuenta metros, cuando nuevamente eran vueltos a parar y registrados por otros yanquis, hasta que por fin llegaron a Casa Mata, donde se detuvieron a apagar la sed devoradora que traían.

Ansiosos por acabar de internarse en la ciudad y saber lo que ocurría a Luisa y Carolina, prosiguieron la marcha, y poco después estaban en la estación de Los Cocos.

Nuevamente fueron registrados y sujetos al interrogatorio ineludible, y cuando estuvieron libres, tomaron la calle de Juan Enríquez para salir a la Alameda; pero he aquí que los sorprendió una mujer que cojeando ligeramente, vestida de negro y envuelta en un manto, negro también, salió de una de las casas de por el rumbo y se dirigía a los Cocos. Y

los sorprendió, porque no obstante el disfraz, creyeron adivinar en sus movimientos a Luisa. Sin embargo, la hubieran dejado continuar su camino, si ella no los hubiese reconocido al fijar sus recelosas miradas en las facciones de los fingidos obreros.

—¡Pepe!, dijo, dirigiéndose a él y abrazándolo.

—¡Luisa!, exclamaron a su vez los dos jóvenes.

IX

Pero antes de que sepamos cuáles fueron las determinaciones que tomaron nuestros personajes ahora reunidos para libertar a doña Elvira y su hija Graziela, nos trasladaremos a la vivienda de Bravo, adonde dejamos a don Pascual y a Jorge, porque no es justo que los echemos en el olvido.

Después de haber curado con mucho esmero a su padre, Jorge estaba impaciente por seguir hostilizando a los invasores, y le dijo:

—Te suplico me des tu permiso para que nos vayamos mis compañeros y yo a la calle a ver qué podemos seguir haciendo.

—¿Y qué van a hacer si no hay remedio ya? Los invasores se han posesionado de todo Veracruz.

—No obstante, se oyen tiros frecuentes, y ha de ser que por algunas partes se lucha todavía, objetó Jorge.

—Es posible; pero pueden estar seguros que ahora será inútil todo cuanto aquí se intente hacer. En mi concepto debemos prevenirnos para evitar que se internen tierra adentro impunemente.

—Pues estamos a tus órdenes, contestó Jorge.

—Ya nos habríamos ido por el rumbo de Soledad; pero es seguro que nos encontraremos con el cobarde y traidor ge-

neral Maass, que aprovechándose de la ocasión no titubearía en mandarnos asesinar. Es preferible que tomemos otro rumbo, ya que cualquiera es bueno, porque por todas partes han de pensar los americanos internarse, y en tal virtud, creo que debemos irnos a Boca del Río, para defender esa región.

—Muy bien pensado, dijo Manuel, y por mi parte estoy listo.

—También yo creo acertada la idea, dijo el capitán Gómez Anaya, que no abandonó a Jorge ni un momento.

—Pues vámonos antes de que los yanquis se extiendan por esa región, manifestó Jorge, y agregó: cuando estemos en Boca del Río, haremos por comunicarnos con los demás amigos, para que se vayan a reunir con nosotros.

—Si nos dan tiempo los gringos, objetó Manuel.

—Sí nos lo dan, porque para avanzar fuera de Veracruz, yo creo que necesitan organizarse.

—Hay que principiar por quemar todos los papeles que tenemos aquí, y procedan desde luego a hacerlo.

En un instante consumió el fuego todos los documentos que guardaban los revolucionarios en la que fué hasta esa hora recinto de colaboradores para la reivindicación de la patria por medio del constitucionalismo acaudillado por don Venustiano Carranza.

Salieron después nuestros hombres, y tomando al sur por toda la misma avenida Bravo, lograron un camino que los condujo a las selvas, por entre las que siguieron en dirección hacia el vecino poblado de Boca del Río.

No dejaba de pensar don Pascual en su esposa e hijas; pero se decía: han de haber tomado sus precauciones para no ser víctimas de los invasores, y si no lo hicieron así no hay más remedio que conformarse, puesto que es imposible que en un peligro de la patria, como el en que se encuentra

actualmente, deje de cumplir con mi deber de sacrificarme por ella.

Jorge a su vez también pensaba en su mamá y hermanas, y aprovechando la ocasión de poder hablar de ellas a su padre, ahora que iban de camino, le dijo:

—¿Se habrá salvado nuestra familia de la balacera?

—Así lo espero, teniendo en cuenta que, como mujeres, lo más que habrán hecho es irse a algún hospital para dar sus auxilios a los heridos.

—Tuve la idea de suplicar a Pancho que se diera una escapadita a la casa, para que me informara de ella después; pero desde antes de anoche se me desapareció y no he vuelto a saber de él. Probablemente fué a ver a su familia y los ruegos de su mamá y hermanas consiguieron que no las abandonase de nuevo.

—No lo creo, dijo don Pascual, porque recuerdo que cuando te fué a buscar para invitarte a la defensa, en los momentos en que estaban desembarcando los americanos, su ánimo era el de la resolución de cumplir con su deber para con la patria, que está sobre todos los afectos.

—Tienes razón; pero entonces, ¿por qué no volvió a reunirse con nosotros?

—Tal vez no haya podido encontrarnos. Ya verás que si alguno le informa que estamos en Boca del Río, se viene para acá.

—Pobre Pancho, es muy buen amigo.

—Sí, y muy caballeroso; lo quiero bien.

En estas y otras conversaciones sobre el tema de la invasión, se entretuvieron durante el camino nuestros héroes, hasta que llegaron a Boca del Río, población situada cerca de la ribera del mar, muy pintoresca, cuyo nombre es debido a que en ese lugar desemboca el río de Medellín.

Don Pascual tenía allí a un antiguo y buen amigo, que los hospedó, dispensándoles toda clase de atenciones.

Los dejaremos descansar un poco y regresaremos a Veracruz para saber por qué Pepe y Enrique se encontraron con Luisa cerca de los Cocos, en vez de estar con Carolina en la estación Terminal, adonde se dirigieron ambas en busca de la "autoridad" con quien gestionarían la libertad de doña Elvira y Graziela.

X

Pues bien; al llegar a la transversal Emparan, por Independencia, un tumulto de yanquis que disputaban con unos mexicanos las detuvo, y en la imposibilidad de continuar en la misma dirección, decidieron dar la vuelta por la citada calle de Emparan; pero ya cerca del teatro Principal, y poco antes de llegar a la casa de Merceditas y sus hijas, por donde tenían que pasar, se encontraron con una pareja de soldados americanos, a quienes cedieron la acera para tomar por en medio de la calle, lo que molestó tal vez a los yanquis, que, aunque ya habían pasado, se regresaron y les gritaron:

—¡Halt, halt!...

Luisa y Carolina se hicieron las desentendidas y apresuraron el paso, penetrando al zaguán más próximo para esconderse; pero los yanquis las siguieron y dentro del zaguán, intentaron apoderarse de Carolina que fué a la que primero alcanzaron; pero se volvió Luisa e hizo dos disparos con su pistola, tan certeros, que los dos yanquis cayeron al suelo, muertos instantáneamente.

Al ver esto las jóvenes, salieron otra vez a la calle aparentando tranquilidad acostumbrada pudiendo alejarse del sitio sin que nadie se diera cuenta de lo sucedido, porque dos

detonaciones en un lugar donde tantas había a cada momento, no llamaron la atención.

¡Quién había de decir a los yanquis que les habría de costar caro haber herido a Luisa!

Fué el hecho verdaderamente inesperado, porque si no apresan a doña Elvira y a Graziela, casi es seguro que la pobre Luisa no es obligada a defenderse de probables ultrajes como los de que fueron víctimas su madre y hermana, pues quizás no hubiera salido de su casa.

El acontecimiento las hizo desistir de continuar a la estación terminal y doblando la esquina de Emparan, se regresaron por Cinco de Mayo, con dirección al sur, decididas a esperar a Pepe para que él fuera el que se encargara de dar los pasos necesarios para conseguir la libertad de las presas.

Tal idea indudablemente que fué la mejor de todas, porque ya vemos que doña Anita tuvo razón cuando dijo a la propia Luisa, "que no debía exponerse a las insolencias de la soldadesca", porque su experiencia la hizo preveer de lo que son capaces los hombres sin principios morales, cuando pueden aprovechar la ocasión al hallarse frente a jóvenes con los muchos atractivos de la misma Luisa y su hermana.

Pero sigámoslas a ver si logran llegar a su casa sin tener otro percance en su camino.

¿Qué no? ¡Bah!, si en cuanto llegaron a la calle de Ocampo, por donde iban a tomar para salir a la Alameda, se suscitó otra cuestión.

No las dejaron pasar.

Retrocedieron para el Cinco de Mayo, y una valla de soldados que se formó frente al cuartel, pero atravesando la calle de Ocampo, estaba impidiendo el paso.

Quedaron encerradas, sin esperárselo.

Los yanquis estaban haciendo alguna cosa que a ellas no

les importaba, y pasó una hora, y pasó otra hora, hasta que al fin, sumamente contrariada Luisa, decidió dirigirse a uno que presumía de mandatario, y en correcto inglés le suplicó le hiciera favor de sacarlas de ese cerco, porque les urgía llegar a su casa.

Con una cortesía que sorprendió por inesperada a ambas jóvenes, el militar yanqui obsequió los deseos manifestados.

Esta acción hizo suponer a las hijas de don Pascual, que o no era yanqui el militar a quien afortunadamente se dirigió Luisa, o de casualidad vino ese a Veracruz, de los pocos que habrá en Estados Unidos de sus mismas cualidades.

Cuando llegaron a su casa, se abstuvieron de decir nada a doña Anita y su hija, conviniendo además, entre ellas, que Carolina esperara a Luisa, mientras ésta iba a encontrar a Pepe a la estación de los Cocos, para que no perdiera el tiempo y principiara a trabajar en cuanto llegara, a fin de que pronto quedaran libres doña Elvira y Graziela.

Salió, pues, Luisa, quedándose Carolina en compañía de Rosita, que para entretenerla le contó todos los detalles de lo ocurrido a Luisa, sin olvidar los relativos a la india que trajo las cartas de Pepe y Enrique.

XI

Para que podamos inferir si las gestiones que habrán de hacer los jóvenes navales por la libertad de doña Elvira y Graziela, serían o no infructuosas, seguiremos a ellas y a los yanquis que las conducen.

Vimos que los mencionados yanquis las asaltaron, ultrajaron y maniataron, usando, según su psicología, todo lujo de barbarie, tal vez con ánimo de sembrar el pánico en los habitantes de la ciudad, a fin de que cesaran las matanzas que les

hacían los inconformes con ver hollado el suelo mexicano por semejantes hordas extranjeras.

Pero tales barbaries no podían menos que producir efectos contrarios a los que se buscaban, puesto que los resultados están en razón directa de los medios empleados para obtenerlos; en consecuencia, al agravio de ser vejados en sus familias, porque se hacía abstracción hasta de las consideraciones del derecho de gentes, era de esperarse que trataran de protestar con la razón de las balas, ya que no había otra manera de entenderse con los que parecían haber venido del centro salvaje de África, para hacer gala de la fuerza bruta, del derecho del más fuerte, con un pueblo indefenso y por consiguiente civilizado y por lo mismo patriota y digno.

Los combates sostenidos por los veracruzanos contra los asaltantes de la ciudad, fueron tan intensos como posibles, durante unas veinticuatro horas, porque el día 22, a la misma hora poco más o menos, completamente se debilitaron; pero tal debilidad no fué porque hubiese sufrido menoscabo el sentimiento de amor a la patria ultrajada, sino por la falta de elementos para combatir, y ¿qué de extraño tiene que la dignidad del débil lo impulse a aprovechar cualquier medio a su alcance para defenderse de la agresión del fuerte? Un ejemplo vimos en Luisa: a pesar de ser una señorita, tuvo la necesidad de cometer dos homicidios, porque si no los hace, ultrajan a ella y a Carolina, como fué ultrajada su respetable mamá y su no menos respetable hermana Graziela, por el delito de ser mexicanas. ¿Qué escrúpulos de conciencia pueden acusar a Luisa de las muertes que hizo? Ninguno, porque cumplió con su deber y deber impuesto no por leyes morales dictadas por conveniencias humanas, sino el deber que impulsa desde lo más hondo del alma a procurar la conservación de la vida, y la salud del cuerpo.

Afortunadamente, siempre se hallan entre hordas salva-

jes de individuos, algunos que lo son menos o que absolutamente no lo son, y este fenómeno de la naturaleza humana fué lo que salvo a doña Elvira y a Graziela de ser internadas en una prisión donde quién sabe a qué grado hubiese llegado la infamia de los ultrajes que hubieran vuelto a sufrir.

Es el caso que los soldados que las conducían rumbo a la estación Terminal, se encontraron al llegar a la esquina de Emparan con un jefe, que los increpó merecidamente por el espectáculo de llevar maniatadas a dos mujeres que a juzgar por su apariencia, eran damas distinguidas incapaces de delito ninguno.

Y, por supuesto, que como Graziela hablaba correctamente el inglés, al darse cuenta de las increpaciones del jefe a los soldados, le hizo una relación exacta de todo lo ocurrido, cuyo resultado fué que el mismo jefe en persona les quitara las esposas de las manos, castigara allí a los soldados y, después de dar toda clase de satisfacciones a las damas, se ofreciera caballerosamente a acompañarlas a su casa.

No hay para qué decir el cambio que se efectuó en el espíritu de las pobres víctimas, quienes aceptaron de buen grado los cumplidos del yanqui militar; pero en vez de pensar en irse hasta su residencia de la Alameda, prefirieron refugiarse en la de Merceditas y sus hijas, que tan próxima estaba, y allí las dejó el caballeroso americano, no sin reiterarles su pena por lo ocurrido.

XII

Sorpresa muy grande fué la de Merceditas al ver a doña Elvira y a Graziela, y ella y sus hijas Elisa y Charito las recibieron con el afecto sincero que es característico de las veracruzanas; pero el contento de la primera impresión des-

apareció para dar paso a la indignación y a la pena, cuando supieron la causa que las obligó a ir a refugiarse allí.

Después convinieron en que no saldrían para su casa, sino hasta que no hubiese riesgo ninguno de ser agredidas nuevamente por la soldadesca.

—¿Pero y mis hijas Luisa y Carolina, sobre todo ésta última, cuya suerte no sé cuál sea?

—Ya averiguaremos ahora mismo dónde está. Tranquilícense, que es lo importante, ya que aquí están en su casa.

Al enterarse Elisa y Charito de que Carolina, a quien tanto querían, podría ser víctima de atentado de los invasores, dieron muestras de una angustia terrible, y se pusieron inquietas, ávidas de hacer algo por ella; y en una de tantas veces que se acercaron a las persianas de uno de los balcones, dió la casualidad que vieran a un joven conocido, y precipitadamente abrieron las mencionadas persianas y se dirigieron al jóven preguntándole si sabía de la amiguita.

—Me place decir a ustedes, contestó, que en los momentos que pasaba por su residencia de la Alameda, entraba a la casa de doña Anita, la española que vive junto, habiéndola recibido su hermana Luisa y la señorita Rosa.

—Gracias, dijeron Elisa y Charito al conocido, que siguió su camino.

Violentamente cerraron el balcón y con una alegría imponderable, trasladaron la noticia recibida a doña Elvira y a Graziela, quienes sintieron en sus almas el alivio de una gran aflicción.

—Ya pueden estar tranquilas, dijo Merceditas; y le ruego, Elvirita, que me prometa que no se irán de aquí sino hasta que todo entre en relativa calma, ya que considero que no será absoluta.

—Estaremos pendientes, contestó la esposa de don Pascual, agradeciendo mucho las atenciones que las dispensaron.

Según podemos deducir, nuestras heroínas pasaron esa noche y día siguiente juntas, y ya veremos por cuánto tiempo más continuaron así.

XIII

Como la primera noche que estuvieron los invasores dentro de Veracruz en posesión de la ciudad, sufrieron algunas bajas a causa de que se les cazaba desde balcones y azoteas, dictaron su primera disposición, que fué publicada en tiritas de papel con escritura en máquina.

Se ordenó que todo el vecindario se recogiera a las siete en punto de la noche, cerrando las puertas de sus casas, advirtiendo que se haría fuego sobre cualquiera persona que transitara por las calles después de la hora señalada, así como sobre quienquiera que fuese el que se asomara por puertas y balcones.

Como se ve, el derecho del más fuerte seguía imperando de un modo terrible, pues siendo los que lo poseían los agresores, amarraron de pies y manos a sus víctimas, para estar seguros completamente de que podían proceder en todo y por todo, con impunidad.

El pueblo veracruzano no vió más remedio a sus infortunios, que el de hacer derroche de su reconocida sensatez, y sometiéndose a los rigores de una temperatura de cerca de 40 grados, a las siete en punto de la noche no se veía en las calles sino a los yanquis, gozosos por la satisfacción de sentirse autoridades inquisidoras de ciudadanos civilizados.

Semejante primera disposición tuvo, sin embargo, sus excepciones. ¡Pero qué excepciones! Las casas que se les antojaban "sospechosas", no se habían de cerrar a ninguna hora y estarían bien alumbradas, para inspeccionarlas por

todos los rincones cuando les diera la gana; de manera, que las señoras y señoritas, no podían gozar de tranquilidad.

Una de las casas comprendidas en la excepción de "la Ley", fué la botica "La Mexicana", en la avenida Independencia, propiedad de don Rafael Pizá, cuya familia, compuesta de su esposa y varias señoritas, pasaron penas indecibles, por más de ocho días con sus respectivas noches.

CAPÍTULO SEGUNDO

El sacrificio antes que la traición

I

El español que hospedó en su casa a don Pascual y a sus acompañantes, no cabía en sí del gusto, porque aprovecharía la ocasión de recrearse con las pláticas del viejo militar, siempre revelante de un vasto criterio.

Luego que llegaron, lo primero que hizo Jorge fué preguntar si había comunicación telefónica con Veracruz, porque pensó dos cosas: hablar con su familia para informarse del estado de ella, y con los amigos, a fin de que vinieran a reunírseles; pero la contestación fué que los hilos estaban cortados y tuvo que conformarse con buscar otro medio de comunicación.

No pasó inadvertida para el español la contrariedad que sufrió el joven con la noticia, contrariedad que también se retrató en el semblante de don Pascual, cuando su hijo le contó lo que pasaba con el teléfono, y a fin de distraer a sus huéspedes, les proporcionó los periódicos de Veracruz, últimamente llegados por conducto de un traficante con la venta

de ellos, que de tres centavos que valían los hizo subir a veinticinco y hasta a cincuenta centavos el ejemplar.

Tomó Jorge "El Dictamen", llamándole la atención el español sobre el encabezado que decía: "Clausura y reaparición.—Actualidad política", y suplicándole su lectura en voz alta para que la oyera don Pascual.

Jorge leyó:

"Reproducimos a continuación el artículo que ocasionó la clausura de "El Dictámen", el 10 de enero de 1914.

"Circula por ahí el rumor de que un individuo muy conocido en la localidad, está formando una lista de los enemigos del Gobierno para que éstos sean ejemplarmente castigados, bien enviándolos a Quintana Roo, bien "pelándolos de casquete" para que ingresen a las filas o a San Juan de Ulúa.

"Esto no puede ser verdad. Todos tenemos derecho de ser simpatizadores o enemigos del Gobierno, y mientras no transgredamos las Leyes, debemos ser respetados.

"Los hombres honrados, los ciudadanos patriotas que trabajan, que piensan, que sienten, que tienen familia y que anhelan el bien nacional como el suyo propio, no pueden ser perseguidos ni molestados por sus ideas, por más que éstas pugnen con las de los hombres del Poder.

"Hasta hoy, felizmente, y lo decimos para honra de los que en el Estado de Veracruz tienen el mando, las autoridades políticas y militares no han seguido el ejemplo de los émulos del doctor Urrutia y del general Mondragón. En esta tierra de libres, los hombres del poder han repugnado ceñirse los tristes lauros del general Mier y Terán.

"El peligro para un gobierno fuerte no existe en los que en pueblos y ciudades "opinan", sino en los que en los campos de batalla tratan de derrocarlo. Ahora, si la fuerza de la opinión en contra es poderosa, es potente, es uniforme, en-

tonces esos gobiernos están condenados a perecer. Pero los gobiernos justos y legítimos, no deben temer la opinión pública.

"Nosotros no somos partidarios del actual Gobierno, por su origen, por sus sistemas, por los hombres que están en la cúspide del poder. Quisiéramos ver otros hombres y otros procedimientos, porque sin un cambio, la paz de la nación, desgraciadamente, no la vemos cercana.

"Tenemos derecho a pensar así y a externar nuestras ideas y a ingerirnos pacíficamente en esta cuestión vital para la patria.

"Si a Mr. Wilson le negamos el derecho de pedir su renuncia al general Huerta, nosotros, los mexicanos, sí tenemos derecho de solicitarla.

"Esto escribía el director de "El Dictamen" en pleno imperio de terrorismo autocrático, cuando la formidable dictadura militar sofocaba el último soplo de virilidad en el alma del periodismo honrado. Queríamos ser nosotros, los mexicanos, quienes pidiésemos, como un posible remedio, como un paso en el camino de la pacificación, la renuncia del general Huerta, su separación del mando supremo de la República, persuadidos, convencidos, saciados en la firme seguridad de que el general Huerta en el poder, y la paz de la nación, eran polos opuestos, era una utopía, un verdadero imposible. Entonces pudimos y debimos ser oídos, debimos ser siquiera secundados, si en realidad surgía, como esperanza salvadora, mayor número de los solicitantes, que el de los incondicionales presupuestívoros o personalistas apasionados. Eramos los hijos de la República quienes teníamos el derecho, y más que el derecho, el sagrado deber, dictado de sincero patriotismo, de solicitar la renuncia del general Huerta; necesidad que venía acentuándose conforme avanzaba la revolución, la crisis económica y las dificultades internacionales.

Eramos los mexicanos, en presencia del conflicto indetenible, quienes debimos sentirnos con la obligación de erguir nuestra enérgica protesta contra temeridad de obstinaciones. Mientras la paz era imposible, el desastre nacional se levantaba imponente e inevitable. Clamamos a tiempo; todavía estaba en el camino quitar siquiera el pretexto, no para satisfacción de extraños, sino en pro de recursos decorosos para allegar la conciliación.

"Cuando la avalancha revolucionaria era irresistible, cuando se habían agotado los elementos todos de lucha discreta, orillar el conflicto internacional parecía lo menos patriótico.

"Sin embargo, ¡triste es confesarlo!, el franco apóstrofe del director de "El Dictamen" se perdió, solo y desairado, en la tétrica Bastilla de San Juan de Ulúa. ¡Amarga respuesta a tan patriótico y viril impulso de periodismo honrado! Se consiguió llegar hasta donde nos esperábamos y temíamos fundadamente, porque quienes no pudieron oponerse con las armas a la obstinación, constituyeron una minoría insignificante, y aun ésta fué sofocada en los calabozos; esos que alardearon patriotismo, iniciaron la senda del desastre.

"Bajo el peso de una indiferencia aplastante, cayeron espíritus superiores en tumbas y celdas, y asombró a su caída el amortiguamiento de las libertades públicas; sin la excusa de un fin pacificador, porque la ola tremenda bajaba formidable del Norte. Eramos nosotros y no Mr. Woodrow Wilson quienes teníamos el derecho y el deber de agruparnos para buscar una solución favorable al duro trance. No supimos, no pudimos y no quisimos, y he aquí que el extraño ha venido, con la provocación inaudita de los obcecados, a librar el sangriento combate, para nosotros los desairados tan imposible como doloroso.

"Principios liberales y nunca interesado medro persona-

lista, sostuvo con firmeza esta publicación, hasta que el esbirrismo cumplió su consigna, clausurando y aprehendiendo al director.

"Pero cesando ya el motivo que—desgraciadamente a la sombra de ajenas energías—suspendió la publicación, reanudamos nuestra labor, en defensa de los intereses sociales y nacionales, dentro de los límites trazados por la hora trágica.

"La protesta de "El Dictamen", como lo está la de la honrada conciencia nacional, vibra todavía en pie, y seguirá en la historia, contra los autores de nuestra hecatombe, indiferentes, pasivos y activos laborantes. Unos y otros responderán al porvenir, en tanto que los vejados y desoídos de ayer, creen en la patria y esperan su reivindicación. Los procedimientos del general Huerta, con anterioridad, luego los de una parte del país, la que constituyó poco digno personalismo, a su lado; y los del Comandante militar de la plaza, en el último instante, nos encerraron en la jaula de acero de la impotencia.

"El tiempo dirá lo demás, ¡descarnará la terrible verdad!".

Acabada la lectura, preguntó el español a don Pascual, qué le había parecido, y contestó:

—Estamos de acuerdo por lo que a la situación del país respecta, pues efectivamente, todos, absolutamente todos, debimos haber levantado nuestra voz ya que no nuestras armas, para evitar tantos crímenes como se han cometido. Pero por desgracia, "no supimos, no pudimos o no quisimos", como dice el articulista de "El Dictamen". Y agregó: por mi parte, con la experiencia que tengo de lo que son las revoluciones en mi país, estoy completamente decepcionado, pues los verdaderos patriotas, los que luchan por verdaderos ideales y no por el logro de riquezas y poder, hallan la recompensa de

las persecuciones y molestias, cuando no la de ser asesinados, porque los pillos ven, como es natural, en cada hombre honrado, a un enemigo irreconciliable. Sin embargo, no he podido permanecer indiferente, primero, contra Porfirio Díaz y después contra Huerta, y he contribuído con mi óbolo para reivindicar a la patria de la ignominia que han arrojado sobre ella sus malos hijos. Ahora me propongo estar pendiente del giro que los acontecimientos tomen, por lo que a la intervención se refiere, pues mi dignidad de mexicano y de militar por añadidura, harán que me ponga a la cabeza de hombres armados que convocaré, para disputar al extranjero el palmo de tierra que siendo de nosotros y de nuestros hijos, profanen con sus impúdicas plantas.

Muchos vecinos del pueblo se habían aglomerado en derredor de los huéspedes y oían con suma atención lo que decía don Pascual, revelándose en todos el entusiasmo con que fueron recibidas sus últimas palabras, pues un estruendoso palmoteo siguió a ellas.

El español, que estaba pendiente de estos detalles, se subió sobre un banco próximo y gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—Señores, ¡viva el coronel Ramírez, viva México!...

La respuesta fué unánime y su eco repercutió en la lejanía del mar.

II

Al estrechar Pepe a Luisa entre sus brazos, recobró ésta toda su energía, sintiéndose capaz para vencer todos las desgracias que se habían desencadenado sobre ella y su familia.

—¿Qué te sucede, alma mía?, fueron las primeras palabras que le dirigió Pepe.

Alzó Luisa su hermosa faz y fijando sus bellos ojos en los de su novio, le dijo:

—Gracias por el sacrificio que has hecho para acudir a mi llamado como te lo supliqué. Son tantas las desgracias con que estoy luchando, que no obstante el dominio que siempre he procurado ejercer sobre mí misma, hubo un momento en que me sentí abatida, sin fuerzas para resistir a la enormidad de los acontecimientos, y mi corazón me impulsó a buscar tu apoyo, sin el cual me consideré impotente contra la adversidad. Ahora que te tengo cerca de mí, ahora que en tus ojos veo la dicha de tu amor, me siento bien, me siento capaz de vencer prontamente las desgracias...

—Pero, reina mía, si aún no me dices lo que te pasa. Dímelo de una vez, que me tienes en ascuas.

—¡Pobrecito de ti! Sí, te voy a contar todo, todo; pero has de estar muy cansado, vamos andando para la casa.

Y separando sus brazos de los de Pepe, se colocó a su lado, y yendo Enrique del otro empezaron a andar.

Luisa se cubrió la cara cuanto pudo con el manto, y como no dejó de cojear, le preguntó Pepe:

—¿Por qué son tantas precauciones, hasta el extremo de cojear seguramente para que no te conozcan?

—Es verdad, contestó descubriéndose la cabeza toda, para que el manto descansara sobre sus hombros.

Pero lo que no pudo reprimir fué la cojera, y entonces Enrique le llamó la atención:

—¿Por qué cojeas?

—Porque no puede ser de otra manera, me duele mi herida.

—¿Qué cosa dices?, preguntó Pepe con vehemencia.

—No te preocupes, casi no es nada.

Pero Pepe sintió adolorido su corazón por la sospecha de que la herida fuera la causa de que lo llamara Luisa, por-

que hubiese sido víctima de alguien con el premeditado fin del abuso de su honor, y con más vehemencia le preguntó:

—¿Qué tienes, Luisa, dime?

—Un balazo en la pierna derecha.

Una ola de sangre tiñó de púrpura el rostro de Pepe, que se quedó un momento mudo, temiendo saber toda la realidad.

Enrique, por su parte, temió por Carola, y aventuró la pregunta:

—¿Y Carola?

—Está en la casa esperándonos.

Pudo hablar Pepe, y exclamó:

—¡Guay del miserable que se atrevió a herirte, lo mataré!

—No te exaltes, mi vida, le dijo Luisa con una ternura infinitamente grande; cálmate, que la herida me la causó una bala perdida.

—No me engañes, Luisa, dime la verdad.

—Ni ahora ni nunca te he dicho mentiras.

Comprendiendo Pepe el agravio hecho con su duda a quien para él era algo así como el elemento principal de su vida, cambió en el acto de expresión y susurró al oído de su amada:

—Perdóname, bien mío.

Luisa, por toda respuesta, le sonrió como sonríe la mujer que ama y está satisfecha.

Pepe recogió en su corazón aquella sonrisa y envolvió a Luisa en una mirada tan tierna, tan amorosa, tan expresiva, tan vehemente, que no obstante las circunstancias, la hizo sentir el beso de una dicha intensa.

—¿Y cómo está la demás familia?, preguntó Enrique.

—De papá y Jorge no sé, de mamá y Graziela... tampoco sé.

—¿Qué dices?, exclamó Pepe.

—Justamente esa es la causa que me impulsó a llamarte, pues necesito que, en primer lugar, vayas a informarte adónde se hallan mamá y Graziela, y después, que por los medios posibles consigas que desde luego sean puestas en libertad.

—¡Cómo en libertad!

—Sí, desde anoche al salir del cuartel de bomberos, donde está establecido el hospital de la Cruz Blanca, las asaltaron unos americanos y se atrevieron a pegarles...

—¡Oh!... exclamaron a un tiempo los jóvenes.

Luisa prosiguió:

—Les ataron las manos y se las llevaron no sé para dónde.

—¡Qué salvajismo!...

—Te ruego que por el amor intenso y puro que arde en nuestros corazones, vayas sin pérdida de tiempo a averiguar lo sucedido a mi pobrecita mamá y a Graziela.

—No dudes ni un momento que vamos a hacer cuanto quieres y aún más que sea necesario; pero te dejaremos en tu casa.

—Mira, le dijo Luisa, ya estoy casi enfrente; adelántense y vayan a sacar del suplicio a las inocentes víctimas.

—No tengas cuidado, le dijo Pepe, estrechándole una mano.

—Te suplico saludes a Carola, le dijo a su vez Enrique, y no duden que pronto volveremos.

Apresuraron el paso y se alejaron, no sin volver muchas veces la vista hacia Luisa, quien parada en la puerta de la casa de doña Anita, les decía "hasta luego".

Cuando entró se echó en los brazos de Carolina, diciéndole:

—¡Ahora sí debemos tener confianza en que pronto volveremos a abrazar a mamá y a Graziela!

III

Al llegar los dos navales a la ex-Comandancia Militar, sintieron en sus almas de patriotas una indignación atroz, al ver que estaba ocupada por las huestes extranjeras, que antes habían castigado rudamente desde el recinto de la escuela; pero ahogando su dolor, ocultaban cuanto les era posible la expresión de sus semblantes descompuestos, para poder cumplir la promesa hecha a las angustiadas hijas de don Pascual, que después volverían a sus puestos en las avanzadas de las tropas mexicanas, para luchar hasta morir por la integridad de la patria.

Hasta estos momentos de ruda prueba para nuestros jóvenes, fué cuando comprendieron la magnitud de la traición de los americanos y la del general Maass. La de los primeros, por haber asaltado como gente de la peor ralea a una ciudad indefensa, sin importarles la vida de ancianos, mujeres y niños; y la del segundo, por no haber tomado sus precauciones para que la propia ciudad hubiese sido evacuada, a tiempo, por los mismos ancianos, mujeres y niños, a fin de no exponerlos a la barbarie de los asaltantes.

Pero ya no había remedio. El mal fué hecho, y ahora evitar que se extendiera más allá de los límites de la ciudad de Veracruz, era lo que se necesitaba.

La oficina de la ex-Comandancia Militar estaba convertida en un recinto de soldados yanquis. Los papeles por el suelo; los escritorios rotos y en desorden; las mesas sirviendo de camas o de descanso a los pies que encaramaban los que junto a ellás se sentaban en los sillones correspondientes a las mismas.

¡Qué ejemplos de urbanidad, qué pruebas de civilización...

Venciendo una gran repugnancia, se acercaron Pepe y Enrique a un americano, que según sus galones era coronel, y en el idioma de Shakespeare, que ahora resultaba una amargura en boca de los veracruzanos, le dijeron que se sirviera informarles adónde podían hablar con el contra-almirante Mr. Fletcher.

Con la aspereza que a gala tienen los yanquis, inflados por su delirio de equivocada grandeza, contestó después de quererlos anonadar, mirándolos de arriba a abajo, que en la estación Terminal.

Ni las gracias creyeron Pepe y Enrique que merecía el coronel yanqui, y no se las dieron, dirigiéndose desde luego al sitio que se les indicó.

No sin grandes molestias llegaron por fin a la residencia del supremo mandatario de los invasores, y... no les permitieron sus custodios no sólo verlo, pero ni siquiera penetrar a la estación.

Con este motivo de grandes contrariedades, decidieron dominar, aunque aparentemente, su indignación contra las huestes yanquis, para ponerse al habla con alguno, y por medio del cohecho, a lo que son muy dispuestos, según Samuel Smiles, que facilitara la evasión de las prisioneras doña Elvira y Graziela.

Se acercaron a un capitán que parecía el de guardia, y con rodeos sobre el objeto, al fin se informaron que allí no estaban las damas por las que se inquirían noticias.

—¿Qué hay alguna otra prisión donde buscarlas?, preguntó Pepe.

—No sé, respondió el capitán. Vayan a la plaza y tal vez allá lograrán saberlo.

—¿Nos podrán informar en el palacio municipal?

—Yes, yes, dijo el yanqui.

Volvieron nuestros jóvenes a la plaza, y tampoco hubo quien les diera razón de lo que anhelaban.

Empezaron a desesperar, porque miles de conjeturas se hacían, predominando la de que hubiesen sido secuestradas para criminales fines, mancillando su honra. ¿Había razón para semejantes suposiciones? Sí, porque no faltaron, como era natural, vecinos de la ciudad que reconocieran a los jóvenes navales, no obstante su indumentaria de obreros, y les contaran todos los abusos que con el derecho del más fuerte cometían los invasores allanando moradas, tal vez porque se imaginaron que la rendición de la plaza los hacía dueños absolutos de cuanto había en ella.

Los temores de Pepe y Enrique iban siendo cada hora, ¡qué!, cada minuto, más firmes; y sin embargo de que estaban muy cansados, no se detenían en nada para seguir haciendo pesquisas sobre el paradero o fin que hubiesen dado los soldados americanos a doña Elvira y a Graziela.

Hubo alguien que les informara que le pareció haber visto a la señora en el hospital de mujeres—situado en la esquina de Hidalgo y Arista—y para allá fueron desde luego; pero faltaban cinco minutos para las siete de la noche, que les dieron en el camino, y como no sabían nada de la disposición de que a esa hora nadie debería andar en la calle, aún no sonaba la última campanada en el reloj de Loreto—el más próximo—cuando tropezaron con una patrulla, cuyo encuentro no trataron de evitar, debido a su ignorancia dicha, y les intimó la rendición con sus desaforados gritos de ¡halt! y ¡hand up!

Sin que valieran protestas de ningún género, se los llevaron a la cárcel de los bajos del palacio municipal, donde los encerraron.

IV

Cuando se calmaron las aclamaciones del pueblo de Boca del Río, reunido en la casa del español, hospedaje de don Pascual, leyó Jorge la proclama de Mr. Fletcher, (la cual proclama ya conocemos, porque se halla al fin de la segunda parte), en la cual se invita a los empleados municipales mexicanos a volver a sus puestos.

—¿Qué le parece la idea de los americanos?, preguntó el español. Yo me anticipo a decirle que no la encuentro mala para los veracruzanos.

—Pues está usted en un error, como todo el que así piense, porque quien conozca nuestra Constitución, no puede menos que ver insidiosa la tal proclama.

—¿Por qué?

—Sencillamente, porque además de habérsenos vejado en nuestro honor de mexicanos, hollando nuestro territorio, aún se pretende hacernos traidores, aún se quiere hacernos viles y ruines.

—Sí, papá; pero puedes estar seguro que no habrá mexicano digno que vuelva a su empleo para estar bajo el dominio del extranjero invasor, dijo Jorge.

—Tal cosa espero, contestó don Pascual, porque nuestras leyes son lo necesariamente sabias para hacernos dignos del nombre de mexicanos, a los que las observamos en su estricta capacidad moral.

—Siento mucho no estar de acuerdo con ustedes en lo que se refiere a que no deban aceptar volver a sus puestos los empleados municipales, objetó el español, porque preveo que los veracruzanos sufrirán consecuencias graves.

—Ah, pues es preferible cualquier sacrificio a cometer el crimen de traición a la patria, dijo don Pascual.

—No, replicó el español, yo no veo que se pueda calificar de traidor al que vuelva a su empleo, porque va a ser una garantía para los habitantes de la ciudad, desde el momento que no cambiarán sus costumbres, desde el instante que quien tenga necesidad de ir a los tribunales, por ejemplo, será atendido por quienes conocen las leyes y los usos de este país. ¿Será posible entenderse mejor con los americanos que se verán en el caso de constituirse en autoridades civiles, si los nacionales se rehusan a seguir en sus puestos, cuando aquéllos no saben nuestro idioma ni tampoco cómo vivimos? Yo creo que es precisamente patriótico salvar a un pueblo de los atropellos que pueda sufrir por el desconocimiento de los que van a gobernarlo, hasta del idioma que se habla, y que es egoísmo no hacerlo así.

—Ahí está justamente probado con esos argumentos de usted, que es insidiosa la pretensión de Fletcher, dijo don Pascual, porque después que ha consumado la invasión de nuestro territorio con sus tropas, aprovecha la ocasión propicia para obligarnos "bondadosamente" a que le concedamos a sus actos la aprobación que no debemos.

—No, porque promete que las autoridades militares no intervendrán en los asuntos de los civiles, replicó el español.

—Eso de prometer es cosa fácil, y lo que usted cree que es egoísmo de nuestra parte, no existe, porque con el amor a nuestro propio bien, el bien de no ser traidores, revelamos ante el mundo entero la sublime cualidad de inquebrantable carácter para sostener nuestro patriotismo y nuestro derecho de libres e independientes.

Otra ovación fué el premio que recibió don Pascual por la defensa del honor nacional.

El español, oyendo a su huésped, recordó que en la Historia de México se refiere el hecho de que un Cuauhtémoc, con un estoicismo sublime sufrió todos los sacrificios a que fué

sometido, antes que revelar adónde estaban los tesoros de la corona del reino.

Cuando se restableció el silencio, dijo Jorge teniendo la vista sobre el periódico:

—He aquí otra calamidad en el pueblo de Veracruz.

—¿De qué se trata?, preguntaron Gómez Anaya y Manuel.

—Oigan, fué la contestación de Jorge, leyendo después lo que sigue:

"La epidemia de viruela continúa haciendo terribles estragos en la ciudad, y precisa reprimir el avance del mal, a toda costa.

"En el patio de la antigua Plaza de Toros, ubicada entre las calles de Rayón y Libertad, hay tres casos de la cruel epidemia, y los vecinos, que son numerosos, piden a las personas a quienes corresponda el oportuno aislamiento de los atacados de la enfermedad, pues continuando en las condiciones en que se encuentran, pueden originar gravísimas consecuencias.

"El sobreexceso de población, el abandono de la limpia en los barrios, los cadáveres y restos orgánicos todavía tirados aquí y allá, la desatención de los llamados a contener la plaga, tal vez por escrúpulos de equivocado concepto patrio, y la idiosincrática inercia popular, en medio de la anarquía civil en que vivimos, son más que poderosa amenaza de un violento desarrollo de la viruela, conflicto que casi se había logrado contener.

"Nos dirigimos a quien corresponda, a los directores sociales, a los veracruzanos dignos, filantrópicos e influyentes, por sus méritos personales, a fin de que se apronten a facilitar el remedio, cortando de raíz el tremendo peligro en que están los cincuenta mil habitantes del puerto".

—Hubo por allí algo que me sonó mal: eso de "por escrúpulo de equivocado concepto patrio", dijo don Pascual.

—A mí tampoco me sonó bien, dijo Jorge.

—Allí está lo de que hablamos a propósito del manifiesto de Fletcher, dijo el español.

—Pues sí, contestó don Pascual, ¿y qué?

—¿Cree usted que ha hecho bien la brigada sanitaria en disolverse?, volvió a decir el español.

—Hizo perfectamente bien, contestó don Pascual. ¿No constituye una autoridad que hasta se rige por leyes especiales dictadas por el gobierno mexicano? Entonces, si no se disolviera caería bajo las penas severas de nuestra Constitución.

—De manera que no tienen más remedio los veracruzanos que morirse de viruelas, dijo Manuel.

—Sí, hay un remedio para que se salven, contestó don Pascual.

—Pues si no me hace usted el favor de explicarse, no entiendo.

—Todos los hombres deben tener el valor de cargar con las responsabilidades de sus actos, y cuando esas responsabilidades tienen consecuencias funestas, no hay derecho a quejarse.

—Es usted demasiado severo, contestó el español.

—Seré lo que usted quiera; pero ese y no otro es el caso de los veracruzanos. "No supimos, no quisimos, o no pudimos", como decíamos antes, levantarnos todos los mexicanos como un solo hombre para evitar, a tiempo, la invasión americana; entonces somos todos a una responsables del delito de lesa patria, y por consiguiente, debemos ahora tener el valor necesario para sufrir las consecuencias.

—Pero entonces los médicos jefes de la Sanidad cometen otro delito sobre el primero, dijo el español.

—No, señor, porque son tan humanos y mexicanos como

nosotros, y corren los mismos riesgos que todos, de morir de viruelas.

—Bueno, mas no me negará usted que ellos y los que puedan, se procurarán todos los medios posibles para que no los ataque el mal, porque más o menos se sabe lo que hay que hacer y se cuenta con elementos para preservarse; pero tanta gente que ignora hasta los más rudimentarios principios de higiene, ¿cómo se salvará?, preguntó el español.

Nos encerramos en un círculo vicioso, pensó don Pascual, y respondió:

—Si es gente y son mexicanos, se encuentran en el mismo caso de todos; sufrir las consecuencias de su conducta o de sus actos.

—Pues a mi entender es inhumano, replicó el español.

—Es inhumano, como es criminal dejar asesinar a la patria.

—Pero ni se puede evitar la muerte a causa de una epidemia, y sólo los médicos del cuerpo sanitario pueden hacerlo, yo no creo que dejen de ser patriotas si se sacrifican por salvarnos, volvió a replicar el español.

—Para el que quiere ser digno, nunca falta senda que lo conduzca, porque hay muchas que lo puedan llevar hacia allá: que se congreguen los médicos sanitarios de manera privada y pueden seguir prestando sus servicios a la ciudad.

—Me parece muy buena la idea y tal vez a ellos no se les oculte; pero hay que convenir en que no tienen autoridad, y muchos no les harán caso.

—Pues los que no hagan caso a los médicos tendrán que hacerlo a todos los vecinos de la ciudad, que están obligados a ayudarlos por todos conceptos; pero no quiera usted que sean los americanos invasores los que les den autoridad, porque se harían reos de traición a la patria, según nuestras leyes.

—¡Bravo, bravo, muy bien!, exclamaron los oyentes, siguiéndose un palmoteo frenético.

Quiso don Pascual aprovechar el estado de ánimo de los que se habían congregado y lo aplaudían, para organizar una guardia que poner en el camino a Veracruz y subió a un banco, desde donde arengó al pueblo en estos términos:

—¡Compatriotas!: los que deseamos conservar la integridad y el honor de nuestra querida patria, para legarla a nuestros hijos libre e independiente, debemos oponernos por todos los medios posibles a la invasión extranjera iniciada en el heroico puerto de Veracruz. Los americanos, caracterizados por la impudicia en todos sus actos, han tomado como pretexto para mancillar nuestro suelo, las alharacas del beodo consuetudinario, que por medio de los asesinatos consumados en las personas del Presidente y Vicepresidente de la República, usurpó el Supremo Poder; por consiguiente, la única justificación que se ve en nuestros enemigos eternos para atacarnos hoy, es la del derecho del más fuerte; pero nosotros los mexicanos, jamás nos hemos sentido débiles para arrojar de nuestro territorio a todos los que han pretendido hollarlo con impunidad, y hoy y mañana y siempre debemos seguir sintiéndonos fuertes, porque la dignidad sea el tónico de nuestras almas y convierta cada corazón en un baluarte donde se estrellen todas las ambiciones, todas las impudicias de nuestros impertérritos enemigos los yanquis. Compatriotas: la patria clama ayes de dolor, la patria pide a sus buenos hijos que la defiendan, está herida; corred en busca de las armas que tengáis, no hay tiempo que perder, y os espero para que vayamos hasta tomar contacto con el yanqui, para cerrarle el paso.

—¡Vamos, vamos!, gritaron todos y con vivas a México y al coronel Ramírez, corrieron a sus casas por sus armas.

V

No hay para qué decir por qué Pepe y Enrique pasaron toda la noche sin intentar dormir, pues el percance puso a toda prueba sus ánimos; de manera, que haciendo un esfuerzo terrible para dominar la indignación que los quería sublevar contra los invasores, estaban pendientes de los acontecimientos que pudieran venir.

A las seis de la mañana se presentó el carcelero y una patrulla para sacar a todos los recluidos a hacer la limpieza de las calles y otros trabajos, y naturalmente que Pepe y Enrique no iban a ser exceptuados, cómo efectivamente no lo fueron; pero se pusieron de acuerdo para evadirse aprovechando la primera ocasión propicia, que no tuvieron necesidad de esperar mucho, pues al traspasar el umbral de la prisión, en vez de tomar por entre las filas de los soldados, se deslizaron por detrás de ellos, en virtud de que se distrajeron con las detonaciones que oyeron muy cerca, las cuales fueron hechas por otros yanquis que se asustaron probablemente con la sombra que de ellos mismos proyectaba el naciente sol.

Sin la menor molestia ganaron los portales, y como si nada les hubiese sucedido, se sentaron en el de Diligencias a desayunarse, para seguir después en sus pesquisas por doña Elvira y Graziela, pues no querían presentarse a sus novias sin llevarles a su mamá y hermana.

Mientras les servían el desayuno, se entretuvieron leyendo "El Dictamen" que en esos momentos compraron a un muchacho, y lo primero que se les presentó a su vista, fué la siguiente información:

"LOS EFECTOS DE LA METRALLA EN UN NIDO DE HÉROES:

"Nuestro grabado representa la Escuela Naval de este puerto, tal como quedó después de los encarnizados combates que sostuvieron los alumnos del plantel en contra de las tropas americanas que, en número abrumador, atacaron el edificio, siendo necesario, para la toma de éste, la intervención de la artillería de los poderosos acorazados surtos en nuestra bahía, en los momentos del ataque, pues como en anteriores informaciones se ha dicho, los valientes navales tuvieron a raya y en repetidas ocasiones hicieron retroceder a los soldados de la República del Norte.

"En la fotografía que publicamos, y que fué tomada ayer, en las primeras horas de la mañana, pueden observarse los destrozos que la metralla causó en el edificio, siendo éstos mayores en la parte interior, pues los techos de varios departamentos desaparecieron por efecto de los disparos hechos desde el puente del acorazado "Montana".

"Y a propósito de la Escuela Naval, tenemos que informar que el valeroso joven cadete Azueta, va un tanto aliviado de las heridas que durante la refriega recibiera, teniendo los médicos que lo asisten fundadas esperanzas de que pronto recobre la salud perdida. Como no se habrá olvidado, el joven Azueta manejó hábilmente una ametralladora, haciendo gala de un valor espartano.

"Además de la víctima Uribe, se hallan heridos Jorge Sánchez y Juan Sánchez Pérez".

Al contemplar Pepe y Enrique la fotografía de su querida escuela destrozada, la sangre afluyó a sus caras, y cambiando una mirada de inteligencia que significaba la indignación, permanecieron mudos todo el tiempo que emplearon en desayunarse.

Luego que acabaron, dijo Enrique a Pepe:

—¿No te parece bien que intentemos otra vez hablar con Mr. Fletcher?

—Creo que ese es el camino más breve para que sepamos de doña Elvira y de Graziela, pero siento repugnancia de buscar su presencia.

Enrique sentía la misma repugnancia y no tuvo nada que replicar a su compañero.

Se levantaron ambos del asiento que ocupaban en el portal, y sin determinación ninguna que los guiara, tomaron la avenida Independencia, que anduvieron hasta la esquina de Emparan, desde donde vieron salir por Montesinos fuerza armada de americanos, que pasaría por donde ellos estaban; pero no desearon esperarla, y para evitarse contemplar tan desagradable espectáculo, tomaron la citada calle de Emparan rumbo al teatro Principal, pasando casualmente por la casa de Merceditas, de quien no se acordaban en esos momentos. Casi enfrente de la mencionada casa, se encontraron con unos americanos, que hacían de policías, y para apartar la vista de ellos, la dirigieron hacia los balcones de Merceditas, y cuál no sería la sorpresa recibida, al ver la cara de Graziela tras de las vidrieras.

El encuentro con los yanquis, les impidió detenerse para no llamarles la atención, y continuaron caminando hasta la esquina del Cinco de Mayo, donde se pararon.

—¿Viste en la casa de Merceditas una cara parecida a la de Graziela, tras de las vidrieras del balcon?, preguntó Pepe.

—Eso mismo te iba a preguntar; pero supuse que el deseo de encontrarla fué más bien lo que me la reveló, y no te dije nada.

—Pues entonces podemos asegurar que fué Graziela a la que vimos, porque es muy raro que el mismo fenómeno de la ilusión ocurriera en mí.

—Yo creo que si hubiera sido ella, nos habría hablado.

—Tienes razón, dijo Pepe preocupado.

—¿Cómo al vernos no nos hubiera dicho adiós?

—Oye, ¡pero qué bobos! ¿Cómo nos había de conocer si andamos disfrazados?

—De veras, compañero. ¿Vamos a volver a pasar para asegurarnos de si es o no Graziela?

La contestación fué dar media vuelta y regresar.

Pero llegaron frente a la casa consabida y no estaba ya nadie detrás de las vidrieras de los balcones.

—Ven conmigo, dijo Pepe; me esperas en el zaguán, mientras subo a preguntar.

VI

Atravesaron la calle nuestros jóvenes, llegaron al zaguán, tocaron la puerta, que abrieron desde arriba, por medio de un cordón, entraron, y subió Pepe la escalera.

—¿Qué desea usted?, le preguntó una criada que estuvo a recibirlo.

—¿Está aquí la señorita Graziela Ramírez?

—Sí, señor.

El gusto de Pepe fué tan grande, que no sabía qué decir a la criada.

—Dila que quiero hablarle.

—De parte de quién.

—De mi parte, nada más.

Se fué la criada a quien esperaba la familia con una inquietud terrible, y dijo a Graziela:

—Un señor desea hablar con la señorita.

—¿Cómo se llama?

—No me quiso decir.

—¿Qué señas tiene?

—Es un obrero.

—Vamos a ver qué quiere, dijo doña Elvira a su hija, saliendo con ella al encuentro de Pepe y seguidas de las demás, temerosas de algún incidente desagradable.

—¡Doña Elvira! ¡Graziela!, exclamó Pepe al verlas y adelantándose a saludarlas.

—¿Pepe?... exclamaron a un tiempo las aludidas, en tono de duda.

—Ya desesperaba de encontrarlas.

—Pero tú no puedes ser quien eres.

—¡Cómo!, dijo asombrado.

—Si Pepe murió, nosotros lo vimos, ¿cómo vas a ser él?, dijo Graziela que no quitaba sus hermosos ojos del joven obrero.

—Tal vez mi traje las hace dudar... le contestó Pepe, desconcertado.

—¿Cómo es que te apareces a nosotras que te envolvimos en un sudario regándolo con nuestras lágrimas?, le preguntó doña Elvira.

El joven estaba como aturdido con el recibimiento que le hacían, tan inesperado. Sin embargo, les dijo:

—Por qué es esa obsesión en no creer lo que estaís mirando con vuestros propios ojos, lo que oís con vuestros mismos oídos y lo que palpáis con vuestras propias manos? Yo, que soy Pepe, el que las quiere tanto como sabéis, no he venido de ultratumba, como vuestras calenturientas imaginaciones os dicen, y la mejor prueba de que no me he muerto, es la de que me tenéis frente a vosotras.

Doña Elvira, Graziela y las demás, estaban perplejas ante esta aparición inesperada, y no sabían qué sería más cuerdo: si aceptar la prueba que tenían delante o la que obtuvieron en el hospital de la Cruz Blanca.

Pepe no pudo menos que reirse de la perplejidad que observaba en todas, y exclamó:

—Esto sí que no me lo esperaba.

—¿Dónde está la sortija de Luisa?, preguntó doña Elvira.

—No sé a cuál se refiere usted.

—A la que te regaló.

—Siento mucho decirle, que no me ha regalado sortija alguna.

Graziela había estado observando a Pepe al mismo tiempo que reflexionando sobre lo que había dicho antes, deduciendo al fin que verdaderamente no tuvieron ella, Carolina y las demás, una prueba que pudiera considerarse evidente para asegurar que el destrozado de la cara hubiera sido el mismo Pepe; que puesto que sus afirmaciones no tuvieron más base que la presencia de la sortija de Luisa en la mano del muerto, bien podía achacarse tal hecho a una coincidencia, teniendo en cuenta que su hermana había sido herida y tal vez le hubiesen robado la sortija.

Este sencillo razonamiento la hizo que exclamara:

—¡Mamá, yo no puedo dudar más que Pepe no ha muerto!

Y se adelantó a estrecharse en los brazos del joven.

—¡Bendita seas, Graziela, por el bien que me haces!, le dijo abrazándola.

Como si la hija de don Pascual hubiera ejercido influencia sobre todas las demás, cada una se acercó al mismo joven para abrazarlo también, invitándolo a pasar al interior del salón.

—Un momento, les suplicó Pepe; vengo acompañado y me esperan abajo.

—¡Cómo!, ¿quién te acompaña, hijo mío?, le preguntó doña Elvira.

—Enrique, gritó Pepe a aquél, sube aprisa.

—¿Enrique es el compañero y no subió contigo?, volvió a decir doña Elvira.

—El mismo soy, contestó el aludido, saludando cariñosamente a todas.

Luego penetraron al salón, donde tomaron asiento; pero doña Elvira trocó el gusto en aflicción, echándose a llorar con amargura infinita, imitándola Graziela y las demás.

VII

Respetaron los jóvenes navales la aflicción de las damas y señoritas, en virtud de lo justificada que era, y así que transcurrió un momento, que pudo hablar doña Elvira, les preguntó:

—¿Saben algo de Pascual y mi hijo Jorge?

—Nada sabemos, lo que nos hace suponer que estarán bien.

—Ojalá, pues desde el infausto día que desembarcaron los miserables invasores, salieron de casa y no los hemos vuelto a ver. La única noticia que tuve, fué la de que hirieron a Pascual, y cuando fuimos a verlo a la Cruz Blanca, donde lo llevaron, no lo encontramos, porque regresó a combatir a la calle, según nos aseguraron el doctor Cuervo y las enfermeras.

—No tenga usted cuidado, que lo vamos a buscar Enrique y yo hasta que lo encontremos.

—Ay, sí, dijo Graziela; es preciso que busquen a papá y Jorge, porque habiéndose terminado los combates, ya es tiempo de que regresen para no separarnos más de nuestra casa.

—Les juramos que los encontraremos, ¿verdad, Enrique?

—Sí, no descansaremos hasta hallarlos.

—Pero ahora nos van a conceder el favor de que las acompañemos a su casa, dijo Pepe.

—¿Por qué nos las van ustedes a quitar?, prorrumpió Merceditas. No se irán todavía.

—Un compromiso solemne nos impulsa a rogar a ellas que las acompañemos a su casa, y a ustedes que nos permitan hacerlo.

—Pues no, señores, exclamaron a un tiempo Elisa y Charito; no se irán todavía. ¿Qué es eso de resucitar para venir a quitárnoslas?

Sonrieron Pepe y Enrique y contestó el primero:

—El resucitado, según ustedes, soy únicamente yo, porque no he sabido que mi compañero se haya muerto.

—No, yo no he pensado morirme, ni lo pienso.

De verdad que nos has sorprendido, dijo doña Elvira, pues todas las que aquí ves, y Carolina también, te lloramos mucho, creyéndote muerto.

—Les ruego que dejemos para más tarde hablar sobre eso y que se decidan a que las llevemos a su casa. Luisita y Carola están inquietas, casi locas, porque no saben de ustedes y quieren verlas, abrazarlas, convencerse de que no les ha sucedido nada, y nosotros nos comprometimos a buscarlas y devolvérselas.

—¡Pobres mis hijitas!...

—¡Pobres mis hermanitas!...

Dijeron a su vez doña Elvira y Graziela.

—Ante ese motivo, muy poderoso y justificado, dejo, aunque con pena, que se vayan, dijo Merceditas.

—Gracias, le contestó doña Elvira, y añadió: creo que debemos irnos cuanto antes.

Graziela no esperó más; se levantó, la primera, para ponerse su abrigo y ponerlo a su mamá.

Poco después iban dos parejas por la calle rumbo a la

Alameda: doña Elvira del brazo de Pepe y Graziela del de Enrique.

Un hombre, que parecía ser peón de campo, iba siguiendo a poca distancia a nuestros héroes.

El contraste no resultaba entre la indumentaria de los jóvenes y la de sus compañeras; pero nadie estaba ahora para entretenerse criticando, porque había otras cosas graves en qué pensar.

VIII

Pocos momentos después de la arenga de don Pascual, al pueblo de Boca del Río, que tuvo como primer resultado que todos corrieran a sus casas por sus armas, empezaron a congregarse nuevamente, poniéndose a las órdenes del viejo coronel, uno por uno, a medida que llegaban.

Fueron más de cien los ciudadanos armados, y tanto el español como Jorge, Manuel y el capitán Gómez Anaya, estaban absortos al contemplar la influencia que ejerce sobre almas sencillas y nobles, la voz de una conciencia de inmaculada honradez, como la de don Pascual.

Vivas a México; vivas al coronel Ramírez y mueras a los traidores, formaban las ondas sonoras en los aires que jugaban con las flores y las hojas de los árboles que embellecen a Boca del Río.

Don Pascual sentía tan grande satisfacción viendo a aquella gente dispuesta al sacrificio antes que dejar que impunemente hollaran el territorio nacional plantas extranjeras, que pensó:

¡Mientras la corrupción de las clases elevadas no llegue, como no llegará, al verdadero pueblo de México, difícilmente se perderá la nacionalidad!

Vino a sacarlo de estas reflexiones su hijo Jorge, diciéndole:

—El pueblo te aclama con frenesí; está ansioso de ir a cerrar el paso a los invasores; pero yo vengo a reclamarte el lugar que me corresponde, esto es, a suplicarte que me permitas que te reemplace en el campo del honor y del deber.

¡Qué alma tan noble! ¡Qué sublime estaba Jorge delante de su padre! Éste, manifestando su carácter, que lo hacía siempre superior a sus energías, le contestó:

—En tanto que sienta un hálito de vida, estaré dispuesto a la defensa de nuestra patria; de manera que no te inquietes, querido hijo mío, por tu padre; sigue mi ejemplo, y cuando una bala corte el hilo de mi existencia, entonces, entonces tuyo es mi lugar, te lo dejaré con la firme convicción de que me honrarás como debes. Vámonos, no perdamos el tiempo, que la gente nos espera.

No fué posible a Jorge objetar, y, auroleado por su nobleza, salió tras su padre para emprender la marcha a cerrar el paso a las huestes americanas.

El español vió con muy grande pesar que se iban sus queridos huéspedes, y al dar la despedida a don Pascual, le suplicó que contara con él para cuanto fuera necesario, a fin de que no careciera de nada, si acaso tenía que acampar en las inmediaciones.

Agradeció el coronel Ramírez la oferta, dió un estrecho abrazo a su amigo y jinete en buen caballo que le proporcionó un vecino, ordenó la marcha, poniéndose con Jorge, Gómez Anaya y Manuel, a la cabeza.

IX

Luego que llegó don Pascual con sus hombres a un lugar cercano a Veracruz, hizo alto, ordenando todo lo necesario

para la mayor vigilancia de esos contornos, a fin de impedir el avance de los americanos que lo pretendieran.

No fué poco el trabajo que tuvieron Jorge, Gómez Anaya y Manuel, para organizar el campamento, pues eran los ejecutores de las disposiciones del coronel.

Ya entrada la noche, buscaron albergue nuestros jóvenes para don Pascual, sobre todo, y se instalaron en una casucha techada con palma y cercada con yaguas, que fué lo más a propósito por estar situada en el centro de operaciones.

Después de una cena frugal, se conversó sobre los sucesos que ocurrirían en Veracruz con la ocupación de la plaza por los yanquis, y acordándose Jorge que el español le había regalado los periódicos, sacó de su bolsa el que principió a leer en Boca del Río, y preguntó si querían que reanudara la lectura en voz alta.

—Sí, dijo don Pascual; haznos favor de leernos un poco.

Entonces Jorge, extendiendo el periódico, dijo:

—Aquí está un artículo que tiene por título: "LAS VACILACIONES DEL HONORABLE", y según parece trata de la actitud del Ayuntamiento. Dice:

"ENTRE EL DEBER MORAL Y EL COMPROMISO LEGAL.—Después de las veinticuatro horas de la cita verificada por el almirante Fletcher, el H. Ayuntamiento se reunió ayer en "La Lonja".

"Se discutió el regreso a las funciones, contra la renuncia en masa, y se discutió con acaloramiento, privando la idea del temor a un mal paso si se continuaba en el desempeño de funciones durante la presencia del ejército americano en el puerto. Porque, como es natural, de manera más o menos directa, tendría el honorable cuerpo que relacionarse en sus labores con la fuerza militar americana, por conducto de sus jefes. Y esto ha tenido que ser motivo de especial con-

sideración por los munícipes. Un precepto de la ley penal federal declara responsables a quienes en cualquier forma constituyan gobierno en caso de invasión extranjera; y a dicho precepto se atienen para rehusar y resistir la continuidad de sus labores. Es posible pensar que en el seno del Ayuntamiento no se trata de funciones de Gobierno propiamente dichas, constitutivas de una dependencia de mando extranjero, sino de tareas exclusivamente administrativas y citadinas; no mandan a la ciudad, sino la sirven en sus ramos de vida, tan diversos como importantes.

"Al H. Ayuntamiento no le fué comunicada la verdadera situación de Veracruz el día del desembarque americano, y no pudo llenar deberes elementales para con la sociedad; más todavía: se le engañó. De boca de varios regidores tenemos el dato, que no negarán, porque son hombres de honor. Ya dentro de esta red, debería volver la vista a la sociedad angustiada; está perfectamente excusado con la conducta inhumana que se siguió con él. No lo decimos por los hombres, en el deber de luchar si se les hubiera dicho la verdad a tiempo, sino por las familias, por las mujeres, los ancianos, los inválidos y los niños.

"Perpetrada tan solemne temeridad, mediante un engaño siniestro, no le ha quedado otro recurso lógico que ponerse al frente de la sociedad cruelmente abandonada al azar. Y la sociedad, el pueblo de Veracruz, no merece nunca semejante procedimiento. Es de elemental humanitarismo velar por los indefensos, que constituyen la porción delicada y tierna de la sociedad.

"El servicio que se va a prestar ahora no es al elemento americano, bien capacitado para cuidarse solo, sino a los pobladores pacíficos y honrados de Veracruz, de quien depende la corporación municipal. Si por su gusto se hubiese quedado dentro, está bien; que sufriera la anarquía completa.

Pero cuando se le deja engañado y comprometido, es injusto no ver por él. Resulta demasiado sensible volver la vista y no encontrar el refugio de los directores sociales del lugar en tan amargo trance. Es el abandono más penoso y más infundado. Todos los servicios municipales claman por la atención de sus respectivos encargados: desde la salubridad pública, desde la instrucción pública, desde el mercado, hasta la urgencia de recursos de los empleados. ¿De qué van a vivir y cómo cubrir los honorarios de estos hombres? Si este estado de cosas se prolonga, viene el desastre. Habrá que vivir de la caridad extranjera o suicidarse de vergüenza. El Ayuntamiento debe de volver o debe convocar, si son fuertes sus escrúpulos, y al fin los estima legalmente fundados, a una junta de connotados vecinos, para dimitir y encargarles la administración municipal; pero debe obrar con violencia, porque urge que alguien de los nuestros vea por la sociedad, y que somos nosotros los llamados a velar por ella, y no los extraños. Se dice que es punible no solo continuar en los cargos, sino hasta permanecer en la ciudad invadida; pero cuando se notifica la invasión, no cuando se abandonan al poblado y al pueblo. Ya en la trama hay que cuidar de los nuestros. ¿Por qué dejar a los militares americanos, que nada conocen de lo nuestro sobre el particular, ni tienen por qué desvivirse en nuestro abono, lo que a nosotros corresponde? Hay que hacer algo por la sociedad de Veracruz, digna de respeto y consideraciones. El patriotismo en el caso actual, no puede mandar que se abandone a su suerte o que se dejen sus destinos por entero en manos desconocedoras del medio. Siquiera en materia municipal, que Veracruz sea de Veracruz. Es prudente, es humano, es hasta patriótico, volver la vista a los desolados indefensos; resulta penoso que todo lo esperen y todo lo tengan de los extraños. La viruela nos amenaza, la explotación nos sofoca, el medio vil nos asedia, la lucha

se intensifica en torno de la apatía y la indiferencia. Con poca agua, con poca luz, con pocos comestibles, con tanta penuria, con viruela y sin refugio, vamos a la exaltación desesperada, a la protección extraña; y no es ni siquiera humano obrar así. El H. Ayuntamiento debe avocarse a sus trascendentales y urgidas funciones, más cerca del deber moral que del compromiso legal destruído con la conducta del jefe militar de la plaza hasta el 21; o fuera de su carácter oficial, gestionar que, por el momento, personas igualmente honorables se encarguen de amparar a los nuestros. Lo patriótico, a estas alturas es esto".

—Sobre todo lo que acabamos de oír, desearía yo saber: ¿qué opina usted?, preguntó Gómez Anaya a don Pascual.

—Lo mismo que respecto de la Sanidad.

—¿Que se disuelva el Ayuntamiento?

—Exacto.

—¡Qué extremadamente aflictiva es la situación para los veracruzanos!, dijo Jorge.

—¡El sacrificio antes que la traición!..., contestó solemnemente don Pascual.

CAPÍTULO TERCERO

El Gobierno americano en territorio mexicano

I

Doña Elvira oía muy atentamente el relato que sin omitir detalles hacía Luisa, de todos los percances que sufrió desde la noche que al saber que su papá estaba herido, abandonó su casa para ir a auxiliarlo. Pero no podremos decir, si más atentamente que doña Elvira oía también Pepe, porque sin

poderse contener fueron muchas las ocasiones que la interrumpió para que le aclarara algunos puntos, a medida de su deseo, principalmente el relativo a las escenas con Pancho.

Esta conversación, como es de suponer, fué luego que llegaron los jóvenes con doña Elvira y Graziela, a la casa de doña Anita, donde estaban Luisa y Carolina, pues aunque los mismos jóvenes tenían otra misión que cumplir, según sabemos, no se resolvieron a irse nuevamente sin conocer todos los detalles de los percances sufridos por sus novias.

Acabado el relato, siguieron los comentarios; pero Pepe y Enrique se pusieron en pie y rogaron que se les excusara de continuar por entonces con ellas.

—¿Por qué?, les preguntó Luisa.

—Porque vamos a traerles ahora a tu papá y a tu hermano.

Con una mirada tan tierna, tan cariñosa, tan dulce, vió Luisa a Pepe, que éste, sintiendo un estremecimiento en todo su sér, quedó como extasiado.

Pero doña Anita les dijo:

—Si las interesadas por ustedes y don Pascual y Jorge, me lo permiten, veré satisfecho mi deseo de que no se vayan nuevamente a la calle sin que nos hagan favor de acompañarnos "a tomar la sopa".

—¿Cómo es eso, doña Anita?, dijo doña Elvira, si nosotras ya nos vamos también para nuestra casa. Bastantes molestias le hemos ocasionado ya durante todo este tiempo de amargura.

—No, señora, ni ha habido molestias ni se van, porque también ésta es casa de ustedes.

—Muy bien, gracias, y por no contrariar tanta bondad de la que siempre nos tiene satisfechas, aceptamos comer con ustedes, contestó doña Elvira.

—Nosotros siempre nos iremos, dijo Pepe, aunque agradeciéndole sus finezas.

Luisa y Carolina hicieron una de esas indicaciones mudas que saben hacer sólo los enamorados, sin que nadie se percate de ellas, a fin de que no se fueran, y, es claro, que animados por ésto, cuando doña Anita insistió en que se quedaran, respondieron:

—Con todo gusto aceptamos.

Y volvieron a ocupar sus asientos en la reunión.

En la mesa quedaron juntos, como era de esperarse, Pepe con Luisa y Enrique con Carolina, quienes aprovechaban la más mínima oportunidad para traducir con palabras los latidos de sus corazones.

Doña Anita preguntó a los jóvenes si habían visto que mejorara la situación, y contestó Pepe:

—Es indudable que el momento álgido pasó, y que ahora sólo seguirán las agresiones a los yanquis aisladamente, pues nadie que tenga sangre mexicana estará conforme nunca con la conducta de los extranjeros en nuestro país. Aquí traigo copia de una proclama que acaba de lanzar Fletcher, y se las voy a leer. Dice:

"AL PUEBLO DE VERACRUZ

"Como han continuado las agresiones a los soldados de mi mando, haciendo disparos aisladamente desde algunos edificios, y deseando que el orden y tranquilidad queden absolutamente restablecidos, invito a todos los que tengan en su poder armas y parque a que las entreguen en la Inspección de Policía, bajos del Palacio Municipal, a la mayor brevedad, entendiendo que de no hacerlo antes de las doce del día 26 del actual, serán castigados con toda severidad aquellos a

quienes les sean encontradas, así como los que continúen hostilizando a las fuerzas de mi mando.

"Al hacer entrega de las armas y parque, les será otorgado el correspondiente recibo.

"Veracruz, abril 25 de 1914.

"El Contra-Almirante,

F. F. Fletcher."

Y agregó Pepe:

—Esto quiere decir que no omiten medio de procurar reducir a la impotencia, con el derecho del más fuerte, a los dueños de este pedazo de nuestra querida patria, con el objeto de desplegar en todo sus instintos de caníbales sobre indefensos ciudadanos civilizados, que armados se harán respetar, según las pruebas evidentes que recibieron los días 21 y 22.

—Los malvados siempre son cobardes, dijo doña Elvira, y lástima que no hubiera yo tenido la precaución de armarme, como mi hija Luisa, para salir a la calle, pues les habría evitado el gusto de hacer gala de su bravura con Graziela y conmigo, aprovechando los tiros de mi pistola como santamente los aprovechó mi hija.

Pepe y Luisa se vieron y le dijo el primero en voz baja:

—¿Verdad, chula mía, que no lo hubieras hecho mal a mi lado en la escuela?

—Juntos tú y yo, hubiéramos valido por mil defensores de nuestra patria, le contestó Luisa.

Alzando la voz Pepe, dijo a Enrique:

—Compañero, no has dicho cómo pasaste la noche.

—Esos son percances que no merecen la pena.

—¿Pues qué te pasó?, preguntó Carolina.

—Nada, que Pepe y yo no sabíamos que había necesidad de encerrarse a las siete de la noche, y nos sorprendió una patrulla de yanquis, que nos llevó a la cárcel.

—¿Cómo no nos lo habían contado?, dijo doña Elvira.

—No merecía la pena, contestó Enrique.

—Lo que veo es que se hace imposible vivir en Veracruz con semejantes hombres miserables, y que mejor será irse a cualquiera parte para no estar bajo el dominio de ellos, dijó doña Elvira.

—Vámonos, mamá, exclamó Luisa.

—De veras, mamá, vámonos de aquí, insistió Carolina.

—Muchas personas se han ido, contó Pepe.

—¿Y para dónde se irán que puedan estar seguras?, preguntó doña Anita.

—Para cualquiera parte, como dije antes, porque creo que hasta en la Hotentocia contaremos con más garantías. Veremos cuando venga Pascual qué dispone.

—¿Ustedes van a traer a don Pascual y a Jorge?, preguntó Rosita dirigiéndose a los jóvenes.

—Sí, señorita, le contestó Pepe.

Rosita estaba junto a Graziela, y con ella era su conversación.

—¿A quién quiere usted que traigamos primero?, preguntó Pepe a la propia Rosita.

—A los dos, dijo ruborizándose, porque comprendió la intención de la pregunta.

—Muy bien contestado, observó doña Elvira, porque a decir verdad vería con sumo agrado poder llamarte "hija mía" y a tu mamá hermana, pero me habría sentido contigo ahora, si respondes que a Jorge.

Rosita se puso colorada como una verdadera rosa, y mirando a su mamá le contestó a doña Elvira:

—En mí no hay quien se ocupe, como no esa mi mamacita, que es la única que me quiere mucho.

Todos celebraron la sencillez de la joven a quien Luisa dijo:

—Quién sabe si nos vas a dar una sorpresa y tengamos el gusto de llamarte hermana.

—Les suplico a todos que dejen en paz a Rosita, que lo que fuere sonará:

—¡. . . . . !

Doña Anita no tomó participación sobre este punto, guardando discreto silencio.

Terminada la comida, se despidieron Pepe y Enrique, asegurando que antes de las siete volverían a darles alguna noticia sobre las gestiones que iban a hacer por encontrar a don Pascual y a Jorge.

II

Muy de mañana se pusieron en pie don Pascual y sus acompañantes en la casucha de palma en el centro de operaciones de las avanzadas mexicanas, por el rumbo de Boca del Río, y muy de mañana también llegó hasta ellos un emisario que les mandó el español con una canasta de pan, café, carne y otros artículos para que comieran durante el día, sin que hubiese olvidado los periódicos que de Veracruz recibió.

Nada habían pedido al citado español, causa por la cual mayor fué el agradecimiento que sintieron hacia él, y que le hicieron presente por medio del enviado, que se regresó luego que lo desocuparon.

Manuel se encargó de preparar lo relativo a cocina, mientras don Pascual daba sus órdenes para recorrer la línea de defensa y mejorarla en cuanto fuera posible.

Jorge, impaciente por saber lo que en Veracruz pasaba, pidió permiso a su padre para leer los periódicos entre tanto no tomaban el desayuno, el cual permiso le fué concedido, habiéndole suplicado después el capitán Gómez Anaya, que leyera en voz alta para que se informaran todos.

Tomó Jorge "El Dictamen", y entre otras cosas, leyó lo siguiente:

"EL HONORABLE.—El primer dolor consistió, después de la infidencia de unos y la patriótica bravura de otros, en el aislamiento absoluto de toda entidad autoritaria. Se volvió la mirada a los nuestros, y no se encontró a nadie. La oficialidad americana arguye que no encontró con quién entenderse; la sociedad veracruzana, tampoco; había caído desde el comienzo de la épica jornada, en el naufragio de un desamparo angustioso. Tres días de lucha, entre la cita del almirante Fletcher y el temor de incurrir en grave responsabilidad ante la historia, determina la dimisión del Ayuntamiento, sin perjuicio para gestionar cada quien, privadamente, lo que a su alcance estuviese en beneficio de la colectividad. Todos los ramos seguirán siendo atendidos, en lo sucesivo, ya por los munícipes o por personas de reconocidos méritos por ellos designadas. Se puede, pues, en todo caso, contar con que la sociedad no está ya a la merced de un sombrío destino; que tiene representantes idóneos y que a su servicio se han puesto los elementos necesarios para conservarla, tranquilizarla, y garantizarla.

"Luz, agua limpia, mercado, etcétera, cuanto implique inminente urgencia, será atendido como es de rigor, y con mayor empeño, si cabe, dado el aumento de exigencias porque atravesamos. Se acordó cubrir los honorarios de los empleados municipales, por todo el mes en curso, aunque no se resolvió si se reanudarían servicios de instrucción pública, po-

licía, oficinas judiciales, etcétera, que parece quedarán suspendidos. Con esto ya ha entrado mucho en sosiego la colmada excitación pública de los días anteriores".

—Supongo que estará usted satisfecho de la actitud del Ayuntamiento, dijo Gómez Anaya a don Pascual.

—Evidentemente. Ya ves que determinaron lo que los mas rudimentarios principios de moral imponen.

Jorge dirigió a su padre una mirada de satisfacción, que le fué recompensada con otra de sencillez inalterable.

Volvió después la vista al periódico y dijo:

—Vamos ahora a saber lo que determinaron los doctores que componían el cuerpo de Sanidad de Veracruz. Y leyó:

"LOS DOCTORES MACIAS, GARCIA, E ITURRALDE. —Los médicos con cuyos nombres encabezamos este párrafo, han acordado combatir enérgicamente la epidemia de la viruela, con el fin de salvar a tanta víctima que está causando el terrible mal.

"Dichos señores nos han manifestado que de "motu propio" están decididos a combatir la propagación de la viruela, guiándolos únicamente el amor por el bien de la población, sin que para ello haya habido indicación de autoridades, y sin que se les pague o recompense en manera alguna sus trabajos.

"Verdaderamente es de aplaudirse la labor de los distinguidos galenos, y esperamos que el pueblo sepa agradecer el bien tan grande que dichos señores hacen al limpiar a Veracruz de la contagiosa y mortal enfermedad".

—Celebro mucho que haya usted estado muy acertado en sus apreciaciones, dijo Gómez Anaya a don Pascual, pues primero el Ayuntamiento y ahora los médicos de la Sani-

dad, parece que se han inspirado en sus ideas para normar sus actos.

—Aunque el que cumple con su deber ninguna gracia hace, debemos alegrarnos que los munícipes y médicos hayan estado correctos, porque son pocos, hoy por hoy, los que buscan esa satisfacción.

III

Todas las peripecias que sufrieron nuestros jóvenes cadetes de la Escuela Naval, Pepe y Enrique, sentían la compensación, en la balanza que las aquilataba, de las satisfacciones recibidas tanto por lo que a la lucha que sostuvieron con las huestes invasoras correspondía, como por sus gestiones en pro de la tranquilidad de la familia de don Pascual.

Salieron de la casa de doña Anita, y se dirigieron al centro de la ciudad para inquirir noticias con sus conocidos y amigos, respecto de la suerte que pudieron haber corrido las personas que iban a buscar, no teniéndolas todas consigo, en cuanto a que vinieran, por más que una inducción les hacía concebir esperanzas de que se hubiesen salvado.

Esa inducción reconocía como base fundamental, el conocimiento que tenían de la psicología del viejo coronel, cuyos sentimientos patrióticos intensificados por su cultura, lo habrían hecho salir del círculo de fierro en que los americanos estrechaban a los pobladores de la ciudad de Veracruz, después de que él mismo cumplió con su deber, evitando que se hollara impunemente el suelo nacional.

El disfraz de obreros mecánicos que aún conservaban, los ponía a salvo de ser reconocidos por los invasores como cadetes de la Escuela Naval que tantos muertos les hicieron, y, como no había otro remedio, se mezclaban con ellos en las

calles, pues era abrumador el número de soldados que, fusil al hombro, cruzaban por todas partes.

Iban llegando nuestros héroes al portal del cafe Diligencias, cuando en la esquina del cajón de ropa "La Galatea", les llamó la atención un aviso allí pegado y escrito en máquina. Se acercaron y pudieron ver que era una nueva proclama que decía:

"PROCLAMA AL PUEBLO DE VERACRUZ

"Las autoridades de la Federación Mexicana y del Estado de Veracruz, cuando se desembarcaron las fuerzas de los Estados Unidos de América bajo mi mando, me han participado que no podrán continuar en el desempeño de sus cargos respectivos. Aunque las autoridades municipales de esta ciudad, vigilando por los intereses de sus conciudadanos, y correspondiendo a mi indicación, han resuelto continuar en el ejercicio de sus cargos, las leyes y disposiciones municipales no son suficientemente amplias para hacer efectivas muchas funciones indispensables al Gobierno.

"Estos hechos han dado lugar a una situación que hace necesaria la formulación de medidas distintas a las que fueron propuestas en mi proclama del 22 del actual. Por lo tanto, y a fin de proporcionar a los habitantes de Veracruz y del territorio a que después se hará referencia, todos los privilegios que emanan de un gobierno que ejerce las funciones adecuadas para establecer y mantener los derechos fudamentales del hombre, por la presente, y en virtud de las facultades que poseo como comandante de las fuerzas militares de los Estados Unidos de América en la ciudad de Veracruz, decreto que está vigente y rige la ley marcial en la ciudad de Veracruz y el territorio contiguo que se halla ocupado por las fuerzas de

mi mando, y que dicha ley marcial se hará extensiva al territorio que sea ocupado posteriormente por mis fuerzas.

"Además, decreto, de acuerdo con las disposiciones del derecho internacional, de los usos y costumbres y de los convenios de mi gobierno y de otros gobiernos, que me hallo investido, dentro del territorio aludido, con las facultades y obligaciones de gobierno en todas sus atribuciones y divisiones. Las medidas para hacer efectivo dicho gobierno se harán constar en reglamentos que se publicarán cuando lo exijan las circunstancias, por el comandante de las fuerzas de los Estados Unidos de América.

"Expedido en la ciudad de Veracruz, hoy veintiséis de abril de 1914.

FLETCHER.

"Contra-almirante de la Armada de los Estados Unidos, Comandante de las fuerzas de los Estados Unidos de América en posesión de Veracruz".

—¡Qué desvergonzados son estos yanquis!, exclamó Pepe.

—Todo en ellos exhala hipocresía, insidia y mala fe, agregó Enrique.

—Ya ves lo que dicen en la proclama, que LAS AUTORIDADES DE LA FEDERACION MEXICANA Y DEL ESTADO DE VERACRUZ, LES HAN PARTICIPADO QUE NO PODRAN CONTINUAR EN EL DESEMPEÑO DE SUS CARGOS RESPECTIVOS, lo cual prueba que o no saben lo que dicen, o pretenden hacer creer, fuera del país, que ya dominan lo que realmente es Federación Mexicana y Estado de Veracruz.

—Es que en su afán de que el mundo los suponga "poderosos", se inventan las más descabelladas mentiras, porque buena diferencia hay al decir que las autoridades de la Fede-

ración Mexicana y del Estado de Veracruz no van a continuar en el desempeño de sus funciones, a que real y positivamente los que no continuarán serán los empleados de la ciudad de Veracruz; para conseguir lo cual han necesitado tener más de cuarenta barcos de guerra frente al puerto, pegados a los muelles, y más de quince mil soldados en tierra, y a pesar de todo, haber sacrificado setecientos y pico de los suyos, porque les hicieron resistencia unos cuantos hombres nuestros, al desembarcar.

—Si no fuera porque el momento no es el adecuado para un "choteito", es lo que merecen estos desvergonzados, dijo Pepe, y agregó: además, se da el tal Fletcher el baño de importancia, que lo pone en el pináculo del ridículo, diciendo QUE A INDICACION DE ÉL, HAN RESUELTO LAS AUTORIDADES MUNICIPALES CONTINUAR EN EL EJERCICIO DE SUS CARGOS, que es de todo punto incierto, como lo prueban las informaciones de la prensa, según hemos visto.

—Pues sí, y con toda mala fe dicen también, que como las leyes y disposiciones municipales no son suficientemente amplias para hacer efectivas muchas funciones indispensables a su gobierno, ve necesario emplear otras medidas distintas a las que fueron propuestas en su proclama del 22.

—El caso era buscar pretexto tras el que disimular "la plancha que se tiró" pretendiendo insidiosamente, que las autoridades porteñas se acogieran a su BONDADOSA invitación de que LE APROBARAN SUS ACTOS.

Ahora, como si no supiéramos lo que es la ley marcial, la pone en vigor en la ciudad, declarando hipócritamente que lo hace para que los veracruzanos GOCEN DE TODOS LOS PRIVILEGIOS QUE EMANAN DE UN GOBIERNO QUE EJERCE LAS FUNCIONES ADECUADAS PARA ESTA-

BLECER Y MANTENER LOS DERECHOS FUNDAMENTALES DEL HOMBRE...

—¡Bonito badulaque! Quien mancha sus charreteras con sangre que su perfidia y su cobardía han hecho derramar por el sólo gusto de alardear del derecho del más fuerte, es un mentecato que no sabe lo que dice, ni menos apreciar las cualidades intelectuales y morales de los veracruzanos, a los que buena falta hace que se parezcan él y los demás yanquis, para que no los señale todo el mundo como a los piratas de las Américas e islas adyacentes; pero que sigan, que sigan cada vez más envalentonados, vejando a los débiles, que se ha de llegar el día (y tal vez no muy tarde) de que haya quien les baje los humos, porque es ley ineludible de la naturaleza humana, que los resultados de la conducta de los hombres están en razón directa de los medios empleados.

—Y llega la estulticia de Fletcher al grado de creer que nos va a amedrentar diciendo que la ley marcial se hará extensiva al territorio que sea ocupado posteriormente por sus fuerzas. ¿Le encuentras comparación a semejante fanfarronería?

—Eso, eso es precisamente Fletcher, fanfarrón y tartufo como todos los suyos. Que avance a ponerse fuera del alcance de sus barcos de guerra para extender el vigor de la ley marcial y ya veremos lo que pasa; ya veremos si sus mentiras a Wilson, que es otro tartufo como él, no le van a resultar un poco caras.

—Y que no cabe duda que las intrigas de éste es lo que hizo que aquél se sintiera también "valiente" para apoyarlo en su afán de hacer gala del poder de cuarenta y pico de buques de guerra contra indefensos ciudadanos de Veracruz.

Callaron un momento nuestros héroes, tal vez porque ahogaban sus palabras una multitud de reflexiones, y como ya iban caminando por la avenida Independencia, llegaron

a la esquina de Benito Juárez y allí se detuvieron, volviendo a reanudar la conversación en estos téminos:

—No sé cómo hemos de hacer para que averigüemos adónde se hallan don Pascual y Jorge, porque si no los mataron—como creo que no los habrán matado—es seguro que el viejo coronel ha salido de Veracruz para no estar bajo el mando de los invasores.

—Somos de la misma opinión; don Pascual y Jorge se han ido y tampoco sé cómo haremos para saber adónde.

—Se me ocurre una idea.

—Dí cuál.

—Recuerda que en la calle de Bravo frecuentaban una vivienda, y que allí cerca vivía un tal Manuel con su familia, que era correligionario de ellos. ¿Vamos a ver si de casualidad nos informan algo que cuando menos nos oriente?

—Magnífica idea; vamos.

Y se dirigieron hacia la conocida vivienda, sin fijarse que un hombre seguía todos sus pasos.

IV

La media noche sería cuando en el campamento de don Pascual sólo se oía:

¡Centinela!

¡Alerta!

Todos los que no estaban de guardia dormían o descansaban en improvisados lechos.

De repente se presentan dos hombres por allí y el centinela les marcó el alto. Luego dió la señal de novedad, y en menos de lo que era de esperarse, aquellos dos hombres se vieron rodeados como por quince o veinte.

—¿Quiénes son ustedes?, les preguntó uno.

—Paisanos, le contestaron.

—Avancen.

Avanzaron los hombres unos cuantos pasos, y les volvieron a marcar el alto, que acataron con precisión.

—¿Qué andan haciendo, qué quieren?

—Incorporarnos a este cuerpo, para defender a la patria.

—Eso sólo nuestro coronel lo puede resolver. Hay que verlo y ahora está durmiendo.

—Lo veremos, entonces, por la mañana; pero llévennos adonde está.

Hablaron en voz baja entre ellos los soldados de don Pascual, y convinieron en llevar a los paisanos aparecidos a la presencia de Jorge, a quien darían parte.

—Bien, paisanos, dijo el que desde el principio tomó la voz autoritaria; acompañen a estos muchachos, que los llevarán adonde desean ustedes.

Dos soldados invitaron a los dos hombres a que marcharan al frente hasta que llegaron a la casucha de palma consabida, donde los entregaron a la guardia de allí con las instrucciones respectivas, y se regresaron a sus puestos.

Entablaron plática los de la guardia con nuestros hombres, y como don Pascual no se había dormido, oyó las voces que no le fueron desconocidas; pero que no adivinaba de quiénes eran.

No pudo menos que pararse a asomarse por una rendija del tabique de yaguas para salir de la duda, y como ni así consiguió su fin, porque la obscuridad reinante se lo impedía, resolvió abrir la puerta e ir al encuentro de los conversadores.

Reconocer los recién llegados a don Pascual y adelantarse a abrazarlo, fué cosa hecha a un mismo tiempo.

—¡Muchachos!, ¿cómo es esto?, exclamó el coronel.

—Ya lo ve usted.

—¿Pero qué andan haciendo por aquí?

—Buscándolo.

—Vaya, hijos míos, que me han dado una sorpresa. Déjenme llamar a Jorge. ¡Jorge!, gritó el coronel, ven a ver quiénes están aquí.

Salió Jorge violentamente y abrazó a Pepe y a Enrique, con un gusto extraordinario.

—¿Pero cómo andan disfrazados de obreros?

—Ya les contaremos todo, contestó Pepe.

—Pues pasen a nuestro cuartel, les dijo don Pascual, y agregó: precisamente necesito soldados, muchos soldados.

—Estamos a sus órdenes.

—Sí, sí, ya lo sé.

Pasaron Pepe y Enrique, a quienes saludaron también Gómez Anaya y Manuel, y conversando animadamente sorprendió a todos el día.

¿Lograrían su objeto nuestros jóvenes navales?

Después sabremos las contrariedades con que tropezaron.

V

Media hora faltaba para las siete de la noche y Luisa y Carolina empezaron a inquitarse, porque no volvían Pepe y Enrique como lo prometieron.

—Si les habrá sucedido algo, pensaban.

Pero no tardaron en recibir cada una un recado escrito, suplicándoles los jóvenes que los excusaran de no regresar a informarles de sus gestiones como se los habían ofrecido, porque habiendo obtenido noticia segura del paradero de don Pascual y Jorge, se resolvían a ir por ellos, saliendo desde luego de Veracruz para no exponerse a que después de las

siete no les fuera posible. Que comunicaran la determinación a doña Elvira y a Graziela, a fin de que todas supieran, además, que nada había pasado a los que deseaban ver, pues sanos y salvos se encontraban en la vecina población de Boca del Río.

El contento que reinó en la familia de don Pascual, fué muy grande y muy justificado, no escaseando las manifestaciones de profundo agradecimiento para Pepe y Enrique, quienes se habían elevado sobre las consideraciones que ya se les tenía, a una altura inconmensurable.

Luisa y Carolina se sentían satisfechísimas de sus novios, y se prometieron recompensarlos, no omitiendo ningún sacrificio por ellos.

Rosita, que como siempre, estaba haciendo compañía a Graziela, se enteró del recado de los jóvenes, y sin dar muestras de lo que realmente sentía, se contentó con felicitar a todas por el hallazgo.

Luisa había adivinado, en estos últimos días, el oculto amor de Rosita por Jorge, y se proponía interceder de manera muy disimulada por la felicidad que su hermano seguramente hallaría con la que era tan sencilla y discreta como noble su alma.

VI

Pepe y Enrique estuvieron a la altura de su bien sentada reputación de discretos, contando a don Pascual y demás, desde la heroica defensa de la Escuela Naval, de que eran alumnos, hasta los detalles de la salida para Soledad.

Gómez Anaya, Manuel y otros de los que escuchaban desde afuera de la casucha, felicitaron con un abrazo a los jóvenes cadetes; pero el hermano de Luisa y Carolina fué más

expresivo en su manifestación, pues al abrazarlos lanzó un viva a la escuela, que contestaron todos con entusiasmo.

Don Pascual no ocultaba su satisfacción; pero como tenía un concepto bastante elevado del patriotismo, y, por otra parte, consideraba ya a Pepe y a Enrique como a sus hijos, por las relaciones de ellos con Luisa y Carolina, se concretó a darles el abrazo que merecían; pero sonriéndoles y mirándolos cariñosamente, lo cual traducido por ambos jóvenes les satisfizo mucho, porque el padre de sus novias no se apartaba ni un ápice de la severidad de su conducta ajustada a sus principios siempre rectos.

La faz de las cosas varió cuando se trató de los percances sufridos por la familia.

La primera impresión desagradable para don Pascual y Jorge fué la que les causó el atentado de los "rayados", y decidieron que todo el que cayera en sus manos lo fusilarían para librar a la sociedad de los instintos salvajes de esos criminales empedernidos.

La segunda impresión fué causada por la herida de Luisa, y cuando les contaron la escena con Pancho, exclamó Jorge:

—No me extraña la acción de mi buen amigo, para quien reservo un fuerte abrazo tan pronto como nos volvamos a reunir.

—Pues pierde la esperanza, le contestó Enrique, porque no lo volverás a ver.

—¡Cómo!, ¿pues qué lo mataron?

—Una bala le destrozó de tal manera la cara, que a no haber sido por una coincidencia no hubiera podido ser identificado.

—¿En qué consistió esa coincidencia?, preguntó Jorge con interés.

Pepe contó todos los detalles de las escenas a que dió lu-

gar la sortija de Luisa encontrada en una de las manos de Pancho, cuando éste era cadáver.

—¿Ya ves?, dijo don Pascual a Jorge; bien te decía: Pancho estaba decidido a cumplir con su deber como buen patriota y no me equivoqué.

—¡Pobre amigo mío!, exclamó.

Siguieron los navales contando los percances ocurridos a doña Elvira y Graziela y aquí llegó al colmo la indignación de don Pascual y su hijo, exclamando este último:

—¿Y son esos mismos que cometen a cada rato semejantes agresiones los que nos hablan de civilización, de derechos fundamentales del hombre, de humanitarismo, etc.? ¡Que hipócritas, qué miserables, qué indignos son!...

—No hay que perder la calma, dijo don Pascual; lo sucedido a tu mamá y hermana no tiene remedio, porque somos tú y yo, en la familia mexicana, como dos átomos en el espacio. Sin poder, sin significación ninguna, es imposible castigar a esos desgraciados como lo merecen; todo lo que podemos hacer es unir nuestra protesta a la de tantos como han sido vejados de igual manera que nosotros los veracruzanos, con la esperanza de que cual gota de agua que se evapora, vaya a formar parte de la nube que pesa ya sobre sus cabezas, y que no tardará en resolverse en recia tempestad que los castigue duramente, porque en la conducta de las naciones, como en la de los individuos, los resultados están en razón directa de los medios empleados. Casi en todos los demás pueblos de las Américas latinas y en varias de las islas adyacentes han dado grandes motivos de resentimientos, que callan con las bocas de sus cañones; pero asesinarán a los hombres y no a las ideas, que son intangibles, y ¡ay de ellos el día que suene la hora de la vindicación!, se van a acordar de que el que siembra viento y maldades recoge tempestades, y entonces el arrepenti-

miento de sus infamias los pondrá en aptitud de reflexionar que, como hijos espurios de este Continente, estaban más obligados que cualquiera otro a hacer méritos para que se les concediera el honor de las consideraciones por los hijos legítimos.

—Sí, agregó Pepe dirigiéndose también a Jorge: la indignación contra la bajeza y la ignominia es excusable en los seres de sentimientos nobles; pero ante todo es necesario no perder la calma y serenidad para resolver las dificultades de la vida. Doña Elvira no ha perdido en lo absoluto nada en la estimación y respeto de cuantos la conocen, ni tampoco Graziela, sino que el estigma de la sociedad caerá duramente sobre los ejecutores de las infamias a esa misma sociedad.

Calló Pepe, y reinó un silencio sepulcral algunos segundos, que interrumpió el coronel exhortando a sus futuros hijos a que continuaran narrando los acontecimientos de que tuvieran noticias.

Continuaron, pues, los aludidos, contando la agresión a Luisa y Carolina por los dos americanos a quienes les costó la vida, muy justificadamente.

—¿Y mi hermana los mató?, preguntó Jorge asombrado.

—Nada hay de punible en ese acto, contestó Enrique.

—Es claro que no, volvió a decir Jorge; pero me admira que haya tenido valor mi pobrecita hermana para defenderse.

Don Pascual oyó el relato de la feliz hazaña de su hija, y pensó: tiene mi sangre, y sabe cumplir con su deber.

—Pues ya tienen ustedes sabido cuanto ha pasado y que nos atañe tan directamente, dijo Pepe; ahora me falta sólo comunicarles lo siguiente: venimos Enrique y yo por ustedes, porque hicimos el compromiso solemne a la angustiada fami-

lia de regresarlos a su hogar para que vuelva la tranquilidad a los corazones de todos.

—¡Primero es la patria que cuanto hay en el mundo!, contestó don Pascual, y será imposible que abandonemos este lugar. ¿Cómo se han podido ustedes comprometer a lo que dicen?

Los navales ya esperaban la actitud que asumió el padre de sus novias, por lo que no les extrañó, pudiendo entonces ellos seguir el plan que se habían propuesto.

Pepe tomó la palabra y dijo:

—El inmenso cariño que a la familia tenemos, así como a usted y a Jorge también, nos ha hecho tratar de darle el consuelo que necesita para que las desgracias no siguieran adelante. En tal virtud, creímos de nuestro deber el sacrificio de abandonar nuestros puestos en Soledad, iguales a los de ustedes hoy, para acudir prontamente al auxilio que supimos necesitaban sus hijas, y que efectivamente estaban casi locas, porque temían fundadamente que su mamá y Graziela hubiesen sido víctimas de horribles atentados. Nadie puede arrojarnos el estigma de traidores, porque urbi et orbi ha volado la noticia de que cumplimos hasta donde fué posible con nuestro deber en los momentos que se nos sorprendió sin preparación ninguna, con el desembarque de los invasores americanos; de manera que, si la continuación del cumplimiento del mismo deber nos da una tregua para que podamos cumplir con otro deber no menos sagrado, no hay necesidad de discutir nada, sino apresurarse para estar expeditos y atentos a la oportunidad de volver al lugar donde el honor y el principal deber llaman. Esto quiere decir que ustedes están en iguales condiciones que nosotros, y que puesto que a todo el mundo consta que supieron estar a la hora de la prueba en su sitio cada cual, no hay derecho para suponer

que no sigan estándolo mientras la necesidad no desaparezca, sin embargo de que aprovechen una oportunidad para tranquilizar a su familia y ponerla a salvo de nuevas desgracias.

Jorge oyó lo dicho por Pepe, y comprendiendo cuánta nobleza se encerraba en su alma, se quedó como extasiado admirándolo.

Don Pascual también recibió una prueba más evidente de las que ya tenía de la nobleza de ese par de jóvenes, que serían los maridos ideales para sus hijas; sin embargo, no se dió por vencido y contestó:

—Estamos enteramente de acuerdo en todo lo que a ustedes se refiere, agradeciéndoles mucho el interés que por mi familia y nosotros los ha impulsado a abandonar, aunque momentáneamente, por decirlo así, su puesto de Soledad. Reitéroles mis agradecimientos, asegurándoles que todas sus atenciones son y serán recompensadas como lo merecen; pero siento mucho manifestarles, y lo siento porque bien saben que los estimo demasiado, que no es posible que estemos de acuerdo en que nuestras situaciones sean iguales, por dos razones principalmente: en primer lugar, la gente de que dispongo está conmigo porque la convoqué para dirigirla en la lucha que haya que sostener para evitar que los americanos avancen fuera de Veracruz, y en segundo lugar, porque por ningún concepto debo darles yo mismo el mal ejemplo de posponer el deber para con la patria, a ningún otro deber. No hay necesidad de que yo se los diga para que ustedes lo comprendan, que la desatención por mi parte de estas dos razones determinaría un efecto sumamente desastroso para mí y a la causa de la patria, que a toda costa debo evitar: la decepción, porque mis palabras habrían sido huecas, comprobándolo con el hecho de posponer el honor de mexicano a mis intereses personales. Y el ejemplo cundiría, hijos míos, y el crimen de todos los días se repetiría, siendo

yo ahora, no obstante que siempre lo he condenado, el que con una conducta indigna corrompiera los sentimientos nobles, en vez de estimularlos para que esa nobleza dé opimos frutos que tanto necesita México, para que cada ciudadano tenga en su corazón una barrera inexpugnable a las traiciones que han sido siempre la génesis de nuestra desgracias. Ahora que ya conocen mi situación, díganme si es igual a la de ustedes o no.

Pepe y Enrique se miraron y miraron a Jorge también, que de acuerdo perfecto con las ideas emitidas por su padre, esperaba oír que las impugnaran con acierto.

Volvió a tomar Pepe la palabra y contestó:

—Con la honradez que nos caracteriza, confesamos sinceramente que tiene usted razón: no hay la igualdad que supusimos en nuestras situaciones, pues nosotros no somos el todo como lo es usted aquí, sino partes simplemente de otro todo, y partes tan insignificantes, que nos es permitido lo que hemos hecho sin causar males de la trascendencia que los causaría usted, por las condiciones especiales en que se halla colocado. En tal virtud, le suplicamos muy atentamente se sirva excusarnos el error, y consentir que cuando menos Jorge nos acompañe a ver a la familia.

—Gracias, contestó el aludido; pero no podré resolverme a abandonar a papá en este trance donde peligra su vida.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Una cosa muy sencilla, contestó don Pascual. Puesto que según nos contaron ustedes, están dispuestas Elvira y mis hijas a salir de Veracruz, porque no quieren vivir bajo el gobierno de los invasores, que se vengan a Medellín y allí que se instalen mientras vemos qué giro toman las cosas.

—Tal vez tengan escrúpulos para abandonar los intereses...

—Que no haya escrúpulos, porque los intereses se recuperarán más tarde, mientras que el honor no se recuperará nunca.

—Nosotros habíamos de agradecer a usted mucho nos autorizara para decir eso mismo a la familia.

—No sólo los autorizo para eso, sino para más todavía.

Y continuó hablándoles en voz tan baja, que no fué posible que nadie oyera lo que decía.

Sólo se dieron cuenta todos de que después de esa conversación, los navales se despidieron prometiendo que muy pronto volverían.

VII

Luego que se quedó solo el pundonoroso coronel se dispuso a montar en su caballo para irse con Jorge y Gómez Anaya a recorrer toda la línea, que formaban sus hombres para resistir el avance del invasor.

Hizo algunas modificaciones que juzgó necesarias, y satisfecho una vez más del estado de ánimo de los defensores del honor de la patria, regresó a la casucha convertida en morada para él y lo que pudiéramos llamar su Estado Mayor.

El español de Boca del Río no dejó de mandar muy temprano a su mozo con nuevas provisiones y los periódicos del día, y Jorge pudo leer a su padre las noticias respecto de la situación de Veracruz.

Supieron así nuestros buenos amigos que (1) "con motivo de rehusarse a volver al desempeño de sus cargos oficiales los que venían desempeñándolos, el jefe de las fuerzas

---

(1) "La Opinión".

americanas, Fletcher, ordenó que se cubrieran esos puestos, haciendo los siguientes nombramientos:

Para capitán del puerto, capitán Strekney.
Inspector general de sanidad, Dr. Spralting.
Jefe de Correos y Telégrafos, comandante Luby.
Primer magistrado de procesos por causa marcial, comandante Seller".

También se informaron de que "en los amplios departamentos del hotel de la estación Terminal habían sido instaladas las oficinas de las tropas norteamericanas, quedando abiertas al servicio correspondiente las que se relacionaban con el movimiento de fuerzas militares, para lo cual se han instalado los departamentos de las divisiones con sus jefes respectivos. Que igualmente se despachaban ahí los asuntos relacionados con la persona del almirante Fletcher, los de telegrafía inalámbrica, el servicio de la Prensa Asociada y otros más ligados con la ocupación del puerto por las tropas de los Estados Unidos del Norte".

Luego leyó Jorge lo siguiente:

"VIENE EL BRIGADIER FUNSTON PARA TOMAR EL MANDO DE LAS FUERZAS AMERICANAS.—Se tienen informes seguros, conforme a documento oficial, de que el Gobierno de Washington ha decidido enviar al brigadier Federico Funston para que venga a hacerse cargo del mando de las tropas hoy a cargo de la jurisdicción naval; será traspasado a la jurisdicción terrestre.

"Para mejor inteligencia de lo anterior y a título de mera información, damos en seguida el texto de un cablegrama dirigido por el Ministro de Marina míster Daniels al Almirante Badger, POR EL CUAL SE VERÁ QUE EL PRE-

SIDENTE WILSON HA APROBADO LA CONDUCTA DEL ALMIRANTE FLETCHER.

"Buque insignia "Arkansas".—Veracruz, abril 26.

"Domingo.—6—10 p. m.—A la llegada del general Funston, relevará a las fuerzas navales de Veracruz de las operaciones terrestres. El Secretario de la Guerra, al dar órdenes con respecto a EXCELENTE LABOR DEL ALMIRANTE FLETCHER, usó de los siguientes términos: "Secretaría de Guerra tiene órdenes explícitas de decir a usted QUE PRESIDENTE APRUEBA BAJO TODO SENTIDO EL CURSO SEGUIDO POR ALMIRANTE FLETCHER, EXTENSO CONOCIMIENTO DE LA SITUACION PARA SU MANEJO, y deseando que esté usted en contacto y consulta con el propio Almirante. Procure continuar en armonía con la política que ha comenzado, con excepción a adoptar otra línea de conducta. Mándese una copia a Almirante Fletcher". PRESIDENTE, DEPARTAMENTO MARINA Y PUEBLO AMERICANO, SIENTESE ORGULLOSO DE LA FLOTA BAJO SU MANDO. MIS FELICITACIONES. Amplias órdenes más tarde:

"Firmado:

DANIELS".

Calló Jorge, porque una ola de sangre inundó su rostro y seguramente también su garganta se congestionó. Fijó su mirada en su padre, que en esos momentos cerraba los ojos para reconcentrar tal vez sus pensamientos.

Gómez Anaya pasaba su vista de uno a otro de nuestros héroes.

Don Pascual, continuando con los ojos cerrados, vió con los del alma que alguien venía a su encuentro. ¿Quién sería

que cual otra Minerva en la isla de Calipso estaba cubierto con el manto de Mentor? Era Herbert Spencer, quien cuando estuvo cerca le dijo: "Es necesario tener en cuenta siempre en las cuestiones sociales "las emociones" de todos los géneros y grados. Analizando de cerca nuestras ideas y las de los que nos rodean, sobre los negocios públicos, veremos que provienen de un "agregado de sentimientos" más bien que de un examen de los testimonios".

Después ve venir a otro que portaba un traje parecido al de Spencer: era Juan Stuart Mill, quien al pasar junto a él le dijo: "Las leyes de los fenómenos sociales no son ni pueden ser sino las leyes de las "acciones" y de las "pasiones" de los seres humanos reunidos en el estado de sociedad. Sin embargo, los hombres son siempre hombres; sus acciones y sus pasiones obedecen a las leyes de la naturaleza humana individual".

Luego descubrió a Samuel Smiles, quien acercándosele le dijo: "Hay verdaderamente momentos y circunstancias en los que no solamente es excusable, sino aun necesario expresar la indignación. Debemos mostrarnos indignados contra la mentira, el egoísmo y la crueldad. Un hombre de sentimientos nobles se sublevará naturalmente contra toda bajeza y toda ignominia, aun cuando no tenga obligación alguna de hablar".

Cuando don Pascual abrió los ojos, no dijo ni una palabra, sino que esperó a que Jorge continuara leyendo. Éste se encontró entre el mismo periódico que tenía en sus manos, una hoja suelta, y dijo a su padre:

—Voy a leer ahora el Reglamento de Gobierno a que quedan sujetos los habitantes del puerto de Veracruz. Dice:

"REGLAMENTO

Promulgado por el Comandante en Jefe de las fuerzas de los Estados Unidos de América para el establecimiento del Gobierno Civil bajo la Ley Marcial en el territorio ocupado por dichas fuerzas en Veracruz, México.

ARTÍCULO 1

Todas las atribuciones de gobierno, legislativas, ejecutivas y un funcionario que sé denominará como el Gobernador Civil del territorio aludido, quien estará sujeto en todo tiempo, con respecto al ejercicio de todas sus facultades, al Comandante en jefe de las fuerzas de los Estados Unidos que puedan ocupar dicho territorio. El referido Gobernador establecerá, de vez en cuando, los departamentos, secciones y secretarías que le parezcan necesarias para la organización y manejo del gobierno que se le confía, con facultad para nombrar y remover los oficiales, subordinados, agentes y empleados, como de vez en cuando le parezca conveniente y para delegar a ellos las facultades respectivas. En el mismo decreto en que se haga constar el nombramiento de dichos funcionarios o en otros decretos promulgados después, el Gobernador Civil indicará las facultades y responsabilidades correspondientes. El mismo Gobernador Civil ejercerá todas las facultades generales que se le confieren, hasta el tiempo del nombramiento de dichos funcionarios para sus oficinas respectivas.

ARTÍCULO 2

Continuarán en vigor las disposiciones y prevenciones de la legislación sustantiva y adjetiva de la República Mexi-

cana, del Estado de Veracruz y de la Municipalidad de Veracruz que estaba en vigor al tiempo de la ocupación del territorio antes descrito, por las fuerzas de los Estados Unidos de América, en lo que no fueren modificadas por éste u otro reglamento, o por los decretos que en lo futuro puedan ser promulgados por el Comandante en Jefe de las fuerzas de los Estados Unidos de América, por el Gobernador Civil o por cualquier otro de dichos funcionarios.

ARTÍCULO 3

En cuanto sea posible quedarán en vigor las contribuciones, los impuestos y las rentas federales, de Estado y municipales que estaban vigentes en dicho territorio, y serán cobradas por el Gobernador Civil y sus empleados subalternos y no se decretarán nuevos impuestos, contribuciones o rentas sino en casos extraordinarios de orden militar o civil. Los gastos del Gobierno que se establece serán cubiertos con las rentas a que se refiere este artículo y se aplicará el sobrante que resultare, como después se dispondrá.

ARTÍCULO 4

El Gobernador Civil nombrará un funcionario que tendrá a su cargo el Puerto de Veracruz y que tendrá todas las facultades de que se hallaban investidos los empleados que antes se encargaban de dicho puerto, con las modificaciones y las demás facultades que posteriormente se designen. Tendrá este funcionario la designación de Inspector del Puerto.

ARTÍCULO 5

Se encargará del cobro, la conservación y la distribución de rentas de toda clase, incluyendo las que se han cobrado por

las autoridades federales de Estado y municipales, un Tesorero con la facultad que se designará en el reglamento respectivo.

ARTÍCULO 6

La Administración de Justicia, de acuerdo con los códigos y disposiciones federales, de Estado y municipales vigentes en la fecha indicada y los que se decreten, estará bajo el cargo de un funcionario designado como el Júez, quien ejercerá todas las facultades de que gozaban en dicho territorio, del Estado, de primera y segunda instancia, del Registro Civil, los Notarios Públicos, los encargados de los Registros Públicos y otros funcionarios, empleados y agentes que desempeñaban cualquier cargo en el ramo de la administración de la justicia, y dicho Juez nombrará los demás jueces, secretarios, actuarios, procuradores, agentes y notarios que se creyere conveniente, de acuerdo con los reglamentos especiales que se expidan.

ARTÍCULO 7

Las facultades de los funcionarios y empleados municipales, de acuerdo con las leyes y disposiciones vigentes en la época indicada, serán desempeñadas por las personas que después se designen y de acuerdo con las disposiciones de este Reglamento y de los demás que posteriormente se expidan.

ARTÍCULO 8

Los demás departamentos del Gobierno, incluyendo los de correos, de telégrafos, de policía y de la sanidad, que deben ser objeto de disposiciones especiales, serán desempeñados de acuerdo con los decretos y reglamentos que se expidan en lo futuro.

ARTÍCULO 9

Los funcionarios y empleados a que se refiere podrán ser americanos, mexicanos o de cualquiera otra nacionalidad, siendo el objeto del Comandante en jefe el de dar a los habitantes del territorio aludido una ingerencia tan amplia que sea posible en la administración del nuevo Gobierno, tomando en consideración los objetos del mismo.

Expedido en la ciudad de Veracruz, a los veintiséis días del mes de abril del año de 1914.

FLETCHER.

Contra Almirante, Armada Naval de los Estados Unidos, Comandante en Jefe de las fuerzas militares de los Estados Unidos de América en Veracruz".

Además, encontró Jorge la siguiente proclama, que también leyó. Dice:

"PROCLAMA AL PUEBLO DE VERACRUZ

"Se nota con satisfacción que se ha restablecido el orden en Veracruz y que marcha el Comercio como de costumbre. Los ciudadanos podrán TRANSITAR LIBREMENTE POR LAS CALLES DE DIA Y DE NOCHE y continuar su vida ordinaria.

"Veracruz, abril 28 de 1914.

"El Contra-Almirante,

FLETCHER".

CAPÍTULO CUARTO

Idiosincrasia yanqui

I

Tan pronto como Pepe y Enrique llegaron a Veracruz, procedentes de Soledad, el soldado, marido de María, que continuaremos llamando José, pues tal era su nombre, se constituyó en guardián de sus jefecitos, y siempre los seguía "a una vista" como desde el principio le ordenaron.

El pobre José vió cuando los condujeron a la cárcel y no se dió momento de reposo en toda la noche, pretendiendo asomarse por una de las ventanas que dan a la calle de "Miguel Lerdo", a fin de poder comunicarse con ellos para prepararles la fuga; pero todos sus intentos le resultaban inútiles, y en más de una ocasión estuvo a punto de caer también él en poder de los americanos, cuya vigilancia quería burlar.

Pero sin embargo de que sus planes fracasaban, fué sin saberlo, la causa de la escapatoria de los navales, pues en una de las ocasiones que se subió a una de las ventanas dichas, dejó en ella su sombrero de palma grande, ordinario, por tener que huir violentamente para que no lo viera la guardia de los invasores. Tomaron éstos dicho sombrero, a lo lejos, por una cabeza de preso que salía por la ventana misma, con el objeto de escaparse, y dispararon sus armas acribillándolo a balazos, lo que ocasionó la alarma de todos los que oyeron las detonaciones, y que aprovecharon nuestros jóvenes para evadirse, según ya sabemos.

José estuvo muy pendiente de ver salir a los presos y fué

grande su gusto cuando notó que del grupo se separaban sus jefecitos y tomaban otro camino.

Vió también con la tranquilidad que se sentaron a desayunarse en el portal, y entonces se les acercó a pedirles sus órdenes y unos cuantos centavos.

Diéronle lo último y le dijeron que los siguiera como lo venía haciendo, para aprovechar sus servicios en ocasión propicia.

Por eso vimos que cuando salieron de la casa de Mercedes con doña Elvira y Graziela, un hombre iba detrás, y que con toda oportunidad pudieron participar a Luisa y Carolina su ida a Boca del Río, pues con José enviaron a éstas los recados escritos, desde la casa de Manuel, en la avenida Bravo.

A pesar de que el pobre José no sabía que la determinación de sus jefecitos era la de irse a Boca del Río, tan pronto como entregó los recados referidos se puso en marcha nuevamente para la casa de Manuel; pero cuando llegó ya los jóvenes se habían ido, y entonces, con la agudeza natural de su raza, supuso el camino que habrían tomado, y tan aprisa como le fué posible se dirigió por el rumbo que efectivamente llevaban.

Como conocía muy bien todos esos vericuetos, porque perteneció a uno de los batallones que guarnecieron la plaza de Veracruz por algún tiempo, pronto tuvo al alcance de su vista a los jóvenes y grande fué su coraje cuando se hizo cargo de que un americano tras un matorral espiaba el paso de ellos para asaltarlos, rifle en mano.

Inmediatamente se desvió para ir a evitar el asalto, y corriendo con precauciones para no ser visto ni oído por el invasor—lo cual le fué fácil conseguir debido a lo muy atento que estaba éste del momento oportuno para descargar su

arma—se le acercó, dándole en la cabeza con tal furia con una piedra, que lo hizo rodar por tierra, sin sentido, chorreando sangre.

Se armó José no sólo de los cartuchos y el rifle, sino también de unas monedas americanas que extrajo de las bolsas del invasor, a quien abandonó después para seguir su camino tras sus jefes, que no se dieron cuenta de este incidente.

Luego que vió que penetraron a la casucha de palma donde estaba don Pascual, se retiró a la espesura de un matorral para esperarlos, como en efecto los esperó, emprendiendo otra vez el retorno tras ellos; pero escondiendo el parque y el rifle quitado al enemigo, debajo de la tierra y las malezas de un bosquecillo a propósito, antes de entrar a la ciudad.

Por más que, según recordaremos, Pepe, al ver por primera vez a José cuando se le brindó éste para ser el portador de las cartas para Luisa y Carolina, su impresión fué de que era un imbécil, nos hemos convencido que sus actos han demostrado lo contrario, haciendo el honor que siempre ha merecido su raza, digna de la atención que le negaron Porfirio Díaz y sus hombres.

II

De regreso nuestros jóvenes, fueron recibidos por la familia de don Pascual con la suspensión de ánimo que les produjo que se presentaran sin los que habían ido a traer.

Ávidas de noticias para saber a qué atenerse, antes de brindarles asiento y, podemos decir que antes también de corresponder al saludo, todas preguntaron por los ausentes, contestándoles entonces los navales que no se preocuparan porque estaban bien, y que si no se habían venido con ellos,

fué a causa del compromiso solemne que hicieron con los vecinos de Boca del Río para formar el cuerpo de defensa de aquella plaza contra los invasores, en caso de que avanzaran por el rumbo.

—¿Pero vamos a seguir abandonadas aquí nosotras a los americanos?, preguntó Luisa.

—No, le contestó Pepe.

—Indudablemente que no, agregó doña Elvira; si Pascual y Jorge no vienen, dispongo que salgamos nosotras para Boca del Río a reunirnos con ellos.

—¿Insiste usted en abandonar a Veracruz?, preguntó Enrique.

—Sí, hijo; si afortunadamente escapamos con vida de las asechanzas de los invasores, es necesario huir de ellos ya que tomaron la plaza, para no estar bajo su gobierno, pues hay que esperar toda clase de atropellos y vejaciones, que no me resigno a sufrir ni que tampoco sufran mis hijas.

—Como yo soy de la misma opinión, dijo Graziela, me alegraré que nos vayamos cuanto antes.

—Y yo.

—Y yo.

Dijeron sucesivamente Luisa y Carolina.

—Pues bien, expuso Pepe, traemos encargo del coronel de satisfacer los deseos de ustedes, porque los encuentra muy justificados; de manera que como él no está precisamente en Boca del Río, sino en un campamento situado más acá, nos dijo que trasladáramos a ustedes a Medellín, por ser población en que hay más elementos que en la primera citada.

—¡Pobrecito papá!, exclamó Luisa en señal de gusto porque ya no iba a ver más a los yanquis. ¿A qué hora nos iremos?, preguntó a su madre.

—Ahora mismo, le respondió.

—Entonces no hay tiempo que perder, dijo Pepe.

—¿No les dijo Pascual a quién deberíamos confiar el cuidado de la casa y demás intereses?

—Sí, señora; nos dijo que le suplicara usted a doña Anita guardara las llaves de esta casa, y que habláramos a Ramón Márquez, honrado administrador de fincas urbanas, para que se encargara del cuidado de las de ustedes; que todos los muebles quedaran bien cerrados y solamente los documentos que están en la primera gaveta de su escritorio se lleve usted consigo. De manera que mientras arreglan ustedes sus equipajes, vamos nosotros a cumplir con el encargo para Ramón Márquez, y a arreglar también otras cosas para hacer el viaje.

—Pero los esperamos a comer, les dijo Luisa.

Salieron nuestros personajes, y poco más de una hora después volvieron listos para emprender la marcha tan pronto como lo ordenara doña Elvira.

III

Pero en tanto que llegaba la hora de comer, tuvo lugar una conversación entre Pepe con Luisa y Enrique con Carolina, que no queremos dejar que pase sin ser sabida, cuando menos la de los primeros.

Aprovechando que los dejaron solos en el estrado del salón, se sentaron juntos Pepe y Luisa, cerca de uno de los balcones, y dijo Pepe:

—¿Sabes que estoy muy satisfecho con tu actitud en los días trágicos de Veracruz? Te has ganado en mi concepto el título de heroína.

—No menos satisfecha me siento yo por todo cuanto me refieres en la carta que me dirigiste de Soledad. Leyéndola

recordé nuestra última conversación en la plaza de armas, durante la serenata, cuando te di mi retrato, y me sentí orgullosa de amar a quien dió pruebas de amar también a su patria.

—¿Me seguirás queriendo mucho?

—Mucho, mucho, Pepe mío, porque cada una de las pruebas que he recibido de ti en estos últimos días, es un incentivo poderoso para que piense en la felicidad que nos espera para velar nuestro nido de amor eternamente.

—Gracias, encanto mío, por el bien que me haces con tus palabras, contestó tomándole una mano y estrechándola contra su pecho.

—A decir verdad, no esperaba otra conducta de ti porque antes de entregarte mi corazón procuré penetrarme de tus sentimientos y no podía dudar que cuando un momento supremo te exigiera el sacrificio de tu vida en el cumplimiento del deber, no te detendrías por nada y en nada para ser siempre noble, siempre digno a mis ojos.

—¡Oh, Luisa de mi alma!; estás sublime hoy, díjole besando la mano que conservaba entre las suyas. Y agregó: sigue, reina mía, sigue extasiándome con esa música de tus labios. más armoniosa, más dulce que nunca.

Luisa parecía estar bebiendo en una fuente de amor y ternura la inspiración de sus palabras, y continuó:

—La noche que te fuíste para Soledad, el cielo estaba limpio y las estrellas lucían toda su espléndida brillantez; pero las balas zumbaban por doquiera; los focos de la luz eléctrica no resplandecían; las calles estaban desiertas; todo era tétrico, todo infundía pavor. Eran las siete y media de la noche, y el ruido de pasos de tropa hizo que corriera yo hacia las persianas de este balcón para ver de qué se trataba. Mi primera impresión fué que ya los americanos esta-

ban en toda la ciudad; pero un grito de ¡VIVA MÉXICO! me hizo abandonar esta idea y esperé. Cuando me di cuenta de que eran ustedes todos los de la Escuela Naval, se me saltaron las lágrimas por el dolor que me causó que miserables extranjeros, con el derecho del más fuerte, los hubiesen arrojado de su casa; sentí desfallecer y hubiera caído al suelo sin el oportuno auxilio de mis hermanas; pero el deseo de verte me hizo reaccionar violentamente y pude erguirme otra vez. Como la obscuridad era mucha, con los ojos del alma te descubrí entre tus compañeros, adivinando que, no obstante tu estado de ánimo por los acontecimientos, mi recuerdo ocupaba tu memoria, porque dirigiste una mirada hacia donde yo estaba oculta tras las persianas. Después se fueron todos, dejé de oír tus pasos y me eché a llorar hasta que el corazón desahogó por de momento tanta aflicción. Vinieron a darme valor las reflexiones; pensé en los deberes que como mexicano y como militar tenías de defender a la patria, y poco a poco recobré una relativa calma. ¡La patria está sobre todas las pasiones, dije a mí misma, y si Pepe no fuera digno, si no cumpliera con su deber, tal vez dejaría de amarlo!...

—¡Luisa mía, me embelesas con la sublimidad de tus pensamientos!...

—Te fuiste, sí; pero te fuiste llevando en la conciencia la única satisfacción suprema, la que eleva al espíritu hasta la excelsa majestad de Dios: la satisfacción del deber cumplido.

—Gracias, encanto de mi alma, por los conceptos con que me favoreces, le dijo Pepe besándole repetidas veces la mano.

Luisa continuó:

—Dice algún autor, cuyo nombre no recuerdo, que el

amor es el egoísmo de dos. No lo niego; pero el egoísmo en este caso creo que debe tener su límite para no manchar la pureza de la dignidad. ¿No te parece? Porque la que ama como yo, no sería feliz si a su alrededor no encontrara una reputación inmaculada y una nobleza sublime, que como flores de exquisita fragancia perfumen el ambiente que le da vida. ¿Qué esperanzas puede abrigar la mujer que ame a un hombre sin honor, sin principios, sin moral? Ningunas, porque no teniendo el corazón de ese hombre en su jefe que es la conciencia, el gobierno moral de sus acciones, de sus pensamientos y de su fe, no puede esperarse de él sino la perfidia y el olvido.

Las palabras de Luisa habían transportado a Pepe a la región de los ensueños de la felicidad anhelada, y su aliento casi se confundía con el de ella.

Continuó:

—Como ya sabes, los terribles sucesos que tuvieron lugar en esta ciudad me han proporcionado un mundo de sufrimientos, pero también una honda satisfacción; de manera que ahora sólo me preocupa la incomunicación establecida con esta misma ciudad, porque no podré recibir tus noticias ni menos dirigirte las mías.

—Y, por desgracia, es necesario que nos separemos, dijo Pepe suspirando.

Luisa se calló, quedándose un momento quieta y pensativa. Sus hermosos ojos se fijaron en un punto del firmamento azul, e inclinada sobre el pecho de su amado, éste jugaba con los bucles de su cabellera.

—¿En qué piensas?, la dijo mirándola abstraída.

—En la belleza de aquellos prados que rodean a Chapultepec, tan preciosos, tan llenos de mil encantos para disipar las penas del corazón.

—¡Pobre cielito mío! No tortures tu alma con ideas que mi ausencia te sugieren anticipadamente. ¿No acabas de expresarme tu fe en mi amor intenso? ¿Quién te dice que si me voy a México no oiré tu voz entre el murmullo del céfiro que juega entre aquellos ahuehuetes de Chapultepec; que no te vea entre las hermosas y fragantes flores de aquel edén; que no hable de ti a los ruiseñores que cantan entre las ramas? Acuérdate de que "los amantes que se ven y se hablan tienen la felicidad del amor; y que los que viven separados tienen dos felicidades: la del amor y la de la esperanza. La esperanza es un árbol en flor que se balancea dulcemente al soplo de las ilusiones".

Luisa no pudo contener las lágrimas que le corrieron por sus mejillas.

—No llores, alma mía: la ausencia y el olvido son cosas bien diferentes separadas por la barrera de granito del amor.

Con ternura infinita secó Pepe las lágrimas de su amada, y alzando ésta su cabeza buscó con sus labios los labios de él y...

¿Qué pasó despúés? Ya veremos adelante.

IV

Hace algún tiempo funge de cónsul de los Estados Unidos en Veracruz, un hombrecillo de baja estatura, carirredondo, siempre rasurado, de ojos claros, regordete, y que responde al nombre de William W. Canada.

Este hombre era generalmente estimado por el comercio porteño, porque antes de que en la República estallara la revolución maderista contra la dictadura porfiriana, no se ocupaba sino en cumplir con su misión de "agente comercial de

su país"; pero después se sintió también autorizado para inmiscuirse en los asuntos políticos, y su perfidia y su maldad sólo son comparables con las de su digno compatriota el Embajador Henry Lane Wilson, uno de los principales coautores de los asesinatos consumados en las personas del Presidente y Vicepresidente Francisco I. Madero y José María Pino Suárez.

William W. Canada, perverso por abolengo, se constituyó en Veracruz en instigador del no menos perverso, como hemos tenido lugar de verlo, contra-almirante Fletcher, valiéndose de que este último no tiene dos dedos de frente, como vulgarmente se dice, y en el cónsul encontró el factor que necesitaba para dar rienda suelta a sus pasiones. En consecuencia, William W. Canada era el que instigaba para que los soldados cometieran atropellos a la moral en cantinas, hoteles y calles, lo que dió lugar a que en estas últimas se presentaran casi desnudos, corriendo a caballo, como si estuvieran en el centro del Africa. William W. Canada azuzaba constantemente a Fletcher para que propusiera al gobierno de Woodrow Wilson la declaración de guerra a México, calificando de "grave atentado contra la dignidad del ejército americano" QUE LAS AUTORIDADES MEXICANAS PROCURARAN REPRIMIR LOS ESCÁNDALOS DE LA SOLDADESCA. William W. Canada contribuía constantemente también a que se perdiera por sus connacionales toda clase de consideración a los veracruzanos, criticando con agudeza picante sus sencillas costumbres de verdadera civilización. Y si siguiéramos refiriendo todos los actos de la conducta de William M. Canada, horrorizaríamos al lector hasta lo inconcebible con la presentación de este nuevo personaje, por lo cual sólo agregaremos: que William W. Canada, en su ahinco de corresponder a las atenciones que todo Veracruz tenía para

él, determinó que Fletcher aprovechara el pretexto de los sucesos de Tampico, que ya conocemos, para que al fin "declarara la guerra a México", tomando a sangre y fuego su principal puerto, y que después diera cuenta del hecho consumado a Woodrow Wilson para obligarlo a prestarle apoyo y que desistiera de los escrúpulos de que venía haciendo alarde hipócritamente de no "lastimar a un pueblo amigo, ni con sus buenos oficios sin su beneplácito y consentimiento" para que la paz se estableciera.

En resumen, podemos decir que este hombrecillo despreciable fué la causa de los atropellos y vejaciones por los yanquis sus compatriotas al pueblo mexicano, y con especialidad a la culta sociedad de Veracruz. Y como tuvo la audacia de hacerse indispensable para Fletcher, siguió siendo el consejero fiel en el gobierno invasor, dedicándose con especialidad a usar la insidia más abominable para seguir haciendo mal a los mexicanos, en provecho, naturalmente, de los suyos.

La siguiente información de la prensa, a propósito de que cayeron en poder de las tropas del general Maass unos soldados americanos, no deja lugar a duda de lo que hemos dicho.

"En conversación efectuada entre un periodista y el cónsul de los Estados Unidos en este puerto, míster Canada, se trató sobre los prisioneros norteamericanos que, se dice, se encuentran en el radio jurisdiccional de la autoridad militar mexicana que representa el general Gustavo A. Maass, y a preguntas que el periodista hizo al cónsul, respecto de lo que opinaba por la suerte que pudieran correr sus compatriotas, mister Canada se expresó en los siguientes términos:

"Abrigo la confianza de que los americanos, aunque estén prisioneros, estarán seguros en cualquier territorio controlado por el general Maass".

¿Qué fin persiguió Canada con semejante mentira? Uno muy trascendental: aprovechándose de la ira del pueblo por la cobardía del comandante militar y su traición, sembrar la desconfianza en todos aquellos que se estaban uniendo a las fuerzas allí pendientes para cerrar el paso a los invasores si pretendían avanzar. ¿Y consiguió su objeto? No, porque como Maass alcanzó con su conducta el título de degenerado, los mexicanos que componían la guarnición y los que iban a agregarse a ella, en su idea de oponerse al avance dicho no hacían ninguna cuenta con el general Maass para nada, pues no era el árbitro de los destinos del pueblo honrado y patriota.

V

Cuando los cadetes de la Escuela Naval, Pepe y Enrique, salieron de la casa de la familia de don Pascual para ir a cumplir con el encargo de éste para Ramón Márquez, y además arreglar otras cosas relativas al viaje de la misma familia, se encontraron en la calle con un conocido que los detuvo para saludarlos con un entusiasmo tan grande, que nuestros jóvenes ya no encontraban palabras con las que hacer presente su agradecimiento.

Después del saludo y demostraciones de entusiasmo, el conocido les dijo:

—Me van a hacer favor de aceptar una cerveza.

—Muchas gracias, pero...

—Nada de gracias; quiero tener el honor de beber con ustedes una cerveza y no me van a desairar.

—No, de ninguna manera es nuestro ánimo desairarlo. Vamos a tomar la cerveza.

Como estaban inmediatos al portal del café de Diligen-

cias, fueron los tres a ocupar una de las mesitas y el conocido pidió al mozo tres cervezas, que fueron servidas.

Mientras se tomaba se platicó, y como los jóvenes lo esperaban, el conocido deseaba oír de boca de ellos el relato de la heroica defensa de la Escuela Naval contra los americanos.

Someramente le hicieron la historia, y terminada, dió un abrazo el conocido a cada uno de los cadetes, encomiando el patriotismo de ellos y sus compañeros, así como la modestia con que se expresaron.

Después sacó un periódico de la bolsa y, mostrándoselos, les dijo:

—Me congratulo de haberme encontrado con ustedes, que son personas decentes y sensatas, y además por la participación que tomaron en la defensa de Veracruz, para poder abrir mi corazón tan ampliamente como deseo y protestar con la energía del hombre honrado contra esos miserables que, capitaneados por el general Maass, pretenden denigrarnos "porque no dimos las espaldas al invasor como lo hicieron ellos, sin el rubor de la vergüenza".

Desdoblando el periódico, agregó:

—Oigan lo que dice aquí:

"Algunos oficiales del general Maass destacados en Soledad se han expresado, por su parte, duramente en contra del pueblo veracruzano. Así lo manifestaron a los pasajeros que venían en el tren de refugiados. Exigían algo así como que nos autodinamitáramos, después que Maass mostró las espaldas al enemigo".

Tomó la palabra Pepe y dijo:

—Me permito advertir a usted que no hay que darle importancia a esas especies, pues la labor que ahora se han

impuesto los yanquis es la de desprestigiar a los hombres que los esperan, si avanzan, con el fin de disgregarlos y no encontrarse con una columna que los aniquile o cuando menos los haga huir para atrás, como lo hicimos nosotros.

—No se me había ocurrido pensar en la insidia de estos miserables, contestó el conocido, y ahora aseguro que tienen ustedes razón; muchas de las noticias propaladas como las que les acabo de leer, han de salir de ellos, y les agradezco mucho que me hayan hecho notar esos detalles, pues les voy a leer este otro que afirma lo dicho por ustedes.

"Investigando ayer un repórter por las oficinas de los norteamericanos, que se encuentran establecidas en el edificio de la estación Terminal, según hemos informado, se puso al habla con uno de tantos oficiales para conocer las últimas noticias de más importancia, y dicho oficial manifestó al reportero que lo único que sabía era que seguían saliendo trenes con muchos pasajeros que se ausentaban de Veracruz; pero que, a la vez, también entraban a la ciudad muchas personas del interior del país, dándose por seguro que son más las personas que entran que las que se van.

"El propio oficial dijo, igualmente, que el almirante F. F. Fletcher, ha sostenido relaciones de excelente amistad con algunos oficiales del ejército mexicano, con quienes se ha puesto en contacto hasta donde se encuentran los trenes de ida y venida en el sitio donde ha sido levantada la vía y de ese modo se comunica fácilmente con el general Gustavo A. Maass, con quien, según el citado oficial, el almirante Fletcher ha mantenido buenas relaciones personales".

—¿Qué les parece la conducta de los oficiales de Maass y la de él mismo?

—Nosotros no creemos que sea verdad nada de lo que ese oficial yanqui dice, exclamó Enrique.

—Y tienen razón, dijo entonces el conocido, porque oigan esto otro:

"Un periódico llega a poner en boca de algún oficial superior.....

—Yanqui, se entiende, advirtió el lector, y continuó:

"elogios de carácter militar para el general Maass; pero entendemos que como la justicia debe comenzar por casa, los elogios referidos deben ser para los pocos soldados que se quedaron en la ciudad, para los voluntarios que se les unieron y para los cadetes de la Escuela Naval que hicieron resistencia contra el desembarque de las tropas de marina norteamericanas, pues está comprobado que el general Maass salió de la plaza en coche, casi en momentos en que se efectuaba dicho desembarque y, por consiguiente, no dirigió la defensa de Veracruz".

—Allí tiene usted comprobada la insidia de los invasores, dijo Pepe, y que el objeto de éstos es la división entre los elementos con quienes tendrán que luchar si se atreven al avance fuera del tiro de sus barcos.

Se quedó un momento pensativo el conocido, y dijo:

—¿Y no les parece que en esta chismografía tiene mucha parte el cónsul Canada?

—No sólo nos parece, contestó Pepe, sino que estamos seguros de que así es, porque ¿no ha visto usted una declaración que hace con motivo de unos yanquis presos?

—Sí, sí la vi, y más aún: ha llegado a mi noticia que fué el instigador principal para que se nos atropellara por sus compatriotas.

Levantáronse de sus asientos los cadetes para marcharse, y después de reiterarles sus felicitaciones el conocido, les dijo:

—En resumen, la idiosincrasia de los americanos se revela en que son pérfidos, insidiosos, hipócritas y....

—Cobardes, acabó Pepe despidiéndose.

CAPÍTULO QUINTO

Las promesas de Mr. Wilson

I

Han pasado siete meses. El pabellón de las barras y las estrellas flamea inquieto en las astas que ha usurpado a fuerza de cañonazos en la ciudad de Veracruz, impotente para resistir la furia de más de cuarenta buques de guerra surtos en la bahía, y unos cincuenta mil soldados en tierra.

La insignia nacional sólo se vió por el pueblo en un día aciago también para la patria: el día que perdió a uno de sus más preclaros hijos, el día que murió el teniente de artillería José Azueta, quien ya sabemos que fué víctima de las balas extranjeras cuando con un valor espartano manejó una ametralladora, con la cual proteguió primeramente la retirada de la artillería de la guarnición de la plaza, después evitó el ataque a la Escuela Naval por el lado del Poniente, y por último protegió la retirada de los alumnos de la misma escuela.

El heroico Azueta fué todo un carácter, y apenas tenía unos dieciocho años. Amaba a su patria con la conciencia de sus actos, y tenía el sentimiento del honor arraigado en su alma, porque nació con él, lo heredó de sus progenitores, como se verá por el relato que sigue:

Cuando se restableció en la ciudad la relativa calma, después de los combates, el contra-almirante Fletcher tuvo todos los informes referentes a la labor del joven Azueta, pues a soldados y oficiales no les cabía el asombro de que un muchacho les hubiera hecho imposible arrojarse sobre él,

porque se defendía con valor inconcebible. Fletcher deseó conocer personalmente al héroe, y más vehementes fueron sus deseos cuando el pérfido Canada lo puso al corriente de quién era su padre, contándole los méritos que tenía en su hoja de servicios, hasta que obtuvo el grado de comodoro de la armada nacional.

Quiso aprovechar Fletcher el estado de gravedad del joven Azueta para meterse en su casa con el pretexto de ofrecer a sus padres que lo curara su médico, y decidió poner en práctica su idea insidiosa.

Acompañado de su citado médico, se presentó a la distinguida dama madre del joven, y le dijo:

—Informado de la gravedad de su hijo, me permito suplicar a usted acepte los servicios de mi médico, porque no deseamos que se muera un joven tan patriota.

—Muchas gracias, contestó la dama, pues mi hijo tiene médicos que lo atienden.

—Tal vez sean incapaces para salvarlo, y yo le respondo a usted de que el mío lo salvará. ¿Nos permite usted que lo veamos?

—No, señor, porque como le dije, está atendido por médicos de nuestra confiánza.

—Le suplico a usted muy encarecidamente que me permita verlo, insistió Fletcher. Le propondremos a él el auxilio que deseo, y estoy seguro que no lo va a despreciar.

Como la señora de Azueta a pesar suyo no era atendida en sus indicaciones con sus respuestas, de que debía dejarla en paz el jefe de los invasores y que abandonara la casa, pues que era lo que significaban, le contestó:

—Voy a enterarlo de los deseos de usted, y si acepta que lo vea, aceptaré yo también.

Y se fué a la habitación en que yacía su hijo en el lecho

del dolor, quien enterado de las pretensiones de Fletcher, contestó:

—POR NINGÚN MOTIVO QUIERO VER EN MI PRESENCIA A NINGÚN YANQUI, PORQUE NO PERMITO QUE VENGAN A BURLARSE DE MI IMPOTENCIA PARA ANIQUILARLOS. SI ME MUERO, QUE SEA EN BUENA HORA; NADA LES IMPORTA.

Hubo alguien que intercediera porque entraran a verlo, y el gran Azueta le dijo:

—SI VIENEN LES TIRO CON LAS ALMOHADAS, YA QUE NO TENGO A LA MANO UNA AMETRALLADORA.

No hubo necesidad de dar cuenta a Fletcher de lo dicho por el joven, porque lo oyó de él mismo, pues estaba esperando a la entrada de la habitación; de manera que dió con su médico media vuelta y salieron ambos de aquella mansión de donde el patriotismo los echó vergonzosamente.

Pocos días después la muchedumbre invadía en toda su extensión la avenida de Independencia, y un féretro envuelto en la enseña nacional mexicana, en hombros que se disputaban el honor de cargarlo, recorrió la avenida para seguir por el centro de la Alameda hasta el cementerio particular veracruzano, donde la tierra abrió sus entrañas para acoger con amorosa ternura los restos del preclaro, del valiente, del honrado hijo, que abandonó el mundo para elevarse a la gloria reservada a los que saben cumplir con su deber.

II

Hacía siete meses que la familia del coronel don Pascual Ramírez habitaba una de las más bonitas casas de Medellín, ubicada en una especie de plazoleta y con el frente al lugar de parada del ferrocarril de Veracruz a Alvarado. El dueño

la cedió a la familia dicha sin interés de ninguna clase, como no fuera el de premiar el patriotismo de su antiguo amigo don Pascual.

Nuestros heroicos cadetes Pepe y Enrique, después que instalaron a la familia procurándole toda clase de comodidades posibles, se despidieron no para regresar a Soledad, adonde sus compañeros ya no estaban, porque siguieron rumbo a México hasta el Colegio Militar de Chapultepec, sino para ir a incorporarse a las avanzadas del coronel Ramírez, por el rumbo de Boca del Río.

Cuando a don Pascual le ocurría ir a pasar una hora o dos con su familia a Medellín, que no distaba mucho de su campamento, nuestros jóvenes eran sus compañeros, regresándose con él, y así era como únicamente interrumpían la monótona vida que llevaron en largos meses entre las selvas, pendientes siempre de los invasores.

Sabían lo que ocurría en Veracruz y el resto del país, porque el español de Boca del Río, amigo de don Pascual, ni un solo día dejaba de mandar muy de mañana con su mozo, además de alimentos, los periódicos que le llegaban.

Era generalmente después de comer, entre doce y dos de la tarde, cuando se leía la prensa, pues entonces estaban reunidos Pepe, Enrique, Jorge, Gómez Anaya, Manuel y otros, con don Pascual, porque toda la mañana la empleaban en recorrer la línea de avance para reiterar o modificar las órdenes anteriores, según convenía, en atención a los movimientos del enemigo.

Cierta tarde, que se disponía Jorge a leer, tomó "La Opinión" y se encontró con esta novedad:

"OTRA INTERVENCION, PERO FAVORABLE, SE PRESENTA ANTE EL CONFLICTO NACIONAL.—ARGENTINA, CHILE Y BRASIL HACEN UNA REPRESEN-

TACION A LOS ESTADOS UNIDOS.—HALAGADORA RESPUESTA DE MR. BRYAN".

Don Pascual retrató en su semblante inquietud por saber de lo que se trataba, y todos parecieron imitarlo.

Jorge leyó lo siguiente:

"La Opinión" se complace en ofrecer a sus lectores una noticia de palpitante actualidad, a la par que de importantísimo interés: las Repúblicas sudamericanas Argentina, Brasil y Chile se han tomado la buena labor de mediar en el conflicto que nuestro país sostiene en estos momentos con el vecino del Norte.

"Las informaciones que a continuación ofrecemos a ese respecto, serán, indudablemente, de grata satisfacción para todos cuantos las conozcan, puesto que se trata de naciones hermanas de nuestro Continente Americano y de la conclusión, en caso de éxito, del actual conflicto.

"NOTAS SIGNIFICATIVAS INTERCAMBIADAS.—El contra-almirante Badger, jefe de la poderosa flota americana fondeada frente a nuestro puerto, recibió anoche el extracto íntegro de las notas cruzadas entre los diplomáticos en Washington, de las Repúblicas de la Argentina, Brasil y Chile y el Secretario de Estado de la Unión Americana, míster William J. Bryan.

"El despacho, que contenía la información respectiva, procedió del Ministro de Marina, míster Daniels, contenida en los siguientes términos:

"BUQUE INSIGNIA "ARKANSAS".—VERACRUZ.—MEXICO.—No hay cambio condiciones ni órdenes. Unico acontecimiento hasta hoy, es intercambio siguiente correspondencia:

"LEGACION DE LA REPUBLICA ARGENTINA EN WASHINGTON, D. C., abril 25 de 1914.—Señor Secretario de Estado.—Con el objeto de favorecer los intereses de la paz y de la civilización en nuestro Continente y con el verdadero deseo de impedir mayor derramamiento de sangre debido a prejuicios de cordialidad y unión, que siempre han ligado a los gobiernos y gentes de América, nosotros, Ministros Plenipotenciarios del Brasil, Argentina y Chile, debidamente autorizados para ello, tenemos la honra de ofrecer al Gobierno de Su Excelencia nuestros buenos oficios para la solución pacífica y amistosa del actual conflicto entre los Estados Unidos y México, renovando a usted las seguridades de nuestra consideración muy distinguida.

Firmados:

D. DEGAMA.—R. S. NAOA.— EDUARDO SUAREZ MUJICA.

"A Su Excelencia señor William I. Bryan, Secretario de Estado, Washington, D. C."

"HALAGÜEÑA CONTESTACION DE MR. BRYAN.—Muchas y muy gratas esperanzas infunde la lectura de la respuesta que míster Bryan, en su calidad de Secretario de Estado de la Unión Americana, ha dado a los diplomáticos que se le han dirigido, para ver de concluirse el conflicto armado que sostiene nuestro país con el vecino del Norte y cuyos primeros acontecimientos, muy dolorosos desgraciadamente, se registraron en esta ciudad los días veintiuno y veintidós de los corrientes.

"He aquí la contestación de míster Bryan:

"El gobierno de los Estados Unidos de América está compenetrado intensamente de la amistad, buenos sentimientos y

generosa inclinación hacia la paz y bienestar de América, manifestadas en la nota unida que acabamos de recibir de Su Excelencia, ofreciendo los buenos oficios de su Gobierno para solucionar, si fuere posible, las actuales dificultades existentes entre los Estados Unidos y los que pretenden representar a México, nuestra República hermana.

"Consciente del propósito, con el cual se hace la oferta, ESTE GOBIERNO AMERICANO NO SE SIENTE DISPUESTO A RENUNCIARLA. La principal mira del mismo es la paz de América, el cordial intercambio de las Repúblicas y sus pueblos y la felicidad y prosperidad que solamente pueden surgir de la franca interpretación mutua y de la amistad que emana del esfuerzo común.

"La generosa oferta de sus Gobiernos, queda consiguientemente aceptada. Este Gobierno espera, muy de veras, que ustedes puedan encontrar a los que tomen la palabra en representación del pueblo mexicano, prontos y dispuestos a discutir las condiciones tendentes a una solución satisfactoria y permanente.

"Caso de que ustedes los encuentren dispuestos a ello, este Gobierno tendrá sumo placer en dirigirse a ustedes para discutir en el espíritu más franco y conciliatorio, cualesquiera proposiciones que sean formuladas autoritativamente, con la esperanza de que tales proposiciones sean factibles y profeticen una nueva era de cooperación mutua AD CONFIDENCE en el Continente Americano.

"Este Gobierno debe manifestar a ustedes, con absoluta sinceridad, que estando rotas las relaciones diplomáticas con la República vecina, en la actualidad no le es posible aprovechar, como debiera, el plan de mediación que ustedes proponen.

"Por supuesto que ello no obsta para que algún acto agresivo de parte de aquellos que hoy controlan las fuerzas

militares de México, podría obligar a los Estados Unidos a defraudar las esperanzas que abriga con respecto a su generosa indicación.

"Esperamos los mejores resultados, dentro de un breve lapso de tiempo, suficiente para disminuir la tensión de nuestro estado de ánimo, puesto que demostraciones hostiles mal entendidas podrían interrumpir las negociaciones, desvaneciendo por completo nuestras esperanzas de paz.

"Trasmítase a todos los buques.

Firmado:

DANIELS.

"Nosotros no agregamos ningún comentario a lo transcripto, dejando al buen criterio de nuestros lectores el alcance de los documentos diplomáticos que hemos dado a conocer".

—¿Qué te parece, papá?, preguntó Jorge.

—Pues, hijo, que debemos agradecer siempre mucho a Argentina, Brasil y Chile sus buenos oficios.

—¿Y respecto de la contestación de Bryan?

—Yo creo que no puede estar más halagadora, dijo Gómez Anaya.

—Tal parece, expuso don Pascual; pero como en los americanos las palabras son huecas, porque una cosa dicen y otra muy distinta hacen, debemos esperar más noticias para poder formarnos un juicio más aproximado a los resultados que obtendrán las naciones, nuestras verdaderas hermanas.

Nadie objetó nada, y Jorge tomó "El Dictamen" y dijo:

—Hay en este periódico más noticias sobre el mismo asunto.

Y leyó:

"LA INFLUENCIA SUDAMERICANA EN EL GRAVE CONFLICTO ARMADO.—BUENOS AIRES, abril 26.—(Vía Gálveston).

"La mayor parte de los principales periódicos de esta capital han estado publicando extras para dar informaciones acerca de los acontecimientos que se han registrado en esa República, con motivo de haber sido ocupado el puerto de Veracruz por las tropas de los Estados Unidos del Norte.

"A la vez, los propios periódicos se manifiestan satisfechos por la mediación pacífica del gobierno de esta República conjuntamente con los de las Repúblicas hermanas del Brasil y Chile, para llegar a una solución decorosa en la cuestión que se mantiene con la República Mexicana.

"WASHINGTON, abril 26.—(Vía Gálveston).

"El embajador español, acreditado ante este gobierno, señor Juan Riaño y Gayangos, ha recibido informes particulares de la ciudad de México, en los que se le participa que el general Victoriano Huerta había aceptado la mediación de las Repúblicas de la Argentina, Brasil y Chile para solucionar pacíficamente el conflicto que actualmente sostiene el gobierno de este país con el vecino del Sur.

"No se tienen detalles respecto de quién o quiénes sean los representantes del general Huerta para secundar los humanitarios y pacíficos propósitos de la Alianza A. B. C. sudamericana".

"ROMA, abril 26.—(Vía Gálveston).

"El Secretario de Estado del Vaticano, monseñor Merry del Val, ha comunicado instrucciones terminantes a los nun-

cios papales residentes en las Repúblicas sudamericanas, para que influyan hasta donde sea posible y sus esfuerzos y funciones se los permita, a fin de que alcancen éxito satisfactorio las negociaciones de Argentina, Brasil y Chile para el restablecimiento de la paz entre la República de los Estados Unidos Mexicanos y la de los Estados Unidos del Norte".

Dejando Jorge el periódico que tenía en la mano y tomando otro, dijo:

—Todavía hay más noticias sobre el mismo asunto.

Y leyó:

"WASHINGTON, abril 28.—El señor Juan Riaño y Gayangos, Ministro español en ésta, informa al Secretario de Estado William J. Bryan, que el general Victoriano Huerta ha aceptado, incondicionalmente, las bases de mediación de sus ministros respectivos radicados aquí, para que esas tres naciones pongan en juego sus buenos oficios para llegar al arreglo de las dificultades entre este Gobierno y el general Huerta.

"Los diplomáticos han continuado las conferencias durante el día, tratando ellos mismos de conformar las miras del general Huerta y del gobierno americano:

"Pasarán probablemente cuatro días antes de dar otro paso en esta obra de mediación y se dice de un modo no confirmado que la Comisión trata de que se establezca un nuevo Gobierno en México, según su proyecto.

"Otra noticia es que tres intermediarios probablemente visitarán al general Huerta con el objeto de aconsejarle personalmente que abandone la presidencia".

—¿Qué les parece?, preguntó Pepe.

—Que Huerta no abandona el poder, respondió Enrique.

—¡Qué ha de abandonar!, exclamó Jorge. Ha dicho que

"cueste lo que cueste" seguirá de Presidente, y ya pueden llo-verle consejos, que no lograrán nada.

—Sí; pero ahora se trata de la representación de tres naciones, dijo Gómez Anaya, y si ha aceptado incondicionalmente someterse a la decisión de ellas...

—Veremos, contestó Jorge.

—¿Ya no hay más despachos como ése?, preguntó don Pascual a su hijo.

—Sí, contestó éste. Sigo leyendo.

"LOS REBELDES SERAN NEUTRALES.—(Despacho de la Prensa Asociada).—EL PASO, Texas, abril 28.—Venustiano Carranza y Francisco Villa están de acuerdo en permanecer como espectadores de la lucha entre el gobierno americano y el general Huerta, si es que ésta tiene lugar. Esta actitud será momentánea, siempre y cuando el territorio dominado por los rebeldes no sea invadido por las fuerzas norteamericanas. Estas noticias han sido tomadas de un periódico de Chihuahua que llegó hoy aquí."

"LOS DOCUMENTOS OFICIALES.—Telegramas recibidos en cifra, relativos a la proposición de mediación del A. B. C.:

"Telegrama de la Legación de México en Santiago, Chile.

"Abril 26 de 1914.

"Secretario de Relaciones:

"Ministro de Relaciones Exteriores acaba llamarme para manifestarme su profundo sentimiento por sucesos que se desarrollan en Veracruz y me ha dicho, al mismo tiempo, que de acuerdo con los deseos e intenciones invariablemente mantenidos por este Gobierno y país, de procurar servicio a un país hermano en situación como la presente, ha dado instrucciones

a su Ministro en Washington para que de acuerdo con representantes Brasil y Argentina ofrezcan sus buenos oficios a Gobierno mexicano y americano, y se considerará muy feliz si la acción amistosa de estos tres países fuera acogida benévolamente y pueda contribuir a poner término al desgraciado conflicto pendiente.

Firmado:

ZAPATA".

"LA RESPUESTA DE MEXICO.—Telegrama dirigido a la Legación de México en Chile, en contestación a uno de la misma.

"México, 26 de abril de 1914.

"LEGACION MEXICANA.—SANTIAGO, CHILE.

"Recibido su telegrama. Nación Mexicana acepta en principio con agradecimiento buenos oficios A. B. C. Comuníquelo agregando que después arreglaránse detalles.

Firmado:

LOPEZ PORTILLO".

"NOTA.—Telegramas análogos se han dirigido a nuestras misiones en el extranjero sobre el mismo asunto, como respuesta a sus mensajes relativos.

"UN TELEGRAMA DE WASHINGTON.—Telegrama de la Embajada de México en Washington, D. C.

"Abril 26 de 1914.

"Secretario de Relaciones Exteriores:

"Embajador España encargado esta Cancillería pídeme transmitir a usted lo siguiente: "Los Plenipotenciarios del

Brasil, Argentina y Chile, en Washington, me ruegan transmitir a Vuecencia la siguiente nota que presentarán este Gobierno. Sigue la nota: "Con el propósito de consultar los intereses de la paz y de la civilización en nuestro continente y en el anhelo de que se evite todo ulterior derramamiento de sangre (aquí una palabra indescifrable), y de la unión en que siempre se desenvolvieron las relaciones de los Gobiernos y pueblos de América, los Plenipotenciarios del Brasil, Argentina y Chile debidamente autorizados tenemos la honra de ofrecer nuestros buenos servicios para el arreglo pacífico y amistoso del conflicto entre México y Estados Unidos. Si este ofrecimiento fuera aceptado en principio, los Plenipotenciarios entrarían a tratar directamente".—Al terminar este mensaje, Embajada España acaba comunicarme que consabida (¿) simptía (?) del Secretario de Estado, completamente favorable.

R. HUERTA".

"WILSON TAMBIEN ACEPTO.—Telegrama de la Legación de México en Buenos Aires.

"Abril 27 de 1914.

"Al Secretario Exteriores.—México.

"Ministro Relaciones me comunicó hoy Gobierno argentino se dirigió el 24, por telégrafo, Gobierno Brasil, Chile, proponiendo ofrecer las tres Repúblicas sus buenos oficios en nuestro conflicto con Estados Unidos, y aceptada dicha proposición, los tres Gobiernos ordenaron sus representantes en Washington ofrecer mediación; aún no recibe respuesta de su Ministro en Washington. Prensa hoy publica Presidente Norteamérica aceptó buenos oficios, por lo que ministros sudamericanos dirigiéronse señor Presidente Huerta por conducto

Embajador español en Washington, ofreciendo mediación. Ministro de Relaciones cree ciertas esas noticias, confía nuestro Gobierno también aceptará buenos oficios para evitar conflicto. Tuvieron lugar manifestaciones favor México, en Chile, Uruguay, Paraguay, publicando habrá aquí, otra Brasil.

BLAZQUEZ".

"LA NOTICIA EN PARIS.—Telegrama de la Legación de México en París.

"Abril 26 de 1914.

"Secretario de Relaciones.—México.

"Opinión aplaude mediación sudamericana.

DE LA BARRA".

"CABLEGRAMA DE NUEVA YORK.

"Telegrama de Nueva York a México.

"Abril 26 de 1914.

"Portillo y Rojas, Ministro de Relaciones Exteriores.

"Chile, Brasil y Argentina ofrecen su mediación entre Estados Unidos y México. ¿Aceptan ustedes? Mucho agradeceríamos su declaración sobre el particular.

"Firmado:

INTERNATIONAL NEWS SERVICE".

("Nota.—En respuesta se le hizo saber que México aceptó ya la mediación".)

"LA REPUBLICA MEXICANA SOLO ACEPTARA PROPOSICIONES DECOROSAS.—El señor Subsecretario de Relaciones Exteriores, licenciado Roberto A. Esteva Ruiz, al entregar a la prensa los anteriores telegramas, llamó la atención sobre tres puntos:

"Primero, sobre que la Argentina, el Brasil y Chile han ofrecido espontáneamente su mediación, con lo cual han dado muestras patentes de la solidaridad que une a los pueblos de la América Española;

"Segundo, sobre que la Cancillería Mexicana aceptó esta mediación porque todo su valor en el conflicto internacional con los Estados Unidos de América se ha encaminado exclusivamente a defender el honor y la dignidad nacionales; y, en consecuencia, si se presenta la oportunidad de solucionar aquel conflicto por medios pacíficos, considera que es un deber de patriotismo aceptar estos medios sobre la base de que, en cualesquiera arreglos que lleguen a celebrarse, se obtendrá también que el nombre de México quede honrosamente colocado;

"Tercero, sobre que ésta es la mejor respuesta que puede dar el Gobierno a aquellas gentes que le atribuyen calumniosamente el deseo de arrastrar al país a una guerra internacional, a todo trance. El propósito del Gobierno ha sido rechazar las ofensas causadas a la patria mexicana. Si para ello fuese necesario el empleo de las armas, a ellas ha estado dispuesto a recurrir. Pero en el momento mismo en que, de acuerdo con los tratados firmados en La Haya, y con las prácticas internacionales, se le presenta la posibilidad de defender el honor de México por la mediación amistosa de las naciones hermanas, ha aceptado el espontáneo ofrecimiento de éstas.

R. A. ESTEVA RUIZ".

"ENTREVISTA CON EL CONSUL ESTEVA.

"ROMA, abril 28.—El "Giornale d'Italia" publicó hoy una entrevista sostenida con el Ministro mexicano D. Gonzalo A. Esteva, y dijo que los mexicanos preferían mejor morir antes que permitir que los Estados Unidos pidan la renuncia del general Huerta como condiciones de arreglo en las actuales dificultades".

"LO QUE DICE EL GENERAL HUERTA.

"Por ser de oportunidad y por correr insistentemente la versión de que la campaña carrancista, lo mismo que la actitud del gobierno de los Estados Unidos, se basan en la animadversión exclusiva hacia la personalidad del general Huerta, insertamos a continuación unos mensajes por los cuales se verá que, por ahora, el propio Huerta declara que no tiene intención de renunciar la Presidencia de la República. Seguramente otra cosa es lo que sucederá, pues Santa Anna afirmaba también que no abandonaría el poder cuando ya estaba en este puerto de salida para la Habana. Dicen las declaraciones de Huerta como sigue:

"NUEVA YORK, 24 de abril de 1914.

"Señor General Victoriano Huerta.

"Palacio Nacional.—México.

"La Prensa Unida dice que usted está preparando salida para Manzanillo, para refugiarse en crucero japonés. No lo creemos y estimaríamos una declaración.

"THE WORLD".

"Ese telegrama fué contestado de la manera siguiente:

"México, 26 de abril de 1914.

"The World".—New York.

"Es falso de toda falsedad que yo salga de la República. Mi puesto está aquí.

V. HUERTA".

"De Orizaba se trasmitió igualmente otro telegrama que dice:

"ORIZABA, 26 de abril de 1914.

"Señor General Victoriano Huerta.

"Palacio Nacional.—México.

"Rumores procedentes Veracruz, dicen escuadra hace absurdísima proposición a gobierno usted. Suplico contestarme.

DIRECTOR DE "LA EPOCA".

"La contestación fué dada en los siguientes términos:

"México, 26 de abril de 1914.

"Director de "La Epoca".—Orizaba.

"No hay nada de verdad sobre ese particular. CUALQUIERA PROPOSICION QUE SE ATREVIERA A HACER EL ALMIRANTE FLETCHER, CON TODO SU PODER, RECIBIRIA EL DESAIRE MAS ROTUNDO.

V. HUERTA".

III

En la noche del mismo día que Jorge leyó todos los informes de la prensa respecto de la intervención de las repúblicas latinoamericanas Argentina, Brasil y Chile, ofreciendo sus buenos oficios para solucionar pacíficamente el conflicto de Estados Unidos y México, en vez de entretenerse nuestros personajes, como de costumbre, en escribir a sus familiares o en releer hasta los anuncios de los periódicos, se pusieron de acuerdo para congregarse alrededor de don Pascual, en la casucha de palma, para cambiar impresiones con él.

Jorge fué quien tomó la palabra primeramente para decirle:

—Los cablegramas que leí a mediodía nos han intrigado a todos, pues no obstante que Mr. Wilson ha aceptado la mediación de las Repúblicas sudamericanas, siguen llegando de Estados Unidos soldados y pertrechos de guerra, lo cual no está de acuerdo con la aceptación manifestada.

Paseó don Pascual su inteligente mirada por los semblantes de todos y dijo:

—Sabiendo como sabemos que "las acciones y pasiones de los hombres obedecen a las leyes de la naturaleza humana individual", no debe llamarnos la atención la conducta de los yanquis, pues Wilson y su pueblo no han de sentirse satisfechos de la intromisión de las Repúblicas nuestras verdaderas hermanas, porque han visto patentes muestras de adhesión a la causa de la civilización y derechos de libertad, que los ha hecho salir de sus sueños de extender su imperialismo en todo el continente, haciendo uso del derecho del más fuerte.

—Recuerdo, dijo Pepe, que leí en un magazine de los Estados Unidos, que se llama "The World's Work", unas de-

claraciones de Mr. Wilson, entre las que se ven estas palabras, dichas el 2 de marzo retropróximo:

"Un país de la extensión y poderío del de los Estados Unidos puede esperar todo el tiempo que quiera. Nadie duda de su poder y nadie duda de que el señor Huerta está próximo a retirarse. NO HAY QUE VACILAR EN CREER QUE EN MEXICO SE HARA LO QUE QUERAMOS QUE SE HAGA; pero los que tienen mucha prisa porque se hagan las cosas como ellos dicen, se olvidan de que ellos mismos son los que las tienen que hacer. Todas las personas que quieren que inmediatamente se haga algo, tendrán que contribuir a ello con hermanos, con hijos, etc., lo cual no será preciso si quieren esperar".

—También yo recuerdo haber leído eso, expuso don Pascual, y el principio a que antes hice referencia está comprobado con esas declaraciones, porque, efectivamente, para decir con el aplomo de la convicción que "no hay que vacilar en creer que en México se hará lo que quiere que se haga", es porque presume que no dudando nadie del poder de sus cañones, indudablemente que con ellos puede imponer el terror en todas partes, sin hacer cuenta de que para semejante prejuicio se olvida de considerar las emociones de todos géneros y grados, que provocará no solamente en el pueblo que pretenda vejar y a viva fuerza arrancarle sus derechos, sino en todos aquellos que teniendo en sus conciencias la rectitud de principios de nobleza, mostrarán su indignación contra el egoísmo y la crueldad, porque "naturalmente" se sublevarán contra toda bajeza y toda ignominia, aun cuando no deseen inmiscuirse en asuntos ajenos.

—¿Entonces usted cree que la conducta de las Repúblicas sudamericanas no sea del agrado de los yanquis?, preguntó Gómez Anaya.

—Es claro, contestó don Pascual, y lo creo por dos ra-

zones principales: primera, porque son un estorbo para sus planes, aun cuando no sea más que por la presión moral que ejerzan sobre ellos; segundo, porque esa misma presión moral les ha abierto los ojos y miran en toda la desnudez de la verdad, que el poder de la fuerza bruta de que alardean está compensado con el poder de la civilización, que no les permitirá desmanes contra los derechos de libertad en los pueblos de este Continente, muy a pesar de la famosa doctrina Monroe, cuya aplicación arbitraria se ha hecho para ellos una pesadilla constante.

—En resumen, papá, ¿opinas que no darán resultado práctico los buenos oficios de nuestras hermanas las Repúblicas sudamericanas?

—Opino que es difícil, porque cuando la mala intención es la fuerza motriz de las acciones, como sucede en los yanquis, la obsesión prevalece, teniendo como base fundamental la presunción de la fuerza bruta, y esa mala intención está perfectamente evidenciada con el aprovechamiento de pretextos fútiles para hollar infamemente nuestro territorio.

—¿Pues no ha sido la idea ayudar al pueblo mexicano a derrocar a Huerta?, preguntó uno.

—No, hijo; esa es la rueda de molino con que nos quiere hacer comulgar Mr. Wilson.

—Efectivamente, agregó Pepe, porque para que Wilson justificara su apoyo a Fletcher, sería necesario que justificara también haber tenido una prueba irrefutable de que procedía sobre base firme, y la única que "confiesa" haber tenido es la de los testimonios, sin prever que no bastaría que para él esos testimonios fueran capaces de conducirlo a la verdad, sino que sería necesario que la naturaleza de ellos satisficiera a todos los que llegaran a conocerlos, a fin de que su reputación de hombre honrado no sufriera el menoscabo que la conducta indigna hace determinar.

—Muy bien, hijo, esa es la verdad. Para que las palabras de Wilson pudiesen ser consideradas como elocuentes dictados de una conciencia sana, sería preciso que justificara su apoyo a Fletcher, y eso no podrá hacerlo nunca, porque vamos a ver: Mr. Wilson llama "causas" que lo obligan a dar el apoyo referido a "los errores y molestias" que han sufrido los representantes de los Estados Unidos en nuestros puertos, según el mensaje que leyó al Congreso de su país. Como ustedes leyeron este documento, recordarán todo lo que se dice en él que ocurrió en Tampico, entre las autoridades huertistas y los marinos americanos del "Dolphin". Es indudable que para que Mr. Wilson lo afirme como lo hace, ha sido necesario que lo considere todo verdad, por más que no ha tenido sino una sola fuente de investigaciones: la de los testimonios informativos que le enviaron sus agentes, llámense éstos almirantes o comisionados especiales. Pues bien; tenemos entonces que investigar nosotros si esos testimonios son o no suficientes para conducir a la verdad, para lo cual contamos con todo un arsenal de elementos que pondremos en acción. Principiaremos por anotar que los marinos americanos no sólo desembarcaban en nuestros muelles para internarse a las ciudades (de Tampico o Veracruz) solamente, únicamente, exclusivamente, cuando venían a tierra a tomar artículos que necesitaran en sus buques, sino que estaban en nuestras citadas ciudades a todas horas del día y de la noche, como es público y notorio que se les veía en nuestros paseos, en nuestras cantinas, en nuestros teatros, en todas partes y por motivos bien ajenos, como se comprenderá, a exigencias de servicios. ¿Por qué? Porque el carácter franco, sencillo y festivo de los veracruzanos les inspiró confianza, de la cual abusaron, desde el primero hasta el último.

—Permíteme, papá, que te interrumpa, pues deseo contar un hecho que consta a todo Veracruz. De los acorazados

americanos se desprendían diariamente grandes lanchones, remolcados por vaporcitos de ellos mismos, llenos de soldados que venían a bañarse a las playas, que son los paseos de nuestras familias. Desnudos permanecían más bien en tierra que en el agua, y en ese traje paradisíaco se internaban en la ciudad a pie o a caballo, lanzando gritos y a toda carrera, por las avenidas céntricas, exponiendo al vecindario a ser atropellado y causando la indignación de todo el mundo, por el insulto a nuestra sociedad en general y al pudor de nuestras niñas, en particular.

—Es verdad, dijo Gómez Anaya; me consta.

—Y sin embargo, continuó don Pascual, nuestras autoridades, con el fin de no dar motivos de disgustos internacionales, nunca impusieron pena a ningún desvergonzado de esos, contentándose con amonestarlos cuando la policía lograba—de casualidad, sin ser agredida—aprehender a alguno. ¿Merecían que se les castigara duramente en nombre de la civilización y el decoro?

—Como que si yo soy el Jefe Político, no se exhiben dos veces esas vistas en las playas y menos en las calles de la ciudad, porque pido fuerza armada al comandante militar, y omito decir lo demás, dijo Manuel con aire de indignación.

—Entonces queda demostrado que había razón de sobra para arrestar a cada rato no a un pagador o a un ordenanza, sino a batallones enteros, expuso don Pascual. ¿Le habrán informado a Mr. Wilson de los hechos que acabamos de narrar? Es de presumirse que no, y entonces se ocultó la verdad, que no conteniéndola los testimonios que le sirvieron para sus actos, éstos han sido un falso apoyo.

—Estamos de acuerdo en todo, dijeron Pepe, Enrique y los demás.

—Es mi intención ahora referirles otro hecho, porque deseo evidenciar la falsedad de lo que sirvió a Mr. Wilson

para apoyar lo que como verdad asienta en su mensaje, a fin de que veamos claro que los buenos oficios ofrecidos por las Repúblicas hermanas tropezarán con la dificultad de la mala fe de los americanos en todos sus actos respecto de México.

—Sí, todo lo que sea prueba evidente no sobra, dijo Pepe.

—A ver, Jorge, hazme favor de darme "La Opinión" de ayer.

Tomó éste el periódico y se lo dió a su padre, quien buscó un párrafo que indicó a su hijo que leyera, siendo el que ya conocemos relativo a una conversación de un periodista con el cónsul Canada, respecto a los americanos prisioneros por las fuerzas del general Maass, y en la cual conversación dijo el citado cónsul lo siguiente: "Abrigo la confianza de que los americanos, aunque estén prisioneros, estarán seguros en cualquier territorio controlado por el general Maass".

Leyó Jorge el párrafo y después observó don Pascual:

—Seguramente que puesto que Mr. Canada afirmó su confianza en el general Maass, en los términos que acabamos de oír, no es de creerse que un ordenanza de los buques de guerra de los Estados Unidos fuera arrestado aquí al bajar a tierra a recoger el correo y que permaneciera por algún tiempo en la cárcel. ¿Contra quién hubiera protestado Mr. Canada? Indudablemente que contra el general Maass, y no se puede creer sino que con tal protesta la amistad entre ellos se hubiera acabado, cosa que no sucedió, como el mismo Mr. Canada lo pone de manifiesto, declarando la "seguridad" de los americanos por lo que respecta a Maass, que no solamente es huertista, sino pariente político del general Huerta.

—Está usted perfectamente en lo justo, exclamó Pepe.

—He allí que sacamos otra prueba más de las falsedades contadas a Mr. Wilson, y si siguiéramos sería cosa de tener material para hacer interminable nuestra conversación. Por

eso sólo he querido referirme a los mismos hechos contenidos en el mensaje que nos ocupa. Pero nos falta algo; ahora es preciso que consideremos otra cosa: la actitud de los huertistas en general para con los americanos, y por toda conclusión podemos decir que sea de resentimiento hasta cierto punto; sin embargo, ya dijimos que fueron benignos en sumo grado para con ellos. Pero bueno, yo quiero suponer todo lo peor: que estuvieran pendientes de no desperdiciar ocasión para hostilizarlos, ¿podía y debía evitarse eso en otra forma que no fuera la adoptada por Mr. Wilson apoyando a Fletcher en su invasión a Veracruz? Sí, ¿cómo y por qué? No viniendo a provocar a tierra a nadie ni aun con la presencia siquiera, para no dar lugar a "errores y molestias", máxime cuando, según el mismo Mr. Wilson, "había ocurrido una serie de incidentes" que era de suponer exagerados unos y falsos los más". ¿Quién iba a molestarlos a sus barcos? ¿Quién iba a buscar la "sociedad" de ellos allá? Nadie. Ahí en nuestra bahía se hubieran podido podrir los fondos de todos sus barcos esperando que la sociedad veracruzana les hubiese hecho el honor de visitarlos, porque esa sociedad hoy vejada, pero siempre culta, digna, prudente y sensata, jamás habría puesto los pies en las escalerillas para subir al interior de tan magníficos acorazados. Pues bien; teniendo presente las consideraciones hechas, podemos resolver ya si es o no justificada la invasión de que somos víctimas.

—No cabe duda, dijo Pepe, porque si los testimonios que sirvieron a Mr. Wilson para informarse de la verdad son falsos, y en ellos se apoyó para justificar la invasión de que hizo víctima al pueblo veracruzano...

—¡PUES LA INVASIÓN NO ESTÁ JUSTIFICADA!, exclamó Jorge.

—Perfectamente bien, dijo don Pascual, y agregó: pues si la invasión no está justificada, en cambio sí lo está con

ella la perfidia y mala fe de los americanos, y por eso al principio de nuestra conversación dije a ustedes: "Sabiendo como sabemos que las acciones y pasiones de los hombres obedecen a las leyes de la naturaleza humana individual", no debe llamarnos la atención la conducta de los yanquis, pues Wilson y su pueblo no han de sentirse satisfechos de la intromisión de las Repúblicas, nuestras verdaderas hermanas, porque han visto patentes muestras de adhesión a la causa de la civilización y derechos de libertad".

—En resumen, dijo Pepe, las promesas de Wilson son....

—Hipocresías, acabó Jorge.

IV

"Querida Elisa:

"Después de tantas privaciones de todo lo que ha significado fiesta, por razón de los acontecimientos que nos hicieron huir de esa ciudad, ahora estamos entusiasmadas para celebrar, como en años anteriores, el cumpleaños de papá, con una tamalada en un sitio que hemos escogido muy a propósito, a la sombra de frondosos mangos.

"Con tal motivo, en nombre de todos te lo participo, y por tu apreciable conducto también a tu mamá y hermana, suplicándoles que nos hagan favor de venirse temprano el día 4 del actual, porque nos será grato verlas con nosotras.

"Las esperamos; no dejen de venir.

"Te quiere tu amiga,

LUISA".

Hacía poco más de ocho días que en la casa de Merceditas carecían de noticias de la familia de don Pascual, y estaban con gran cuidado, pues temían que por enfermedad de alguien

no escribieran; de manera que cuando recibió Elisa la carta que antecede, fué causa de regocijo que manifestaron con el entusiasmo de la decisión de ir a pasar el día que se les indicaba, a Medellín.

—Lo único que siento, dijo Merceditas, es que tengamos que hacer una jornadita a pie.

—Nos servirá de distracción, contestó Elisa, porque no hay gran distancia del Tejar a Medellín.

—¿Tú crees, mamá, dijo Charito, que si le decimos a Luisa que nos mande unos burros al Tejar para hacer la jornada que temes no nos los mandará?

—¡Qué idea!, exclamó Elisa; le voy a contestar en este momento que aceptamos con gran placer la invitación y que desde ahora principiamos a prepararnos para efectuar el viaje; pero que nos mande unos burros al Tejar para que sigamos en ellos hasta allá.

—¿No iremos a tener alguna dificultad con los soldados americanos en la estación de aquí o en la del Tejar?, observó Merceditas.

—No, mamá, contestó Elisa. No hemos sabido que nadie haya tenido dificultades en estos últimos meses, y no se van a singularizar con nosotras.

—Está bien, dijo Merceditas; mis temores son porque como de un momento a otro desocuparán a Veracruz para reembarcarse a los Estados Unidos, es posible que ese día nos sorprendan con sus maniobras al levantar el campo y nos hallemos en mitad del camino con que no podemos llegar a Medellín ni regresar a nuestra casa.

—Pero mamá, por Dios, ¿estás creyendo que es cierto que se van los yanquis?, exclamó Elisa.

—Yo lo creeré hasta que lo vea, dijo Charito, porque todos los días se están yendo y no resulta verdad.

—Pues no duden que se irán pronto, contestó Merceditas; ¿qué papel están desempeñando aquí?

—El de victimarios, respondió Elisa, el cual parece que es muy satisfactorio para ellos.

—Van ya dos veces que Wilson señala fecha para la desocupación, y tal parece que lo olvida, porque no da ni señales de cumplir su palabra, objetó Charito. Acuérdense que se dijo que el 15 de septiembre se irían para que pudieran los veracruzanos celebrar sin estorbo las fiestas de independencia; pero el caso es que nos quedamos esperando tan fausto acontecimiento; después se contó que en los primeros días de octubre sería un hecho la desocupación, y tampoco hubo nada, y ahora se dice que será pronto, pero no cuándo. No temas, mamá; estos condenados no se irán todavía.

—Eso es lo que creo también, advirtió Elisa; que la llevan larga, por desgracia, en Veracruz.

—Bueno, pues si ustedes creen que no cambiarán las cosas de un momento a otro, contesten a Luisita que aceptamos con mucho gusto su invitación.

—Y que nos mande los burros al Tejar, ¿verdad? Voy a escribirle.

Para inteligencia de nuestros lectores diremos: que el ferrocarril de Veracruz a Alvarado llevaba escolta de soldados americanos hasta el Tejar, donde había un fuerte destacamento de invasores al cuidado de las bombas que surten de agua a la ciudad porteña. Allí abandonaban el tren para que siguiera su itinerario, y en Medellín era recibido por las tropas constitucionalistas (que habían relevado a las extinguidas federales) y éstas lo escoltaban después. Pero sucedía muchas veces que la desconfiada tropa mexicana detenía largo tiempo el tren para inspeccionarlo minuciosamente a fin de evitar cualquier sorpresa que pretendieran dar los yanquis pasando pertrechos de guerra, y ellos mismos, para combi-

nar un ataque por la retaguardia a las avanzadas que les cerraban el paso, y como la repetición de estos sucesos dió margen a que el público se percatara de ellos, las personas que salían de Veracruz para ir hasta Medellín solamente, encontraban más expedito bajarse en el Tejar para continuar a pie. Merceditas y sus hijas determinaron hacer lo propio, modificando Elisa la idea con la substitución del ferrocarril con burros que, por otra parte, les iba a proporcionar un agregado a la diversión de la fiesta campestre a que asistirían.

V

Doña Anita y su hija estaban distraídas mirando desde un balcón de su casa lo que pasaba en la calle, que no era nada de extraordinario, cuando se les acercó el cartero entregando a Rosita una carta que le extrañó recibir, porque conoció la letra de Luisa en el sobre, y el día antes había recibido correspondencia de ella misma.

—¿Quién te escribe?, preguntó doña Anita.

—Luisa.

—¿Qué habrá novedad en la familia?

—Es de presumirse, porque ayer recibí también carta suya y aún no le contesto.

Se retiraron del balcón preocupadas, y procedió Rosita a abrir la carta. Ésta era por el estilo de la que vimos para Elisa, con el siguiente agregado:

"Reciban recuerdos cariñosos de todos y especialmente de Jorge, que, según sospecho, guarda para ti una sorpresa agradable".

No pasó inadvertido para doña Anita que el carmín natural de las mejillas de su hija subiera de punto al leer el último párrafo de la carta; pero se mantuvo dentro de la discreción, que era su fuerte.

—Tú dispones, dijo Rosita a su madre con sumisión y respeto profundo.

—Dispongo lo que tú quieras.

—Pues quiero ir.

—Entonces no hay más que hablar: vamos.

El corazón de Rosita palpitó lleno de júbilo cuando oyó la última palabra de su mamá, aunque a decir verdad no esperó que fuera otra, porque el cariño a la familia de don Pascual era grande y sincero, y, por otra parte, nunca privaba a ella de distracciones que fueran de su agrado.

Mientras que doña Anita ocupó su imaginación con la perspectiva del viaje sin dificultades, puesto que en los últimos meses nada había ocurrido de extraordinario, y todos iban y venían por ese ferrocarril de Veracruz a Alvarado, Rosita se preocupó con lo que Luisa decía de Jorge, porque como en sus cartas anteriores sólo recuerdos cariñosos de él encontró siempre, le llamó ahora la atención saber que aquél le tenía preparada una agradable sorpresa. ¿Qué será?, pensaba; ¿me amará Jorge como yo lo deseo? ¡Oh!, sería muy grande mi dicha; pero no debo abrigar esperanzas de obtenerla. Con mi sufrimiento de amarlo yo sin que él ni nadie lo sospeche, tengo y debo conformarme.

VI

El mismo día que Luisa escribió a sus amigas invitándolas para la fiesta del cumpleaños de don Pascual, fué éste a hacer una visita a su amigo el español, a Boca del Río, quien como siempre lo recibió con inmenso gusto.

Era un tipo simpático, soltero y sin familia, de 28 años de edad, pletórico de salud, de estatura regular, mirada inteligente y muy trabajador y honrado, como son casi generalmente todos los súbditos de España en México.

Logró crearse una regular fortuna, y ya pensaba seriamente en buscar una esposa para formar una familia y continuar una vida de descanso.

Había tratado a la de don Pascual con motivo de las relaciones comerciales con éste, pareciéndole que cualquiera de sus hijas sería el verdadero ideal de sus aspiraciones; sin embargo, no se había atrevido a insinuarse a Graziela por el temor a desagradarle y ver destruídas las ilusiones que venían siendo la esperanza de su dicha: hacerla su esposa.

Don Pascual lo sorprendió dirigiendo los últimos detalles de una hermosa residencia que había construído, quedando maravillado de la disposición de la finca, que contenía ya los muebles y todo lo necesario, como si esperara a la ungida por el amor de su dueño para que disfrutara de todas las comodidades que contenía en su seno.

—Muy bien, amigo, le dijo don Pascual; felicito a usted muy sinceramente, porque esta preparación indica que no tarde esta residencia será el nido de amor donde sea usted tan feliz como merece.

—Muchas gracias, contestó el español queriendo ocultar su emoción con una sonrisa ingenua, porque habían sido adivinados sus propósitos.

—¿Cuándo tendré el gusto de concurrir a la inauguración que sin duda será con la fiesta de su casamiento?

—No puedo precisárselo, y seguramente tardará, porque aún no tengo lo principal, que es la novia.

—Pero cuando menos se habrá usted insinuado a alguna "pollita", vería que no le es indiferente, y vamos, que no desea hacerla perder el tiempo ni perderlo usted tampoco.

—Voy a ser franco contestándole, como no lo he sido con nadie. Efectivamente, pienso casarme y por esa razón me he preparado como lo acaba usted de ver; pero la mujer que ha creado en mí las ilusiones de una felicidad eterna, me ins-

"LA REPUBLICA MEXICANA SOLO ACEPTARA PROPOSICIONES DECOROSAS.—El señor Subsecretario de Relaciones Exteriores, licenciado Roberto A. Esteva Ruiz, al entregar a la prensa los anteriores telegramas, llamó la atención sobre tres puntos:

"Primero, sobre que la Argentina, el Brasil y Chile han ofrecido espontáneamente su mediación, con lo cual han dado muestras patentes de la solidaridad que une a los pueblos de la América Española;

"Segundo, sobre que la Cancillería Mexicana aceptó esta mediación porque todo su valor en el conflicto internacional con los Estados Unidos de América se ha encaminado exclusivamente a defender el honor y la dignidad nacionales; y, en consecuencia, si se presenta la oportunidad de solucionar aquel conflicto por medios pacíficos, considera que es un deber de patriotismo aceptar estos medios sobre la base de que, en cualesquiera arreglos que lleguen a celebrarse, se obtendrá también que el nombre de México quede honrosamente colocado;

"Tercero, sobre que ésta es la mejor respuesta que puede dar el Gobierno a aquellas gentes que le atribuyen calumniosamente el deseo de arrastrar al país a una guerra internacional, a todo trance. El propósito del Gobierno ha sido rechazar las ofensas causadas a la patria mexicana. Si para ello fuese necesario el empleo de las armas, a ellas ha estado dispuesto a recurrir. Pero en el momento mismo en que, de acuerdo con los tratados firmados en La Haya, y con las prácticas internacionales, se le presenta la posibilidad de defender el honor de México por la mediación amistosa de las naciones hermanas, ha aceptado el espontáneo ofrecimiento de éstas.

R. A. ESTEVA RUIZ".

"ENTREVISTA CON EL CONSUL ESTEVA.

"ROMA, abril 28.—El "Giornale d'Italia" publicó hoy una entrevista sostenida con el Ministro mexicano D. Gonzalo A. Esteva, y dijo que los mexicanos preferían mejor morir antes que permitir que los Estados Unidos pidan la renuncia del general Huerta como condiciones de arreglo en las actuales dificultades".

"LO QUE DICE EL GENERAL HUERTA.

"Por ser de oportunidad y por correr insistentemente la versión de que la campaña carrancista, lo mismo que la actitud del gobierno de los Estados Unidos, se basan en la animadversión exclusiva hacia la personalidad del general Huerta, insertamos a continuación unos mensajes por los cuales se verá que, por ahora, el propio Huerta declara que no tiene intención de renunciar la Presidencia de la República. Seguramente otra cosa es lo que sucederá, pues Santa Anna afirmaba también que no abandonaría el poder cuando ya estaba en este puerto de salida para la Habana. Dicen las declaraciones de Huerta como sigue:

"NUEVA YORK, 24 de abril de 1914.

"Señor General Victoriano Huerta.

"Palacio Nacional.—México.

"La Prensa Unida dice que usted está preparando salida para Manzanillo, para refugiarse en crucero japonés. No lo creemos y estimaríamos una declaración.

"THE WORLD".

"Ese telegrama fué contestado de la manera siguiente:

"México, 26 de abril de 1914.

"The World".—New York.

"Es falso de toda falsedad que yo salga de la República. Mi puesto está aquí.

V. HUERTA".

"De Orizaba se trasmitió igualmente otro telegrama que dice:

"ORIZABA, 26 de abril de 1914.

"Señor General Victoriano Huerta.

"Palacio Nacional.—México.

"Rumores procedentes Veracruz, dicen escuadra hace absurdísima proposición a gobierno usted. Suplico contestarme.

DIRECTOR DE "LA EPOCA".

"La contestación fué dada en los siguientes términos:

"México, 26 de abril de 1914.

"Director de "La Epoca".—Orizaba.

"No hay nada de verdad sobre ese particular. CUALQUIERA PROPOSICION QUE SE ATREVIERA A HACER EL ALMIRANTE FLETCHER, CON TODO SU PODER, RECIBIRIA EL DESAIRE MAS ROTUNDO.

V. HUERTA".

III

En la noche del mismo día que Jorge leyó todos los informes de la prensa respecto de la intervención de las repúblicas latinoamericanas Argentina, Brasil y Chile, ofreciendo sus buenos oficios para solucionar pacíficamente el conflicto de Estados Unidos y México, en vez de entretenerse nuestros personajes, como de costumbre, en escribir a sus familiares o en releer hasta los anuncios de los periódicos, se pusieron de acuerdo para congregarse alrededor de don Pascual, en la casucha de palma, para cambiar impresiones con él.

Jorge fué quien tomó la palabra primeramente para decirle:

—Los cablegramas que leí a mediodía nos han intrigado a todos, pues no obstante que Mr. Wilson ha aceptado la mediación de las Repúblicas sudamericanas, siguen llegando de Estados Unidos soldados y pertrechos de guerra, lo cual no está de acuerdo con la aceptación manifestada.

Paseó don Pascual su inteligente mirada por los semblantes de todos y dijo:

—Sabiendo como sabemos que "las acciones y pasiones de los hombres obedecen a las leyes de la naturaleza humana individual", no debe llamarnos la atención la conducta de los yanquis, pues Wilson y su pueblo no han de sentirse satisfechos de la intromisión de las Repúblicas nuestras verdaderas hermanas, porque han visto patentes muestras de adhesión a la causa de la civilización y derechos de libertad, que los ha hecho salir de sus sueños de extender su imperialismo en todo el continente, haciendo uso del derecho del más fuerte.

—Recuerdo, dijo Pepe, que leí en un magazine de los Estados Unidos, que se llama "The World's Work", unas de-

claraciones de Mr. Wilson, entre las que se ven estas palabras, dichas el 2 de marzo retropróximo:

"Un país de la extensión y poderío del de los Estados Unidos puede esperar todo el tiempo que quiera. Nadie duda de su poder y nadie duda de que el señor Huerta está próximo a retirarse. NO HAY QUE VACILAR EN CREER QUE EN MEXICO SE HARA LO QUE QUERAMOS QUE SE HAGA; pero los que tienen mucha prisa porque se hagan las cosas como ellos dicen, se olvidan de que ellos mismos son los que las tienen que hacer. Todas las personas que quieren que inmediatamente se haga algo, tendrán que contribuir a ello con hermanos, con hijos, etc., lo cual no será preciso si quieren esperar".

—También yo recuerdo haber leído eso, expuso don Pascual, y el principio a que antes hice referencia está comprobado con esas declaraciones, porque, efectivamente, para decir con el aplomo de la convicción que "no hay que vacilar en creer que en México se hará lo que quiere que se haga", es porque presume que no dudando nadie del poder de sus cañones, indudablemente que con ellos puede imponer el terror en todas partes, sin hacer cuenta de que para semejante prejuicio se olvida de considerar las emociones de todos géneros y grados, que provocará no solamente en el pueblo que pretenda vejar y a viva fuerza arrancarle sus derechos, sino en todos aquellos que teniendo en sus conciencias la rectitud de principios de nobleza, mostrarán su indignación contra el egoísmo y la crueldad, porque "naturalmente" se sublevarán contra toda bajeza y toda ignominia, aun cuando no deseen inmiscuirse en asuntos ajenos.

—¿Entonces usted cree que la conducta de las Repúblicas sudamericanas no sea del agrado de los yanquis?, preguntó Gómez Anaya.

—Es claro, contestó don Pascual, y lo creo por dos ra-

zones principales: primera, porque son un estorbo para sus planes, aun cuando no sea más que por la presión moral que ejerzan sobre ellos; segundo, porque esa misma presión moral les ha abierto los ojos y miran en toda la desnudez de la verdad, que el poder de la fuerza bruta de que alardean está compensado con el poder de la civilización, que no les permitirá desmanes contra los derechos de libertad en los pueblos de este Continente, muy a pesar de la famosa doctrina Monroe, cuya aplicación arbitraria se ha hecho para ellos una pesadilla constante.

—En resumen, papá, ¿opinas que no darán resultado práctico los buenos oficios de nuestras hermanas las Repúblicas sudamericanas?

—Opino que es difícil, porque cuando la mala intención es la fuerza motriz de las acciones, como sucede en los yanquis, la obsesión prevalece, teniendo como base fundamental la presunción de la fuerza bruta, y esa mala intención está perfectamente evidenciada con el aprovechamiento de pretextos fútiles para hollar infamemente nuestro territorio.

—¿Pues no ha sido la idea ayudar al pueblo mexicano a derrocar a Huerta?, preguntó uno.

—No, hijo; esa es la rueda de molino con que nos quiere hacer comulgar Mr. Wilson.

—Efectivamente, agregó Pepe, porque para que Wilson justificara su apoyo a Fletcher, sería necesario que justificara también haber tenido una prueba irrefutable de que procedía sobre base firme, y la única que "confiesa" haber tenido es la de los testimonios, sin prever que no bastaría que para él esos testimonios fueran capaces de conducirlo a la verdad, sino que sería necesario que la naturaleza de ellos satisficiera a todos los que llegaran a conocerlos, a fin de que su reputación de hombre honrado no sufriera el menoscabo que la conducta indigna hace determinar.

—Muy bien, hijo, esa es la verdad. Para que las palabras de Wilson pudiesen ser consideradas como elocuentes dictados de una conciencia sana, sería preciso que justificara su apoyo a Fletcher, y eso no podrá hacerlo nunca, porque vamos a ver: Mr. Wilson llama "causas" que lo obligan a dar el apoyo referido a "los errores y molestias" que han sufrido los representantes de los Estados Unidos en nuestros puertos, según el mensaje que leyó al Congreso de su país. Como ustedes leyeron este documento, recordarán todo lo que se dice en él que ocurrió en Tampico, entre las autoridades huertistas y los marinos americanos del "Dolphin". Es indudable que para que Mr. Wilson lo afirme como lo hace, ha sido necesario que lo considere todo verdad, por más que no ha tenido sino una sola fuente de investigaciones: la de los testimonios informativos que le enviaron sus agentes, llámense éstos almirantes o comisionados especiales. Pues bien; tenemos entonces que investigar nosotros si esos testimonios son o no suficientes para conducir a la verdad, para lo cual contamos con todo un arsenal de elementos que pondremos en acción. Principiaremos por anotar que los marinos americanos no sólo desembarcaban en nuestros muelles para internarse a las ciudades (de Tampico o Veracruz) solamente, únicamente, exclusivamente, cuando venían a tierra a tomar artículos que necesitaran en sus buques, sino que estaban en nuestras citadas ciudades a todas horas del día y de la noche, como es público y notorio que se les veía en nuestros paseos, en nuestras cantinas, en nuestros teatros, en todas partes y por motivos bien ajenos, como se comprenderá, a exigencias de servicios. ¿Por qué? Porque el carácter franco, sencillo y festivo de los veracruzanos les inspiró confianza, de la cual abusaron, desde el primero hasta el último.

—Permíteme, papá, que te interrumpa, pues deseo contar un hecho que consta a todo Veracruz. De los acorazados

americanos se desprendían diariamente grandes lanchones, remolcados por vaporcitos de ellos mismos, llenos de soldados que venían a bañarse a las playas, que son los paseos de nuestras familias. Desnudos permanecían más bien en tierra que en el agua, y en ese traje paradisíaco se internaban en la ciudad a pie o a caballo, lanzando gritos y a toda carrera, por las avenidas céntricas, exponiendo al vecindario a ser atropellado y causando la indignación de todo el mundo, por el insulto a nuestra sociedad en general y al pudor de nuestras niñas, en particular.

—Es verdad, dijo Gómez Anaya; me consta.

—Y sin embargo, continuó don Pascual, nuestras autoridades, con el fin de no dar motivos de disgustos internacionales, nunca impusieron pena a ningún desvergonzado de esos, contentándose con amonestarlos cuando la policía lograba—de casualidad, sin ser agredida—aprehender a alguno. ¿Merecían que se les castigara duramente en nombre de la civilización y el decoro?

—Como que si yo soy el Jefe Político, no se exhiben dos veces esas vistas en las playas y menos en las calles de la ciudad, porque pido fuerza armada al comandante militar, y omito decir lo demás, dijo Manuel con aire de indignación.

—Entonces queda demostrado que había razón de sobra para arrestar a cada rato no a un pagador o a un ordenanza, sino a batallones enteros, expuso don Pascual. ¿Le habrán informado a Mr. Wilson de los hechos que acabamos de narrar? Es de presumirse que no, y entonces se ocultó la verdad, que no conteniéndola los testimonios que le sirvieron para sus actos, éstos han sido un falso apoyo.

—Estamos de acuerdo en todo, dijeron Pepe, Enrique y los demás.

—Es mi intención ahora referirles otro hecho, porque deseo evidenciar la falsedad de lo que sirvió a Mr. Wilson

para apoyar lo que como verdad asienta en su mensaje, a fin de que veamos claro que los buenos oficios ofrecidos por las Repúblicas hermanas tropezarán con la dificultad de la mala fe de los americanos en todos sus actos respecto de México.

—Sí, todo lo que sea prueba evidente no sobra, dijo Pepe.

—A ver, Jorge, hazme favor de darme "La Opinión" de ayer.

Tomó éste el periódico y se lo dió a su padre, quien buscó un párrafo que indicó a su hijo que leyera, siendo el que ya conocemos relativo a una conversación de un periodista con el cónsul Canada, respecto a los americanos prisioneros por las fuerzas del general Maass, y en la cual conversación dijo el citado cónsul lo siguiente: "Abrigo la confianza de que los americanos, aunque estén prisioneros, estarán seguros en cualquier territorio controlado por el general Maass".

Leyó Jorge el párrafo y después observó don Pascual:

—Seguramente que puesto que Mr. Canada afirmó su confianza en el general Maass, en los términos que acabamos de oír, no es de creerse que un ordenanza de los buques de guerra de los Estados Unidos fuera arrestado aquí al bajar a tierra a recoger el correo y que permaneciera por algún tiempo en la cárcel. ¿Contra quién hubiera protestado Mr. Canada? Indudablemente que contra el general Maass, y no se puede creer sino que con tal protesta la amistad entre ellos se hubiera acabado, cosa que no sucedió, como el mismo Mr. Canada lo pone de manifiesto, declarando la "seguridad" de los americanos por lo que respecta a Maass, que no solamente es huertista, sino pariente político del general Huerta.

—Está usted perfectamente en lo justo, exclamó Pepe.

—He allí que sacamos otra prueba más de las falsedades contadas a Mr. Wilson, y si siguiéramos sería cosa de tener material para hacer interminable nuestra conversación. Por

eso sólo he querido referirme a los mismos hechos contenidos en el mensaje que nos ocupa. Pero nos falta algo; ahora es preciso que consideremos otra cosa: la actitud de los huertistas en general para con los americanos, y por toda conclusión podemos decir que sea de resentimiento hasta cierto punto; sin embargo, ya dijimos que fueron benignos en sumo grado para con ellos. Pero bueno, yo quiero suponer todo lo peor: que estuvieran pendientes de no desperdiciar ocasión para hostilizarlos, ¿podía y debía evitarse eso en otra forma que no fuera la adoptada por Mr. Wilson apoyando a Fletcher en su invasión a Veracruz? Sí, ¿cómo y por qué? No viniendo a provocar a tierra a nadie ni aun con la presencia siquiera, para no dar lugar a "errores y molestias", máxime cuando, según el mismo Mr. Wilson, "había ocurrido una serie de incidentes" que era de suponer exagerados unos y falsos los más". ¿Quién iba a molestarlos a sus barcos? ¿Quién iba a buscar la "sociedad" de ellos allá? Nadie. Ahí en nuestra bahía se hubieran podido podrir los fondos de todos sus barcos esperando que la sociedad veracruzana les hubiese hecho el honor de visitarlos, porque esa sociedad hoy vejada, pero siempre culta, digna, prudente y sensata, jamás habría puesto los pies en las escalerillas para subir al interior de tan magníficos acorazados. Pues bien; teniendo presente las consideraciones hechas, podemos resolver ya si es o no justificada la invasión de que somos víctimas.

—No cabe duda, dijo Pepe, porque si los testimonios que sirvieron a Mr. Wilson para informarse de la verdad son falsos, y en ellos se apoyó para justificar la invasión de que hizo víctima al pueblo veracruzano...

—¡PUES LA INVASIÓN NO ESTÁ JUSTIFICADA!, exclamó Jorge.

—Perfectamente bien, dijo don Pascual, y agregó: pues si la invasión no está justificada, en cambio sí lo está con

ella la perfidia y mala fe de los americanos, y por eso al principio de nuestra conversación dije a ustedes: "Sabiendo como sabemos que las acciones y pasiones de los hombres obedecen a las leyes de la naturaleza humana individual", no debe llamarnos la atención la conducta de los yanquis, pues Wilson y su pueblo no han de sentirse satisfechos de la intromisión de las Repúblicas, nuestras verdaderas hermanas, porque han visto patentes muestras de adhesión a la causa de la civilización y derechos de libertad".

—En resumen, dijo Pepe, las promesas de Wilson son...

—Hipocresías, acabó Jorge.

IV

"Querida Elisa:

"Después de tantas privaciones de todo lo que ha significado fiesta, por razón de los acontecimientos que nos hicieron huir de esa ciudad, ahora estamos entusiasmadas para celebrar, como en años anteriores, el cumpleaños de papá, con una tamalada en un sitio que hemos escogido muy a propósito, a la sombra de frondosos mangos.

"Con tal motivo, en nombre de todos te lo participo, y por tu apreciable conducto también a tu mamá y hermana, suplicándoles que nos hagan favor de venirse temprano el día 4 del actual, porque nos será grato verlas con nosotras.

"Las esperamos; no dejen de venir.

"Te quiere tu amiga,

LUISA".

Hacía poco más de ocho días que en la casa de Merceditas carecían de noticias de la familia de don Pascual, y estaban con gran cuidado, pues temían que por enfermedad de alguien

no escribieran; de manera que cuando recibió Elisa la carta que antecede, fué causa de regocijo que manifestaron con el entusiasmo de la decisión de ir a pasar el día que se les indicaba, a Medellín.

—Lo único que siento, dijo Merceditas, es que tengamos que hacer una jornadita a pie.

—Nos servirá de distracción, contestó Elisa, porque no hay gran distancia del Tejar a Medellín.

—¿Tú crees, mamá, dijo Charito, que si le decimos a Luisa que nos mande unos burros al Tejar para hacer la jornada que temes no nos los mandará?

—¡Qué idea!, exclamó Elisa; le voy a contestar en este momento que aceptamos con gran placer la invitación y que desde ahora principiamos a prepararnos para efectuar el viaje; pero que nos mande unos burros al Tejar para que sigamos en ellos hasta allá.

—¿No iremos a tener alguna dificultad con los soldados americanos en la estación de aquí o en la del Tejar?, observó Merceditas.

—No, mamá, contestó Elisa. No hemos sabido que nadie haya tenido dificultades en estos últimos meses, y no se van a singularizar con nosotras.

—Está bien, dijo Merceditas; mis temores son porque como de un momento a otro desocuparán a Veracruz para reembarcarse a los Estados Unidos, es posible que ese día nos sorprendan con sus maniobras al levantar el campo y nos hallemos en mitad del camino con que no podemos llegar a Medellín ni regresar a nuestra casa.

—Pero mamá, por Dios, ¿estás creyendo que es cierto que se van los yanquis?, exclamó Elisa.

—Yo lo creeré hasta que lo vea, dijo Charito, porque todos los días se están yendo y no resulta verdad.

—Pues no duden que se irán pronto, contestó Merceditas; ¿qué papel están desempeñando aquí?

—El de victimarios, respondió Elisa, el cual parece que es muy satisfactorio para ellos.

—Van ya dos veces que Wilson señala fecha para la desocupación, y tal parece que lo olvida, porque no da ni señales de cumplir su palabra, objetó Charito. Acuérdense que se dijo que el 15 de septiembre se irían para que pudieran los veracruzanos celebrar sin estorbo las fiestas de independencia; pero el caso es que nos quedamos esperando tan fausto acontecimiento; después se contó que en los primeros días de octubre sería un hecho la desocupación, y tampoco hubo nada, y ahora se dice que será pronto, pero no cuándo. No temas, mamá; estos condenados no se irán todavía.

—Eso es lo que creo también, advirtió Elisa; que la llevan larga, por desgracia, en Veracruz.

—Bueno, pues si ustedes creen que no cambiarán las cosas de un momento a otro, contesten a Luisita que aceptamos con mucho gusto su invitación.

—Y que nos mande los burros al Tejar, ¿verdad? Voy a escribirle.

Para inteligencia de nuestros lectores diremos: que el ferrocarril de Veracruz a Alvarado llevaba escolta de soldados americanos hasta el Tejar, donde había un fuerte destacamento de invasores al cuidado de las bombas que surten de agua a la ciudad porteña. Allí abandonaban el tren para que siguiera su itinerario, y en Medellín era recibido por las tropas constitucionalistas (que habían relevado a las extinguidas federales) y éstas lo escoltaban después. Pero sucedía muchas veces que la desconfiada tropa mexicana detenía largo tiempo el tren para inspeccionarlo minuciosamente a fin de evitar cualquier sorpresa que pretendieran dar los yanquis pasando pertrechos de guerra, y ellos mismos, para combi-

nar un ataque por la retaguardia a las avanzadas que les cerraban el paso, y como la repetición de estos sucesos dió margen a que el público se percatara de ellos, las personas que salían de Veracruz para ir hasta Medellín solamente, encontraban más expedito bajarse en el Tejar para continuar a pie. Merceditas y sus hijas determinaron hacer lo propio, modificando Elisa la idea con la substitución del ferrocarril con burros que, por otra parte, les iba a proporcionar un agregado a la diversión de la fiesta campestre a que asistirían.

V

Doña Anita y su hija estaban distraídas mirando desde un balcón de su casa lo que pasaba en la calle, que no era nada de extraordinario, cuando se les acercó el cartero entregando a Rosita una carta que le extrañó recibir, porque conoció la letra de Luisa en el sobre, y el día antes había recibido correspondencia de ella misma.

—¿Quién te escribe?, preguntó doña Anita.

—Luisa.

—¿Qué habrá novedad en la familia?

—Es de presumirse, porque ayer recibí también carta suya y aún no le contesto.

Se retiraron del balcón preocupadas, y procedió Rosita a abrir la carta. Ésta era por el estilo de la que vimos para Elisa, con el siguiente agregado:

"Reciban recuerdos cariñosos de todos y especialmente de Jorge, que, según sospecho, guarda para ti una sorpresa agradable".

No pasó inadvertido para doña Anita que el carmín natural de las mejillas de su hija subiera de punto al leer el último párrafo de la carta; pero se mantuvo dentro de la discreción, que era su fuerte.

—Tú dispones, dijo Rosita a su madre con sumisión y respeto profundo.

—Dispongo lo que tú quieras.

—Pues quiero ir.

—Entonces no hay más que hablar: vamos.

El corazón de Rosita palpitó lleno de júbilo cuando oyó la última palabra de su mamá, aunque a decir verdad no esperó que fuera otra, porque el cariño a la familia de don Pascual era grande y sincero, y, por otra parte, nunca privaba a ella de distracciones que fueran de su agrado.

Mientras que doña Anita ocupó su imaginación con la perspectiva del viaje sin dificultades, puesto que en los últimos meses nada había ocurrido de extraordinario, y todos iban y venían por ese ferrocarril de Veracruz a Alvarado, Rosita se preocupó con lo que Luisa decía de Jorge, porque como en sus cartas anteriores sólo recuerdos cariñosos de él encontró siempre, le llamó ahora la atención saber que aquél le tenía preparada una agradable sorpresa. ¿Qué será?, pensaba; ¿me amará Jorge como yo lo deseo? ¡Oh!, sería muy grande mi dicha; pero no debo abrigar esperanzas de obtenerla. Con mi sufrimiento de amarlo yo sin que él ni nadie lo sospeche, tengo y debo conformarme.

VI

El mismo día que Luisa escribió a sus amigas invitándolas para la fiesta del cumpleaños de don Pascual, fué éste a hacer una visita a su amigo el español, a Boca del Río, quien como siempre lo recibió con inmenso gusto.

Era un tipo simpático, soltero y sin familia, de 28 años de edad, pletórico de salud, de estatura regular, mirada inteligente y muy trabajador y honrado, como son casi generalmente todos los súbditos de España en México.

Logró crearse una regular fortuna, y ya pensaba seriamente en buscar una esposa para formar una familia y continuar una vida de descanso.

Había tratado a la de don Pascual con motivo de las relaciones comerciales con éste, pareciéndole que cualquiera de sus hijas sería el verdadero ideal de sus aspiraciones; sin embargo, no se había atrevido a insinuarse a Graziela por el temor a desagradarle y ver destruídas las ilusiones que venían siendo la esperanza de su dicha: hacerla su esposa.

Don Pascual lo sorprendió dirigiendo los últimos detalles de una hermosa residencia que había construído, quedando maravillado de la disposición de la finca, que contenía ya los muebles y todo lo necesario, como si esperara a la ungida por el amor de su dueño para que disfrutara de todas las comodidades que contenía en su seno.

—Muy bien, amigo, le dijo don Pascual; felicito a usted muy sinceramente, porque esta preparación indica que no tarde esta residencia será el nido de amor donde sea usted tan feliz como merece.

—Muchas gracias, contestó el español queriendo ocultar su emoción con una sonrisa ingenua, porque habían sido adivinados sus propósitos.

—¿Cuándo tendré el gusto de concurrir a la inauguración que sin duda será con la fiesta de su casamiento?

—No puedo precisárselo, y seguramente tardará, porque aún no tengo lo principal, que es la novia.

—Pero cuando menos se habrá usted insinuado a alguna "pollita", vería que no le es indiferente, y vamos, que no desea hacerla perder el tiempo ni perderlo usted tampoco.

—Voy a ser franco contestándole, como no lo he sido con nadie. Efectivamente, pienso casarme y por esa razón me he preparado como lo acaba usted de ver; pero la mujer que ha creado en mí las ilusiones de una felicidad eterna, me ins-

pira también un respeto tan profundo, que me siento cohibido para hacerle la más insignificante insinuación de mi amor. Sólo me atrevo a verla cuando ella no lo sospecha; a saludarla, ahogando por cuantos medios puedo la emoción que su presencia me hace sentir, y no obstante que sus padres y toda la familia me dispensan toda clase de consideraciones y atenciones, no he logrado vencer el temor de insinuarme con mis pretensiones, porque, lo confieso a usted con sinceridad, prefiero gozar con la ilusión de que tal vez no le desagradaría y pudiese ser mi esposa.

—Esa es una situación insostenible, amigo mío, y si quiere usted seguir los consejos de un hombre que a su experiencia une el afecto sincero para usted mismo, le diré: que siendo hoy por hoy muy difícil para una señorita virtuosa la adquisición del amor de un hombre de cualidades a base de moralidad y buena fe, no veo que tenga usted razón para temer un desaire de la que ha producido en su alma el sentimiento del amor. Tiene usted en apoyo de mi dicho, las atenciones y consideraciones que le dispensa la familia, todo indudablemente porque reconoce los méritos de su persona. En consecuencia, si usted, como es de esperarse, escoge el camino recto para llegar al fin que desea, le auguro que el resultado será satisfactorio.

—¿Cuál será ese camino, que tal vez mi aturdimiento no me permite ver claro?

—Pues no puede ser más franco. Para evitar todo resentimiento con los padres de la señorita, puesto que lo aprecian como me dice, comuníqueles a ellos sus propósitos suplicándoles su permiso para hacer presente su amor a la referida señorita.

El español, al oír esto, estuvo a punto de decir a don Pascual: "aprovecho la ocasión para suplicar a usted entonces ese permiso"; pero el temor de no ser del agrado de Graziela

detuvo las palabras al salir de sus labios. Se contentó con decirle:

—Le agradezco mucho sus consejos, que le prometo seguir.

—Que sea para bien, le contestó don Pascual, y ahora permítame que le diga cuál es el principal objeto de mi visita.

—Cualquiera que sea, estoy a sus apreciables órdenes.

—Mis hijas se han empeñado en celebrar con una tamalada mi cumpleaños, que es el día 4 del actual, y a nombre de ellas vengo a invitarlo para que nos haga favor de acompañarnos.

Otra vez la emoción ahogaba al español; pero ahora no pasó inadvertida para el viejo coronel; sin embargo, se hizo el disimulado.

—Supongo que no desairará usted la invitación, insistió don Pascual.

—Indudablemente que no, y le agradezco mucho su bondad, así como a sus hijas la distinción de que me hacen objeto.

—Va a ser una fiesta sencilla, únicamente entre familia.

El español parecía que estaba sobre ascuas, deseando aprovechar la ocasión de confesar toda la verdad de sus sentimientos, y a tanto llegó su inquietud, que al coronel Ramírez le pareció necesario no seguir disimulando y le dijo:

—Noto que ha estado usted inquieto hoy, y si le inspirara la confianza que deseo, me satisfaría que me contara las causas que lo tienen en ese estado, con la seguridad que lo ayudaré a serenarse, si puedo hacerlo.

Fué ya imposible al español ocultar más, y dijo:

—¿Me da usted su permiso para hablar de mi amor a su hija Graziela?

—Es una verdadera sorpresa la que me da usted; pero consecuente con mis convicciones, con mucho gusto le doy el permiso que solicita.

—Gracias, contestó el español, abrazando al padre de la dueña de sus ilusiones.

CAPÍTULO ÚLTIMO

La desocupación

I

La villa de Medellín es célebre en la historia de México, entre otras cosas, porque cuando Hernán Cortés la conoció le halló tanta semejanza con su pueblo natal de España, que él fué quien le puso el nombre que aún conserva; además, porque cuando don Nicolás Bravo, héroe de la guerra de independencia de 1810, estuvo allí y en su poder más de doscientos españoles prisioneros, al recibir la noticia de que su padre había caído en el de las fuerzas realistas y fusilado incontinenti, su venganza fué sublime poniendo en libertad a los referidos doscientos españoles, determinando este hecho que, aunque muy posteriormente, los vecinos de la villa dedicaran un recuerdo a su magnanimidad, levantándole un monumento en el centro de la plaza principal.

El aspecto alegre y pintoresco de la vegetación exuberante de la villa que nos ocupa, ha dado lugar a la formación de hermosos jardines en donde las flores del trópico lucen su gallardía y perfuman el ambiente.

En esa misma villa, las familias acaudaladas de Veracruz tienen preciosas quintas para ir a veranear, pues aunque la temperatura es idéntica a la del puerto, se mitigan los ar-

dientes rayos del sol con la sombra de los mangos, naranjos, aguacates, ciruelos, etc. Además, el paso del río permite que en su orilla se construyan barraquitas techadas con palmas y cubiertas a los lados también con palmas, para dotarlas de todas las comodidades que se deseen a fin de tomar baños de agua dulce en su interior, sin las molestias del sol.

La mañana del día 4 de noviembre de 1914, a eso de las ocho, entraba en el pueblo por el camino del Tejar, una comitiva alegre y bulliciosa compuesta de Merceditas, doña Anita y las hijas respectivas de ambas, acompañadas de la familia de don Pascual y además de Pepe, Enrique, Gómez Anaya, el español de Boca del Río y Manuel, quienes fueron a recibirlas al extremo Norte del hermoso puente de fierro del Tejar.

Las señoras y señoritas cabalgaban en enflorados burros, que lucían adornos hasta en sus escasas colas, y la risa en las de la comitiva era provocada por cualquier palabra o hecho el más trivial, siendo la escolta de hombres, en este caso, el coro de esas manifestaciones espontáneas de alegre locuacidad.

Los sencillos moradores de la villa salieron a las puertas de sus casas atraídos por la curiosidad, y también reían al paso de la comitiva, como contagiados por la alegría con que se venía llenando la calle.

En los balcones de la casa habitación de la familia Ramírez esperaban don Pascual y su consorte, que agitaban sus pañuelos a la vista de la comitiva, correspondiendo al saludo que se les dirigía, y cuando cerca de la puerta descendían los invitados de ambos sexos, de sus pacientes cabalgaduras, se iban formando en línea al frente, presentando hermosos ramos de flores y cantando un himno de salutación improvisado.

Bajaron don Pascual y doña Elvira para hacer cariñosa

recepción a la comitiva, y fueron sorprendidos con vítores y una lluvia de flores que alfombró el suelo que pisaban.

¡Qué contraste con aquella lluvia de balas traidoras que tuvo en inminente peligro sus vidas durante los días trágicos 21 y 22 de abril, acabado de pasar!

II

En tanto que llegaba la hora de comer los tamales, que todavía se estaban cociendo en una gran paila en mitad del patio de la casa, las señoras y señoritas aprovecharon el tiempo en pasear por el pueblo, quedándose los señores haciendo compañía al anfitrión de la fiesta.

Como era de esperarse, rodó la conversación que animadamente entretuvo a los últimos, hasta llegar al terreno de los acontecimientos en el país.

Se habló de la actitud del ciudadano jefe de la revolución constitucionalista al saber la invasión de Veracruz por los americanos, encomiando sus declaraciones de que seguiría luchando contra el ejército federal que sostuvo a Huerta en la usurpación de la Presidencia, y la de que lucharían también contra los invasores tan pronto como se pusiera en contacto con ellos.

Se comentaron las derrotas que a su invencible paso por las regiones del Norte infligieron los constitucionalistas a los federales, cuyo último esfuerzo lo hicieron en Torreón, pues allí se reconcentró todo lo mejor que quedaba, al mando del general José Refugio Velasco, y fueron aniquilados por los generales Francisco Villa y otros, escapando herido el general Velasco a la Capital, lo que determinó que el usurpador y cuantos le rodeaban decidieran abandonar el país.

Se refirieron los detalles de la huída de Victoriano Huerta y su familia entera, efectuada por el puerto de Coatza-

coalcos, para andar en Europa como judío errante porque en ninguna parte le permitían desembarcar, recibiéndolo con manifestaciones hostiles.

Se comentó el hecho de que Huerta entregara el poder al licenciado Francisco S. Carvajal, Presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación y politicastro sin pizca de pudor, a quien se debe que con detrimento del honor de la patria amparara a Félix Díaz contra los procedimientos del Tribunal que lo juzgaba por el cuartelazo de Veracruz, promovido por él y del que escapó con vida gracias a la magnanimidad del apóstol Presidente Francisco I. Madero.

Se dijo que Carvajal fué el escogido para que entregara, a su vez, los poderes al jefe de la revolución constitucionalista; pero que éste nada tuvo que entregar, porque tales poderes habían sido usurpados por medio de asesinatos proditorios, y que el pueblo, único árbitro de los destinos de la patria, agrupándose con las armas en las manos alrededor de don Venustiano Carranza, ungió a este mismo con el poder omnímodo de su voluntad para que fungiera como encargado del Ejecutivo de la Nación mientras que no se volviera a las prácticas constitucionales, infamemente interrumpidas por el general Huerta y sus secuaces.

Se trató de que el efímero gobierno de Carvajal se redujo a lanzar unos bonos para hacerse de dinero, ya que Huerta no le dejó nada en la Tesorería de la Nación, y a nombrar al general José Refugio Velasco, Ministro de Guerra y Marina, para que licenciara a las pocas tropas que quedaban.

Se celebró la entrada triunfal de don Venustiano Carranza a la Capital de la República, libre ya de todos los traidores, porque habían huído para los Estados Unidos y otros puntos del extranjero.

Se hicieron entusiastas comentarios porque el general

Cándido Aguilar había sido nombrado por el señor Carranza Gobernador y Comandante Militar del Estado de Veracruz, quien una vez que se hizo cargo del mando se situó en Soledad para ocupar el puerto a la retirada de los americanos, la cual retirada se venía gestionando diplomáticamente por el propio señor Carranza con el gobierno de Wilson.

Y en este punto de la conversación estaban nuestros personajes cuando regresaron las señoras y señoritas, cuya presencia hizo que se dispusieran a concurrir con ellas al lugar escogido para saborear los tamales.

III

José, con la dirección de Luisa, fué el que se ocupó en arreglar el improvisado comedor, bajo cuatro frondosos mangos.

Después de arrancar las yerbas que raquíticas vivían por la falta del sol y rocío que les interceptaban las grandes ramas de los citados mangos, siempre cubiertos de hojas, hizo una escoba con otras yerbas a propósito y barrió perfectamente bien el lugar, extendiendo luego petates gruesos y haciendo distintos caminos con flores varias sobre los mismos petates que ahora iban a servir de mantel.

Llegado el momento de la comida, rodearon los comensales la alfombra dicha, y cediendo el sitio de honor a don Pascual y su esposa, se sentaron a las orillas, y la antigua criada Catalina, ayudada por María —la mujer de José— y José, fueron los sirvientes.

Por supuesto que no sólo tamales se iban a comer, sino que el menú era suculento, sin que faltaran "los caldos" para rociar los platillos.

La animación que reinó durante la comida fué grandísi-

ma, y a la hora en que se presentaron los tamales tomó el español una copa de cerveza y dijo:

—Brindemos, señoras, señoritas y caballeros, por la felicidad del gran patriota, el señor coronel don Pascual Ramírez, deseándole, como lo hago yo, muchos años de vida para honra y gloria de esta patria tan hermosa y querida; brindemos por su muy honorable esposa doña Elvira, por sus dignas y bellas hijas, y por la concurrencia en general.

—¡Viva don Pascual!, exclamaron las señoras y señoritas invitadas.

—Gracias, contestó el aludido muy emocionado, y continuó: Agradezco mucho a todos las manifestaciones de cariño de que he sido objeto, y para que pudiera decirles que éste es quizá el día que más contento y satisfecho me siento, no hay más que un obstáculo: el de que estamos aquí porque fuimos arrojados de nuestras casas por el invasor de nuestro muy amado Veracruz.

—Pero ya pronto regresaremos, le interrumpió doña Elvira.

—Sí, ahora ya voy creyendo que pronto volveremos allá, porque el señor Carranza no desperdicia ocasión para exigirlo así al Presidente americano Wilson, quien lo ha ofrecido y hasta por dos veces ha fijado ya fecha para la desocupación, que al fin tendrá que verificarse, puesto que el general Aguilar, por su parte, no cesa tampoco de exigirlo, en atención a que sus fuerzas, que son considerables, no pueden ya tolerar la presencia del extranjero, y desatendiendo las recomendaciones que se les hace de no ser hostiles a ellos y de que tengan paciencia, ya no quieren esperar más, y en un momento pueden arrojarse sobre los invasores y agravar la situación. Señores, señoritas y caballeros, brindo por ustedes, que me hacen el honor de acompañarme y brindemos todos por la felicidad de la patria.

—Pida la palabra, exclamó Luisa. Brindemos también por los gloriosos veracruzanos que opusieron resistencia al desembarque de los extranjeros.

—¡Vivan los veracruzanos!, exclamó el español.

Y su vítor fué contestado unánimemente.

Luisa, cuando pidió la palabra, iba a evocar el recuerdo de Pancho de una manera especial; pero reflexionó a tiempo que entristecería a Jorge y a su padre, y se conformó con ser ella únicamente la que bendijera la memoria del abnegado joven, que allí estuviera si viviese.

Terminada la comida cerca de las tres y media de la tarde, los caballeros invitaron a las señoras y señoritas a pasear por entre los frondosos árboles, que desprendieron hojas sobre sus cabezas como si desearan llamar la atención de que estaban contagiados de la felicidad de que eran mudos testigos.

IV

Durante la comida, el español tuvo a su lado a Graziela y Jorge a Rosita, en los que nos fijamos porque es de suponer que Pepe y Enrique estuvieran junto a Luisa y Carolina, respectivamente.

Jorge tenía bastante confianza con Rosita, puesto que todos los días la veía y hablaba; de manera que, al insinuarse con su declaración amorosa, lo hizo hasta cierto punto con facilidad, pues, además, bien comprendido tenía que no era indiferente; en tal virtud, establecida la corriente de simpatías mutuas se vencieron en un momento los escrúpulos de la "reserva" y supieron uno y otro que estaban correspondidos.

Pero por lo que respecta al español, su situación era embarazosa. Estuvo muy atento con Graziela y en todos sus ac-

tos quería reflejar su interés en agradarla, lo cual notó la joven desde un principio; mas se hacía la disimulada naturalmente, no obstante de que le simpatizaba el español, aunque de una manera indiferente por decirlo así.

No hay que dudar que ambos formaron una de las parejas que paseaban por entre la arboleda, y aprovechando el español que eran los últimos, procuró retardarse un poco a fin de poder hablar a Graziela de su amor, y cuando creyó que nadie más que ella podía oírlo, le dijo casi temblando por la emoción:

—¡Qué dichoso sería yo si, como los demás, viniera del brazo de mi novia!

Poniéndose muy colorada la joven, le respondió aparentando tranquilidad:

—Nos hubiera usted hecho el favor de decirnos quién era para que la hubiésemos invitado.

—Pero es que no la tengo.

—Me parece raro.

—Pues que no lo parezca a usted, porque si a decir verdad hace mucho tiempo que estoy enamorado, no he tenido valor para declararlo a la que amo.

Rió Graziela nerviosamente y contestó:

—Más raro me parece todavía esa conducta, porque manifestar sus sentimientos nada tiene de particular. ¿Y ella ha comprendido, cuando menos, que es amada por usted?

—No lo sé; tal vez no, porque yo he disimulado cuanto he podido, al grado de que siéndome muy fácil ir a su casa con frecuencia, me he abstenido de hacerlo.

—Pues es un amor el de usted muy singular.

—Es que al mismo tiempo que amo, siento un profundo respeto por la dueña de mi corazón.

—Pero si no la va usted a ofender; si ella no lo ama, con responderle eso mismo queda el asunto terminado.

—He allí otra cosa: he preferido no exponerme a esa negativa para abrigar la esperanza de que pueda ser mi esposa.

Graziela estaba como sobre ascuas, porque de un momento a otro esperaba oír que era ella la amada, y no había tenido tiempo de reflexionar la contestación, porque la verdad era que no había sospechado antes las impresiones del español, a quien le dijo tratando de evitar la declaración:

—Considero que su situación es penosa; pero tal vez tenga usted razón al preferir callar antes que exponerse a oír una negativa que lo desespere.

El español, que ya estaba creyendo ganada la partida, se desconcertó tanto con lo que ahora oyó, que exclamó:

—Sí, es preferible que ahogue en mi pecho mis palabras.

Y acordándose que le había pedido permiso a don Pascual "para hablar de su amor" a Graziela, se sintió avergonzado de no hacerlo y entonces resolvió jugar el todo por el todo; de manera que dijo:

—Pues bien, Graziela; no sé si podré soportar la negativa que temo, porque se destruirán las ilusiones de mi alma; pero es imposible que calle por más tiempo, me siento impulsado por una fuerza que no adivino de dónde procede, para comunicar mi amor a la hermosa mujer que me lo inspira. Tengo el permiso de su padre para hacerlo, y... esa mujer es usted, Graziela...

No pudo continuar, porque la emoción lo ahogaba.

La joven experimentó tan fuerte impresión, que hasta los oídos le zumbaban y su corazón latía como si fuera a reventársele.

El español agregó:

—Mi suerte está en sus manos; de usted depende que sea yo el más feliz de los hombres haciéndola mi esposa.

No era la primera declaración que oía Graziela; pero ésta sí que penetró hasta lo más recóndito de su alma pura, y haciendo un esfuerzo poderoso se repuso y dijo:

—Le agradezco mucho el afecto que le inspiro, pues su declaración me parece muy sincera y no me siento con ánimo para rechazarla; le ofrezco que hablaré con mis padres sobre el particular, y que pronto sabrá usted a lo que deba atenerse.

—Muchas gracias, Graziela hermosa; la esperanza mantendrá a mis ilusiones fragantes como flores purísimas mientras tanto.

V

En un viejo tronco de árbol se quedaron sentados don Pascual y doña Elvira contemplando a la felicidad, que estrechamente unida a la juventud, ambas se paseaban por entre la arboleda de los alrededores.

Pepe llevaba del brazo a Luisa y a Charito, Enrique a Carolina y a Elisa, Jorge a Rosita, el español a Graziela y Merceditas a doña Anita.

Don Pascual refirió a su esposa su visita al español para invitarlo a la fiesta, y todo lo que vió y le dijo hasta que se determinó a pedirle permiso para hablar de su amor a Graziela.

Doña Elvira se sintió satisfecha con la noticia, porque no dudó que sería el español un buen marido para su hija.

—No tuve tiempo de prevenir a Graziela, expuso don Pascual; pero casi me alegro, porque no deseo hacer ninguna presión en su ánimo. Tengo fe en el juicio y sensatez de nuestra hija, y espero que sabrá hacer lo que le convenga.

—Eso mismo pienso y más aún: Graziela no se comprometerá a nada sin consultarlo previamente con nosotros.

—También lo creo así.

—De lo que tengo ya muchos deseos, es de que nos vayamos a nuestra casa, pues aunque aquí estamos cómodamente, siempre extrañamos algunas minuciosidades que nos hacen falta por la costumbre de servirnos de ellas.

—Pues no hay más remedio que tener paciencia.

—¿Y en qué consiste ahora la demora de la desocupación por los americanos? Primero dijo Wilson el 16 de septiembre pasado, que era el día más feliz de su vida porque había dado orden de que nos dejaran en paz sus soldados; no se llevó a cabo nada, porque iba a ser en octubre, y pasó todo el mes y tampoco hubo nada. ¿Qué pasa?

—Indignación siento al recordarlo, contestó don Pascual. Es que algunos de los que están sirviendo al invasor se han quejado a ellos de que las leyes del país no los amparan y temen ser castigados en cuanto queden a merced de dichas leyes. También algunos de los que han pagado contribuciones al gobierno de los yanquis, han expresado sus temores de que se les vuelva a cobrar y Wilson exige a Carranza que se otorguen garantías a los empleados y a los contribuyentes; pero Carranza ha contestado que no acepta condiciones que menoscaben el honor de la patria.

—Muy bien contestado a mi entender, dijo doña Elvira.

—Así digo yo también, y tengo esperanzas de que los que están sirviendo de obstáculo para que se vayan los yanquis, reflexionen en sus deberes y al fin decidan que la patria está por sobre toda conveniencia de cualquier carácter, y se sometan a las disposiciones del Gobierno de su país, despreciando la protección de gobierno extranjero.

—Pues si en eso consiste todo, no hay que dudar que uno que otro de los que no tienen conciencia de sus actos, son los

que han pedido garantías contra las autoridades mexicanas, y que la mayoría protestará contra estos traidores, rechazando toda protección extranjera. En tal virtud, si Mr. Wilson no sigue engañándonos, pronto también volveremos a nuestra casa.

Siguieron los modelos cónyuges hablando de asuntos del hogar, y cuando se acercaba la hora del paso del ferrocarril para Veracruz, volvieron los paseantes, se convino que regresaran al Tejar en burros, como habían venido de allá, las familias de Merceditas y doña Anita y que todos las acompañarían hasta el extremo Norte del puente consabido.

Así se hizo, y ya anocheciendo le tocó a don Pascual regresar con los jóvenes a su campamento.

VI

Estamos a mediados del mes de noviembre y se dice con insistencia que ya se preparan los yanquis para desocupar a Veracruz.

Don Pascual contaba en su campamento con cerca de cinco mil hombres que voluntariamente se le habían aliado en sus filas, todos los cuales eran vecinos de los pueblos y rancherías de los alrededores; de manera que si al no despreciable número de soldados se agrega la pericia del viejo militar para dirigirlos, y, sobre todo, la gran dosis de patriotismo que los alentaba, iba a ser sumamente difícil el avance de los invasores por el lado de Boca del Río y Medellín.

Era de mañana, y lo que pudiéramos llamar propiamente el Estado Mayor de don Pascual se hallaba reunido en la casucha de palma, cuando llegó un ordenanza del cuartel general de Soledad con un pliego, en el que daba la noticia de que el puerto sería desocupado en breve plazo.

Después que leyó Jorge el citado pliego, el contento que reinó fué tan grande, que es imposible describirlo.

En estos momentos llegó el español de Boca del Río, y a toda prisa bajó de su caballo para abrazar a todos, felicitándolos por la fausta noticia que les traía, creyendo que iba a ser el primero que se las comunicara.

Correspondieron al saludo y felicitaciones, y al mostrarle después el pliego del cuartel general de Soledad, dijo:

—Pues ya que llegué tarde para una noticia, tal vez no haya sucedido lo mismo para otra no menos sensacional.

Todos lo vieron con avidez y exclamaron:

—Favor de decirnos pronto de qué se trata.

—De que se vencieron los obstáculos para la evacuación de Veracruz por las tropas de Wilson, quedando éste en un ridículo fenomenal porque los veracruzanos supieron cumplir con su deber.

—Hable, hombre, por Dios, exclamó Manuel.

—No, no hablo más, porque me ahoga el gusto; pero lean ustedes.

Y dió a Jorge unos periódicos.

Nerviosamente extendió éste uno de los citados periódicos y leyó lo siguiente:

"En la Secretaría de Comunicaciones se nos proporcionó el siguiente mensaje:

"General Luis G. Caballero.—Tampico.

"El general F. Funston acaba de comunicar al general Aguilar la resolución Washington de evacuar Veracruz.

V. CARRANZA".

—¡Señores, gritó Manuel, viva Carranza!

La respuesta fué unánime.

Jorge siguió leyendo:

"CONFERENCIA TELEGRAFICA ENTRE EL GENERAL C. AGUILAR EN CORDOBA Y SU REPRESENTANTE EN VERACRUZ.

"El señor Martínez lo saluda afectuosamente y le da la siguiente: "General Funston me notifica en este momento haber recibido órdenes de Wilson para que esté listo con todas sus tropas para la evacuación de aquí, y desea que envíe usted al señor Domínguez (1) para que también esté listo en lo concerniente a su cargo. Ha ordenado por inalámbrica al vapor "San Marcos" que regrese a este puerto para el efecto. Me dice que aunque no le han dado la fecha exacta, cree que en cuatro días, o tal vez menos, y espera que en vista de esto, tenga las tropas necesarias para dar la debida protección al puerto y que se sirva usted decirme sus medidas. Felicito al señor jefe Carranza y a usted, y espero sus instrucciones. Visité Boca del Río esta mañana, y tropas están en espíritu excelente, y me piden notifique su adhesión al señor Carranza y a usted. Sírvase contestarme a la mayor brevedad. A las diez de la noche quedé citado con general Funston para que me diga qué más noticias recibe de Washington, pues le dijeron seguía otro mensaje más detallado, y si acaso quiere, esté usted pendiente en esa para recibir las noticias.—Quedo enterado de su noticia, lo felicito. Diga al general Funston que se han tomado todas las medidas para la protección del puerto; ya comunico al primer Jefe la adhesión de las fuerzas de Boca del Río; espero me siga informando".

---

(1) Se refiere al señor licenciado Domínguez don José, honra y prez del foro veracruzano.

—Señores, ¡viva el general Aguilar!, volvió a exclamar Manuel.

—Es preciso que celebremos este acontecimiento con una copa de cerveza, dijo Jorge.

Tomaron lo dicho, brindando por la felicidad de la patria, y luego continuó Jorge leyendo lo que sigue:

"Washington, noviembre 11.—Dícese que el Presidente Wilson ordenará muy pronto la evacuación de Veracruz, pues el Primer Jefe, encargado del Poder Ejecutivo, señor Carranza, ha ofrecido dar las garantías para los intereses y personas de los veracruzanos.

"Créese que el embarco de las tropas americanas comenzará inmediatamente, y que durará una semana.

"Personas que supusimos bien informadas, manifestaron que la Legación del Brasil había recibido del licenciado Fabela, y durante todo el día de ayer, importantes mensajes relativos a la evacuación del puerto de Veracruz.

"Por la noche, uno de nuestros reporteros solicitó una entrevista del excelentísimo señor J. M. Cardoso de Oliveira, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario del gobierno del Brasil, la cual no pudo efectuarse, pues el distinguido diplomático se excusó cortésmente, exponiendo por conducto de un empleado de la Legación, que se hallaba sumamente ocupado en cifrar mensajes para Río Janeiro.

"Insistimos en nuestro rebusco de noticias y pasamos interrogatorio al Excelentísimo señor Ministro aludido.

"El cual manifestó no haber recibido del oficial mayor, encargado de la Secretaría de Relaciones, telegrama alguno relacionado con la desocupación de Veracruz.

"Y acerca de las gestiones que para ellos se hacen, el citado ministro brasileño se concretó a responder que "se estaba pendiente de telegrama de Washington".

"Más tarde comunicamos al señor Gordillo, primer secretario de la Legación Brasileña, el texto del mensaje enviado al gobernador de Tamaulipas y en el que el señor Carranza trasmite la comunicación del general Funston al gobernador de Veracruz, y donde se expresa que el Presidente Wilson resolvió se evacuara Veracruz.

"El señor Gordillo ratificó lo expuesto por el excelentísimo señor Cardoso; y sobre la naturaleza de los mensajes enviados a Washington y de los cuales se esperaba contestación, guardó impenetrable reserva.

"A pregunta nuestra, el señor Gordillo dijo que el señor Silliman, uno de los agentes confidenciales que la Casa Blanca tiene en territorio mexicano, no había estado en la Legación del Brasil a ninguna hora del día".

—Permíteme, Jorgito, que te interrumpa para suplicar a todos que me hagan favor de acompañarme a comer en la casa de ustedes.

—Con mucho gusto, contestó don Pascual.

VII

Después de comer se volvió a tratar de la desocupación de Veracruz, pues se deseaba saber cómo se había solucionado la dificultad de los empleados y contribuyentes.

Don Pascual decía:

—No duden que habrá sido como el honor lo impone.

—Evidentemente que así fué, exclamó el español, que ya había leído las noticias sobre el particular. Mira, agregó tomando un periódico y dándolo a Jorge, lee primero lo relativo a los empleados.

Jorge, que estaba impaciente, leyó:

"COMUNICACION DE LOS EMPLEADOS:

"Hemos tenido conocimiento de que entre las condiciones expuestas por el Gobierno americano, figura la que se refiere a nuestra situación como empleados del régimen impuesto por las fuerzas de ocupación.

"Si circunstancias especiales nos hicieron servir a este régimen, bajo el criterio de que no hubo declaración de guerra y sí muy buena voluntad hacia la revolución, de la que formó usted parte esencial, esto no quiere decir que aceptemos la tutoría extranjera en asuntos meramente nacionales; tanto más cuanto que tenemos la convicción de no haber afectado el sentimiento y decoro patrio, no es de esperarse castigo alguno por los servicios que prestamos más bien a la sociedad y a la nación, puesto que restamos con ello el exclusivo entronizamiento; pero si así fuere, nos conformaremos gustosos antes que ser obstáculo al propósito eminentemente patriótico de conseguir la breve desocupación del puerto.

"Entendemos que a la soberanía nacional toca resolver sobre semejantes cuestiones interiores.

"Inspirados por un vivo sentimiento de nacionalismo, pedimos a usted tenga declaración consignada en las presentes líneas al resolver el conflicto internacional, dentro de los arreglos diplomáticos, pero sin afectar nuestra soberanía republicana y sin menoscabo de la sagrada independencia de nuestra nación.

"Suplicamos lo diga así al Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, interponiendo sus buenos oficios para que al atendernos en justicia, véase la expresión de patriotismo muévenos con afán borrar malas interpretaciones hanse venido dando nuestra conducta anterior. Si necesidad o error llevároronnos en paso torpe, no fué jamás conocimiento indignidades y no serálo nunca al solucionarse estas graves dificultades

carácter internacional y sin afecte más mínimo soberanía y decoro República.

"Protestamos usted nuestros respetos y consideraciones.

"H. Veracruz, a 9 de noviembre de 1914.

"Los empleados:

"H. ENRIQUEZ.—H. K. CEBALLOS.—E. ANTONIO OMOTT.—Siguen firmas".

"CONTESTACION DEL GENERAL AGUILAR A LOS EMPLEADOS.

"Me he impuesto de la atenta nota de ustedes, de fecha 9 del mes en curso, y en la que se sirven manifestar al Gobierno de mi cargo su patriótico deseo respecto de las dificultades internacionales, para solucionar, dentro de la dignidad y el decoro de la patria, los inconvenientes que en el concepto del gobierno americano surgen con motivo de la desocupación del puerto de Veracruz.

"Exponen ustedes su propósito de no resultar un estorbo en los arreglos definitivos que las cancillerías de una y otra nación están llevando a cabo, a fin de solucionar dignamente problema internacional.

"En efecto, según ustedes se sirven expresarlo, entre las condiciones expuestas para verificar la evacuación del puerto encuéntrase la de garantizar a quienes han servido al régimen americano en Veracruz, siendo mexicanos, una línea de conducta que no afecte a sus intereses ni a sus personas, sin embargo de las prescripciones legales relativas al servicio de ciudadanos mexicanos dentro de un régimen extranjero.

"Tomando en consideración las razones anotadas por ustedes en el ocurso de referencia, he trasmitido la nota que sus-

criben al ciudadano Primer Jefe, encargado del Poder Ejecutivo de la Nación, a fin de que determine sobre el particular, apoyando, según se solicita, los conceptos en que fundan su demanda de referencia.

"Como quiera que las bases fundamentales de su petición descansan en razonamientos de un carácter especial, inspirado en el sentimiento del decoro patrio, poniéndose de relieve la buena fe con que han procedido, sin menoscabo de la dignidad nacional, no he vacilado en prestar el apoyo de su demanda, recomendándolo así en este sentido al ciudadano Primer Jefe para que sea tomado en cuenta en sus determinaciones ulteriores sobre el particular.

"Réstame decir a ustedes mi satisfacción por el rasgo de patriotismo que inspira el comunicado que contesto, y que seguramente desvanecerá, en favor de nuestro patriotismo, las torcidas interpretaciones que hubiesen podido darse a la conducta anterior seguida por ustedes.

"En breve me será grato comunicarles el resultado final de vuestras gestiones en este asunto.

"Constitución y Reformas.

"H. Córdoba, Ver., noviembre 10 de 1914.

"El gobernador y comandante militar del Estado de Veracruz,

CANDIDO AGUILAR".

"CONTESTACION DEL MINISTRO DE RELACIONES.

"Córdoba, noviembre 10.

"En contestación nota usted, en que sírvese transcribirme la que dirigiéronle varios empleados, han prestado sus servicios en distintos ramos administración pública en puerto

Veracruz, durante su ocupación por fuerzas Estados Unidos de América, esme honroso manifestarle que Primer Jefe Ejército Constitucionalista enteróse con satisfacción conducta patriótica expresados empleados al manifestar con toda justicia, como hácenlo, que antes ser obstáculo al patriótico propósito de conseguir desocupación Veracruz, y entendiendo que soberanía nacional es única a quien corresponde resolver cuestiones de orden interior, como son las que refiérense a garantías que Gobierno americano pide para ellos antes evacuar dicho puerto; en vista actitud digna y patriótica empleados referencia, Primer Jefe Ejército Constitucionalista ha tenido a bien expedir decreto del cual tengo honor acompañar a usted copia, por el que usted verá indultóse todos empleados estuvieron en mismas condiciones que los signatarios del memorial que usted transmitióme.

"Reciba una vez más, usted y habitantes puerto Veracruz, mis felicitaciones por su digna actitud.

I. FABELA".

"Al ciudadano general, gobernador y comandante militar de Veracruz, Cándido Aguilar".

"VENUSTIANO CARRANZA, Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, encargado del Poder Ejecutivo de los Estados Unidos Mexicanos,

"En virtud de las facultades extraordinarias de que estoy investido y considerando:

"Primero: Que los empleados mexicanos y extranjeros que han prestado sus servicios a las autoridades establecidas en el puerto de Veracruz, durante la ocupación de él por las fuerzas de los Estados Unidos de América, se han dirigido a

esta primera Jefatura del Ejército Constitucionalista por conducto del ciudadano gobernador y comandante militar de este Estado, manifestando espontáneamente que reconocen que sólo al Gobierno nacional toca resolver las cuestiones de orden interior, como son las que se refieren al castigo o amnistía de las personas que, como ellos, han servido a las autoridades extranjeras.

"Segundo. Que expresamente declaran que se conformarán con las decisiones que el Gobierno nacional dicte acerca de ellos, con tal de "no ser un obstáculo al propósito eminentemente patriótico de conseguir en breve la desocupación de Veracruz" y

"Tercero. Que la espontánea y patrióta actitud de dichos empleados, los hace acreedores a ser indultados por las penas en que hubieren incurrido, expido el siguiente decreto:

"Artículo único: Se concede indulto general a todas las personas que hubieren servido como empleados en los diversos ramos de la administración pública, que de hecho han funcionado temporalmente durante la ocupación de Veracruz por fuerzas de los Estados Unidos de América.

"Lo comunico a usted para que lo ponga en conocimiento de las autoridades federales y locales respectivas de la República, para su inmediata publicación y exacto cumplimiento.

"Constitución y Reformas.

"Cuartel General en Córdoba, a 9 de noviembre de 1914.

V. CARRANZA".

Acabada la lectura de lo que a los empleados se refería, exclamó Gómez Anaya:

—Señores, por todo lo que hemos oído, merece que se grite: ¡Vivan los patriotas!

VIII

Como ya se estaba haciendo tarde, dispuso don Pascual regresar a su campamento, y así lo efectuó con sus acompañantes; y el español, que no cabía en sí de gusto por los acontecimientos que se esperaban, escribió una cartita en los términos siguientes:

"Graziela mía:

"Después de haber tenido el gusto de comer con tu papá y demás amigos que lo acompañan, acabo de despedirlos, porque se regresaron a su campamento.

"Tal vez sepas que está próximo el día de la desocupación de Veracruz por los americanos, y ese fausto acontecimiento quise celebrar con tu referido papá, porque bien sabes cuánto anhelo la felicidad de esta hermosa patria, y porque veo que se acerca la hora de poder celebrar nuestro matrimonio como lo hemos convenido.

"Nuestro futuro nido de amor nos espera, Graziela mía, y tan pronto como se establezcan en Veracruz las autoridades mexicanas, iré a correr todas las diligencias respectivas para que principie la era de dicha eterna para nosotros.

"Suplicándote mis respetos a tu mamá y hermanas, te saluda tu

CARLOS".

Puesta la carta en el sobre correspondiente, llamó a un mozo y la mandó a su destino.

—¡Qué sorpresa voy a dar a mi reina!, pensaba el español.

Efectivamente, la familia de don Pascual no sabía más que el rumor de la calle decía que pronto se irían los americanos; pero como tantas veces se había dicho lo propio, hasta fijando fecha, ahora no daban importancia a los rumores.

IX

No hicieron más que llegar a su campamento don Pascual y sus acompañantes, cuando después de dar sus órdenes, se reunieron en la casucha de palma para leer las noticias que les faltaban, relativas a los contribuyentes:

Jorge tomó uno de los periódicos y dijo:

—Ya estoy ansioso de saber como se solucionó el asunto relativo a los contribuyentes.

—Pues lee, le contestó su padre, que supongo todos queremos saber lo mismo.

Jorge leyó:

"De Santa Fé a México, el 6 de noviembre de 1914.

"Ciudadano oficial mayor encargado de la Secretaría de Relaciones:

"La Cámara del Comercio del puerto de Veracruz me ha dirigido ayer el siguiente mensaje:

"Sabemos que el Gobierno de los Estados Unidos impone, entre otras condiciones para evacuar este puerto, que el Gobierno mexicano se obligue a no cobrar los impuestos fiscales de todas clases que han sido pagados a las autoridades americanas en este mismo puerto, en todo el tiempo que ha durado la ocupación.

"Tenemos el íntimo convencimiento de que nuestro Gobierno nacional no exigirá nunca tal pago de impuestos, porque así nos lo hace esperar la conducta observada en otras épocas y

con motivo de acontecimientos semejantes a la ocupación de Veracruz, y la circunstancia muy señalada de que desde la ocupación no se han exigido por el Gobierno mexicano los derechos de importación en las aduanas nacionales cuando éstos han sido cobrados por la aduana de facto establecida en Veracruz; pero sea como fuere, los que suscribimos este ocurso, los mexicanos, por decoro y patriotismo, y los extranjeros por simpatías a este país, que estimamos nuestra segunda patria, no queremos ni podemos admitir que el Gobierno de los Estados Unidos nos imparta protección alguna en el punto a que venimos aludiendo, conformándonos con que sea el Gobierno de México, el que sobrevenga, sin presión de una potencia extraña, resuelva en justicia la exención de toda clase de derechos fiscales".

"Lo que transcribo a usted para que por su digno conducto sea del conocimiento del ciudadano Primer Jefe para que si éste lo estima conveniente, lo dé a conocer al Gobierno de Washington.

"Respetuosamente, el gobernador y comandante militar del Estado de Veracruz,

CANDIDO AGUILAR".

"De Santa Fe a Veracruz, el 7 de noviembre de 1914.

"Señor Presidente de la Cámara de Comercio:

"Me he impuesto con verdadera satisfacción del ocurso de la Cámara de Comercio, conducto por el cual se dirigen los comerciantes de esa plaza.

"Esperaba no sólo el Gobierno, sino el Estado y país entero que sufre la pena de la ocupación extranjera, este rasgo de patriotismo en los comerciantes mexicanos y de amor a la República en los elementos extraños que por razón de su ve-

cindad tienen a nuestra Nación como su segunda patria. Unos y otros están en lo justo al suponer la mejor disposición del gobierno nacional, así como del local, para resolver en el sentido de la justicia y dignidad nacional el caso de los impuestos fiscales a que se contrae el ocurso y que entraña una de las condiciones que se quieren imponer a México para evacuar el puerto.

"Dentro y fuera del país se verá sin duda en el Gobierno mexicano, la fusión y aspiraciones patrióticas que pone de relieve la actitud de ese comercio, secundando el esfuerzo de los buenos hijos de Veracruz, y la empeñosa labor de mi Gobierno para resolver, a la mayor brevedad posible, nuestras dificultades internacionales.

"Al acusar recibo del ocurso de referencia, sírvase expresar a la Cámara de Comercio la buena nota que de él toma el Gobierno para considerarla, llegado el caso, felicitando a los firmantes por su conducta esencialmente patriótica.

"Atentamente, el gobernador y comandante militar.

CANDIDO AGUILAR".

"Transcríbole el mensaje que recibí hoy.

"Veracruz, noviembre 6.

"Señor gobernador y comandante militar, Cándido Aguilar:

"Los subscritos, propietarios y administradores de la mayor parte de las fincas urbanas del puerto, así mexicanos como extranjeros, declaramos que tenemos plena y absoluta confianza en el Gobierno nacional mexicano, y por lo tanto, repugnamos que con motivo de la evacuación de Veracruz, el

Gobierno de los Estados Unidos pretenda garantizarnos contra el posible pago de impuestos fiscales de toda especie, satisfechos a las autoridades extranjeras.

"Queremos que sólo el Gobierno mexicano resuelva espontánea y sobradamente el caso, ateniéndonos en absoluto a su resolución.

"Saludamos a usted afectuosamente.

"GARCIA DE LA LAMA, administrador de ciento ochenta fincas; M. R. RODRIGUEZ, G. R. CARRERA, S. DE LA GALA Y CIA., R. MARQUEZ, administrador de ciento noventa fincas; EVARISTO COLINA, JOAQUIN PARDO, J. I. IZAZOLA, MIGUEL MINVIELL, R. VARELA E HIJO, CRESCENCIO MARQUEZ, ALFREDO BELLO, R. GUERRERO LAMEGO, TEODORO VOES, y siguen más de 250 firmas".

"Lo que me satisface transcribir a usted para que lo haga del conocimiento del Primer Jefe, y si lo estima conveniente, lo haga presente al gobierno de Washington.

El gobernador y comandante militar,

CANDIDO AGUILAR.

"Al ciudadano oficial mayor encargado de la Secretaría de Relaciones".

"RESPUESTA DEL MINISTRO DE RELACIONES.

"Tuve honor presentar para acuerdo Primer Jefe nota usted 6 del actual, en la que inserta para conocimiento dicho Primer Magistrado, comunicación que H. Cámara de Comer-

cio puerto Veracruz envió usted relacionada actitud Departamento Estado Washington sobre desocupación Veracruz por fuerzas Estados Unidos.

"El ciudadano Venustiano Carranza, encargado del Poder Ejecutivo de la Unión, ha instruídome para en su nombre exprese usted ha sido para él profundamente satisfactorio el que mientras Gobierno americano imponía como condición para sus tropas evacuaran puerto, protección nuestras autoridades, habitantes Veracruz refiriéndose impuestos fiscales, honorable corporación declara no poder ni querer aceptar Gobierno extranjero impártale protección alguna, conformándose nuestras autoridades sin presión potencia extraña, resuelvan justicia lo estimen conducente.

"Al propio tiempo, esme grato, señor gobernador, poner conocimiento, que como contestación memoriales Cámara Comercio, propietarios y administradores casas ciudad Veracruz, inspirado más acendrado patriotismo y plena confianza conducta nuestras autoridades, Primer Jefe Ejército Constitucionalista expidió hoy decreto, en que concédese exención impuestos federales que hubieren sido pagados autoridades de facto puerto Veracruz, durante ocupación fuerzas americanas.

"En cuanto contribuciones carácter local que dependen soberanía su Gobierno, señor gobernador dictará medidas que su recto criterio aconséjenle.

"Será muy grato Primer Jefe Ejército Constitucionalista, sea usted digno conducto, por el que reciba sinceras felicitaciones de aquel alto mandatario Cámara de Comercio puerto Veracruz por su nota demostrativa dignidad y patriotismo, todo buen mexicano.

"Sírvase usted, señor gobernador, aceptar con mis feli-

citaciones por su noble labor este asunto, las seguridades mi atenta consideración.

"Constitución y Reformas.

"El oficial mayor encargado del Despacho,

I. FABELA".

"EL DECRETO SOBRE IMPUESTOS FEDERALES.

"VENUSTIANO CARRANZA, Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, encargado del Poder Ejecutivo de la Unión de los Estados Unidos Mexicanos, usando de las facultades extraordinarias de que me hallo investido, y considerando que la Cámara de Comercio y la mayor parte de los propietarios y administradores de fincas urbanas del puerto de Veracruz se han dirigido al Ejecutivo de mi cargo, renunciando la protección que para ellos ha pedido el Gobierno de los Estados Unidos antes de evacuar la plaza, manifestando terminantemente que acatarán las disposiciones que en justicia dictare el Gobierno mexicano en lo que se refiere al cobro de los derechos fiscales recaudados anteriormente por las autoridades extranjeras; y por creerlo así conveniente para los intereses de la Nación, he tenido a bien expedir el siguiente decreto:

"ARTICULO 1.° Al ocupar las autoridades mexicanas el puerto de Veracruz, no exigirán a los habitantes de este puerto el pago de impuestos o cualquiera clase de contribuciones de carácter federal, que hubieren sido satisfechos con anterioridad a las autoridades extranjeras que temporalmente ocuparon esa plaza.

"ARTICULO 2.° Para gozar de la exención que concede este decreto, bastará que los causantes presenten en las oficinas recaudadoras respectivas, los documentos que justifiquen haber hecho el pago de sus impuestos o contribuciones a las autoridades establecidas durante la ocupación de Veracruz, por las fuerzas americanas.

"Lo que comunico a usted para su inmediato cumplimiento y publicación.

"Constitución y Reformas.

"Cuartel general en Córdoba, Ver., a 8 de noviembre de 1914.

V. CARRANZA".

"Por su parte, el ciudadano general Cándido Aguilar, gobernador y comandante militar del Estado de Veracruz, teniendo en cuenta las mismas razones que el ciudadano Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, encargado del Poder Ejecutivo de la Unión, ha expedido el siguiente decreto:

"CANDIDO AGUILAR, gobernador y comandante militar del Estado Libre y Soberano de Veracruz, en ejercicio de las facultades de que me hallo investido:

"Y considerando: Que el Gobierno de mi cargo está en el deber de dispensar su protección a los que hayan pagado los impuestos fiscales en el puerto de Veracruz a las autoridades americanas, y esa protección debe extenderse a no cobrar los impuestos ya satisfechos como una medida que reclama la equidad;

"Considerando: Que una gran mayoría de los residentes en el citado puerto reconocen que el Gobierno mexicano es

el único que debe de ampararlos y protegerlos y se acogen a su benignidad como un acto de verdadero patriotismo;

"Por estas consideraciones he tenido a bien expedir el siguiente decreto:

"Artículo 1.º—Al evacuar las autoridades americanas el puerto de Veracruz y ser ocupado por las autoridades mexicanas, no se exigirá a sus habitantes el pago de impuestos fiscales, tanto del Estado como del Municipio, cualquiera que fuese la naturaleza de ellos, que se hubieren satisfecho anteriormente a las autoridades extranjeras durante el tiempo que ocuparon esa plaza.

"Artículo 2.º—Para gozar de la franquicia que concede este decreto, bastará que los causantes presenten a las oficinas respectivas los documentos que justifiquen los pagos hechos a los funcionarios y empleados de la época de la ocupación de las fuerzas americanas.

"Por tanto, mando publique y circule para su debido cumplimiento.

"Dado en la H. Ciudad de Córdoba, a los diez días del mes de noviembre de mil novecientos catorce.

CANDIDO AGUILAR. JOSE DOMINGUEZ.

Sub. de Gobernación".

"RESPUESTA DEL GENERAL AGUILAR A LOS ADMINISTRADORES DE FINCAS

"Santa Fe, Ver., 7 de noviembre.

"Señores García de la Lama y Cía., M. R. Rodríguez y demás signatarios:

"Impuesto atenta nota de ustedes, permítome manifestarles satisfacción mi Gobierno respecto su contenido. Ya esperaba pueblo mexicano ver en veracruzanos hijos dignos, y en extranjeros puerto, esta actitud decorosa levante, enaltece espíritu dignidad nacional.

"Hacen bien suponer, porque para ello antecedentes son fundamento razonable, que Gobierno de la República, así como local mi cargo, consideran caso impuestos a que su nota refiérese dentro justicia rige sus actos.

"Ya veráse cómo Veracruz y sus elementos de intereses creados depositan su confianza en Gobierno República, seguros su rectitud patriotismo.

"Al acusar recibo nota ustedes, acepten felicitaciones todos cada uno subscriptos por su proceder acusa verdadero sentimiento patrio.

"Atentamente, el gobernador y comandante militar,

CANDIDO AGUILAR".

"El señor Fabela envió al señor licenciado Rafael Zubaran, Legación Mexicana en Washington, el siguiente mensaje:

"Córdoba, Ver., noviembre 10 de 1914.

"Licenciado Rafael Zubaran, Legación mexicana.

"Transcribo a usted la nota que en estos momentos envío al Ministro del Brasil.

"Refiriéndome a la nota de Su Excelencia, fechada el 2 de noviembre, relativa a la desocupación de Veracruz por fuerzas de los Estados Unidos de América, por acuerdo del ciudadano Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, encar-

gado del Poder Ejecutivo de la Nación, tengo el honor de manifestar a Su Excelencia lo siguiente:

"La Cámara de Comercio y los propietarios de fincas urbanas del puerto de Veracruz, así como los empleados que han prestado sus servicios en distintos ramos de la administración pública en este puerto, durante su ocupación por fuerzas americanas, se dirigieron al ciudadano Primer Jefe del Ejército Constitucionalista encargado del Poder Ejecutivo de la Unión, por conducto del señor gobernador y comandante militar de este Estado, expresando que los causantes de impuestos se conformarán con las resoluciones que el Gobierno nacional dictare respecto al cobro de los derechos fiscales ya satisfechos a las autoridades americanas que han funcionado en esa ciudad, y que los empleados de referencia se someterán a las disposiciones que sobre ellos dictaren las autoridades mexicanas.

"El ciudadano Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, encargado del Poder Ejecutivo, señor don Venustiano Carranza, en vista de la actitud de la Cámara de Comercio, de los propietarios de fincas urbanas y de los empleados referidos, y por creerlo así conveniente para los intereses nacionales, dictó con fecha 8 y 9 de este mes los siguientes decretos:

(Aquí los decretos que ya conocemos).

"En atención a que se han expedido por el Gobierno mexicano los decretos que tengo el honor de transcribir a Su Excelencia, desaparecen las causas que el Departamento de Estado del Gobierno americano señala para que las fuerzas de los Estados Unidos continuaran ocupando el puerto de Veracruz.

"En consecuencia, el ciudadano Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, encargado del Poder Ejecutivo de la Unión de este país, espera que como lo ofrece en su nota de 2 de

noviembre, el Departamento de Estado de Washington, no se retardará más la desocupación de Veracruz, y se procederá desde luego a esa desocupación.

"Protesto a usted, señor Ministro, las seguridades de mi atenta y muy distinguida consideración.

"Constitución y Reformas, E. O. M. E. D. D.,

ISIDRO FABELA".

"RESPUESTA DEL SR. MINISTRO DEL BRASIL.

"Secretaría de Relaciones, noviembre 10 de 1914.

"Señor licenciado I. Fabela:

"Salúdolo cordialmente y felicito por buenas resoluciones contenidas su nota, que será transmitida inmediatamente Washington. Para ganar tiempo, tengo aquí al lado un empleado Legación que va traduciéndola según ha estádose recibiendo.

"Dígame si ofrécele algo más.

"Espero.

CARDOSO DE OLIVEIRA".

X

Se disponía el coronel Ramírez a salir al campo con su Estado Mayor la mañana del día 20 para inspeccionar sus fuerzas, cuando lo detuvo la llegada de un enviado del cuartel general, que le entregó un pliego que decía:

"Sírvase usted avanzar sobre Veracruz con las fuerzas de su mando, hasta guardar una distancia de cincuenta me-

tros con las fuerzas americanas, siguiéndolas en su retirada siempre a la misma distancia, y evitando por todos los medios posibles toda manifestación agresiva para los extranjeros por los individuos de tropa de usted, en cumplimiento, por parte de este cuartel general, de convenios especiales.

"En la ciudad de referencia nos reuniremos y recibirá nuevas órdenes".

En seguida dispuso el coronel Ramírez que se levantara el campo y se reconcentraran sus fuerzas en un lugar que indicó, emprendiendo después la marcha sobre Veracruz.

Pronto estuvo frente a las fuerzas americanas, que con ojos muy abiertos contemplaron a los mexicanos armados, que se les acercaban paulatinamente hasta guardar la distancia de cincuenta metros ordenada.

El jefe extranjero invitó a don Pascual para que avanzara a la mitad de la distancia aludida que los separaba, a fin de entrar en plática con él y arreglar algunos detalles para la retirada y el avance simultáneo de uno y otro. Don Pascual accedió y en un momento se pusieron de acuerdo para que cuanto antes se llevara a cabo el levantamiento del campo.

Gran número de soldados yanquis empezaron a desarmar las casas de campaña, y a recoger todos los enseres y útiles de su impedimenta, trabajando hasta por la noche, que los sorprendió en esas faenas.

El 22 a mediodía entraron a Veracruz numerosas fuerzas de retirada, procediendo a embarcarse desde luego en los nueve transportes dispuestos en la bahía.

Las fuerzas del general Aguilar, avanzaron a su vez por el rumbo del ferrocarril Mexicano, y asímismo las que había por la línea del Interoceánico. De manera que, al anochecer del propio día 22, los soldados mexicanos estaban a la vista

de la ciudad de Veracruz, y los americanos, casi todos, embarcados.

Cuando la aurora del 23 esparció su luz por los ámbitos del primer puerto de la República Mexicana, ya no la saludó la bandera de las barras y las estrellas: las astas estaban desnudas, esperando que las caricias de su querida enseña nacional las desagraviaran.

Los habitantes del puerto, los heroicos veracruzanos, estaban de plácemes; estaban aturdidos por el gusto de contemplar que los americanos levantaban el campo para irse, para dejarlos en paz, para evitarles el espectáculo de su presencia infamante.

La muchedumbre veracruzana se movía de un lado para otro y, como ola del mar empujada por el viento, iba deslizándose por toda la alameda hasta detenerse en el extremo Sur, rumbo de la estación de los Cocos, por donde se esperaba que entrarían las fuerzas mexicanas a recuperar lo que es pura y exclusivamente de los mexicanos, a quienes se les arrancó con la violencia de las armas, haciendo gala del derecho del más fuerte.

A las nueve de la mañana los establecimientos se cerraron; el júbilo había cundido por todas partes.

¡Qué contraste el de este día con el del 21 de abril pasado!...

XI

Las campanas de la parroquia dejan oír la inquietud de sus badajos, y las del Cristo se contagian a los primeros sonidos de sus hermanas mayores.

Innumerables cohetes pueblan el espacio por el lado de Casa Mata, y la multitud prorrumpe en vítores que resuenan

alegremente entre las gallardas palmeras que circundan la estación del Ferrocarril Mexicano en los Cocos.

¡Viva don Venustiano Carranza!...

¡Viva el general Cándido Aguilar!...

¡VIVA MÉXICO!...

¡Viva el Ejército Constitucionalista!...

Estos eran los gritos atronadores de la muchedumbre... y al descubrir un armón en el que un puñado de valientes y dignos mexicanos, enarbolando la querida enseña tricolor, se acercaba veloz a la ciudad, todas las manos aplaudieron, todos los sombreros se elevaron, llegando el entusiasmo hasta lo inconcebible.

La brisa marina vuelve a encontrar en las playas veracruzanas a su idolatrada bandera y la acaricia con la ternura mejor sentida ahora que ya no hay traidores; las palmeras se mecen suavemente y susurran cánticos de alabanza y alegría, porque esta vez flamea entre ellas la reina del suelo mexicano, alejada de Veracruz por la perfidia y la traición.

¡Suena el clarín del heroico Ejército Constitucionalista!....

Los vítores son más nutridos y estridentes.

A poco la alameda se llena con el pueblo, y... el general Cándido Aguilar, empuñando una hermosa bandera bordada por damas de Veracruz, toma posesión de la heroica ciudad, con el carácter de gobernador y comandante militar, y en representación del Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, don Venustiano Carranza, esforzado campeón del honor y libertad de México.

... ...

... ...

A la 1 y 20 de la tarde del día 23 de noviembre de 1914 se embarcó en el transporte "Cristóbal" el último soldado americano.

Los nueve buques que recogieron a los invasores, desfilaron por la bocana del puerto a las dos de la tarde.

¡ADIÓS! Id a contar al mundo entero que Veracruz os recibió dignamente, os trató más dignamente, y que hoy este heroico pueblo, embriagado de júbilo, contempla cómo flamea orgullosa, a los acordes marciales de su hermoso himno nacional y en las astas que son suyas, la enseña querida de todo buen mexicano: LA BANDERA TRICOLOR VERDE, BLANCO Y COLORADO!

EPÍLOGO

Don Pascual creyó cumplido su deber tan pronto como Veracruz fué evacuado por los americanos, pues Huerta y los suyos habían huído antes para el extranjero. En tal virtud, licenció a todos los que se le unieron en Boca del Río, y se retiró a su hogar con la conciencia tranquila.

Poco más de un año después estaba sentado una tarde recreándose en su casa con la contemplación de cuatro bebés hermosos y robustos, que en los regazos de Luisa, Carolina, Graziela y Rosita se agitaban con júbilo, sonriéndole en recompensa de sus cariños de abuelo amoroso.

Se había reunido la familia para celebrar el onomástico de doña Elvira, y fué aquel un día de recuerdos y de gran satisfacción para todos.

Al convite faltaron Merceditas y sus hijas, porque se ausentaron de Veracruz para radicarse en Orizaba, de donde fué el padre de las citadas hijas, quien hacía mucho tiempo había muerto, dejando una regular fortuna a la viuda.

También faltó Gómez Anaya, porque por conducto de don Pascual obtuvo del señor Carranza la recompensa de su patriotismo con el grado de general y el mando de una brigad-

Los primeros en efectuar sus matrimonios fueron Pepe y Enrique, quienes los celebraron el mismo día para que la fiesta se hiciera doblemente espléndida como fué.

Pepe tenía un tutor que su padre, rico hacendado, le dejó al morir. Como se dedicó a estudiar para hacerse marino, según su vocación, el tutor no fué interrumpido en sus funciones; pero cuando las circunstancias hicieron que la Escuela Naval se acabara, recibió su herencia y se casó con Luisa para dedicarse a administrar sus bienes. José fué siempre su mozo de confianza.

Enrique era hijo de un acaudalado comerciante de Campeche, y obtuvo de su padre, de quien sería único heredero, crédito ilimitado para que se estableciera en Veracruz, como lo hizo después de haberse casado con su virtuosa novia Carolina. María fué la criada preferida.

Del español ya sabemos que estaba listo e inquieto por casarse con Graziela, lo cual efectuó haciendo derroche de esplendidez.

Y en vista de que todas sus hijas se habían casado, pensó don Pascual disponerse para estar expedito a la hora que fuera llamado para pasar a la eternidad, e hizo el reparto de sus bienes con la equidad y justicia que eran características en él.

Pudo así Jorge independizarse y casarse con Rosita, quien a su vez era dueña de modesta fortuna que le dejó su padre.

Pero don Pascual no tiene intenciones de morirse; vive y vivirá eternamente en el corazón de los buenos mexicanos que sepan apreciar las cualidades de un gran patriota, digno de imitarse, porque su único anhelo es el de sentir, en todos los actos de su vida, la satisfacción del deber cumplido.

FIN DE LA TERCERA Y ÚLTIMA PARTE

ÍNDICE

PRIMERA PARTE.—*¡Traición!*

SEGUNDA PARTE.—*Veracruz Heroico.*

TERCERA PARTE.—*El Derecho del más Fuerte.*





